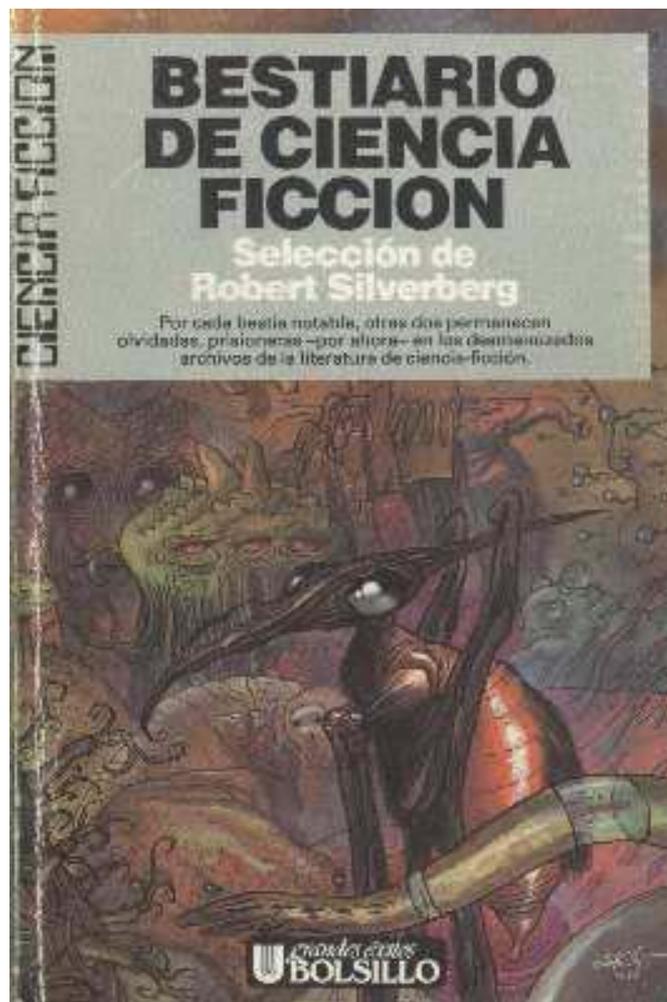

BESTIARIO DE CIENCIA FICCIÓN

Robert Silverberg (Selección)





Robert Silverberg

Titulo original: The science fiction bestiary

Traducción: Augusto Martinez Torres

© 1971 by Robert Silverberg

© 1986 Ultramar ediciones

Mallorca 49 - Barcelona

I.S.B.N.: 84-7386-422-0

Edición digital: Questor
R6 10/02

ÍNDICE

Introducción, Robert Silverberg

El Hurkle es un animalito feliz, Theodore Sturgeon (The Hurkle is happy beast, 1949)

Abuelito, James H. Schmitz (Graridpa, 1955)

La jirafa azul, L. Sprague de Camp (The Blue Giraffe, 1939)

La máquina preservadora, Philip K. Dick (The Preserving Machine, 1953)

Una odisea marciana, Stanley G. Weinbaum (A Martian Odyssey, 1934)

El «Sheriff» de Canyon Gulch, Poul Anderson and Gordon R. Dickson (The Sheriff of Canyon Gulch, 1951)

Los «Cáiganse muertos», Clifford D. Simak (Drop Dead, 1956)

Los gnurrs salieron del instrumento, Reginald Bretnor (The Gnurrs Come from the Voodvork Out, 1950)

Equipo de recolección, Robert Silverberg (Collecting Team, 1957)

INTRODUCCIÓN

En la época medieval, una de las formas literarias predilectas fue el bestiario - descripción enciclopédica de animales- real, supuesto o imaginario. El autor del bestiario trataba no sólo de describir y clasificar las especies que sugería, sino que también presentaba los animales en fábulas cortas que podían ser utilizadas como enseñanza moral o religiosa. Así, el león es el símbolo del coraje real; la hormiga, el de la laboriosidad; y la tortuga, el de la perseverancia. A través de las páginas de los bestiarios vagaban muchas criaturas familiares como también algunas otras, cuya existencia era, en el mejor caso, bastante incierta: unicornios, grifos, basiliscos, dragones y otros similares.

Al recopilar los bestiarios, la zoología moderna les ha quitado gran parte de su diversión. Sabemos que nuestro planeta está poblado por muchos seres extraños y asombrosos: oricteropos, pangolines, ornitorrincos, y osos hormigueros; pero también nos hemos enterado que otros monstruos maravillosos como el fénix, el rocho y la quimera no se pueden encontrar aun en el punto más remoto del planeta. Afortunadamente los escritores de ciencia ficción han intervenido para llenar este vacío del departamento de historia no-natural. A través de las páginas de las revistas de ciencia ficción han desfilado algunos de los animales más inverosímiles y fantásticos creados por la imaginación del hombre, desde el apogeo de los recopiladores de los bestiarios del siglo XII.

El primer escritor que se especializó conscientemente en la zoología extraterrestre fue el lamentado Stanley G. Weinbaum. En su breve carrera, a mediados de la década del 30, creó una pasmosa multitud de animales alarmantes, muchos de los cuales figuran en este libro. El éxito de Weinbaum inspiró a otros a contribuir con su parte de maravillas zoológicas. Reunidos aquí, para nuestro deleite y distracción, hallamos gnurrs, hurkles, hokas, escarabajos bach y una jirafa azul, para nombrar sólo unos de los pocos animales que componen esta fauna fantástica, y que han sido rescatados en estos cuentos por la paciente búsqueda de los escritores de ciencia ficción. Lamento que este libro no sea más extenso; por cada bestia notable que encontramos aquí, otras dos o tres permanecen olvidadas, prisioneras -por ahora- en los desmenuzados archivos de las viejas revistas de ciencia ficción.

Robert Silverberg

EL HURKLE ES UN ANIMAL FELIZ

Theodore Sturgeon

Lirht está situado en un plano diferente del universo, o bien en otra galaxia. Tal vez estos términos signifiquen lo mismo. El hecho es que Lirht es un planeta con tres lunas (una de las cuales es desconocida) y un sol, que es tan importante en su universo como el nuestro.

Lirht está habitado por los Gwik, su raza más desarrollada, y por otras especies que lo están menos, que, a propósito de esta narración, pueden pasarse por alto. Exceptuando, por supuesto, a los hurkle. Estos son muy apreciados por los gwik como animales domésticos, si bien es necesario tener en cuenta el hecho de que un hurkle es tan afectuoso que no puede ser leal. Los hurkle más bonitos son los azules.

Ahora bien, en la ciudad más grande de Lirht se plantearon graves problemas, de los que no hablaremos puesto que no hacen a esta historia, y un gwik llamado Hvov, a quien pueden olvidar ahora mismo, hizo volar un edificio que era muy importante, por razones que no comprenderíamos. Este suceso causó una gran agitación y los habitantes dejaron sus hogares y sus trabajos en las fábricas, acudiendo hacia el centro de la ciudad. Así sucedió que quedó abierta una puerta en cierto laboratorio.

A pesar de que ocurran grandes sucesos, los pequeños menesteres de la vida diaria siguen su curso habitual. Durante los «Diez días que conmovieron al mundo», los cafés y teatros de Moscú y Petrogrado permanecieron abiertos, la gente se enamoró, pleitearon unos contra otros, murieron, derramaron sudor y lágrimas, y algunas de éstas fueron de risa.

De la misma forma, en Lirht, mientras se llegaba a la decisión sobre lo que le sucedería al miserable Hvov, los gwik siguieron fansendo, blarteando y campendo. El pulso agitado de la vida continuaba y en los anams crecían los corsons.

En el laboratorio mencionado, que había quedado abierto a raíz de tales importantes circunstancias, remoloneaba un cachorro de hurkle. Estaba muy feliz de hallarse allí, pero indudablemente el hurkle es, por naturaleza, un animal feliz.

Examinó, sin temor alguno (podía volverse invisible si se lo asustaba) y dedicó un brillo de simpatía a las patas de las mesas y a las luminosas paredes. Se movía sinuosamente, arqueando la espalda y jugueteando en el suelo. Sus patas delanteras y traseras eran rígidas; el par de patas de en medio tenía dos juegos de articulaciones en la rodilla, uno hacia adelante y otro hacia atrás.

Su contextura era ingeniosa como la de un escorpión, y su color, el más perfecto azul.

Casi la cuarta parte del laboratorio estaba ocupada por una enorme e intrincada máquina, todavía no colocada en su sitio, que tenía signos de que en ella estaban

trabajando en varios proyectos que incluían toda la galaxia: conexiones temporales entre uno y otro componentes, cables que terminaban en pinzas metálicas, aparatos de medida que se hallaban situados en mesas auxiliares cercanas.

El cachorro examinó la máquina con curiosidad y ánimo amistoso, dedicándole una serie de radiaciones que hacían que brillara, lo que equivalía a un ronroneo. Saltó delicadamente de uno a otro lado, presionando con suavidad, pero con firmeza, una llave situada en el suelo. El cachorro miró curiosamente y descubrió, dentro de la maraña de alambres y resortes, la más atractiva escena que jamás hubiera visto.

Era como la reverberación del calor sobre un campo en barbecho, como un torbellino de humo, como las luces de neón sobre el pavimento húmedo. Para el animal, ese parpadeo anaranjado era como el olor de la menta para el gato, o como el del anís para los terriers terrestres.

Se dirigió hacia el resplandor, afirmó las patas en un soporte - afortunadamente no había desviación de la energía a tierra - y trepó. Subió desde el transformador a la unidad energética, retozó cerca de un condensador - cuyo ajuste se modificó - desapareció momentáneamente al sentir el calor de un tubo y finalmente se meció sobre el límite del resplandor.

Este se hallaba suspendido en el aire, dentro de una especie de gabinete, rodeado de grandes bobinas que poseían, cada una, decenas de miles de vueltas de alambre delgado y voluminosas asas condensadoras.

Uno de los lados de la parte delantera del gabinete se hallaba abierto, y el cachorro se quedó allí, fascinado, meciéndose hacia adelante y hacia atrás, al ritmo de una música inaudible que él mismo hacía para contrastar con esta llama que surgía de la nada.

Hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, se mecía y balanceaba, en una onda de deliciosa, excitante sensación.

Y entonces sucedió que desplazó su centro de gravedad demasiado lejos de su punto de apoyo. Esto bastó para que cayera en el gabinete, dentro de la llamarada de color.

Un mediodía sofocante de junio, un maestro apellidado Stott, cuyos deberes incluían la enseñanza de siete materias a cuarenta alumnos en la escuela de una pequeña ciudad, estaba escribiendo en una pizarra.

Escribía la palabra Madagascar, y el aire era tan cálido y húmedo que sentía cómo la camisa se pegaba y despegaba, en su espalda, cada vez que hacía una a.

Detrás de él sintió un leve murmullo, proveniente de los alumnos de séptimo año. Sus reflejos, bien entrenados, le permitieron no volverse hasta que terminó de escribir la palabra, momento en que el cuarto vibraba con el alboroto de los niños.

Stott se enfrentó a ellos, abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Una cosa como ésta requeriría más que una reprimenda de compromiso.

Sus cuarenta pilluelos se retorcían y rebullían sin descanso, y el sonido que producían, una especie de risa seca y nerviosa, era único.

Aquí, una mano rascaba frenética una nuca, allá un muchacho escarbaba ansiosamente debajo de la camisa, más atrás una pequeña damisela, compuesta y arreglada, frotaba sin descanso su cuero cabelludo.

Con plena conciencia del valor del enfoque individual, Stott preguntó:

- ¡Hubert!, ¿qué sucede?

Inmediatamente, la actividad disminuyó en el cuarto, si bien proseguían las fricciones.

- Nada, señor - dijo Hubert.

Stott paseó su mirada por la sala. Dondequiera que la posaba, se interrumpía el rascado, reemplazándolo un angustioso control.

La cosa parecía empezar por meneos y contorsiones. Stott se pasó el pulgar por la costilla inferior izquierda.

Alguien dejó escapar una risa. Antes de poder identificar al causante, Stott comenzó a experimentar una intensa picazón.

Trató de reprimir el impulso de rascarse, cerró firmemente las mandíbulas y se prometió a sí mismo que no se dejaría vencer por la tentación mientras estuviera al frente y fuera el centro de todas las miradas.

- Bueno, alumnos, ahora... Comenzó a decir, y se interrumpió.

Había algo en el alféizar de la ventana abierta. Parpadeó y volvió a mirar. Notó la existencia de una nubecilla traslúcida, de color azul, casi imperceptible.

Era menos que algo, pero ciertamente era más que nada. Si, con esfuerzo, trataba de discernir, podía llegar a imaginar una criatura arqueada, con demasiadas patas.

Pero, por supuesto, eso era ridículo. Apartó la vista y regañó a la clase.

Había tenido dos tristes experiencias con bombas de mal olor, y recordaba haber visto alguna vez una cosa que se anunciaba en un escaparate denominada algo así como «polvo que causa picazón».

¿Sería aquello el causante de este tormento? Sin embargo, era prudente no acusar a nadie todavía; si se equivocaba, corría el peligro de darles a estos pequeños genios algunas ideas poco recomendables.

Trató otra vez:

- Alumnos... - Tragó saliva. Este picazón era... - Bueno, alumnos...

Notó que una cabeza, y luego otra, y luego otra, se volvían hacia la ventana.

Entonces comprendió que si la clase se interesaba demasiado por lo que él había visto en el alféizar, pronto tendría que enfrentarse a un pánico.

Agitadamente, trató de encontrar el puntero y golpeó con él dos veces sobre el escritorio.

Hay que decir que su control no era el de siempre; golpeó demasiado fuerte, y sonó como si fueran disparos.

La clase entera se volvió hacia él, y la forma que apareció en la ventana comenzó a verse mucho más claramente.

Era azul, de un azul verdaderamente hermoso. Tenía una cabeza pequeña y esférica, y en el otro extremo se veía una forma similar.

Además poseía cuatro patas rígidas y rectas, y dos centrales, que parecían no tener huesos. Sobre esto, un cuerpo sinuoso.

Donde estaba la cabeza, vio cuatro pares de ojos, de tamaño gradualmente distinto.

Se mantuvo moviéndose allí durante unos diez segundos, y luego, sin un sonido, saltó por la ventana y se fue.

Mr. Stott, pálido y - tembloroso -, cerró los ojos. Sus rodillas se aflojaban y sobre su labio superior apareció un reborde de sudor.

Se aferró al escritorio y forzó a sus ojos a permanecer abiertos, y luego oyó la campana que terminaba otro día de clase, inundándole de tranquilidad, calmando su terror, devolviéndole el autocontrol.

- Pueden retirarse - farfulló, y se echó hacia atrás en el asiento.

Los alumnos recogieron sus cosas y se levantaron pasando de los murmullos agitados al alboroto caleidoscópico que los apretujaba en la puerta.

Mr. Stott se hundió en la silla, notando que el terrible picazón había desaparecido desde que golpeó con el puntero sobre el escritorio.

Ahora bien, Mr. Stott era un hombre metódico. Se enorgullecía de su habilidad para enseñar a sus alumnos a usar sus poderes de observación y todo aquello que la lógica ponía en sus manos.

Tal vez recuperaría, después de un rato, estos dos poderes, de los que creía poseer más de lo que suele ser habitual en la gente.

Se sentó, mirando sin ver la ventana abierta, sin reparar tampoco en la pradera bañada por el sol que se hallaba más allá.

Luego de repasar una media docena de veces lo sucedido, retuvo dos hechos importantes:

Primero, el animal que había visto, o que pensó que había visto, tenía seis patas.

Segundo, era de tal naturaleza que cualquiera que lo viera, o que pensara que lo veía, podía creer que se había vuelto loco.

Estos dos hechos tenían dos corolarios: Primero, que todos los animales que había visto hasta ahora, poseedores de seis patas, eran insectos.

Segundo, que si algo había que hacer con respecto a esta extraña criatura, era mejor que lo hiciera él mismo. Sin olvidar que cualesquiera que fuesen las medidas a adoptar, habría que tomarlas inmediatamente.

Se imaginó teniendo que cerrar las ventanas, con este calor, para dejar a la cosa fuera, y el pensamiento lo acobardó.

Preveía el posible efecto de un animalejo tal en medio de una clase de niños de alrededor de diez años y la idea le asustó. No, ciertamente no cabían demoras.

Se acercó a la ventana y examinó el alféizar, sin hallar nada. La inspección le reveló un lugar vacío. Se quedó pensando un rato, mientras se mordía el labio inferior.

Finalmente bajó a pedirle al encargado una bolsa de más de dos kilos de DDT «para un experimento». Se armó de una ancha caja de madera y un ventilador, colocándolos en una mesa que luego puso cerca de la ventana.

Entonces se sentó a esperar, por si la extraña bestia azul volvía a aparecer.

Cuando el cachorro de hurkle cayó, se preparó para llegar hasta el suelo, o por lo menos hasta la parte inferior del gabinete.

Recibió una sorpresa cuando vio que no caía, que descansaba sobre una superficie plana. De todas formas se sintió muy atemorizado y miró para todos lados, respirando anhelosamente y con los reflejos prestos para reaccionar.

El gabinete había desaparecido. El resplandor también. Y el laboratorio, con sus ventanas iluminadas por la coloración anaranjada del cielo de Lirht, con sus innúmeras hileras de instrumental reluciente, con sus voluminosas y complejas máquinas, tampoco estaba allí.

El animal se desperezó sobre la extensión que lo rodeaba, algo así como un prado. Los colores eran rarísimos; todo parecía hallarse a media luz, desenfocado. Había árboles, pero no pequeños y chatos como los de Lirht, sino enormes, de troncos rectos y majestuosos.

Los gases atmosféricos, distintos a aquellos a los que estaba acostumbrado, tenían colores; una especie de neblina débilmente coloreada velaba y delineaba todo.

El cachorro retorció sus cafmores y movió sus kum sin moverse del lugar donde se hallaba. Era indudable que ningún aprendizaje previo podía ayudarlo en la situación en que se encontraba.

Finalmente, trató de desplazarse; y allí fue cuando tuvo su segunda sorpresa. En vez de arquearse, comenzó a flotar en el aire, y volvió a tierra luego de haber dado el mayor salto que recordara.

Se acurrucó en el extraño césped, que parecía salido de un sueño, mirando azorado hacia todos lados, hacia arriba y hacia abajo. Se sentía solo y aterrorizado, y lo estaba pasando muy mal.

Vio su sombra a través de la leve neblina, y esto lo asustó mucho, porque en Lirht no proyectaba sombra cuando se asustaba.

Aquí todo sucedía mal y al revés: en vez de hacerse invisible cuando se asustaba, se hacía más fácil de distinguir; sus piernas parecían no funcionar bien y no había un solo malapec a la vista.

Creó oír cierta música alegre, que sonaba bien dentro de su cabeza, pero que de alguna manera no resonaba en la forma debida.

Trató, con extrema precaución, de volver a moverse. Esta vez su trayectoria fue mucho más breve y mejor controlada.

Probó con un paso corto y rasante, y le pareció que lo había logrado. Luego se balanceó en su flexible par de patas de en medio y con completo abandono, se impulsó hacia arriba.

Subió hasta unos cinco metros, dando vueltas y vueltas, y aterrizó sobre sus patas rígidas. Esta sensación era verdaderamente encantadora. Recuperándose de la extraña y deliciosa sorpresa volvió a saltar.

Esta vez fue más lejos y más alto y al tocar el suelo rebotó alegremente dos veces. Todas estas agradables experiencias habían hecho que el miedo se le pasara.

El hurkle, como sabemos, es un animal feliz. Corcoveó, surcó el aire, se remontó y volvió a elevarse, y finalmente encontró en su camino una pared de ladrillos, con resultados asombrosos y desagradables.

Estaba aprendiendo, a golpes, la diferencia entre peso y masa. El efecto no fue grave, pero sí doloroso. Justo cuando comenzaba a sentirse bien...

Miró hacia arriba y vio lo que parecía ser una abertura en la pared, a unos tres metros del suelo. Lleno de espíritu de aventura, saltó y quedó parado sobre el alféizar, hazaña de la que se enorgulleció.

Se agazapó en este nuevo lugar, mientras se atusaba, y miró hacia dentro. El panorama que observó le pareció de lo más agradable.

Más de cuarenta feos y divertidos animales, aparentemente sujetos a maderos a la altura de sus extremidades inferiores, movían las cabezas, gesticulaban y murmuraban. Al otro lado del cuarto vio a otro monstruo, más alto y esbelto, con una cabeza desnuda en comparación con la de los otros, los atrapados, que tenían más pelos que un huevo de mauson.

Al poco rato de observarlos, el cachorro se dio cuenta de que sólo uno de los lados de la cabeza tenía pelo; pero el alto, al darse la vuelta para hacer unas raras marcas en la pared, mostró que tenía pelo en ambos lados.

El animal, enormemente entretenido, comenzó a radiar lo que en Lirht equivalía a un ronroneo, o sea un resplandor. En este extraño lugar tal cosa no fue visible, y en cambio los feos especímenes respondieron con los más extraños movimientos, meneos y frotamientos susurrantes del cuero que los cubría.

Esto puso muy contento al cachorro, que estaba encantado cuando era el centro de atención, y que redobló su emisión. Los movimientos de los animales se volvieron casi frenéticos.

Entonces el alto se volvió. Emitió uno o dos raros sonidos y finalmente, tomando un palo de la plataforma situada delante de él, lo dejó caer con gran estrépito.

El ruido asustó tremendamente al animal. Procuró volverse invisible, pero como las cosas estaban invertidas en este extraño mundo, sus contornos se hicieron aún más nítidos.

Se dio la vuelta y volvió a saltar al suelo. Antes de aterrizar sintió un sonido intenso y metálico. Del cuarto partía un ruido a cháchara y confusión que dio aún más ímpetu al terror del cachorro.

Huyó hacia unos arbustos y se escondió entre las hojas. Pronto, sin embargo, volvió a manifestar su buen natural.

Se quedó allí tendido, descansando y observando el movimiento suave de los tallos y de las hojas (algunas de ellas tal vez fueran flores) en la brisa. Una criatura con alas se acercó, zumbona y danzarina, a rodear uno de los capullos.

El animal se apoyó en una de sus patas de en medio, y con la otra atrapó al extraño ser. Este clavó en la pata del hurkle una rara aguja negra.

El cachorro no se inmutó. Se comió a la criatura y eructó. Se quedó quieto durante unos minutos, saboreando aún a la abeja. Pero, súbitamente, el experimento fracasó. Se comió dos veces más a la abeja, y luego abandonó el intento.

Volvió a prestar atención a la ventana, preguntándose qué harían ahora los extraños animales. Parecía estar todo tan tranquilo... Audazmente, el cachorro abandonó su escondite y volvió a saltar hasta la ventana.

Se hallaba muy contento consigo mismo; estaba alcanzando verdadera precisión en los saltos que daba en este loco mundo. Se atusó el pelo, y balanceándose miró otra vez hacia dentro.

Le sorprendió ver que los animales pequeños se habían ido.

El más grande se hallaba detrás de la plataforma en el extremo del cuarto. El cachorro y el extraño se miraron durante un largo rato. Finalmente el animal se inclinó y ajustó algo en la pared.

Inmediatamente se oyó un zumbido mecánico, y una cosa situada en un estante cerca de la ventana comenzó a dar vueltas.

Cuando el cachorro se quiso dar cuenta, se hallaba envuelto por una nube de polvo de olor picante. Se ahogó, y se volvió tan visible como asustado estaba, lo que era mucho.

Durante un largo rato fue incapaz de moverse; pero gradualmente fue sintiendo una sensación aguda y dolorosa, que lo penetró. Se abandonó a ella. Le fue invadiendo una onda tras otra de éxtasis agonizante, y danzó en su seno.

Emitió sus más brillantes radiaciones, si bien éstas sólo sirvieron para que el animal se rascara frenéticamente.

El hurkle se sintió muy extraño, transportado. Se dio la vuelta y saltó alto en el aire, abandonando el edificio.

Mr. Stott dejó de rascarse. Desgreñado fue hacia la ventana y vio a la extraña bestezuela azul, ahora invisible, pero cubierta por el polvo, hasta parecer una burbuja en la niebla. Rebotó en el prado, dando grandes saltos, dejando las huellas de polvo blanco en el césped.

Se frotó las manos, una con otra, y sonriendo agradablemente se enderezó. Había salvado a la Tierra de toda batalla, asesinato y crimen para siempre, pero no lo sabía. Por otra parte, nunca nadie lo supo. Vivió una vida larga y feliz.

Y ¿qué sucedió con el cachorro de hurkle? Siguió rebotando hasta ocultarse en unos arbustos cercanos. Allí se cavó un hoyo estrecho, trabajando somnolientamente, cada vez más despacio. Finalmente, se echó en él y quedó inmóvil. Pensaba en cosas raras, imaginaba extraña música, y lo asaltaban inesperadas sensaciones. Lentamente fueron cesando sus movimientos, y yació allí rígido y quieto, durante unas dos semanas.

Pasado ese tiempo, el hurkle, que ya no era un cachorro, se encontró con una camada de doscientos saludables retoños. Tal vez fue por acción del DDT, o tal vez por la nueva radiación que el animal recibió en la Tierra, pero todos eran hembras partenogénicas, como usted y yo.

¿Y los humanos? - ¡Oh, nos engendramos tan bien! - ¡Y fuimos tan felices! Pero los humanos tenían el picor rampante, el prurito intermitente, el comezón punzante, o irritablemente parestético. Y nada pudieron hacer al respecto. Por eso se fueron.

¿No es verdad que éste es un lugar hermoso?

ABUELITO

James H. Schmitz

Un ser de alas verdes, velludo, del tamaño de una gallina, revoloteaba en la falda de la colina hasta llegar a un punto situado directamente por encima de la cabeza de Cord, a algo así como seis metros de altura. Cord, un ser humano de quince años de edad, se apoyaba en su vehículo, detenido en el ecuador de un mundo que albergaba a seres terrestres desde hacía solamente cuatro años, medidos en tiempo de la Tierra, y contempló especulativamente a la criatura. Esta se denominaba, en la libre y simple terminología del Equipo de Colonias Sutang, una chinche de pantano. Oculto en la vellosa parte de atrás de la cabeza de la tal chinche se hallaba otro animalejo, semiparasitario del anterior, conocido como el parásito de la chinche.

Este parecía pertenecer a una nueva especie, de acuerdo a Cord. Su parásito también podía ser o no desconocido. Cord era, naturalmente, un investigador. Su primer vistazo al extraño par de criaturas había despertado en él una enorme curiosidad. ¿Cómo funcionaría ese fenómeno? ¿Qué cantidad de cosas fascinantes podrían lograrse una vez que se supiera más?

Normalmente tales investigaciones solían estar limitadas por las circunstancias. El Equipo de las Colonias era un grupo de gente práctica y de gran capacidad de trabajo; dos mil personas a quienes se les había encomendado la tarea de transformar y domar este planeta, en un lapso de veinte años, a fin de que cien mil colonos pudieran establecerse con una comodidad y seguridad razonables. Aun los más jóvenes del equipo, como Cord, debían limitar su curiosidad a las pautas de investigación dictadas por la central. Ya había sucedido previamente que las inclinaciones de Cord a realizar investigaciones por su cuenta le habían acarreado la censura de los superiores inmediatos.

Miró, casi por casualidad, en dirección a la Estación de Colonias de la bahía Yoger. No pudo distinguir signos de actividad humana en el voluminoso campamento de la colina, tan similar a una fortaleza. Su parte central estaba cerrada. En quince minutos se abriría para dejar salir a la Regente Planetaria, que hoy estaba inspeccionando la Estación y sus principales actividades.

Cord decidió que quince minutos era tiempo suficiente como para tratar de descubrir algo sobre la chinche.

Pero antes tendría que capturarla.

Extrajo una de las dos armas guardadas a su lado. Esta le pertenecía: era a proyectiles, de Vanadia. Cord la ajustó para que disparara proyectiles anestésicos para piezas menores y apuntando certeramente al animal, le atravesó la cabeza y lo hizo caer.

Cuando la criatura cayó, su parásito lo abandonó. Era un pequeño y demoníaco ser de color escarlata, que se precipitó sobre Cord en tres largos saltos, listo para clavarle unos colmillos de casi tres centímetros de largo, que destilaban veneno. Casi sin aliento, Cord volvió a disparar el arma, y detuvo al animal en plena carrera. ¡Ciertamente que era una nueva especie! La mayoría de los parásitos eran vegetarianos, inofensivos, y se limitaban a alimentarse de jugos vegetales.

- ¡Cord! - llamó una voz femenina.

Cord renegó por lo bajo. No había sentido el ruido que la compuerta central había hecho al abrirse. Seguramente quien hablaba había dado la vuelta por el otro lado de la estación.

- Hola, Grayan - gritó inocentemente sin mirar alrededor -. ¡Mira lo que tengo!
¡Especies nuevas!

Grayan Mahoney, una muchacha esbelta, de cabellos oscuros, dos años mayor que él, se le acercó rápidamente. Era una estudiante de la colonia de la estrella Sutang, y el encargado de la estación, Nirmond, solía decir a Cord que debía tomar ejemplo de ella. A pesar de esto, ella y Cord eran buenos amigos, pero la muchacha no perdía la ocasión de hacerse la mandona.

- ¡Cord, pedazo de tonto! - gritó Grayan -. ¡Deja de coleccionar especímenes! Si la Regente viene ahora te verás en aprietos; Nirmond se está quejando de ti.

- ¿Quejándose por qué? - le preguntó Cord, sorprendido.

- Punto número uno - le contestó Grayan -: dice que no cumples con las tareas que se te asignan. Dos, que te escapas para hacer expediciones solo, por lo menos una vez por mes, y que hay que rescatarte.

- ¡Nadie - contestó enojado el muchacho - ha debido rescatarme todavía!

- Dime, ¿qué va a hacer Nirmond para saber que estás bien y vives si desapareces durante una semana? - le replicó Grayan -. Tres - continuó, contando los puntos con sus delgados dedos -, se queja de que has formado jardines zoológicos privados, con animales inidentificados y posiblemente venenosos, en los bosques que están detrás de la estación. Y cuatro; bueno: Nirmond dice que no quiere seguir siendo responsable por ti. - Levantó los cuatro dedos en un ademán harto significativo.

- ¡Diablos! - barbotó Cord, verdaderamente afectado. Resumido así, el concepto que tenían de él parecía ser bastante malo.

- ¡Ya lo creo que diablos! ¡Yo te avisé! ¡Ahora Nirmond quiere que la Regente te envíe nuevamente a Vanadia, y te diré que hay una nave espacial que llegará a Nueva Venus dentro de cuarenta y ocho horas! - Nueva Venus era el asentamiento base del Equipo de Colonias, situado en el lado opuesto de Sutang.

- ¿Qué debo hacer?

- Antes de nada, trata de portarte como si tuvieras sentido de la responsabilidad - dijo Grayan sonriendo -. Yo también hablé con la Regente. ¡Nirmond no te ha expulsado todavía! Pero si hoy llegaras a hacer algo que perjudicara nuestra expedición a las granjas de la bahía, te echarán del equipo sin remedio.

Se dio la vuelta para irse.

- Vuelve a poner el vehículo en su sitio. Nirmond nos llevará hasta la bahía, y luego iremos por agua. No digas que te he avisado.

Cord quedó asombrado. ¡Nunca hubiera imaginado que habían llegado a pensar tan mal de él! Para Grayan, cuya familia había servido en los Equipos Coloniales durante las cuatro últimas generaciones, nada había tan humillante como ser devuelto ignominiosamente a su lugar de origen. Para su sorpresa, Cord descubrió ahora que se sentía exactamente igual.

Dejando sus recientemente capturados especímenes para que revivieran y escaparan, se apresuró a devolver el vehículo a su sitio en la estación.

Cerca del sitio donde Nirmond dejó su transporte, una ensenada pantanosa, se hallaban sujetas tres balsas. Parecían extraños sombreros, flotando, de color verdoso y aspecto correoso. O extrañas plantas, de más de ocho metros, del centro de las cuales brotaba algo así como la parte de arriba de un ananá, enorme y de color gris verdoso. Animales-plantas de algún tipo. Sutang había sido descubierto poco tiempo atrás, razón por la cual era demasiado pronto para que existiera algo remotamente similar a una clasificación de plantas o animales. Las balsas eran una rareza local, que había sido investigada y considerada finalmente como inofensiva y moderadamente útil. Su utilidad descansaba en el hecho de que se empleaban como una forma algo lenta de transporte por las aguas poco profundas y pantanosas de la bahía Yoger. Hasta el momento, el equipo sólo se interesaba en ellas por esta razón.

La Regente se levantó del asiento posterior del vehículo, donde se hallaba sentada al lado de Cord. La partida estaba formada solamente por cuatro personas; Grayan iba sentada delante, con Nirmond.

- ¿Son éstos nuestros vehículos? - La Regente parecía divertida.

Nirmond sonrió, tristemente.

- No los subestimes, Dana. Con el tiempo podrían ser factores de gran importancia económica en la región. Pero, a decir verdad, estas tres son más pequeñas que las que acostumbro a usar. - Nirmond buscaba entre las malezas de la ensenada - habitualmente aquí suele haber un verdadero monstruo...

Grayan se volvió hacia Cord.

- Tal vez Cord sepa dónde se esconde Abuelito.

No había mala intención en esto, pero Cord había deseado que no le preguntaran por Abuelito. Entonces todos le miraron.

- ¡Oh! ¿Quieren ver a Abuelito? - dijo, algo turbado -. Verán, lo dejé..., quiero decir, lo vi hace unas dos semanas a algo así como dos kilómetros al sur de este sitio.

Grayan suspiró. Nirmond gruñó y le dijo a la Regente:

- Las balsas tienden a quedarse donde se las deja, siempre que en el lugar haya barro y aguas poco profundas. Se alimentan directamente del fondo de la bahía gracias a un sistema de finísimas raicillas. Bien, Grayan, ¿querrías llevarnos hasta allí?

Cord se echó hacia atrás, con tristeza, cuando el transporte se puso en marcha. Nirmond sospechaba que él había usado a Abuelito para uno de sus viajes sin autorización, y tenía razón.

- He oído decir que eres un experto en el manejo de esas balsas - dijo Dana, sentada detrás de él -. Grayan me dijo que no podríamos hallar un mejor timonel, o piloto, o como sea que lo quieras llamar, para nuestro viaje de hoy.

- Bien, puedo manejarlas - dijo Cord, transpirando -. No dan trabajo ninguno. No pensaba que hubiera hecho una buena impresión en la Regente hasta el momento. Dana era una mujer joven y buena moza, con una alegre forma de hablar y de reír, pero no era el miembro principal de Equipo de Colonias Sutang. Parecía muy capaz de fletar a cualquiera cuyo comportamiento no fuera el adecuado.

- Nuestras bestias tienen una ventaja sobre otros medios de transporte - dijo Nirmond, desde el asiento delantero -. No hay que angustiarse pensando que pueda subir a ellas uno de estos animales mordedores. - Y aquí se extendió en una explicación acerca de los punzantes tentáculos que las balsas despleaban a su alrededor, por debajo del agua, a fin de asustar a los que se acercaran tratando de regodearse con sus partes blandas. Los animales agresivos de la bahía, tal como los mordedores, no captaban aún la necesidad de no atacar a los seres humanos, armados como iban, pero se cuidaban muy bien de acercarse a una de estas balsas.

Cord se sintió feliz de que se le ignorara por el momento. La Regente, Nirmond y Grayan provenían de la Tierra. Los terrestres lo hacían sentir incómodo, especialmente en grupo. Vanadia, su hogar, recientemente había dejado de ser una Colonia de la Tierra, lo que tal vez explicaba la diferencia. Los terrestres que había encontrado hasta el momento parecían dedicados a lo que Grayan Mahoney llamaba El Panorama General, mientras que Nirmond habitualmente lo denominaba Nuestro Propósito Aquí. Actuaban en estricto acuerdo con los reglamentos, a veces, según Cord, en forma completamente insana. Porque de cuando en cuando los reglamentos no cubrían del todo una situación nueva, y entonces alguien corría el peligro de resultar muerto. En tal caso, los reglamentos se modificarían rápidamente, pero la gente de la Tierra no parecía preocuparse demasiado por tales sucesos.

Grayan había tratado de explicarle la situación a Cord:

- Realmente no sabemos antes qué es lo que sucederá en un nuevo mundo. Y una vez que llegamos allí, en el poco tiempo de que disponemos, no nos es posible estudiarlo pulgada a pulgada. Se trata de hacer el trabajo, e indudablemente, se corren riesgos. Pero si te atienes a los reglamentos tienes las mejores probabilidades de sobrevivir, gracias al cálculo de quienes te han precedido.

Cord siempre había sentido que prefería utilizar su buen sentido común y no permitir que los reglamentos o el trabajo que debía cumplir lo llevaran a una situación que no pudiera desentrañar por si mismo.

El transporte dio una vuelta y se detuvo. Grayan se alzó, siempre ocupando el asiento delantero, y señaló, diciendo:

- ¡Allí está Abuelito!

Dana también se levantó, y dio un silbido de admiración al ver que el raro animal media unos veintitrés metros de diámetro. Cord miró alrededor, sorprendido. Estaba casi seguro de que, hacía dos semanas, había dejado a la balsa a cierta distancia. Tal como decía Nirmond, habitualmente no se movían solas.

Asombrado, siguió al resto de la partida hasta el agua, por un estrecho sendero circundado por hierbas de tamaño gigantesco, similar al de los árboles. Se podía ver, parcialmente, la plataforma flotante de Abuelito, el borde de la cual tocaba casi la costa. Luego el sendero se ensanchó, y entonces pudo captar la visión total de la balsa, al sol, en las aguas poco profundas; y se detuvo, sobresaltado.

Nirmond casi salta sobre la plataforma, precediendo a Dana.

- ¡Un momento! - gritó Cord. Su voz resonaba con alarma. ¡Deténganse!

Se habían inmovilizado en el sitio en que se hallaban; miraron alrededor. Luego se dirigieron a Cord, que se acercaba. Indudablemente, estaban bien entrenados.

- ¿Qué sucede, Cord? - La voz de Nirmond era tranquila, pero inquisitiva.

- ¡No suban a esa balsa, está... cambiada! - La voz de Cord sonaba insegura, hasta para si mismo -. Tal vez no sea ni siquiera Abuelito...

Comprendió que se había equivocado en esto último aun antes de terminar la frase. Alrededor del borde de la balsa pudo ver las señales descoloridas dejadas por las pistolas de calor, una de las cuales había sido la suya. Era la forma de hacer que estos animales, torpes y perezosos, se movilizaran. Cord señaló una proyección cónica central, diciendo:

- ¡Miren! ¡Está brotando! - La cabeza de Abuelito, en armonía con el resto del cuerpo, tenía casi cuatro metros de alto, e igual ancho. Su piel era gruesa y brillante, como la de un saurio, para mantener lejos a los parásitos; pero hasta hacía dos semanas había mantenido su aspecto de una prominencia informe, similar a la de las otras balsas. Ahora de todas las superficies del cono partían unos raros brotes largos, similares a alambres verdes. Algunos se hallaban retorcidos en apretados resortes, otros colgaban

laciamente sobre la plataforma. La parte superior del cono estaba sembrada de rojos nódulos, como si fueran pecas, que no existían antes. Abuelito parecía estar enfermo.

- Bien - dijo Nirmond -, parece que así es. Está brotando.

Grayan emitió un sonido ahogado. Nirmond miró a Cord, asombrado.

- ¿Es esto lo que te preocupa, Cord?

- ¡Claro, claro! - comenzó a decir Cord, nerviosamente. No había captado la ironía de la frase; se sentía ansioso y temblaba -. Nunca he visto a ninguno así...

Entonces se interrumpió. Por la expresión de sus caras pudo ver que no lo habían entendido, o bien que, aunque así fuera, no iban a dejar que tales problemas se interfirieran con sus planes. Las balsas estaban clasificadas como inofensivas, de acuerdo a los reglamentos. Hasta que no se probara lo contrario, se las seguiría considerando así. Aparentemente no se discutían los reglamentos, aunque uno fuera la Regente General. No había tiempo que perder.

Cord pensó nuevamente.

- Miren... - comenzó a decirles.

Lo que quería explicarles era que Abuelito, con un factor agregado, ya no era el Abuelito que conocían. Era, en realidad, una forma enorme e impredecible de vida, que debía ser investigada con todo cuidado hasta que se estuviera seguro de lo que quería significar el factor agregado.

Pero no hubo caso. Todos sabían lo que pensaba. Se quedó mirándolos sin saber qué hacer ni qué decir. Dana se volvió a Nirmond.

- Tal vez será mejor que veas lo que pasa. - No agregó para tranquilizar al muchacho, pero sabían que era lo que pensaba, se dio cuenta de que se había ruborizado. Pensaban Cord que tenía miedo, lo cual era verdad; y lo estaban compadeciendo, a lo cual no tenían derecho. Pero no había nada que él pudiera hacer, salvo ver a Nirmond cruzar la plataforma. Abuelito tembló ligeramente, pero las balsas siempre hacían eso cuando alguien subía a ellas. El encargado de la estación se paró frente a uno de los brotes, lo tocó y luego lo golpeó ligeramente. Alzando la mano, probó la consistencia de uno de los filamentos.

- ¡Muy extraños! - dijo, dirigiéndose hacia los otros. Miró nuevamente hacia donde estaba Cord -. Bien, todo parece ser inofensivo, Cord. ¿Subimos a bordo?

Era como un sueño en que uno grita y grita sin que nadie pueda oírlo. Cord subió a la plataforma, detrás de Dana y de Grayan, sintiendo las piernas rígidas. Sabía que si hubiera vacilado un solo instante, habría oído que alguien decía, en una voz suave:

- No tienes que venir si no quieres, Cord.

Grayan había sacado la pistola de calor de la funda, y se disponía a hacer que Abuelito se moviera, dirigiéndose hacia los canales de la bahía Yoger.

Cord extrajo su propia pistola y, con brusquedad, dijo:

- ¡Eso me corresponde hacerlo a mí!

- Muy bien, Cord - le dirigió una breve mirada impersonal, como si lo hubiera visto por primera vez ese día, y se hizo a un lado.

¡Eran tan condenadamente corteses! Cord pensó que más valía que se hiciera a la idea de que lo devolvían a Vanadia lo antes posible.

Durante un rato, Cord pensó que ojalá pasara algo terrible, catastrófico, que les sirviera de lección. Pero no sucedió nada. Como siempre, Abuelito se estremeció débilmente cuando sintió que el calor mordía uno de sus bordes, y luego decidió apartarse. Lo que era habitual. Debajo del agua, donde no se podían ver, estaban las partes funcionantes de la balsa: cortas estructuras en forma de hoja, destinadas a actuar como paletas y movilizar el todo, junto con los órganos en forma de red que mantenían alejados a los animales que pudieran atacarla. También se hallaba allí situada la gran cantidad de raicillas que permitían su nutrición, que extraía del fondo barroso de la bahía, y con las cuales se mantenía sujeto.

Las paletas comenzaron a batir el agua, la plataforma se estremeció, las raicillas se soltaron y Abuelito comenzó a moverse majestuosamente.

Cord cerró la llave del calor, volvió a ponerse la pistola en la cartuchera y se puso de pie. Una vez en marcha, las balsas tendían a mantenerse en el mismo paso lento, durante un largo rato. Para pararlas se les disparaba un rayo calorífico en la parte delantera, y para que cambiaran de dirección se hacía lo mismo en la parte opuesta de la plataforma a la que uno deseara dirigirse.

Era muy simple. Cord no miraba a los otros. Todavía se sentía afectado por lo sucedido. Veía pasar la vegetación de las orillas que, cuando clareaba, le permitía distinguir la expansión neblinosa, tachonada de amarillos, azules y verdes de la bahía. Hacia el Oeste se hallaban los estrechos Yoger, llenos de peligrosos vericuetos cuando había mareas, y más allá el mar abierto, las profundidades de Zlanti, que formaba en sí todo un mundo, y del cual muy poco sabía hasta el momento.

Súbitamente se dio cuenta de que ya no iba a averiguar nada más. Vanadia era un planeta muy agradable, pero hacía tiempo que carecía de la fascinación de lo desconocido. No era Sutang.

Grayan dijo, desde atrás:

- ¿Cuál es el mejor camino para llegar hasta las granjas, Cord?

- El gran canal de la derecha - contestó. Y agregó, algo resentido -. Hacia allí nos dirigimos.

Grayan se acercó.

- La Regente no quiere verlo todo - dijo en voz baja -. Primero llévanos a los lechos de plankton y de algas. Luego veremos lo que podamos sobre los granos mutantes, durante unas tres horas. Pasa primero por los que mejor hayan rendido, así harás que Nirmond se ponga contento.

Le guiñó un ojo en forma amistosa. Cord la miró, inseguro. Por su forma de comportarse, no se podía asegurar que las cosas fueran mal. Tal vez...

La esperanza floreció en él. Era difícil no simpatizar con la gente del equipo, a pesar de que se pusieran algo pesados con sus reglamentos. Tal vez esta serie de propósitos le daba un importante impulso de vitalidad, además de tomarlos estrictos en demasía consigo mismos y con los demás. Además, el día no había terminado aún. Tal vez pudiera hacer méritos frente a la Regente. Algo podría suceder.

Cord comenzó a imaginar una alegre e improbable visión de un enorme monstruo de la bahía, que se precipitara sobre la balsa con las fauces abiertas, y se vio a sí mismo volándole la cabeza antes de que nadie, especialmente Nirmond, se diera cuenta del peligro. Los monstruos de la bahía se apartaban a la vista de Abuelito, pero tal vez hubiera alguna forma de que alguno se tentara.

Hasta entonces Cord había dejado que sus sentimientos lo controlaran. ¡Era hora de comenzar a pensar!

Primero, Abuelito debía de ser considerado. ¡Así que había largado esos brotes rojizos, y esos largos tallos! El propósito era desconocido, pero no se observaban cambios en su forma habitual de comportarse. Era la más grande de las balsas de este extremo de la bahía, si bien todas habían crecido lentamente durante el tiempo que hacía que Cord estaba aquí. Las estaciones en Sutang cambiaban lentamente; su año equivalía a algo así como cinco de la Tierra. Todavía los miembros del equipo no habían asistido al paso de un año entero.

Por lo tanto, parecía ser que Abuelito estaba pasando por una serie de transformaciones estacionales. Las otras balsas, aún no totalmente desarrolladas, presentarían signos similares algo más tarde. Estas plantas-animales debían de estar floreciendo, preparándose para multiplicarse.

- Grayan - preguntó -, ¿cómo es el comienzo de la vida de estas balsas?

Grayan pareció halagada, y las esperanzas de Cord aumentaron. ¡Sea como fuere, Grayan estaba de su lado!

- Aún nadie lo sabe - contestó la muchacha -. Hace poco estuvimos hablando sobre esto. Alrededor de la mitad de la fauna de los pantanos de la costa del continente parece pasar por un estado larval en el mar - Señaló los brotes rojos de la balsa -. Pareciera que Abuelito va a producir flores, y que luego el viento o las corrientes llevarán las semillas a los estrechos.

Estas conjeturas eran razonables. También le pareció a Cord que los cambios sufridos por Abuelito podrían ser lo suficientemente acentuados como para justificar su deseo de no subir a bordo. Cord estudió la cabezota coriácea una vez más, tratando de aferrarse a sus esperanzas. Ahora notó una serie de hendiduras en la capa dura que la cubría que no había visto dos semanas antes. Pareciera como si Abuelito se fuera a descoser. Lo que tal vez indicara que las balsas, por grandes que fueran, tal vez no sobrevivieran todo un ciclo estacional, sino que podría ser que florecieran y murieran, aproximadamente en esta época de Sutang. De todas formas, era de esperar que Abuelito no se sumiera en una decadencia senil antes de que completaran el viaje por la bahía.

Cord dejó de pensar en la balsa. Ahora comenzó a considerar la otra parte de su sueño. Tal vez realmente un monstruo complaciente se apresurara a atacarlos, dándole la posibilidad de demostrarle a la Regente que no era un cobardón.

Porque no cabía duda de que, en efecto, había monstruos.

Se los podía ver moverse si, arrodillándose al borde de la plataforma, se miraba a través de las aguas claras, de color vinoso, del profundo canal. Cord podía distinguir una buena variedad de ellos en todo momento.

Para empezar, había cinco o seis mordedores. Parecían grandes cangrejos de río, achatados, de color marrón achocolatado, con manchas rojas y verdes en los caparazones. En algunas zonas había tantos que uno podía preguntarse de qué se alimentaban, si bien se sabía que prácticamente comían de todo, hasta legar a masticar el lodo en el que descansaban. Pero preferían que su alimento fuera vivo, y de tamaño grande. Razón por la cual era mejor no irse a bañar a la bahía. A veces atacaban a los botes; pero la forma nerviosa en que los que estaban a la vista escurrían el bulto, dirigiéndose hacia los lados del canal, demostraba bien a las claras que no querían enfrentarse con una de las grandes balsas.

El fondo estaba sembrado de unos agujeros de algo menos de un metro de diámetro, que por el momento parecían estar vacíos. Normalmente se hallaban ocupados por una cabeza en cada uno. Estas cabezas poseían tres mandíbulas aguzadas que se mantenían pacientemente abiertas, configurando una serie de trampas que hacían presa en cualquier cosa que pasara al alcance de los largos cuerpos vermiformes que se encontraban detrás de las cabezas. Pero el paso de Abuelito, con sus agujijones flotantes como extraños gallardetes, hacía que estos raros gusanos se ocultaran, asustados.

Por otra parte, los otros animales eran más bien pequeños, y aquí y allá aparecía una llamarada de un escarlata maligno, hacia la izquierda de la balsa, surgiendo de entre la vegetación. Una nariz aguzada se volvía hacia donde estaban.

Cord observó al animal sin moverse. Conocía a esta extraña criatura, si bien no era muy abundante en la bahía. La sabía rápida y maligna, lo suficientemente ágil como para cazar al vuelo a las chinches de los pantanos cuando volaban cerca de la superficie. Una vez había molestado a una, haciéndola saltar sobre una balsa que estaba inmóvil, donde había realizado frenéticos movimientos hasta que pudo matarla.

No había necesidad de utilizar carnadas. Con un pañuelo podría hacerlo, si no le importaba arriesgar el brazo.

- ¡Qué extrañas criaturas! - dijo la voz de Dana, detrás de él.

- Son cobardonas - dijo Nirmond -. Y verdaderamente útiles, pues mantienen a raya a las chinches gigantes.

Cord se puso de pie. Era mejor que ahora no gastaran bromas. La vegetación que se hallaba a la derecha hervía de mordedores. Toda una colonia. Tenían un aspecto vagamente similar a las ranas, del tamaño de un hombre o más grandes. De todas las criaturas de la bahía, eran las que menos gustaban a Cord. Los flácidos cuerpos se sujetaban a las hierbas, de unos seis metros de alto, que rodeaban el canal, gracias a cuatro delgaduchas patas. Casi no se movían, pero sus enormes ojos saltones parecían no perderse nada de lo que pasaba alrededor. De vez en cuando se acercaba una de las chinches de agua, entonces el bicho carnívoro abría su boca enorme, vertical, con una doble hilera de dientes, y extendiendo la parte anterior de la cabeza con un movimiento relámpago hacía desaparecer a la chinche. Tal vez fueran útiles, pero Cord los odiaba.

- Nos llevará todavía diez años poder determinar el ciclo completo de la vida de la costa - dijo Nirmond -. Cuando establecimos la estación de bahía Yoger no existían estas cabezas amarillas. Sólo las vimos al año siguiente. Aún con trazas de la forma larvada, oceánica; pero la metamorfosis fue casi completa. Alrededor de unos treinta centímetros de largo...

Dana hizo notar que los mismos esquemas se repetían en uno y otro lugar. La Regente inspeccionaba la colonia de cabezas amarillas con sus prismáticos. Finalmente los puso a un lado, miró a Cord y sonrió.

- ¿Cuánto falta para llegar a las granjas?

- Unos veinte minutos.

- La clave de todo - dijo Nirmond - parece ser la bahía Zlanti. En primavera debe ser un verdadero caldo de cultivo.

- Lo es - afirmó Dana, que había estado aquí en la primavera de Sutang, cuatro años atrás, medido en tiempo de la Tierra -. Parecería que solamente ese sector justificaría que se colonizara el planeta. Sin embargo, la pregunta queda planteada: ¿Cómo hicieron estos animales para llegar hasta aquí? - dijo, señalando a los cabezas amarillas.

Fueron hasta el lado opuesto de la base, diciendo algo sobre las corrientes oceánicas. Cord podría haber ido hacia donde se hallaban, pero algo hizo ruido a sus espaldas, hacia la izquierda, y no demasiado lejos. Se quedó vigilando.

Después de un rato vio un cabeza amarilla de gran tamaño. Se había soltado de su rama, y esto causó el ruido. Ahora, casi sumergido del todo, miraba la balsa con ojos desorbitados, de color verde pálido. A Cord le pareció que le miraba directamente a él. Entonces se dio cuenta por qué le desagradaban tanto los cabezas amarillas. Había algo de despierta inteligencia en esa mirada. Algo así como una extraña forma de calcular las cosas. En criaturas como éstas, la inteligencia parecía estar fuera de lugar. ¿Para qué podían necesitarla?

Se estremeció ligeramente cuando el animal se hundió completamente en el agua, dándose cuenta de que intentaba nadar por debajo de la balsa. Pero sobre todo temblaba de excitación. Antes nunca había visto que un cabeza amarilla se desprendiera de las ramas donde se hallaba. El monstruo conveniente que tanto había deseado podía estar tratando de presentarse en una forma completamente inesperada.

Medio minuto después lo vio, zambulléndose para ganar profundidad. De todas formas, no tenía intenciones de subir a bordo. Lo vio acercarse a la línea de animales que seguían a la balsa. Maniobraba entre ellos con movimientos de natación curiosamente humanos. Luego se ocultó debajo de la plataforma.

Se irguió, preguntándose qué se proponía hacer el raro bicho. El cabeza amarilla sabía perfectamente bien de la existencia de los animalejos que habitualmente seguían a las balsas; cada uno de los movimientos que hizo para acercarse parecía tener un fin determinado. Estaba tentado de decirles a los demás lo que había estado observando, pero no dejaba de desear que llegara el momento de triunfo en que pudiera matar frente a los ojos de todos al monstruo que, dejando un rastro baboso, tratara de atacarlos sobre la plataforma.

De todas formas, era casi el momento de dar la vuelta para dirigirse hacia las granjas. Si no sucedía nada hasta entonces...

Siguió vigilando. Habían pasado casi cinco minutos, pero ni signos del cabeza amarilla. Todavía pensando en lo que podría pasar, no del todo tranquilo, aguijoneó a Abuelito con un rayo de calor.

Después de un instante, repitió el estímulo. Entonces inspiró profundamente y se olvidó por completo del cabeza amarilla.

- ¡Nirmond! - llamó.

Los tres se hallaban parados cerca del centro de la plataforma, próximos al cono central, mirando hacia delante, donde se hallaban las granjas. Se dieron la vuelta.

- ¿Qué pasa ahora, Cord?

- ¡La balsa no gira! - les dijo.

- No escatimes el calor esta vez - le contestó Nirmond.

Cord le miró. Nirmond, parado unos pasos delante de Dana y de Grayan como si quisiera protegerlas, estaba algo preocupado. Y no era para menos, pues Cord ya había lanzado el rayo de calor a tres diferentes puntos de la plataforma, pero Abuelito parecía haber desarrollado una súbita anestesia. Se seguían moviendo derechos hacia el centro de la bahía.

Ahora Cord, manteniendo el aliento, graduó la pistola al máximo y disparó hacia la balsa. Un círculo se formó en el lugar de incidencia del disparo, haciéndose una ampolla y tomándose primero marrón y luego negro.

Abuelito se quedó inmóvil. Sin más ni más.

- ¡Sigue! Dispara otra... - Nirmond no terminó de dar la orden.

Se sintió algo así como un estremecimiento gigantesco. Cord trastabilló, acercándose al borde. Entonces el borde de la plataforma se levantó y azotó el agua con un sonido como el de un cañón. Cord cayó hacia delante, acurrucándose. El enorme animal se hinchaba y retorció. Dio otros dos grandes golpes. Finalmente quedó inmóvil. Cord miró para ver dónde estaban los otros.

Se hallaba a unos cuatro metros del cono central. Unos veinte o treinta de los recién aparecidos zarcillos se alargaban hacia donde él estaba, como si fueran extraños dedos verdes. No lo podían alcanzar. La punta del más cercano estaba todavía a unos veinticinco centímetros de sus zapatos.

Pero Abuelito había atrapado a los otros. Se hallaban tumbados cerca del cono, inmovilizados por una red de cuerdas verdes extrañamente vivas.

Cord flexionó las piernas cuidadosamente, preparado para otro golpetazo, pero no sucedió nada. Entonces descubrió que Abuelito se había puesto nuevamente en movimiento, siguiendo su rumbo primitivo. La pistola de calor había desaparecido. Con suavidad, sacó la pistola de Vanadia.

- ¡Cord!, ¿también te alcanzó a ti? - preguntó la Regente.

- No - dijo, en voz baja. Súbitamente comprendió que había pensado que estaban muertos. Se sentía mal, estaba temblando.

- ¿Qué estás haciendo?

Cord miraba la parte superior de Abuelito con ojos hambrientos. Los conos que la formaban eran huecos; el laboratorio consideraba que su función principal era la de encerrar aire para lograr que flotara, pero en esa parte central estaba también el órgano que controlaba las reacciones de Abuelito.

Dijo por lo bajo:

- Tengo una pistola y veinte balas explosivas. Dos de ellas son suficientes para volar el cono.

- No, Cord - le dijo la voz, en la que se traslucía el dolor -. Si esto se hunde moriremos igual. ¿Tienes cargas anestésicas?

- Sí - contestó Cord, mirándole la espalda.

- Dispara a Nirmond y a la muchacha antes que nada. Directamente en la columna, si puedes. Pero sin acercarte.

Cord sintió que no podía argumentar. Se puso cuidadosamente de pie. La pistola disparó dos veces.

- Muy bien - dijo con voz ronca -. ¿Y ahora qué?

Dana se mantuvo en silencio durante un rato.

- Lo siento, Cord, no puedo decirte. Trataré de ayudarte en lo que pueda.

Hizo una pausa de varios segundos.

- Este animal no trató de matarnos, Cord. Lo hubiera podido lograr fácilmente. Es increíblemente fuerte. Lo vi cuando rompió las piernas de Nirmond. Pero tan pronto como dejó de moverse, tanto él como nosotros, nos sujetó. Ambos se hallaban inconscientes...

- Tienes que pensar qué se puede sacar en conclusión de todo esto. También trató de sujetarte con sus zarcillos, o lo que sean, ¿no es así?

- Así lo creo - dijo Cord, todavía temblando. Esto era lo que había pasado, y en cualquier momento Abuelito iba a volver a tratar de hacer.

- Ahora nos está dando algo así como un anestésico gracias a estos zarcillos. Con muy finos agujones. Me invade una sensación de adormecimiento... - La voz de Dana se apagó por un momento. Luego dijo claramente -: ¡Cord!, parece que somos alimentos que está tratando de almacenar. ¿Comprendes?

- Sí - contestó él.

- Es tiempo de tener semillas. Son análogos. La comida viva probablemente sólo se ha de usar para las semillas, no para la balsa. ¡Quién iba a saberlo! ¡Cord!

- Aquí estoy.

- Quiero mantenerme despierta todo lo que me sea posible - le dijo Dana -. Pero tienes que tratar de pensar. Esta balsa va a alguna parte. A algún lugar especialmente favorable, que puede hallarse cerca de la costa. Tal vez entonces puedas hacer algo. Tú serás quien deberá decidir. Trata de mantener la cabeza fría y no hagas locuras heroicas. ¿Entendido?

- Por supuesto. Entendido - le dijo Cord. Se dio cuenta de que hablaba en tono seguro, como si no lo estuviera haciendo con la Regente sino con alguien como Grayan.

- Nirmond fue quien peor lo pasó - dijo Dana -. La muchacha perdió el sentido inmediatamente. Si no fuera por mi brazo... Bueno, si podemos encontrar ayuda en unas cinco horas, más o menos, todo va a ir bien. Hazme saber si sucede algo, Cord.

- Así lo haré - dijo el muchacho, dulcemente. Luego apuntó cuidadosamente entre las escápulas de Dana y disparó otra cápsula anestésica. El cuerpo de la Regente se relajó lentamente.

Cord no hallaba razón para que se mantuviera despierta, puesto que no se iban a acercar a la costa.

Atrás habían quedado los cúmulos de vegetación y los canales, sin que Abuelito hubiera modificado su dirección en absoluto. ¡Se movía hacia el interior de la bahía, y estaba arrastrando a algunos acompañantes!

Cord pudo contar siete grandes balsas a unos tres kilómetros a la redonda; en las tres más cercanas distinguió similares brotes de zarcillos. Viajaban en línea recta, hacia un punto común que parecía ser el centro rugiente de los estrechos Yoger, a unos cuatro kilómetros y medio de distancia.

Más allá de los estrechos, ¡las profundidades frías de Zlanti, las nieblas y el mar abierto! Puede ser que fuera tiempo de distribuir las semillas, pero estas balsas no iban a hacerlo en la bahía.

Cord era un excelente nadador. Tenía una pistola y tenía un cuchillo. A pesar de lo que había dicho Dana, tal vez consiguiera salvarse de los predadores del agua. Pero las posibilidades indudablemente eran pocas. Y no se iba a comportar como si no hubiera otra solución. Al contrario, pensaba mantener la cabeza fría.

Salvo una rara casualidad, no se podía esperar que nadie viniera a buscarlos. Si decidieran hacerlo, examinarían los alrededores de las granjas. Allí había muchas balsas. De vez en cuando alguien desaparecía. Cuando se lograra saber qué había sucedido en esta ocasión en especial, sería demasiado tarde.

Tampoco había posibilidades de que fuera advertida, por lo menos en las próximas horas, la migración de las balsas hacia los estrechos Yoger. Tierra adentro había una estación meteorológica, del lado norte de los estrechos, que ocasionalmente utilizaba un helicóptero. Era muy improbable, decidió Cord, que salieran justo ahora, así como que un transporte a chorro descendiera lo suficiente como para verlos.

Tuvo que enfrentarse decididamente con el hecho de que sería quien daría las soluciones, tal como había dicho la Regente. Cord nunca se había sentido tan solo.

Simplemente porque era algo que debería probar tarde o temprano, comenzó ensayando un comportamiento que sabía que no daría resultado. Abrió la recámara anestésica y contó cincuenta dosis, algo apresuradamente porque no quería tener que pensar para qué podía llegar a necesitarlas. Vio que quedaban todavía unas trescientas cargas, así que seguidamente procedió a dispararle a Abuelito un tercio de las mismas.

Luego esperó. Una ballena podría haber mostrado signos de somnolencia con una dosis mucho menor. Pero la balsa permaneció imperturbable. Tal vez hubiera ciertos sectores que habían quedado algo insensibles, pero sus células no eran capaces de distribuir el efecto soporífero de la droga.

No había nada más que a Cord se le ocurriera que podía hacer antes de que llegaran a los estrechos. Calculó que a la velocidad que llevaban estarían allí en menos de una hora; y pensó que cuando arribaran iba a tratar de llegar a tierra nadando. No pensó que

Dana desaprobaría la idea, dadas las circunstancias. Si la balsa lograba llevarlos hacia mar abierto, no tenían muchas posibilidades de sobrevivir.

Mientras tanto, Abuelito iba volviéndose más y más veloz. Además, sucedían otras cosas, menos importantes, pero capaces de preocupar a Cord. Los brotes rojos se abrían lentamente para dejar salir unas especies de raros gusanos, color escarlata, delgados y viscosos, que se retorcían débilmente, se extendían y luego volvían a retorcerse, desperezándose en el aire. Las hendiduras verticales que había notado en la estructura se ensanchaban, dejando salir, en algunas partes, un líquido oscuro y espeso.

En otras circunstancias, Cord hubiera observado fascinado estos cambios de Abuelito. Ahora sólo pudo mirarlos con sospechosa atención, porque no sabía qué podían anunciar.

Entonces algo horrible sucedió. Grayan comenzó a quejarse en voz alta, y se dio la vuelta, retorciéndose. Luego Cord fue consciente de que no había pasado un segundo antes de que interrumpiera sus esfuerzos con otra cápsula anestésica, pero los zarcillos habían estrechado aún más su presión, no ya en forma elástica, sino como enormes espolones, que mordían en su carne. Si Dana no le hubiera advertido...

Pálido y cubierto de un sudor frío, Cord bajó lentamente el arma, viendo que los zarcillos se aflojaban. Grayan no parecía estar lastimada, y hubiera sido la primera en advertir que su luna asesina podría haberse dirigido, en forma igualmente inteligente, hacia una máquina. Pero no pudo evitar el luchar rabiosamente contra el deseo de convertir la balsa en una pobre masa desgarrada de restos.

En lugar de esto, y revelando un mayor sentido común, les suministró a Dana y a Nirmond otra dosis, para impedir que sucediera lo mismo. Sabía que esa cantidad mantendría a los tres compañeros dormidos e insensibles durante varias horas. Cinco dosis...

Trató de apartar esta idea, pero sin éxito. Volvía una y otra vez, hasta que tuvo que enfrentarla. Cinco dosis dejarían a los tres completamente inconscientes, sucediera lo que sucediese, hasta que murieran por otras causas o se les administrara un agente que obrara como antídoto.

Espantado, se dijo a sí mismo que no podía hacer una cosa semejante. Sería lo mismo que matarlos.

Pero, a pesar de todo, con pulso firme, se halló levantando el fusil y disparándoles hasta completar una dosis de cinco cápsulas para cada uno. Y si bien fue la primera vez en los últimos cuatro años que Cord había tenido ganas de llorar, también advirtió que comprendía entre otras cosas, lo que quería decir usar su criterio propio.

Poco menos de media hora después vio una balsa, grande como la que ellos montaban, que entraba en las aguas turbulentas de los estrechos, a corta distancia de donde estaban, y que era llevada violentamente hacia un lado, por la fuerte corriente. Se tambaleó y giró, trató de enderezarse, nuevamente fue arrastrada, pero finalmente se afianzó en su curso. No como un pobre vegetal, sino como un ser con un propósito inteligentemente pensado, que quiere mantenerse en una dirección.

Parecían ser casi completamente insumergibles.

Cuchillo en mano se acurrucó en la plataforma, viendo que los estrechos, rugientes, se hallaban hacia delante. Cuando la balsa saltó y tembló debajo de él, clavó y cortó con el cuchillo, asegurándose bien. Se sintió cubierto por el agua fría, y Abuelito comenzó a estremecerse, como si fuera una máquina demasiado exigida. Cord se horrorizó, pensando que la balsa podría llegar a soltar a sus prisioneros humanos, en su lucha por mantenerse a flote. Pero subestimó a Abuelito, que no soltó su presa.

Súbitamente, se aquietó. Ahora pasaban por un lugar en calma, y vio a otras tres balsas no lejos de donde ellos estaban.

Los estrechos parecían haberlas juntado, pero aparentemente no les era totalmente indiferente la presencia de sus compañeras.

Cuando Cord se puso de pie, temblando, y comenzó a quitarse las ropas, vio que se apartaban con gusto unas de otras. La plataforma de una se hallaba semisumergida. Debía haber perdido gran parte del aire que la mantenía a flote, y tal como sucedería con un buque pequeño, hacía agua.

Desde donde estaba, sólo tenía que nadar unos tres kilómetros para llegar a la costa norte de los estrechos, y desde allí alcanzaría la estación meteorológica en otro kilómetro y medio de trayecto. No sabía nada sobre las corrientes, pero la distancia no era excesiva, así es que no se consolaba al pensar que debería desprenderse de su cuchillo y su fusil. Las criaturas de la bahía amaban el calor y el fondo de barro, así que no se aventuraban más allá de los estrechos. Pero las profundidades de Zlanti albergaban gran número de predadores propios, si bien nunca se los veía tan cerca de la costa.

Parecía que las cosas podían empezar a ir bien.

Mientras Cord anudaba sus ropas, formando un atado pequeño, sentía los gritos de los animales, que sonaban como los maullidos de gatos curiosos. Miró hacia arriba. Cuatro enormes chinches de agua, que se aventuraban en el mar, pasaron cerca de él, llevando cada una su parásito. Probablemente bichos inofensivos, pero en apariencia temibles debido a sus buenos tres metros de envergadura. El muchacho recordó con preocupación el parásito venenoso y carnívoro que había dejado sin estudiar en la estación.

Una descendió perezosamente hasta acercarse a la balsa. Luego volvió a elevarse un tanto, para descender nuevamente, inspeccionando. El parásito de la chinche, que era su cerebro pensante, no estaba interesado en Cord. Era Abuelito quien lo hacía ir y venir.

Cord observaba fascinado. La parte superior del cono bullía ahora con una masa de expansiones vermiformes, como las que habían comenzado a aparecer antes de que la balsa dejara la bahía. Presumiblemente ésta era la carnada que había atraído al parásito.

La chinche se acercó revoloteando y tocó el cono. Tal como si fuera el resorte de una trampa, se liberaron una serie de zarcillos verdes que se enroscaron en las alas y parecieron incrustarse en el cuerpo grande y blanduzco.

Menos de un segundo después, Abuelito puso en acción su trampa para otro huésped que surgió del agua. Cord tuvo la impresión de ver, súbitamente, a un ser de aspecto similar a una foca pequeña, que pareció brotar del agua con un impulso desesperado y que también quedó atrapada contra el cono, cerca de donde se hallaba el primer animal.

No fue la enorme facilidad con que se produjo esta caza la que dejó a Cord completamente anonadado. Lo que derrumbó sus esperanzas fue la llegada de una criatura que hacía imposible el nadar a tierra. Apareció a corta distancia del muchacho, y entonces vio que de ella huía la presa reciente de Abuelito. Sólo pudo echarle un rápido vistazo, mientras se alejaba de la balsa; pero fue suficiente. El cuerpo, de un blanco marfil y las fauces abiertas, eran suficientemente similares a las de los tiburones de la Tierra como para indicar la naturaleza del perseguidor. La más importante de las diferencias era que no importa donde fueran los blancos cazadores de las profundidades de Zlantí; iban siempre en grandes cantidades.

Anonadado por su mala suerte, y todavía apretando su atado de ropa, Cord se quedó mirando hacia la costa. Sabiendo lo que debía buscar, podía distinguir fácilmente las reveladoras ondas en la superficie, así como los pantallazos de color blanco que súbitamente aparecían y desaparecían.

Lo habrían atrapado como a una mosca si se hubiera lanzado al agua, antes de cubrir la vigésima parte de la distancia a tierra.

Pero pasó casi otro minuto antes de que se diera cuenta del verdadero problema en que se hallaban.

¡Abuelito había empezado a comer!

Cada una de las oscuras grietas situadas a los lados del cono era una boca. Hasta ese momento, solamente una de ellas había entrado en funciones, y todavía no se abría a plena capacidad. Su primer bocado fue el parásito de la chinche, que había arrancado, con sus zarcillos, de su alojamiento habitual. A pesar de lo pequeño que era, le llevó a Abuelito varios minutos el poder devorarlo por completo; pero ya había comenzado.

Cord sentía que enloquecía, allí sentado, apretando su bulto de ropas, y sólo vagamente se daba cuenta de que estaba temblando bajo la ducha de agua fría, mientras atentamente seguía la actividad de Abuelito. Llegó a la conclusión de que pasarían algunas horas antes de que una de esas bocas llegara a ser lo suficientemente flexible y vigorosa como para atacar a un ser humano. En estas circunstancias, poco importaba lo que sucediera a los otros tres compañeros, pero ése sería el momento en que Cord haría volar la balsa en pedazos. Los cazadores blancos eran rápidos, y al muchacho le pareció que podía decidir algo en ese sentido.

Mientras tanto, existía la posibilidad de que el helicóptero que se utilizaba en la estación meteorológica los avistara. En el ínterin, y como sucumbiendo a una extraña fascinación, no podía dejar de pensar en las causas que podrían haber provocado tales

cambios de pesadilla en las balsas. Ahora podía adivinar hacia dónde se dirigían; veía claramente los signos que indicaban que la dirección era seguramente los grandes depósitos de plankton de la bahía Zlanti, a unos mil quinientos kilómetros hacia el norte. Con tiempo, cada uno de estos raros animales emprendían esta ruta, para beneficio de las semillas. Lo que no se podía explicar era el cambio que los había transformado en carnívoros alerta y capaces.

Observó como la loca era arrastrada hasta una de las bocas. Los zarcillos le rompieron el cuello, y después la boca comenzó pacientemente a disponer de un bocado que era aún demasiado voluminoso. Mientras tanto, se seguían escuchando chillidos y unos minutos más tarde dos chinches de agua más fueron atrapadas, agregándose a las presas. Abuelito soltó la boca y comenzó a comerse a una de las chinches. El parásito saltó mordiendo el zarcillo que se acercó para atraparlo; pero tras de una corta lucha quedó muerto sobre la plataforma.

Cord sintió que su poco razonable odio hacia Abuelito renacía con más fuerza. Matar a una de las chinches era similar a arrancar unas hojas de un árbol; prácticamente no tenían sensaciones. Pero el parásito había logrado vivir en sociedad con ella gracias a su inteligencia, y se hallaba más cerca de la especie humana que esa enorme cosa monstruosa que lo había atrapado, igual que a sus compañeros. Sus pensamientos volvieron a dirigirse hacia la curiosa simbiosis en que funcionaban dos criaturas tan disímiles como las chinches y sus compañeros pensantes.

Súbitamente, apareció en su cara una expresión de sorpresa. ¡Ahora comprendía!

Cord se puso de pie rápidamente, temblando de excitación, con todo un plan completo en su mente. Al instante, una docena de zarcillos viborearon con extraña rapidez hacia él. No pudieron alcanzarlo, pero su reacción, rápida y salvaje, inmovilizó al muchacho. La plataforma temblaba bajo sus pies, como si la invadiera la irritación de no poder llegar a apresarlos. Afortunadamente, en ese lugar no podía movilizarse para ponerlo cerca del alcance de los zarcillos, como sucedía más hacia el borde.

De todas formas, era un aviso que no convenía desestimar. Cord se fue deslizando cuidadosamente alrededor del cono hasta alcanzar la posición que deseaba, en la mitad anterior de la balsa. Allí esperó. Esperó largos minutos hasta que su corazón dejó de latir irregularmente y hasta que se calmaron los movimientos frenéticos de los zarcillos. Sería muy importante que durante uno o dos segundos, después que hubiera comenzado a moverse nuevamente, Abuelito no se diera exacta cuenta de donde estaba.

Miró hacia atrás para ver la distancia que los separaba de la estación de los estrechos. Calculó que no estaría a más de una hora. Eso quería decir que estaba bastante cerca, de acuerdo al más pesimista de los cálculos, si lo demás salía bien. No se puso a pensar en detalle qué era ese algo más puesto que existían inúmeros factores que no se podían calcular por anticipado. Además, sentía que si especulaba demasiado sobre esto sería incapaz de llevar más hacia adelante su plan.

Finalmente, moviéndose con todo cuidado, Cord fue extrayendo el cuchillo, que mantuvo en su mano izquierda, pero dejó la pistola en su funda. Levantando el bulto de ropas sobre su cabeza, lo balanceó en su mano derecha. Con un movimiento largo y suave, tiró el atado hacia el extremo opuesto de la plataforma.

Al caer, hizo un ruido sordo. Inmediatamente, toda esa sección de la balsa se plegó y azotó el agua, tratando de poner al objeto en contacto con los zarcillos.

Simultáneamente, Cord se lanzó hacia adelante. Por un momento, su intento de distraer la atención de Abuelito tuvo éxito, luego cayó de rodillas al comenzar nuevamente a moverse la plataforma.

Se hallaba a unos dos metros del borde. Cuando volvió a azotar el agua, siguió tratando, desesperadamente, de avanzar.

Un instante después se hallaba atravesando, con su cuchillo preparado, el agua fría y clara, delante de la balsa, y luego se sumergió una vez más.

La balsa le pasó por encima. Montones de pequeñas criaturas del mar escapaban por la jungla de raíces oscuras que las alimentaban. Cord evitó, con un sobresalto, una criatura verde y vidriosa, de las de aguijón, y sintió un dolor quemante en uno de los lados del cuerpo, lo que le hizo notar que no había podido evitar a otra. Pasó, con los ojos cerrados, por los cúmulos de raíces que cubrían el fondo de la balsa, y finalmente se halló dentro de la burbuja central por debajo del cono.

Lo rodeó una media luz y un aire maloliente y cálido. El agua, azotándolo, lo arrastró. No había aquí nada donde sujetarse. Luego vio encima de él, hacia la derecha, como moldeado dentro de la curva interior del cono, y con apariencia de haber crecido allí desde un comienzo, la forma con aspecto de sapo, del tamaño de un hombre, de cabeza amarilla.

El compañero inseparable de la balsa.

Cord atrapó al ser simbiótico de Abuelito, y guiado por una de sus flácidas patas posteriores, emergió, acuchillándolo hasta que no notó más vida en los pálidos ojos verdes.

Había calculado que el compañero de la balsa necesitaría un segundo o dos para apartarse de la misma, tal como sucedía con las otras criaturas similares a él, antes de poder defenderse. Sólo había llegado a dar la vuelta a la cabeza; su bocaza mordió el brazo de Cord por encima del codo. Su mano derecha hundió el cuchillo en uno de los ojos, y el cabeza amarilla se apartó con un salto, llevándose el cuchillo lejos de su alcance.

Deslizándose hacia abajo, tomó la flácida extremidad con ambas manos, y tiró con todas sus fuerzas. Durante un momento más, el cabeza amarilla no soltó la presa. Entonces las innúmeras prolongaciones nerviosas que lo conectaban con la balsa se liberaron con una sucesión de ruidos succionantes y desgarrantes. Finalmente, Cord y el cabeza amarilla llegaron al agua juntos.

Otra vez la selva de negras raíces, y dos sensaciones de dolor punzante en su espalda y piernas. Pensando que el cabeza amarilla habría muerto por estrangulación, Cord lo soltó. Por un momento vio descender, girando, un cuerpo que poseía extraños movimientos humanoides; luego fue desplazado por el impulso del agua, cuando un

cuerpo grande y blancuzco golpeó contra el animal que descendía, y siguió hacia delante.

Cord subió a la superficie a unos tres metros por detrás de Abuelito, y esto hubiera sido el final de la historia si no fuera porque la balsa estaba aminorando su marcha.

Luego de dos intentos llegó a trepar nuevamente a la plataforma, y allí se quedó, tosiendo y respirando anhelosamente. No había indicaciones de que su presencia fuera desagradable. Unos pocos zarcillos se retorcieron intranquilos, como si trataran de recordar sus funciones previas, cuando llegó, cojeando, al lado de sus compañeros, para asegurarse de que aún respiraban. Cord sólo pudo darse cuenta de eso.

En realidad, seguían respirando, y no intentó curar sus heridas, puesto que no había tiempo que perder. Tomó la pistola de calor que Grayan guardaba en su cartuchera. Abuelito se había parado.

Cord aún no podía razonar correctamente, de otro modo hubiera comenzado a preocuparse pensando si Abuelito, tan violentamente privado de la ayuda de su compañero, iba a ser capaz de moverse. El muchacho se limitó a determinar la dirección aproximada de la Estación Principal de los Estrechos, y eligiendo un lugar correspondiente de la plataforma, dio a la balsa un toque de calor.

Al principio, no pasó nada. Cord suspiró y subió el control del calor. Abuelito tembló levemente. Cord se puso de pie.

Primero en forma lenta y vacilante, pero luego con mayor brío y precisión, si bien ahora ya carecía de la cabeza que le guiaba, Abuelito se dirigió hacia donde se hallaba la estación.

LA JIRAFAS AZUL

L. Sprague De Camp

Athelstan Cuff vio con asombro, para decirlo suavemente, que su hijo estaba llorando. No era que tuviera ideas exageradas acerca del estoicismo de Peter, pero la verdad era que nunca lloraba. Es cierto que, para ser un chico de doce años, tenía un control de sí mismo que a veces podía llegar a confundirse con hosquedad. Y ahora estaba lloriqueando. Debía de estar sucediendo algo terrible. Cuff dejó a un lado el manuscrito que estaba leyendo. Era el editor de la Revista Biológica; su figura era la de un macizo inglés, con cabello prematuramente blanco, y una fuerza física que parecería corresponder a trabajos más pesados. Parecía un poco una langosta de mar, que ha sido ya hervida una vez y que no desea repetir la experiencia.

- ¿Qué te pasa? - preguntó.

Peter se secó los ojos y miró a su padre con aire calculado. Cuff deseaba, a veces, que no fuera tan racional. Un poco de locura de niño hubiera venido bien en ciertas circunstancias.

- Vamos, vamos, amigo, ¿qué pasa? ¿De qué sirve tener padre si no se le dice lo que sucede?

Peter finalmente lo largó.

- Algunos tipos - se interrumpió para sonarse la nariz. Cuff pestañeó un poco molesto por el lenguaje. Su única objeción a la venida a Norteamérica lo constituía el lenguaje que su hijo comenzaba a adoptar. Como no creía en la utilidad de estar permanentemente señalándosele a Peter, trataba de sufrir en silencio.

- Algunos tipos dicen que no eres mi padre...

Al fin lo había dicho, pensó Cuff, tal como iba a suceder tarde o temprano. No debía haber pospuesto la revelación al niño durante tanto tiempo.

- ¿Qué quieres decir? - dijo enojado.

- Dicen - sniff - que me adoptaste.

Cuff hizo un esfuerzo.

- ¿Y qué hay con eso? - Trató de que la situación estuviera cubierta por el desprecio que manifestaba hacia la mala pronunciación.

- No te entiendo. ¿Cómo «y qué hay con eso»?

- Por supuesto que me entiendes. No veo cuál es el problema. No hay un ápice de diferencia para tu madre o para mí, así que no veo por qué ha de haberla para ti.

Peter quedó un rato pensativo.

- ¿Podrías mandarme lejos algún día, porque soy adoptado?

- ¿Así que eso es lo que te preocupa? Por supuesto que no. Legalmente eres tan hijo nuestro como... el que más. Pero ¿qué pudo darte la idea de que te íbamos a mandar lejos? Me gustaría encontrarme con alguien que quiera separarte de nosotros.

- No, simplemente me preguntaba.

- Bueno, uno siempre imagina cosas. No queremos mandarte lejos. Y, aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo. Todo está perfectamente bien, créeme. Muchas personas son adoptadas y a nadie le importa. No te molestaría si alguien tratara de gastarte bromas porque tienes una nariz, dos ojos y una boca, ¿verdad?

Peter había vuelto a recobrar la calma.

- ¿Cómo sucedió?

- Es una larga historia. Te la contaré si lo deseas.

- Si.

- Ya te he contado - comenzó Athelstan Cuff - que, antes de venir a Norteamérica, trabajé durante varios años en Sudáfrica. También te conté cómo mis tareas se referían a los elefantes, leones y otros animales, y la manera en que llevé algunos rinocerontes de Swazilandia al Parque Kruger. Pero nunca te he hablado acerca de la jirafa azul.

Alrededor de 1940, varios gobiernos de Sudáfrica consideraban la creación de un parque que no fuera meramente una reserva para turistas, sino un área, mantenida en estado de completo salvajismo natural, para el uso exclusivo de científicos y otros estudiosos. Finalmente se eligió el delta del río Okavango, en Ngamilandia, puesto que era una zona suficientemente grande y poco poblada.

Las razones por las que tenía pocos habitantes eran bien simples: a nadie le gusta establecerse en un lugar en que no es nada raro encontrar la casa y la granja debajo de un metro de agua, de la noche a la mañana. Y también es irritante ir a pescar a un lago que uno conoce bien, para encontrarse con que se ha convertido en una extensión de césped, donde comienzan a brotar los árboles.

Por tales razones, los batawana, que era la tribu en cuyas tierras se hallaba el delta, dejaron lentamente esta caprichosa extensión de tierra pantanosa al elefante y al león. Los pocos batawana que vivían en y cerca del delta fueron indemnizados y adecuadamente trasladados. Las oficinas representantes del poder de la Corona en el Protectorado de Bechuanalandia dictaron las leyes que se requerían contra la

enajenación de las tierras tribales permitiendo la ocupación del delta y territorios adyacentes, y denominaron al lugar Parque Jan Smuts...

Cuando Athelstan Cuff se bajó del tren en Francistown, en septiembre de 1976, la lluvia de primavera desprendía una nubecilla de humo de la plataforma. Un negro, vestido con ropas color kaki, apareció saliendo de la sombra y le dijo:

- ¿Es usted Mr. Cuff, de Ciudad del Cabo, verdad? Yo soy George Mtengeni, el alcalde de Smuts. Mr. Opdyck me escribió avisándome de su llegada. El auto está al llegar.

Cuff le siguió. Había oído hablar de George Mtengeni. No era un chwana, sino que era un zulú de cerca de Durban. Cuando se había fundado el parque, los batawana habían considerado que el alcalde debería de elegirse entre los tawana. Pero los makoba, que estaban muy decididos a cuidar su independencia de sus amos previos, los batawana, insistieron en que fuera uno de los suyos. Finalmente, la oficina correspondiente había zanjado el pleito eligiendo a un hombre de otra tribu. Mtengeni tenía la piel renegrida y la nariz delgada que se hallaba en tantos miembros de los kaffir bantú. Cuff pensó que probablemente el alcalde tenía una mala opinión de los chwana en general y de los batawana en particular.

Subieron al auto. Mtengeni dijo:

- Espero que no le importe tener que viajar tanto. Lamento que no haya podido venir antes; ahora las tierras bajas están completamente anegadas.

- Ya veo - dijo Cuff -. ¿Cómo está el Mababe este año?

Se refería a la hondonada conocida como lago, pantano o depresión, dependiendo de la cantidad de agua que alojara en un momento dado.

- El Mababe es un lago ahora, un bello lago lleno de árboles sumergidos y de hipopótamos. Creo que el Okavango se desplaza nuevamente hacia el norte. Eso significa que el lago Ngami se volverá a secar.

- Indudablemente. Pero, dígame, ¿qué hay acerca de esa jirafa azul? La carta tenía muy pocos informes.

Mtengeni sonrió, mostrando sus blancos dientes.

- Apareció en el borde del bosque Mopane hace unos diecisiete meses. Ese fue el comienzo. Desde entonces han sucedido otras cosas raras. Si le hubiera escrito acerca de ellas, seguro que habría ido a la oficina de la Corona diciendo que el alcalde tenía una depresión nerviosa. Lamento tener que mezclarlo en esto, pero me han dicho que no pueden mandar a nadie a investigar.

- Oh, está bien - contestó Cuff -. Me alegré de irme de Ciudad del Cabo, de todas formas. Y no hemos tenido que investigar nada raro desde que Hickey desapareció.

- ¿Desde que quién desapareció? Lo siento, no puedo estar al tanto de todo lo que pasa.

- Eso pasó hace mucho tiempo. Antes de su época e incluso de la mía. Hickey era un científico que se internó en el Kalahari con un camión y un guía xosa, y desapareció. Lo buscaron por toda la región, pero nunca pudieron hallar el más mínimo rastro y la arena cubrió las huellas del camión. Una desaparición verdaderamente rara.

La lluvia seguía mojándolos mientras se internaban en la carretera. Hacia delante, más allá de la cortina de lluvia, se hallaban las vastas praderas de la parte norte de Bechuanalandia, con sus grandes depresiones, y aún más lejos se suponía que existía una jirafa azul, entre otras cosas.

La estructura de acero de la torre vibró mientras subían. Cuando se hallaron arriba, Mtengeni dijo:

- Se puede ver... hacia allá... hacia el oeste... al otro lado del bosque. Eso es a unos treinta kilómetros.

Cuff esforzó la vista.

- Realmente tienen un buen panorama desde aquí. Pero hay demasiada niebla más allá del bosque para ver nada.

- Siempre sucede así, a menos que tengamos buen viento. Allí está. el límite de las ciénagas.

- Estoy realmente asombrado de que pueda cuidar de una zona tan grande estando solo.

- ¡Oh, bien! Los bechuana no dan mucho trabajo. Son honestos... Hasta yo tengo que admitir que tienen algunas buenas cualidades. De todas formas, es fácil internarse en el delta sin perderse en las ciénagas. Tal vez alguien pueda perderse, claro. Le mostraré todo, pero será mejor que los bechuana no se enteren. Mire, Mr. Cuff, allí está nuestra jirafa azul.

Cuff se sobresaltó. Mtengeni era evidentemente el tipo de hombre que anunciaría un terremoto tan simplemente como si fuera la llegada del correo matutino.

A poca distancia de la torre, una media docena de jirafas se movían lentamente en el bosque, alimentándose de las hojas de los árboles. Cuff dirigió los prismáticos hacia ellas. En medio del pequeño rebaño se hallaba la jirafa azul. Cuff parpadeó y volvió a mirar. No había dudas: el animal era de un azul brillante, como si alguien lo hubiera pintado. Athelstan Cuff sospechó que eso era lo que había sucedido. Le comentó su idea a Mtengeni.

El alcalde se encogió de hombros.

- Eso sí que sería una forma rara de divertirse. Sin mencionar que también tendría sus riesgos. ¿Vio algún otro detalle raro en las otras?

Cuff miró nuevamente.

- Sí... ¡caramba!, una de ellas tiene una barba, como un chivo; sólo que de casi dos metros de largo, por lo menos. Dígame, George, ¿qué pasa aquí?

- Yo mismo no lo sé. Mañana, si quiere, le mostraré una de las formas de internarse en el delta. Pero eso queda bastante lejos, así que será mejor que llevemos provisiones para unos dos o tres días.

Mientras viajaban hacia el Tamalakane, pasaron cuatro hombres de los batawana, de aspecto triste y color marrón rojizo, con un atuendo mitad nativo y mitad europeo. Mtengeni hizo que el auto aminorara la marcha para poder mirarlos bien, pero no hallaron evidencias de que hubieran estado cazando ilegalmente.

Mtengeni dijo:

- Desde que los esclavos makoba se liberaron han entrado en... declinación, por así decir. Tienen demasiado orgullo para trabajar.

Se apearon cerca del río.

- No podemos cruzar con el vehículo el vado en esta época del año - explicó el alcalde, cerrando las puertas del auto -. Pero podremos vadear el curso de agua un poco más adelante.

Comenzaron a seguir el sendero, ajustándose las cargas. No había mucho que ver. La visión estaba impedida por las plantas del pantano, altas y de tallos carnosos. El único sonido que se escuchaba era el zumbido de los insectos. El aire ya se sentía caluroso y húmedo, a pesar de que el sol había salido hacía apenas media hora. Las moscas picaban, pero los hombres se habían acostumbrado. Simplemente daban un manotazo y esperaban a ser picados de nuevo.

Hacia delante se sentía un ruido gorgoteante, como si a una sirena le hubiera entrado agua en el mecanismo. Cuff dijo:

- ¿Cómo andan los hipopótamos este año?

- Muy bien. Hay algunos en especial que quisiera que viera. ¡Ah!, aquí estamos.

Habían llegado a un lugar donde las aguas estaban tranquilas. Un hipopótamo repetía su bramido. Cuff vio que había otros, de los cuales se veían solamente las orejas y los hocicos. Uno de ellos se estaba moviendo; Cuff podía ver la pequeña estela en forma de V que surgía de su casi sumergida cabeza. Alcanzó la orilla y salió tambaleándose, chorreando estrepitosamente.

Cuff parpadeó.

- Debo de tener mal los ojos.

- No - dijo Mtengeni -. El hipopótamo... eso es lo que quería que viera.

Era verde y con manchas rosadas.

Miró a los hombres gruñendo con sospecha, y luego volvió a meterse en el agua.

- Todavía no puedo creerlo - dijo Cuff -. Vamos, hombre, esto es imposible.

- Verá más cosas - dijo Mtengeni -. ¿Seguimos?

Hallaron un lugar donde debían vadear; y lucharon con los rápidos hasta cruzar. Entonces comenzaron otra vez a seguir una senda casi borrada. No se oía otra cosa que sus pisadas, el zumbido de los insectos y el ocasional grito de un ave o el paso de un gamo a través de la vegetación.

Caminaron durante algunas horas. De repente, Mtengeni dijo:

- Cuidado. Hay un rinoceronte cerca.

Cuff se preguntó cómo haría el zulú para saberlo, pero de todas formas tuvo cuidado. Poco después llegaron a un claro, donde pudieron ver al animal.

No los distinguió a lo lejos, y no había brisa que pudiera hacerle llegar el olor. Tal vez los oyó, porque levantó la cabeza del pasto donde comía y gruñó una vez, con un ruido similar al de una locomotora. Tenía dos cabezas.

Trotó hacia donde estaban, olfateando.

Los hombres extrajeron los rifles.

- ¡Dios mío! - dijo Athelstan Cuff -. Espero que no tengamos que matarlo. ¡Dios mío!

- No creo - dijo el alcalde -. Es Tweedle. Lo conozco bien. Si se acerca demasiado, apúntele a la base del cuerno. Saldrá corriendo en seguida.

- ¿Tweedle?

- Sí. La cabeza de la derecha es Tweedledee - dijo Mtengeni solemnemente -; la de la izquierda, Tweedledam; a todo rinoceronte lo llamo Tweedle.

Las dos cabezas seguían acercándose. Mtengeni dijo:

- Observe - movió la mano y gritó -: ¡Fuera! ¡Bobo!

Tweedle se detuvo y volvió a bufar. Luego comenzó a dar vueltas en círculo, como un ratón que bailara el vals. Vueltas y vueltas.

- Mejor será que sigamos hacia adelante - dijo Mtengeni -. Va a seguir así durante horas. Verá, Tweedledee es pacífico, pero Tweedledam es peleador. Cuando le grito a Tweedle, Tweedledam quiere agredir, pero Tweedledee quiere escapar. Por tanto, las

patas de la derecha van hacia adelante y las de la izquierda van hacia atrás. Tweedle, entonces, da vueltas. Le lleva bastante tiempo llegar a decidir qué va a hacer.

- ¡Recórcholis! - dijo Athelstan Cuff -. Dígame, ¿tienen algunos animales más como éste en este lugar?

- ¡Oh, sí, muchos! Por eso pienso que debe hacer algo. ¡Hacer algo acerca de esto! - Cuff se preguntó si esto era una conmovedora prueba de confianza en el hombre blanco, o de si Mtengeni lo había hecho venir para divertirse viéndolo correr en inútiles círculos. Mtengeni no daba señales de qué era lo que pensaba.

Cuff dijo:

- George, no puedo comprender por qué alguien no investigó todo esto antes.

Mtengeni se encogió de hombros.

- Traté de que alguien viniera, pero el gobierno no quiso mandar a nadie, y las expediciones científicas no han estado por aquí desde hace muchos años. No sé por qué.

- Yo creo que si lo sé - dijo Cuff -. Antiguamente, la gente, aun la de los países más civilizados, consideraba que un viaje era un proceso dificultoso, así que no le importaba afrontar una serie de problemas. Pero ahora, que se puede llegar a tantas partes en forma cómoda y descansada, a nadie se le ocurre plantearse un viaje a un lugar tan fuera de lo conocido y tan privado de comodidades como Ngamilandia.

Comenzó a sentirse, dominando el del pantano, un olor de carroña. Mtengeni señaló el esqueleto de una corza, a quien todavía no habían descubierto los buitres.

- Por esto es por lo que necesito que arregle esta situación - dijo el encargado. Había una nota de real preocupación en su voz.

- ¿Qué quiere decir, George?

- Mire las patas.

Cuff miró. Las patas delanteras eran solamente la mitad de largas que las traseras.

- Ese animal... - dijo el zulú -. Era natural que no pudiera vivir mucho. En el parque los animales así no son raros. En diez o veinte años mis animales morirán por cosas como ésta. ¿Y entonces, qué?

Se detuvieron cuando anochecía. Cuff se alegró. Hacía largo tiempo que no recorría entre veintidós y veintitrés kilómetros en un día. Tenía miedo de encontrarse envarado al día siguiente. Miró el mapa, tratando de orientarse. Pero los cartógrafos jamás intentaron seguir las huellas de las multifacéticas alteraciones de las ramas del Okavango, y se habían limitado a llenar el delta con pequeños puntos azules y líneas

segmentadas que querían decir terreno pantanoso. En todas direcciones se veía un monótono panorama de agua y tierra. Los dos elementos estaban íntimamente unidos.

El zulú buscaba un lugar seco en que no hubiera serpientes. Cuff oyó que de repente gritaba:

- ¡Tonto! - y le tiraba un terrón duro a lo que parecía ser un tronco. El tronco abrió un enorme par de mandíbulas y se deslizó hacia el agua, silbando indignado.

- Es mejor que hagamos un gran fuego - dijo Mtengeni, mientras buscaba unos leños secos -. No queremos que un cocodrilo o un hipopótamo se nos meta equivocadamente en la tienda.

Luego de comer pusieron en marcha el eliminador de insectos automático, inflaron los colchones y se dispusieron a conciliar el sueño. Hacia el oeste se oyó el rugido de un león. Eso es algo que un habitante de África, nativo o no, no desea escuchar mientras se halla a pie. Pero los hombres no se preocuparon. Los leones no se internaban en las zonas pantanosas. Los mosquitos presentaban un problema más inmediato.

Muchas horas después, Athelstan Cuff oyó a Mtengeni levantarse.

El cuidador dijo:

- Recordé un lugar alto, a un kilómetro y medio, donde hay mucha leña. Voy a tratar de encontrarlo.

Cuff escuchó los pasos de Mtengeni, que se alejaba. Luego el ruido de su propia respiración, pero más tarde oyó algo más. Sonaba como si fuera un grito humano.

Se levantó y trató de ponerse las botas rápidamente. Buscó desesperadamente la linterna, pero Mtengeni se la había llevado.

Luego volvió a oír el grito.

Cuff tanteó hasta encontrar su rifle y su cartuchera en la oscuridad, y salió. Había suficiente luz como para hallar el camino, si se era cuidadoso. El fuego casi se había apagado. Los gritos parecían venir en dirección opuesta a la que había tomado Mtengeni. Eran agudos, como si fueran los de una mujer.

Caminó en esa dirección, encontrando en el camino irregularidades que le hicieron tropezar y finalmente caer en un hoyo de agua. Ahora oía mejor los gritos. No eran en idioma inglés. También se oía una especie de ronquido.

Halló el lugar. Había un pequeño árbol, en cuyas ramas alguien se había encaramado. Debajo del árbol se movía una figura voluminosa. Cuff pudo distinguir unos cuernos, y por tanto consideró que se tenía que enfrentar con un búfalo.

Odiaba tener que disparar. Para un oficial al cuidado del parque, esto era verdaderamente desagradable. Por otra parte, no veía como para apuntar a una zona vital, y no le parecía nada bien la idea de tener que buscar a un búfalo herido en la

oscuridad. Podían moverse con la agilidad de los caballos de carreras, aun a pesar de lo intrincado del lugar.

Pero no podía abandonar en esa situación a un tonto, o a una indefensa mujer nativa. El búfalo, si estaba realmente furioso, esperaría durante días, hasta que su víctima se debilitara y cayera al suelo. O daría topetazos contra el árbol, hasta que se desprendiera quien se refugiaba. O trataría de trepar y clavar sus cuernos en la víctima.

Athelstan Cuff disparó sobre el búfalo. Este se tambaleó y cayó al suelo.

La víctima bajó rápidamente, dando una serie de expresivas gracias en idioma xosa. En un xosa aún peor que el del inglés que la había salvado. Cuff se preguntó qué hacía aquí, a casi mil quinientos kilómetros de la región de los maxosa. Presumió que era una nativa, si bien estaba demasiado oscuro como para ver. Le preguntó si hablaba inglés, pero no pareció entenderlo, así que pasó al dialecto bantú.

- ¿Uveli phi na? - le preguntó seriamente -. ¿De dónde vienes? ¿No sabes que no se permite entrar en el parque sin un permiso especial?

- Izwe kamafene wabantu - replicó ella.

- ¿Cómo dices? Nunca oí hablar de tal lugar. ¡Tierra de los babuinos! ¿A qué tribu perteneces?

- Ingwanza.

- ¡Que eres una cigüeña blanca! ¿Esta es tu idea de una broma?

- No dije que fuera una cigüeña blanca. Ingwanza es mi nombre.

- No te pregunté tu nombre. Te pregunté a qué tribu perteneces.

- Umfene umfazi.

Cuff controló su exasperación.

- Bien, bien, eres una mujer babuino. No me interesa a qué clan perteneces. ¿Cuál es tu tribu? ¿Los batawana, los bamang-wato, los bangwaketese, los barolong, los herero, o cuáles? No trates de decirme que eres una xosa. Ningún xosa tiene un acento como el tuyo.

- Amafene abantu.

- ¿Pero quiénes son los hombres babuinos?

- Gente que vive en el parque.

Cuff tuvo que resistir el impulso de demostrar su furia.

- ¡Te estoy diciendo que nadie vive en el parque! No está permitido. Ahora bien, ¿de dónde vienes y cuál es el lenguaje que realmente hablas? ¿Por qué estás tratando de hablar xosa?

- Ya te he explicado. Vivo en el parque, y hablo xosa porque los amafene abantu hablamos en esa lengua. Es la que nos enseñó Mqhavi.

- ¿Y quién es Mqhavi?

- El hombre que nos enseñó a hablar en xosa.

Cuff desistió de su empresa.

- Bien, bien. Vamos a ver al encargado. Y más vale que tengas una buena razón para haber entrado aquí, o tendrás problemas. Especialmente porque todo esto significó que hubo que matar a un buen búfalo.

Se dirigió hacia el campamento, asegurándose de que Ingwanza lo seguía de cerca.

Lo primero que descubrió fue que no pudo determinar dónde estaba encendido el fuego, para guiarse. O bien había ido más lejos de lo que pensaba, o el fuego se había extinguido mientras Mtengeni había salido en busca de leños. Se mantuvo caminando durante un cuarto de hora en lo que pensó era la dirección correcta. Luego se detuvo. Ahora se daba cuenta de que no tenía la más mínima idea de dónde se hallaba.

Se dio la vuelta.

- ¿Sibaphi na? - preguntó bruscamente -. ¿Dónde estamos?

- En el Parque.

Cuff comenzó a preguntarse si llegaría a entregar a Mtengeni esta intrusa antes de haberla estrangulado con sus propias manos.

- ¡Ya sé que estamos en el Parque! Pero ¿en qué parte?

- No lo sé exactamente. Cerca de donde está mi gente.

- Con eso no soluciono nada. Mira: dejé el campamento del cuidador cuando te oí gritar. Quiero volver allí. ¿Cómo hago?

- ¿Dónde está el campamento del cuidador?

- No lo sé, estúpida. Si no no te lo preguntaría.

- Si no sabes dónde está, ¿cómo esperas que te lleve allí? Yo tampoco lo sé.

Cuff dejó escapar unos bufidos ahogados. Tenía que admitir que la mujer tenía razón, y esto le hacía enfadarse todavía más. Finalmente dijo:

- Bien. No importa. Llévame hasta donde está tu gente. Tal vez allí alguien pueda ayudarme.

- Muy bien - dijo la mujer. Y comenzó a andar con un paso rápido. Cuff la siguió con dificultad. Comenzó a preguntarse si no tendría razón en lo que decía acerca de vivir en el Parque. Parecía saber adonde se dirigía.

- Espera un momento - le dijo. Pensó que tendría que dejarle una nota a Mtengeni, explicándole lo sucedido, y clavarla en un árbol para que el cuidador la encontrara, pero no tenía lápiz ni papel en los bolsillos. No tenía tampoco fósforos ni un encendedor. Todo esto lo había dejado en la tienda.

Siguieron hacia delante, mientras Cuff se preguntaba cómo ponerse en contacto con Mtengeni. No quería que pasaran una semana vagando por el delta, persiguiéndose uno a otro. Tal vez fuera mejor quedarse donde estaban y encender un fuego. Pero no tenía fósforos, y en esta zona húmeda, las posibilidades de encenderlo frotando dos ramas era muy difícil.

Ingwanza dijo:

- ¡Cuidado! ¡Hay búfalos!

Cuff se detuvo a escuchar, y pudo oír el ruido de los tallos verdes al ser cortados por los animales que se alimentaban.

La mujer prosiguió:

- Hay que esperar hasta que se haga de día. Entonces tal vez se vayan. Si no, tendremos que rodearlos; pero no veo.

Hallaron el lugar más alto de la zona cercana, y se sentaron a esperar. Algo con patas se había metido dentro de la camisa de Cuff, quien lo aplastó de un manotazo.

Esforzó la vista, tratando de distinguir en la oscuridad. Era imposible decir a qué distancia estaban los búfalos. Encima de sus cabezas, un pájaro cerró las alas en un movimiento brusco; Cuff trató de que sus nervios se serenaran. Echaba de menos un buen cigarrillo.

El cielo comenzó a aclarar. Gradualmente, Cuff comenzó a distinguir las formas de los animales, que se movían entre la vegetación. Estaban a una buena distancia, y si bien Cuff hubiera deseado que se alargara al doble, por lo menos no habían topado directamente con ellos.

Cada vez estaba más claro. Cuff no quitaba los ojos de los búfalos. Había algo raro en el que estaba más cerca. Tenía seis patas.

Cuff se volvió hacia Ingwanza y comenzó a susurrar:

- ¿Qué pasa con los búfalos?... - pero dio un grito de horror. Su rifle se disparó con su ademán de sobresalto, y se agujereó la bota.

Era la primera vez que realmente había visto a la mujer, en la desvaída luz del amanecer. La cabeza de Ingwanza era la de un babuino demasiado crecido.

Los búfalos huyeron en desesperada carrera. Cuff e Ingwanza se observaron mutuamente. Entonces Cuff se miró el pie. La sangre corría por el agujero abierto en el cuero.

- ¿Qué sucede? ¿Por qué te heriste? - preguntó Ingwanza.

Cuff no supo qué contestar. Se sentó y se quitó la bota. El pie había perdido un pedazo de piel del tamaño de una moneda grande, pero aparte de cierta sensación de insensibilidad, no parecía haberse herido mucho. Sin embargo, había que cuidarse de las infecciones en esas terribles ciénagas. Se ató el pie con su pañuelo y se volvió a calzar la bota.

- Ha sido un accidente - dijo -. Sigamos, Ingwanza.

Ella fue delante, y Cuff cojeaba detrás. El sol estaría pronto en el horizonte. Estaba lo suficientemente claro como para distinguir los colores. Cuff se dio cuenta de que Ingwanza, al describirse como una mujer babuino, había dicho la verdad, a pesar de que su tamaño, la actitud y las proporciones generales eran las de un ser humano. Su cuerpo, si no fuera por el extraño vello que la cubría y por la corta cola, podría haber pasado por el de un ser humano, si no se detallaba demasiado. Pero su extraña cabeza, con su largo bigote azul, le daba el aspecto de un extraño dios egipcio, con cabeza de animal. Cuff se preguntó si los fene abantu serían una raza de híbridos entre el hombre y el mono. Esto era imposible, por supuesto, pero había visto tantas cosas imposibles en estos últimos días...

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

- Estaremos allí en una o dos horas. Tengo sueño - Bostezó. Cuff reprimió un estremecimiento al ver los cuatro dientes caninos, lo bastante grandes como para pertenecer a un leopardo. Ingwanza podría desgarrarle la garganta a un hombre con esos dientes con la misma facilidad con que otro mordería un plátano. ¡Y pensar que había estado usando su tono más represivo con ella en la oscuridad! Se comprometió a no volver a hablar en forma áspera a nadie que no pudiera ver claramente.

Ingwanza señaló un baobab que se hallaba más adelante.

Izwe kamagene wabantu. Tenían que vadear un arroyo para llegar hasta allí. Un lagarto de casi dos metros de longitud cruzó el sendero, los vio y desapareció rápidamente.

Los fene abantu vivían en una aldea muy similar a la de los bantúes, pero las chozas, acumuladas en un círculo, eran más pequeñas y peor hechas. Los hombres babuinos corrieron al encuentro de Cuff, para tocar sus ropas. El se aferró a su rifle. No parecían

tener intenciones hostiles, pero daba una extraña impresión. Los machos eran más grandes que las hembras, con barbas más largas y colmillos más agudos y largos.

En el centro de la aldea se hallaba un corpulento umfene umntu, rascándose enfrente de la choza más importante. Ingwanza dijo:

- Este es mi padre, el jefe. Se llama Indlovu. - Le contó al hombre babuino la forma en que había sido rescatada.

El jefe era el único umfene umntu que Cuff hubiera visto que llevaba ropa. En realidad, lo que usaba era una corbata. Alguna vez, esa corbata había sido llamativa.

El jefe se puso de pie y comenzó a hablar. Cuff llegó a entender que había hecho una acción importante, y que podría considerarse huésped de la tribu hasta que su pie sanara. Pudo darse cuenta de las dificultades que los fene abantu demostraban tener con el idioma de los xosas. Toda su forma de pronunciar era trabajosa y llena de defectos. No se podía pretender otra cosa, con labios como los de ellos.

Pero su interés era superficial. La herida le dolía muchísimo. Se alegró cuando le llevaron dentro de una choza, y se pudo quitar la bota. La choza no tenía prácticamente mueble alguno. Cuff preguntó si podían darle algo de la paja que usaban para techar las chozas. Parecieron sorprendidos por su pregunta, pero accedieron, y de tal forma pudo armarse una especie de jergón. Le molestaba especialmente dormir en el suelo, sobre todo si se hallaba, como éste, infestado por insectos. Odiaba su ponzoña, y se daba cuenta de que pronto sería atacado.

No tenía nada para vendarse el pie, salvo su pañuelo, que ahora estaba completamente impregnado de sangre. Lo tendría que lavar y secar antes de que pudiera usarlo de nuevo. ¿Y dónde hallaría agua limpia en el delta del río Okavango? Por supuesto, siempre estaba el recurso de hervir el agua. Pero, ¿en qué? Quedó aliviado y maravillado cuando se enteró de que en la aldea había una gran vasija de hierro, obtenida sólo Dios sabe cómo.

La herida había coagulado satisfactoriamente, y fue despegando, con mucho cuidado, su pañuelo. Mientras se hacía hervir el agua, el jefe, Indlovu, vino a charlar con él. El dolor se había calmado, por el momento, y comenzó a darse cuenta de que había dado con un hecho verdaderamente extraordinario. Le prestó a Indlovu la más estricta atención. Le acosó con preguntas. Según decía, era el primero de la raza, y los otros eran sus descendientes. No sólo Ingwanza, sino los otros amafene abafazi eran sus hijas. Ingwanza era la menor. Ya se estaba volviendo viejo. No podía dar muchos datos sobre las fechas, pero a Cuff le pareció que estos seres tenían un lapso de vida menor que los seres humanos, y que maduraban mucho más rápido. Si en realidad eran babuinos, eso era muy lógico.

Indlovu no recordaba haber tenido padres. Sus primeros recuerdos eran de la época en que Mqhavi lo guiaba. Stanley H. Mqhavi fue un hombre de raza negra, que trabajaba para el hombre de la máquina. Este fue un hombre rosa, como Cuff. Tenía la máquina situada en la región del pantano de Chobe. Se llamaba Heeky.

Por supuesto, ¡Hickey!, pensó Cuff. Ahora sí que se daba cuenta. Hickey había desaparecido cuando se dirigió en su camión hacia Ngamilandia, sin dejar dicho a nadie dónde iba. Eso era en los tiempos previos al establecimiento del Parque; antes de que Cuff hubiera venido de Inglaterra. Mqhavi debe de haber sido el asistente xosa. Sus pensamientos se aceleraban ahora, gracias a lo que Indlovu le contaba.

Comenzó a relatarle cómo Heeky había muerto, y cómo Mqhavi, sin saber qué podía hacer para volver a la civilización, había tratado de hallar su camino con la ayuda de Indlovu y su numerosa progenie. Se había perdido en el delta. Luego se lastimó el pie y enfermó muy gravemente. Cuff había venido de Inglaterra. Mqhavi debía de haber venido de allí también.

Mqhavi había mejorado, pero estaba muy, muy débil. Así que se quedó con Indlovu y su familia. Ellos ya caminaban erguidos y hablaban en xosa. Mqhavi les había enseñado. Cuff sacó en conclusión que las relaciones familiares entre los fene abantu debían de haber implicado, al comienzo, una estrecha consanguinidad. Mqhavi les enseñó todo lo que sabía, antes de morir, y también les advirtió que no fueran a acercarse a menos de un kilómetro y medio de donde estaba la máquina. Esta, de acuerdo a lo que conocían del sitio, se hallaba todavía en el pantano Chobe.

Cuff comenzó a darse cuenta de que la máquina esa debía de ser un aparato electrónico que emitía radiaciones de onda corta, que seguramente afectaban a los genes. Probablemente Indlovu era uno de los primeros experimentos de Hickey. Entonces Hickey había muerto, dejando la máquina en funcionamiento. Se preguntó cómo seguiría andando. Tal vez algún sistema de energía solar.

Supongamos que Hickey hubiera muerto mientras la máquina estaba funcionando. Mqhavi podría haber arrastrado el cadáver fuera, dejando la puerta abierta. Tal vez tuvo miedo de apagar la cosa, o tal vez ni siquiera se le ocurrió hacerlo. De tal manera, los animales que pasaban por esa puerta abierta recibían una dosis de rayos y engendraban descendientes monstruosos. Estos superbabuinos eran un ejemplo. Ya fuese como consecuencia de un accidente, o por una mutación controlada, su origen quedaría en el misterio.

Para cada mutación favorable se producen muchísimas desfavorables. Mtengeni tenía razón. Se debería impedir que la máquina siguiera funcionando mientras hubiera animales sanos en el Parque. Una vez más, Cuff se preguntó qué podría hacer para ponerse en contacto con el cuidador. Le parecía completamente improbable que nada, salvo el riesgo de muerte, pudiera hacerlo caminar con ese pie herido, por lo menos durante los próximos días.

Ingwanza entró con un plato de madera, lleno de algo que parecía ser comida. Athelstan Cuff llegó a la conclusión de que se esperaba que comiera. No pudo decidir, a la primera ojeada, si se trataba de algo de origen animal o vegetal. Cuando lo probó, estaba seguro de que no era ni una cosa ni la otra. Nada proveniente de los reinos animales o vegetales podría saber tan mal. ¡Qué pena que Mqhavi no fue un bamangwato! Ellos sabían cocinar, y les hubieran podido enseñar a estos monos. Pero, de todas maneras, debía de comer algo para mantenerse con vida. Se puso a disponer del contenido del plato gracias a la cuchara de madera, tratando de reprimir una ocasional muestra de asco

y mirando recelosamente las partículas sólidas. Lamentablemente, tuvo que golpear a dos de ellas para que no salieran andando del plato.

- ¿Qué tal? - preguntó Ingwanza. Indlovu había salido.

- Bien, bien - mintió Cuff. Estaba persiguiendo un pedazo de tripa alrededor del plato.

- Me alegro. Te daremos mucho de esto. ¿Te gustan los escorpiones?

- ¿Para comer?

- Por supuesto. ¿Para qué otra cosa van a servir?

Tragó con dificultad.

- No.

- Entonces no te voy a dar. ¿Sabes?, quiero saber qué es lo que le gusta a mi futuro esposo.

Athelstan Cuff no dijo nada durante los siguientes cincuenta segundos. Sus ojos, ya de por sí prominentes, parecía que iban a salirse de las órbitas. Finalmente, habló.

- Gluk - dijo.

- ¿Qué dices?

- Gug. Gah. ¡Dios mío! ¡Tienes que dejarme ir! - su voz se alzó con desesperación, y trató de levantarse. Ingwanza lo tomó de los hombros, y lo empujó suavemente, pero con firmeza, hacia su jergón. Cuff luchó para liberarse, pero sin esfuerzo visible, la fene umfazi lo retuvo.

- No puedes irte - le dijo -. Si tratas de andar con ese pie enfermarás.

Su cara rosa se tornaba púrpura.

- ¡Déjame levantar! ¡Déjame levantar! ¡No puedo más!

- ¿Me prometes que no tratarás de irte? Mi padre se pondrá furioso si te dejas hacer algo que te perjudique.

Lo prometió, tratando de controlarse. Se sentía un poco tonto por haber demostrado tanto pánico. Estaba metido en un verdadero lío, es verdad, pero un oficial de Su Majestad no se comportaba como una colegiala en los momentos de crisis.

- ¿Qué está pasando? - preguntó.

- Mi padre está tan agradecido y contento por mi salvación que ha decidido que nos casemos, sin pedir una dote.

- Pero... ya estoy casado - mintió.

- ¿Y qué importa? No tengo miedo a tus otras esposas; si se llegan a querer proparar conmigo las destrozaré en pedazos, dijo. - Sacó los colmillos e hizo demostración de la forma en que pensaba arreglar cuentas con las mujeres de Cuff. Athelstan cerró los ojos frente a la horrible idea.

- Entre mi gente - le dijo - se permite tener solamente una esposa.

- Entonces eso significará que no vas a poder volver junto a tu gente luego que te hayas casado conmigo, ¿verdad?

Cuff suspiró. Estas fene abantu combinaban la falta de cultura de un xosa sin educación, con un poder físico que haría que un león lo pensara dos veces antes de atacarlo. Miró a su alrededor. Era posible que tuviera que abrirse camino a tiros. Escudriñó hábilmente la choza. No vio su rifle, y pensó que preguntar por él en esos momentos podría despertar sospechas.

- ¿Tu padre está decidido a llevar esto a cabo?

- ¡Oh, sí! Completamente decidido. Mi padre es un buen unmtu, pero cuando se le mete una idea en la cabeza, no es posible convencerlo de lo contrario. Tiene un genio terrible. Si lo contradices puede llegar a destrozarte. En muy pequeños pedacitos - la frase pareció encantarla.

- ¿Y tú qué piensas, Ingwanza?

- ¡Oh!, obedezco en todo a mi padre. Sabe mucho más que cualquiera de nosotros.

- Sí, pero te pregunto personalmente. Olvídate de tu padre por un momento.

En el primer instante ella no comprendió lo que le quería decir, pero después de que le explicara nuevamente la pregunta, le contestó:

- No me importa. Para nuestro pueblo será algo muy importante si uno de nosotros se casa con un hombre.

Cuff pensó, silenciosamente, que eso lo remataba.

Indlovu entró con dos amafene abantu.

- Sal de aquí, Ingwanza - dijo. Los otros tres hombres babuinos comenzaron a interrogar a Athelstan Cuff acerca de los hombres y del mundo que quedaba más allá del delta.

Cuando Cuff no pudo armar bien una frase, uno de los interrogadores, llamado Sondio, le preguntó por qué tenía dificultades. Cuff le explicó que el xosa no era su lenguaje habitual.

- ¿Los hombres hablan otras lenguas? - preguntó Indlovu -. Ahora recuerdo que el gran Mqhavi una vez me dijo algo de eso. Pero nunca me enseñó a hablarlas. Tal vez él y

Hickey hablaron una de esas otras lenguas, pero yo era demasiado pequeño cuando murió Hickey como para recordarlo.

Cuff explicó algo acerca de la lingüística. Se le pidió, inmediatamente, que dijera algo en inglés. Cuando lo hizo, le comunicaron que querían tratar de aprender algo en inglés, en ese momento. Esa misma tarde.

Cuff terminó su comida de la noche, y pensó sin entusiasmo en lo que le rodeaba. No había luz de ningún tipo, de modo tal que esa gente tenía que levantarse con el sol, y acostarse cuando caía la noche. Se desperezó, sintiendo que su jergón crujía. Trató de levantarse, sin recordar que su pie estaba herido. El dolor le hizo maldecir, y se tocó el vendaje. Sí, había comenzado a sangrar otra vez. ¡Oh, al diablo! Rebuscó en el jergón, encontrando un ratón, seis cucarachas y numerosísimos insectos pequeños. Luego volvió a acostarse. Un insecto miriápodo, de más de veinte centímetros de largo, buscaba su presa metódicamente, cabeza abajo en el techo. Si llegaba a perder pie cuando se encontraba sobre él... Se desabrochó la camisa y se tapó con ella la cara. Los mosquitos comenzaron a picarlo en la zona diafragmática. Su pie le latía dolorosamente.

El ruido de unos pasos le despertó. Era Ingwanza.

- ¿Qué pasa ahora? - preguntó.

- Ndiya Kuhlaha apha - fue la respuesta.

- ¡Oh, no! No te vas a quedar aquí. No estamos... Bueno, de todas formas las cosas no se hacen así entre nuestra gente.

- Pero, Esselten, alguien tiene que cuidarte en caso de que enfermes. Mi padre...

- No; lo siento, pero es mi última palabra. Si te vas a casar conmigo tienes que aprender cómo se comportan los hombres. Y debes comenzar inmediatamente.

Para su sorpresa y alivio, ella se fue sin objetar nada, si bien lo hizo aparentemente ofendida. No se hubiera atrevido a sacarla por la fuerza.

Cuando se fue, se acercó a la entrada de la choza. El sol se había puesto, y la luna lo seguiría en un par de horas. La mayoría de los fene abantu se habían retirado. Sin embargo, un par de ellos estaban montando guardia cerca de donde él se hallaba.

Así es la cosa, pensó. No corren riesgos. Tal vez el viejo está agradecido en serio, pero la verdad es que a mi prometida se le fue la lengua cuando admitió que sería muy deseable, para toda la tribu, que uno de ellos se uniera a un ser humano. Por puesto que los pobres no tienen ni idea de que esto en absoluto posee valor legal. Pero esa verdad no me salvaría de una muy desagradable experiencia mientras tanto. Supongamos que no haya logrado escapar para el momento en que se realice la ceremonia. ¿Me atreveré a seguir hacia adelante? ¡Brrr! Por supuesto que no. Soy inglés, y oficial de la Corona, por añadidura. Claro, claro, si estuviera en riesgo mi vida... No sé. Demonios, no tengo idea de qué es lo que debo de hacer. Tal vez pueda convencerlos de que no lo hagan... tratando de que no se enfaden mientras tanto.

Se hallaba atado a su jergón, con la compañía de enormes miriápodos que caían desde el techo a su cara. Luego se vio corriendo por la ciénaga, con Ingwanza y su airado padre en su persecución. Sus pies se habían enterrado de tal forma en el barro que no se podía mover, y una luz le dio de pleno en la cara.

El bueno de George Mtengeni estaba montando un rinoceronte de dos cabezas. Pero en vez de correr a su rescate, el cuidador le dijo:

- Mr. Cuff, debe de hacer algo al respecto. Estos bechuana cazan mis animales y los pintan de rojo con rayas verdes.

Y se despertó.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que la luz provenía de la luna poniente, y no del sol, como creía. Había dormido menos de dos horas. Y un segundo más tarde se dio cuenta de lo que le había despertado. La cortinilla de paja de la choza se había apartado, y alguien de los fene umntu entraba arrastrándose. Mientras Cuff pensaba por qué uno de sus aprehensores, o anfitriones, usaría este peculiar modo de introducirse, un hombre babuino se puso de pie. Parecía muy corpulento en esa luz tan débil.

- ¿Qué sucede? - le preguntó Cuff.

- Si llegar a hacer ruido - le dijo el recién llegado - te mataré.

- ¿Y por qué? ¿Qué te pasa? ¿Por qué has de querer matarme?

- Me has robado a Ingwanza.

- Pero... pero - Cuff no sabía qué decir. Había aparecido un rival. Si no se casaba con ella, el padre le iba a destrozar en pedazos. En muy pequeños pedazos. Por otra parte, si lo hacía, este otro hombre le mataría -. Hablemos seriamente - le dijo en lo que esperó sería un tono normal -. Dime primero quién eres.

- Mi nombre es Cukata. Tenía prometido casarme con Ingwanza el mes que viene, y luego apareciste tú.

- ¿Qué... qué...?

- No te voy a matar, si no haces ruido. Solamente me voy a asegurar de que, gracias a la forma en que te voy a dejar, no te puedas casar con Ingwanza. - Se movió hacia el jergón.

Cuff no perdió el tiempo tratando de averiguar los horribles detalles del asunto.

- ¡Espera un poco! - le dijo, mientras el sudor le bañaba no solamente la frente, sino todo su torso -. Mi querido amigo, este matrimonio no ha sido idea mía. Todo esto es cosa de Indlovu. No tengo ningún deseo de robarte la novia. Simplemente me han informado que tenía que casarme con ella, sin preguntarme nada. Es lo que menos quiero hacer en el mundo.

El fene umntu se quedó inmóvil durante unos segundos, pensando. Luego dijo suavemente.

- ¿Quieres decir que no te casarías con mi Ingwanza por nada del mundo? ¿Piensas que es fea, acaso?

- Bbbueno...

- ¡Por u-Qamata! Eso sí que es un insulto. Nadie piensa esas cosas de mi Ingwanza. Ahora sí que te voy a matar.

- ¡Espera! ¡Espera! - la voz de Cuff, agradablemente abaritonada habitualmente, se tomó en chillido -. ¡No es eso! Es bella, e inteligente, es trabajadora, es todo, en suma, lo que un umntu requiere para ser feliz. Pero no me puedo casar. - Había recibido el soplo de la inspiración. Nunca pudo hablar tan fluidamente en xosa -. Sabes que si el león se une al leopardo, no habrá descendencia - Cuff no estaba demasiado seguro de esto, pero había que arriesgarse -. Lo mismo sucede con mi gente y vosotros. Somos demasiado diferentes. No va a haber fruto de nuestro matrimonio, e Indlovu no va a tener nietos que alegren su vejez.

Cukata, después de pensarlo un rato, comprendió. O por lo menos creyó comprender.

- Pero - respondió - ¿cómo puedo evitar el matrimonio si no te mato?

- Podrías ayudarme a escapar.

- Buena idea. ¿Adónde quieres ir?

- ¿Sabes dónde está la máquina de Hickey?

- Sí. pero nunca me he acercado a ella. Está prohibido. A unos veinte kilómetros al norte de aquí, en el límite de la ciénaga Chobe, hay una roca. En esa roca hay tres baobabs, muy cerca uno del otro. Entre los árboles y la ciénaga hay dos chozas. La máquina está en una de ellas.

Otra vez guardó silencio.

- No puedes viajar deprisa con ese pie herido. Te apresarán. Tal vez Indlovu te haga pedazos, o tal vez te vuelvan a traer. Si te trae, habremos fallado. Si te hace pedazos lo voy a sentir mucho, porque me gustas, a pesar de que eres sólo un débil isipham-pham - Cuff rogaba porque su simiesco cerebro se decidiera ir al grano -. Se me ocurre una idea. Dentro de diez minutos me oirás silbar. Entonces sal de la choza por este agujero de la pared, sin hacer ruido. ¿Me entiendes?

Cuando Athelstan Cuff salió se encontró con Cukata en la estrecha senda entre las dos hileras de chozas. En el aire se notaba un fuerte olor a reptil. Detrás del hombre-babuino pudo ver algo grande y negro. Se movía con lentos pasos. Se rozó con Cuff, y éste casi lanza un grito al sentir el cuero frío y viscoso.

- Este es el más grande - dijo Cukata -. Tal vez algún día podamos tener todo un rebaño. Son muy buenos para viajar por las ciénagas, porque pueden nadar y correr. Y crecen mucho más rápido que los cocodrilos comunes.

Cukata estaba refiriéndose, por supuesto, a un cocodrilo. Pero, ¡qué cocodrilo! Si bien no tenía más de cinco metros de largo, sus patas eran poderosísimas, y elevaban el cuerpo a un metro o más del suelo, dándole un aspecto de dinosaurio. Se frotó contra Cuff, y pensó que verdaderamente la mutación debería haber sido asombrosa para darle a un reptil de cerebro tan primitivo un raro afecto por los seres humanos.

Cukata le dio a Cuff una rama y le dijo:

- Silba lo más fuerte que puedas para que venga. Para hacerlo andar, golpéalo con esta rama en la cola; para que pare, golpéalo en la nariz. Si quieres que vaya hacia la izquierda, golpéalo en el lado derecho del cuello, no demasiado fuerte. Si quieres que vaya hacia la derecha...

- Lo golpeo del lado izquierdo del cuello, pero no demasiado fuerte - terminó el mismo Cuff -. ¿Qué come?

- Cualquier cosa que sea carne. Pero no necesitas darle nada durante los próximos tres días. Le han dado de comer recientemente.

- ¿No usáis silla?

- ¿Silla? ¿Qué es eso?

- No importa - Cuff se subió sobre el animal, hallándose tremendamente incómodo al notar las protuberancias duras que tenía en el dorso.

- ¡Espera! - le dijo Cukata -. La luna se habrá ocultado completamente dentro de unos instantes. Recuerda que si te descubren diré que no sabía nada de tu fuga. Dirás que lo has robado. Su nombre es Soga.

Encontró los baobabs, y las casas. También vio una docena de elefantes, que se enfrentaron al extraño caballero de la extraña montura, desplegando sus inmensas orejas. Athelstan Cuff se estaba acostumbrando tanto a las cosas raras que casi no prestó atención al hecho de que dos de los elefantes tenían dos trompas cada uno; que otro tenía unos colores que lo asemejaban a un tartán escocés; que otro más allá poseía unas patas cortas, más apropiadas para un hipopótamo, de forma tal que parecía surgido de una pesadilla propia de un criador de dachshunds.

Los elefantes. por otra parte, parecían muy poco decididos acerca de si huir o atacar, y finalmente llegaron a la conclusión de que era mejor no hacer nada. Cuff se dio cuenta que había sido muy arriesgado el haberse enfrentado a ellos sin llevar otra arma que su inútil rama. Pero de todas formas no podía preocuparse demasiado acerca de elefantes. Durante las últimas cuarenta y ocho horas su vida parecía haberse convertido en una pesadilla. O tal vez era víctima de un encantamiento. Si bien no tenía nada de onírico el dolor que sentía en su pie o los calambres que padecía en sus glúteos mayores.

Soga, siendo como era un cocodrilo, se bamboleaba a cada paso. Primero, la cabeza y la cola iban hacia la derecha, y el cuerpo a la izquierda. Luego el proceso se invertía. Esto era de lo más desagradable para quien lo montaba.

Cuff estaba dispuesto a jurar que había recorrido por lo menos setenta kilómetros en lugar de los veinte que había dicho Cukata, puesto que no pudo dirigirse en línea recta, sino que tuvo que guiarse pobremente por las estrellas, primero, y luego por el sol. Un buen trecho del camino lo había tenido que recorrer abrazado al cuerpazo de Soga, mientras que el gran cocodrilo se impulsaba con la cola. No habían sido molestados por ningún cocodrilo, ni tampoco por ningún hipopótamo. Evidentemente, los animales sabían lo que les convenía.

Athelstan Cuff se deslizó, o mejor dicho, casi cayó, del lomo del animal, dirigiéndose hacia la entrada de una de las casuchas. Su ojo, práctico, distinguió rápidamente la cisterna del techo, el horno solar, la planta eléctrica y de vapor, y finalmente la maquinaria que se hallaba en el interior. Entró. Sí, raro como pareciera, allí estaba la máquina, en actividad a pesar de todos estos años. Hickey debía haber sido algo grande. Cuff halló el conmutador principal fácilmente, y desconectó la máquina. Todo lo que se vio fue que se apagó un resplandor anaranjado dentro del tubo.

La casa estaba tan silenciosa que hizo que Cuff se sintiera incómodo, excepto por el débil zumbido de las baterías solares. Tal vez hubiera algunas notas o apuntes que valieran la pena conservar. Pronto descubrió que los había habido, pero que las termitas se habían comido hasta la última muestra de papel, incluyendo las cubiertas de imitación cuero, y dejando solamente los aros sujetadores y los marcos metálicos. Lo mismo había sucedido con los libros.

Algo blanco le llamó la atención. Era una cantidad de hojas de papel, apoyadas sobre un soporte de patas de metal, que los insectos no lograron trepar. Pero era solamente un periódico. Umlindi we Nyanga - El vigía mensual -, publicado en Londres. Evidentemente, Stanley H. Mqhavi se había suscrito. Se deshizo cuando Cuff quiso cogerlo en la mano.

«Oh, bien - pensó -, no puedo esperar mucho. Será mejor que me vaya y luego algún biofísico podrá venir a recoger los aparatos científicos.»

Salió, llamó a Soga y se dirigió hacia el este. Pensaba que tal vez pudiera encontrar un sendero que lo llevara al norte del Mababem y llegar a la estación principal de Mtengeni de esa manera.

¿Eran voces humanas lo que oía? Cuff se desplazó, inquieto, en su asiento de fakir. Había recorrido unos seis kilómetros después de haber dejado la cabaña de Hickey. Eran voces, sí, pero no humanas. Pertenecían a una docena de fene abantu, que venían a su encuentro con Indlovu a la cabeza.

Cuff le dio un golpe a Soga en la cola. Si podía hacer que el animal se desplazara más rápido, tal vez le fuera posible burlar a sus perseguidores. Soga no era tan rápido como un caballo, pero era capaz de mantenerse en un trotecito. Cuff se tranquilizó al ver que no habían traído su rifle. Estaban armados con lanzas, tal como los abantu más salvajes.

Tal vez el temor de lastimar a su mascota los haría vacilar antes de tirarle algo. Por lo menos, así esperaba.

Una voz familiar dio un grito agudo - Soga -. El cocodrilo aminoró el paso, pero Cuff le dio varios varazos. Otra vez se oyó el grito de Indlovu, seguido de un silbido. Ahora el cocodrilo no iba a responderle más. Los esfuerzos de Cuff para mantenerlo alejado de sus verdaderos amos resultaron en un andar zigzagueante. Las órdenes contradictorias lo confundieron e irritaron. Abrió sus mandíbulas y bufó. Los hombres babuinos se acercaban rápidamente.

«Así - pensó Cuff - que éste es el final. Me disgusta tremendamente tener que morir antes de haber notificado mi informe. Pero no debo demostrarlo. Un inglés jamás debe comportarse inadecuadamente. ¿Qué pensará el pobre Mtengeni?»

Algo silbó en el aire y pasó cerca de él. Inmediatamente, llegó hasta él el ruido familiar de un rifle para caza mayor. Vio levantarse unas nubecillas de polvo delante de los hombres babuinos. Se apartaron como si lo mortal fuera el polvo que se levantaba, y no la bala que causaba la conmoción. George Mtengeni apareció saliendo de unos arbustos y les gritó:

- ¡Quietos, o les voy a volar las cabezas! - los fene abantu no entenderían el inglés, pero no hay duda de que captaron la intención.

Cuff pensó vagamente: «El bueno de George podría haberlos matado con facilidad, pero tiene el suficiente sentido de tratar de averiguar antes lo que pasa.» Cuff se deslizó, bajándose su cabalgadura, y casi cae al suelo.

El cuidador se le acercó.

- ¿Qué le ha sucedido, Mr. Cuff, y quiénes son esos? - dijo señalando a los hombres babuinos.

- Una broma - dijo riendo entre dientes Cuff -. Una buena broma para ti, ¿verdad? Has vivido en tu bendito Parque durante años sin que lo supieras. Espera un poco. Tengo algo que explicarles a estos muchachos. Dime, Indlovu... ¡Oh!, no habla inglés. Tengo que hablar en xosa. Tú sabes xosa, ¿verdad, George? - Dio otras risitas incontroladas.

- Bueno... yo... yo algo hablo. Es parecido al zulú. ¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado a sus pantalones?

Cuff amonestó con el dedo la espalda desigual de Soga.

- ¡Pobrecito! Si tan sólo hubiera tenido una silla de montar. Es realmente un ultraje no proveer de una silla de montar al representante de su Majestad.

- ¡Pero parece que lo hubieran desollado vivo! Tengo que llevarlo a un hospital. ¿Y qué le pasó a su pie?

- ¡Al diablo con el pie! Otra broma. ¡No puedo estar tirado, no puedo estar sentado! ¿Qué diablos puedo hacer? siento haberme tenido que escapar. ¡Este Indlovu! Pero,

realmente, no me podía casar con Ingwanza. Realmente, porque, porque... - Cuff se tambaleó y terminó cayendo desmayado cuan largo era.

Los ojos de Peter Cuff se habían agrandado por la sorpresa. inevitablemente, surgió la pregunta del niño.

- ¿Y qué pasó después?

Athelstan Cuff estaba llenando la pipa.

- ¡Oh! Como es lógico, Indlovu, si bien se sentía muy vejado, no se atrevió a hacer nada, puesto que George estaba allí con la escopeta, Se calmó después, cuando comprendió lo que yo había estado haciendo y nos hicimos amigos. Cuando murió, Cukata fue nombrado jefe. Todavía recibo tarjetas de felicitación para las Navidades.

- ¿Tarjetas de Navidad de un babuino?

- Ya lo creo. Cuando reciba una te la mostraré. Es siempre la misma. Es un tipo muy económico, y cuando vio que podía conseguir descuento, compró cien tarjetas con el mismo dibujo.

- ¿Te recuperaste después?

- Sí, pero pasé un mes en el hospital. Todavía no sé cómo no terminé con dieciséis tipos distintos de envenenamiento de la sangre. La tradicional suerte de los tontos.

- ¿Pero qué tiene que ver esta historia con que yo sea adoptado?

- ¡Peter! - exclamó Cuff bastante airado -. ¿No te das cuenta? El tubo de Hickey funcionaba cuando me acerqué a la casa. Recibí una dosis masiva de radiaciones. El efecto de las mismas es el de producir violentas mutaciones en el plasma germinal. Tú sabes lo que significa eso, ¿verdad? Nunca me atreví a tener hijos propios después de eso, por temor a que resultaran alguna especie de monstruo. La idea no se me ocurrió hasta pasado un tiempo, y te diré que me preocupó y molestó bastante. Realmente, me sentí tan apesadumbrado que llegué a perder mi empleo en Sudáfrica. Pero ahora te tengo a ti y a tu madre, así que ya no lo considero tan importante.

- Papá... - dijo Peter, vacilante.

- Si, hijo.

- Si hubieras pensado en el efecto de los rayos antes de entrar en la casa, ¿te hubieras animado igualmente a desenchufar el aparato?

Cuff encendió su pipa, mirando a lo lejos.

- A menudo me pregunto lo mismo, y realmente no sé qué pensar. Tal vez... No sé, no sé.

LA MAQUINA PRESERVADORA

Philip K. Dick

Y pensó también que de estas importantes cosas bellas, la que más rápidamente se olvidaría sería la música.

Ciertamente que la música es lo más perecedero, frágil y delicado; y puede ser rápidamente destruida.

Labyrinth se preocupaba mucho. Amaba la música y no podía acostumbrarse a que un día no existieran Brahms ni Mozart, que no se pudiera disfrutar de la música de cámara, suave y refinada, que hace pensar en las pelucas, en los arcos frotados con resma, en las velas que se derretían en la semioscuridad.

El mundo sería seco y lamentable sin la música. Árido e inaguantable. De esta forma comenzó a concebir la idea de la Máquina Preservadora.

Una noche, sentado cómodamente en su butaca escuchando el suave sonido de su tocadiscos, se le presentó una extraña visión. Vio, con los ojos de la mente, la última copia de un trío de Schubert, estropeada y casi ilegible, abandonada en un lugar oscuro, probablemente un museo.

Un bombardero sobrevolaba. Las bombas caían, convirtiendo al edificio en ruinas, derrumbando las paredes, que se desmoronaban, dejando sólo escombros. En el desastre, la última copia desaparecía perdida entre las ruinas, para pudrirse y desaparecer.

Y luego, siempre en la imaginación de Doc Labyrinth, observó cómo la partitura surgía de entre las ruinas como lo haría un animal enterrado, con garras y dientes aguzados, con furiosa energía.

- ¡Ah, si la música pudiera tener esa facultad, el instinto de supervivencia de ciertos insectos y otros animales! ¡Cómo cambiarían las cosas si la música se pudiera transformar en seres vivos, animales con garras y dientes! Entonces podría sobrevivir.

Si sólo se pudiera inventar una Máquina, una Máquina que procesara las partituras musicales, convirtiéndolas en cosas vivas.

Pero Doc Labyrinth no era mecánico. Logró unos pocos bosquejos aproximativos que envió a varios laboratorios de investigación. La mayoría estaban demasiado atareados con los contratos para el ejército, por supuesto. Pero al fin logró algo de lo que deseaba. Una pequeña universidad del Medio Oeste quedó encantada con sus planes e inmediatamente comenzaron a trabajar en la construcción de la Máquina.

Las semanas pasaron. Al fin Labyrinth recibió una postal de la universidad. La Máquina estaba saliendo bien. La habían probado haciendo procesar dos canciones populares. ¿Cuáles fueron los resultados? Surgieron dos pequeños animales, del tamaño de ratones, que corrieron por el laboratorio hasta que el gato se los comió. Pero la Máquina había trabajado a la perfección.

Se la enviaron poco después, cuidadosamente embalada en un armazón de madera, sujeta con alambres y con un seguro que cubría todos los riesgos.

Estaba muy nervioso cuando comenzó a trabajar, quitándole las tablillas. Muchas ideas debieron de haber pasado por su mente cuando ajustó los controles y se preparó para la primera transformación. Había seleccionado una partitura maravillosa para comenzar, la del Quinteto en sol menor, de Mozart.

Durante un rato estuvo hojeándola, absorto en sus pensamientos. Luego se dirigió a la Máquina y la echó dentro.

Pasó el tiempo. Labyrinth se mantuvo parado muy cerca, esperando nervioso y aprensivo, sin saber qué sería lo que hallaría al abrir el compartimiento. Estaba realizando una gran labor, según su idea, al preservar la música de los grandes compositores para la eternidad. ¿Cómo sería gratificado? ¿Qué hallaría? ¿Qué forma adoptaría esto antes de que todo hubiera pasado?

Muchas preguntas no tenían aún respuesta. Mientras meditaba, la luz roja de la Máquina centelleaba. El proceso había concluido, la transformación se había efectuado. Abrió la portezuela.

- ¡Dios mío! - fue su exclamación - Esto es verdaderamente extraño!

De la máquina salió un pájaro, no un animal. El pájaro mozart era pequeño, bello y esbelto, con el magnífico plumaje de un pavo real. Voló un poco alrededor del cuarto y se volvió hacia él, curiosamente amistoso. Temblando, Labyrinth se inclinó, extendiendo la mano. El pájaro mozart se acercó. Entonces, súbitamente, remontó el vuelo.

- Sorprendente - murmuró. Llamó dulcemente al pájaro, esperando pacientemente hasta que revoloteó hasta él. Labyrinth lo acarició durante un largo rato.

¿Cómo sería el resto? No podía adivinarlo. Cuidadosamente levantó al pájaro mozart y lo colocó en una caja.

Al día siguiente se sorprendió aún más al ver salir al escarabajo beethoven, serio y digno. Era el escarabajo que había visto trepar por la manta, concienzudo y reservado, ocupado en sus cosas.

Después vino el animal schubert. Era un animalito tontuelo y adolescente, que iba de uno a otro lado, manso y juguetón.

Labyrinth interrumpió su trabajo para dedicarse a pensar.

¿Cuáles eran los factores de la supervivencia? ¿Eran las plumas mejores que las garras y los dientes? Labyrinth estaba sumamente asombrado. Había esperado obtener un ejército de criaturas recias y peleadoras, equipadas con garras y duros carapachos, listas a morder y patear. ¿Las cosas le estaban saliendo bien? Y, sin embargo, ¿quién podía decir que era lo mejor para la supervivencia? Los dinosaurios habían sido poderosos, pero ninguno estaba vivo.

De todas formas, la Máquina se había construido. Era demasiado tarde para plantearse otros problemas.

Labyrinth prosiguió dándole a la Máquina la música de muchos compositores, uno tras otro, hasta que los bosques que se hallaban cerca de su casa se llenaron de criaturas que se arrastraban y balaban, gritando y haciendo todo tipo de ruidos.

Muchas rarezas fueron saliendo, criaturas todas que lo asombraron y llenaron de estupefacción. El insecto brahms tenía muchas patas que salían en todas direcciones; era un miriápodo grande y de forma aplanada. Bajo y achatado, estaba cubierto de una pelambre uniforme. Al insecto brahms le gustaba andar solo, y prontamente se alejó de su vista, preocupándose por eludir al animal Wagner, que había salido unos instantes antes.

Este era grande, y tenía muchos colores profundos. Parecía tener un humor de mil diablos, y Labyrinth se atemorizó un poco, tal como les sucedió a los insectos bach. Estos eran animalitos redondos, una gran cantidad de ellos, que se obtuvieron al procesar los cuarenta y ocho preludios y fugas. También estaba el pájaro stravinsky, compuesto por curiosos fragmentos, y muchos otros.

Los dejó sueltos, para que se acercaran a los bosques, y allí se fueron saltando, brincando y rodando. Pero un extraño presentimiento de fracaso le atenazaba. Cada una de estas extrañas criaturas le maravillaba más y más. Parecía no tener ningún control sobre los resultados. Todo esto estaba fuera de su dominio, sujeto a alguna extraña e invisible ley que se había enseñoreado sutilmente de la situación, y esto le preocupaba sobremanera. Las criaturas mutaban a raíz de la acción de una extraña fuerza impersonal, fuerza que Labyrinth no podía ver ni comprender. Y que le daba mucho miedo.

Labyrinth dejó de hablar. Esperé un rato, pero no parecía tener deseos de continuar. Me volví a mirarlo. Me estaba contemplando en una forma extraña y melancólica.

- Realmente no sé mucho más. No he vuelto a ir allí desde hace mucho tiempo. Tengo miedo de ver lo que sucede en el bosque. Sé que está pasando algo, pero...

- ¿Por qué no vamos juntos a ver qué pasa?

Sonrió aliviado.

- ¿Realmente piensas así? Imaginé que tal vez lo sugerirías, puesto que todo me está comenzando a resultar demasiado duro de afrontar - echó a un lado la manta, sacudiéndose -. Vamos, entonces.

Bordeamos la casa, y seguimos un estrecho sendero que nos llevó hacia el bosque. Tenía un aspecto salvaje y caótico, con malezas demasiado crecidas y una vegetación que no había recibido cuidados en largo tiempo.

Labyrinth fue hacia adelante, apartando las ramas, saltando y retorciéndose para abrirse camino.

- ¡Qué lugar! - comenté.

Seguimos andando durante un rato bastante largo. El bosque estaba oscuro y húmedo; ahora era casi la hora del crepúsculo y sobre nosotros caía una fina niebla que se desprendía de las hojas situadas sobre nuestras cabezas.

- Nadie viene aquí - El doctor se quedó súbitamente de pie, mirando a su alrededor. - Tal vez sea mejor que vayamos a buscar mi escopeta. No quiero que suceda nada irreparable.

- Pareces estar muy seguro de que las cosas han escapado a tu control - me llegué hasta donde estaba y nos quedamos parados hombro con hombro. - Tal vez las cosas no estén tan mal como piensas.

Labyrinth miró alrededor. Movié la hojarasca con su pie.

- Están cerca de nosotros, por todos lados. Observándonos. ¿No lo sientes?

Asentí, en forma casi casual.

- ¿Qué es esto?

Levanté un extraño montículo, del cual se desprendían restos de hongos. Lo dejé caer y lo aparté con el pie. Quedó en el suelo, un montoncito informe y difícil de distinguir, casi enterrado en la tierra blanda.

- Pero, ¿qué es? - pregunté nuevamente. Labyrinth se quedó mirándolo, con una expresión tensa en el rostro.

Comenzó a golpearlo suavemente con el pie. Me sentí súbitamente incómodo.

- ¿Qué es, por amor de Dios? - dije -. ¿Sabes tú?

Labyrinth volvió lentamente los ojos hacia mí.

- Es el animal schubert - murmuró -. O mejor dicho, lo fue. Ya no queda mucho de él.

El animalito, que una vez había saltado y brincado como un cachorrillo, tontuelo y jugueteón, yacía en el suelo. Me incliné y aparté unas ramas y hojas que se adherían a él.

No cabía duda de que estaba muerto. La boca estaba abierta, y el cuerpo había sido totalmente desgarrado. Las hormigas y las sabandijas lo habían atacado sañudamente. Comenzaba a oler mal.

- Pero ¿qué pasó? - dijo Labyrinth. Movi6 tristemente la cabeza -. ¿Quién pudo hacerlo?

Durante un momento quedamos en silencio. Luego vimos moverse un arbusto y pudimos distinguir una forma. Debía de haber estado allí todo este tiempo, observándonos.

La criatura era inmensa, delgada y muy larga, con ojos intensos y brillantes. Me pareció bastante semejante al coyote, pero mucho más pesado. Su pelambre era manchada y espesa. El hocico se mantenía húmedo y anhelante mientras nos miraba en silencio, estudiándonos como si le sorprendiera enormemente que nos halláramos allí.

- El animal wagner - dijo Labyrinth -. Pero está muy cambiado. Casi no lo reconozco.

La criatura olfateó el aire. Súbitamente volvió hacia las sombras y un momento después se había ido.

Nos quedamos absortos durante un rato, sin decir nada.

Finalmente Labyrinth se estremeció.

- Así que esto es lo que sucedió - dijo -. Casi no puedo creerlo. Pero... ¿por qué, por qué?

- Adaptación - le dije -. Cuando echas de tu casa a un perro o a un gato doméstico, se vuelve salvaje.

- Sí - contestó. - Un perro vuelve a ser lobo. Para mantenerse vivo. La ley de la jungla. Debí haberlo supuesto. Sucede siempre.

Miró hacia abajo, hacia el lamentable cadáver en el suelo. Luego alrededor, hacia los silenciosos matorrales. Adaptación. O tal vez algo peor. Una idea se estaba formando en mi mente, pero nada dije.

- Me gustaría ver más. Echar una ojeada a los otros. Busquemos.

Estuvo de acuerdo. Comenzamos a investigar la posible existencia de animales a nuestros alrededor, apartando ramas y hojas.

Hallé y empuñé una rama, pero Labyrinth se puso de rodillas, palpando y observando el suelo desde bien cerca.

- Aun los niños se transforman en animales - le comenté -. ¿Recuerdas los casos de los niños lobos de la India? Nadie podía creer que alguna vez fueron normales.

Labyrinth asintió calladamente. Se sentía muy triste, y no era difícil darse cuenta de por qué.

Se había equivocado, su idea original había sido errada, y ahora se hallaba frente a las consecuencias de su error. La música podía transformarse en animales vivos, pero había olvidado la lección del Paraíso Terrenal.

Una vez que algo tomaba vida comenzaba a tener una existencia independiente, dejando de ser una propiedad de su creador y moldeándose y dirigiéndose tal como lo desea.

Dios, observando el desarrollo del hombre, debe de haber sentido la misma tristeza, y la misma humillación, tal como Labyrinth, ver que sus criaturas se modificaban y cambiaban para enfrentarse a las necesidades de sobrevivir.

El hecho de que sus animales musicales podrían defenderse ya no quería decir nada para él, puesto que la razón por la cual las había creado, impedir que las cosas bellas se brutalizaran, estaba sucediendo ahora en ellas mismas.

Labyrinth me miró, con ojos llenos de tristeza. Había asegurado su supervivencia, pero al hacerlo había destrozado el significado o los valores de tal acción. Traté de sonreírle para alentarlo, pero retiró la mirada.

- No te preocupes demasiado - le dije -. No fue un cambio demasiado grande el que experimentó el animal Wagner. Siempre fue un poco así, brusco y temperamental, ¿verdad? ¿No sentía cierta atracción por la violencia?

Me interrumpí bruscamente. Labyrinth había dado un salto, retirando apresuradamente su mano del suelo. Se apretó la muñeca, gimiendo de dolor.

- ¿Qué te pasa? - me apresuré a preguntarle mientras me acercaba. Temblando, me mostró su mano pequeña -. Pero ¿qué te sucede?

Le tomé la mano. Por el dorso se extendían unas marcas rojas, como tajos, que se hinchaban bajo mis ojos. Había sido mordido o aguijoneado por un animal. Miré hacia abajo, pateando el césped.

Algo se movió. Vi correr hacia los arbustos a un animalito redondo y dorado, cubierto de espinas.

- Atrápalo - dijo mi amigo. ¡Pronto!

Lo perseguí, con mi pañuelo en ristre, tratando de eludir las espinas. La esfera rodaba frenética, procurando esquivar mi maniobra, pero finalmente lo atrapé con el pañuelo.

Labyrinth se quedó mirando la forma en que se retorció atrapado. Me puse de pie.

- Casi no puedo creerlo. Va a ser mejor que regresemos a casa.

- ¿Qué es? - le pregunté.

- Uno de los insectos bach. Pero está tan cambiado que casi no puedo reconocerlo...

Nos dirigimos otra vez hacia la casa, retomando nuestro camino por el sendero, a tientas en la oscuridad. Yo abría el paso, echando a un lado las ramas. Labyrinth me seguía, silencioso y triste, frotándose la mano dolorida.

Entramos al patio y subimos la escalera del fondo hacia el porche. Labyrinth abrió la puerta y pasamos a la cocina. Encendió la luz y se dirigió hacia el fregadero, para lavarse la mano.

Tomé una jarra vacía del aparador, y dejé caer dentro al insecto bach. La esfera dorada rodaba de uno a otro lado cuando le ajusté la tapa. Me senté a la mesa. Ninguno de los dos decía palabra alguna, mientras Labyrinth seguía en el fregadero, dejando correr agua sobre su mano herida...

Yo, mientras tanto, seguía mirando a la esfera dorada, en sus infructuosos intentos por escapar.

- Y bien - dije finalmente.

- No hay la menor duda - Labyrinth se acercó y se sentó a mi lado. - Ha sufrido una metamorfosis. Antes no tenía espinas ponzoñosas, ¿sabes? Menos mal que tuve cuidado cuando me decidí a desempeñar el papel de Noé.

- ¿Qué quieres decir?

- Tuve buen cuidado de que fueran híbridos... No se podrán reproducir. No habrá una segunda generación. Cuando estos ejemplares mueran, todo se habrá acabado.

- Debo decirte que me alegro que hayas tenido eso en cuenta.

- Me pregunto - murmuró Labyrinth - cómo sonará ahora, tal cual está.

- ¿Cómo dices?

- La esfera. El insecto bach. Esa es la verdadera prueba, ¿no es así? Puedo volverlo a meter en la Máquina. Así veremos. ¿Quieres averiguar qué sucederá?

- Lo que tú digas - le contesté -. Después de todo, es tu experimento. Pero no te ilusiones demasiado.

Levantó la jarra cuidadosamente y nos dirigimos escaleras abajo, en dirección al sótano. Divisé una inmensa columna de metal opaco, que se levantaba en una esquina, cerca del lavadero. Una extraña sensación me recorrió. Era la Máquina Preservadora.

- Así que ésta es - dije.

- Sí, ésta es - Labyrinth manipuló los controles y estuvo ocupado con ellos durante un largo rato. Luego, tomando la jarra, la dio la vuelta y, abriendo la tapa, dejó caer al insecto dentro de la Máquina. Labyrinth cerró la portezuela.

- Ahora veremos - dijo. Accionó los controles y la Máquina comenzó a andar. Labyrinth se cruzó de brazos, y nos dispusimos a esperar. Fuera se hizo de noche cerrada, sin una pizca de luz. Finalmente se encendió un indicador de color rojo que se hallaba en el tablero de la Máquina.

Mi amigo giró la llave hacia la posición de desconexión, y nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos deseábamos abrir la Máquina.

- Bien - dije finalmente -. ¿Quién va a abrir y a mirar?

Labyrinth se estremeció. Metió la mano en una ranura y sus dedos extrajeron un papel con notas.

- Este es el resultado. Podemos ir arriba y tocarlo.

Nos dirigimos al cuarto de música. Labyrinth se sentó frente al piano de cola y yo le pasé la hoja. La abrió y la estudió durante un minuto, con una cara inexpresiva. Luego comenzó a tocar.

Escuché la música. Era espantosa. Nunca había oído nada igual. Era distorsionada y diabólica, sin ningún sentido o significado, excepto, tal vez, una rara familiaridad que jamás debió haber estado presente en algo así.

Sólo con gran esfuerzo era posible imaginar que alguna vez había sido una fuga de Bach, parte de una serie de composiciones magníficamente ordenadas y respetables.

- Esto es lo decisivo - dijo Labyrinth. Se puso de pie, tomo la hoja de música y la rompió en mil pedazos.

Cuando nos dirigíamos hacia el lugar donde había dejado mi automóvil, le dije:

- Tal vez la lucha por la supervivencia sea una fuerza mayor que cualquier ética humana. Hace que nuestras preciosas reglas morales y nuestros modales parezcan algo fuera de lugar.

Labyrinth estuvo de acuerdo.

- Tal vez nada pueda hacerse para salvar tales costumbres y tales reglas morales.

- Sólo el tiempo puede ser capaz de responder a esa pregunta - le contesté -. Tal vez este método falló, pero otros pueden tener éxito. Es posible que algo que no podemos predecir o prever en estos momentos pueda surgir algún día.

Le di las buenas noches y subí a mi automóvil. Estaba completamente oscuro; la noche había descendido sobre nosotros.

Encendí los faros y comencé a recorrer la carretera conduciendo en plena oscuridad. No había otros vehículos a la vista. Estaba solo y sentía mucho frío. En una curva disminuí la marcha, para cambiar de velocidad.

Algo se movió cerca de la base de un sicomoro enorme, en plena oscuridad. Traté de determinar qué era.

En la parte inferior de un árbol, un escarabajo muy grande estaba construyendo algo, poniendo un poco de barro cada vez, para dar forma a una extraña estructura. Me quedé observando al animal durante un largo rato, asombrado y curioso, hasta que finalmente notó mi presencia y dejó de trabajar. Se dio la vuelta rápidamente, entró en su pequeño edificio, haciendo sonar la puerta al cerrarla firmemente tras él.

Me alejé rápidamente.

UNA ODISEA MARCIANA

Stanley Weinbaum

Prólogo, por Isaac Asimov

En la edición de 1934 de *Wonder Stories* apareció un cuento titulado «Una odisea marciana», primer título publicado de su autor, Stanley G. Weinbaum.

En la época en que apareció el relato, *Wonder* no era la revista de ciencia-ficción más destacada. En mi opinión, era la tercera en un campo de tres. Oculta en esta oscura revista, *Una odisea marciana* tuvo en el género el efecto de una granada rompedora. Con este único cuento, Weinbaum fue reconocido de inmediato como el mejor escritor de ciencia-ficción del mundo y, al punto, casi todos los escritores del género intentaron imitarle.

En 1970, los escritores de ciencia-ficción de Estados Unidos eligieron por votación los mejores cuentos de ciencia-ficción de todas las épocas. Entre los favoritos, destacó como el más antiguo *Una odisea marciana*. Fue el primer cuento de ciencia-ficción, publicado en una revista, capaz de resistir, una generación más tarde, el escrutinio crítico de los profesionales. Aún más: acabó conquistando el segundo lugar.

Ahora bien, ¿qué era lo más característico de los cuentos de Weinbaum? ¿Qué era lo que más fascinaba a los lectores? La respuesta es fácil: sus criaturas extraterrestres.

Desde luego, en la ciencia-ficción había habido criaturas extraterrestres mucho antes de aparecer Weinbaum. Incluso si nos limitamos a las revistas de ciencia-ficción, eran un lugar común. Pero antes de la época de Weinbaum eran caricaturas, sombras, burlas de la vida.

Los extraterrestres anteriores a Weinbaum, humanoides o monstruos, servían sólo para dar relieve al héroe, para servir como una amenaza o un medio de rescate, para ser buenos o malos en términos estrictamente humanos, pero nunca para ser algo por sí mismos, independientes del género humano. Weinbaum fue el primero que creó extraterrestres que tenían sus propias razones para existir.

El 14 de diciembre de 1935, a la edad de 33 años, año y medio después de la publicación de su primera historia, Weinbaum murió de cáncer y todo terminó. Al morir, había publicado doce cuentos; once más aparecieron a título póstumo. Sin embargo, incluso sin la ventaja de decenios de trabajo y desarrollo, su presencia perdura en el recuerdo de los aficionados.

Jarvis se estiró tan cómodamente como pudo en el angosto espacio del cuartel general del Ares.

- ¡Aire respirable! - dijo con alegría -. ¡Parece tan espeso como puré después del tenue airecillo de ahí fuera!

Señaló con la cabeza el paisaje marciano que se extendía, llano y desolado a la luz de la luna más próxima, más allá del cristal de la claraboya.

Sus tres compañeros le miraron con simpatía: Putz, el ingeniero, Leroy, el biólogo, y Harrison, el astrónomo y capitán de la expedición. Dick Jarvis era el químico del famoso equipo, la expedición Ares, los primeros seres humanos que pusieron el pie en el misterioso vecino de la Tierra, el planeta Marte. Esto ocurría, desde luego, en los viejos tiempos, menos de veinte años después de que el loco americano Doheny perfeccionara el combustible atómico a costa de su vida, y sólo un decenio después de que el igualmente loco Cardoza llegase en un cohete atómico a la Luna. Eran auténticos pioneros, estos cuatro del Ares. Excepto media docena de expediciones selenitas y el desventurado vuelo de Lancey hasta la seductora órbita de Venus, eran los primeros hombres que experimentaban una gravedad distinta de la terrestre y por supuesto la primera tripulación que se apartó con éxito del sistema Tierra-Luna. Y merecían aquel éxito cuando uno considera las dificultades y molestias que hubieron de arrostrar: los meses pasados en cámaras de aclimatación en la Tierra, aprendiendo a respirar un aire tan tenue como el de Marte, la hazaña de hacer frente al vacío en el diminuto cohete impulsado por los caprichosos motores a reacción del siglo XXI y, sobre todo, el tener que enfrentarse con un mundo absolutamente desconocido.

Jarvis se estiró de nuevo y se llevó una mano a la punta despellejada de su nariz, mordida por la escarcha. Suspiró satisfecho.

- Bien - estalló Harrison bruscamente -, ¿vamos a enterarnos por fin de lo que ocurrió? Te llevas todo lo de a bordo en un cohete auxiliar, no tenemos noticias tuyas durante diez días y por fin Putz te recoge cerca de un hormiguero fantástico con un extravagante avestruz como compañero. ¡Desembucha, hombre!

- ¿Desembucha? - inquirió Leroy perplejo -. ¿Desembuchar qué?

- Quiere decir hablar - explicó Putz gravemente -, echar fuera.

Jarvis, muy serio, tropezó con la mirada divertida de Harrison.

- Exactamente, Karl - dijo, asintiendo a la explicación de Putz -. Voy a echar fuera, a soltarlo todo.

Carraspeó satisfecho y empezó.

- De acuerdo con las órdenes, vi cómo Karl se dirigía hacia el norte y entonces entré en mi cubículo volador y me dirigí al sur. Recordarás, capitán, que teníamos órdenes de no posarnos en el suelo, sino simplemente de observar buscando lugares interesantes. Puse las dos cámaras en funcionamiento cuando volaba bastante alto, a unos seiscientos

metros, por un par de razones: primero porque así las cámaras tenían más campo y segundo porque los propulsores funcionan con tanta rapidez en este semivacío que aquí llaman aire que sólo servirían para levantar polvo.

- Ya sabemos todo eso por Putz - gruñó Harrison -. Pero me gustaría que hubieses salvado las películas, habrían pagado el coste del barquichuelo. ¿Recuerdas cómo el público se agolpaba para ver las primeras películas sobre la Luna?

- Las películas están a salvo - replicó Jarvis -. Bien - continuó -, como dije, avancé un buen trecho; tal como nos figurábamos, a menos de doscientos kilómetros por hora, las alas no ofrecen mucha sustentación en este aire, y aun así tuve que hacer uso de los cohetes.

»De este modo, con la velocidad, la altitud y la confusión creada por los cohetes, la visión no era demasiado buena. Sin embargo podía distinguir lo bastante para apreciar que estaba volando sobre una extensión más de esta llanura gris que examinamos durante toda la primera semana de nuestro planetizaje: las mismas protuberancias bulbosas y la misma alfombra ilimitada de los pequeños animales-plantas restantes, o biópodos como los llama Leroy. Así pues, seguí navegando, comunicando mi posición cada hora aun sin saber si me oíais.

- ¡Yo te oía! - espetó Harrison.

- Unos trescientos kilómetros al sur - continuó Jarvis, imperturbable -, la superficie cambiaba hasta convertirse en una especie de baja meseta, un desierto de arena color naranja. Imaginé que teníamos razón en nuestra suposición y que esta llanura gris sobre la cual nos posamos era realmente el Mare Cimmerium, y el desierto anaranjado la región llamada Xanthus. Si estaba en lo cierto, llegaría a otra llanura gris, el Mare Chronium, al cabo de unos trescientos kilómetros, y luego a otro desierto anaranjado, Thyle Uno o Dos. Y eso fue lo que hice.

- Putz comprobó nuestra posición hace semana y media - gruñó el capitán -. Vamos al grano.

- Ya voy - contestó Jarvis -. A unos treinta kilómetros al interior de Thyle, lo creáis o no, crucé un canal.

- Putz fotografió un centenar. A ver si oímos algo nuevo.

- ¿Y vio también una ciudad?

- Más de una veintena, si llamas ciudades a esos montones de barro.

- Bien - prometió Jarvis -, de ahora en adelante voy a contar unas cuantas cosas que Putz no vio, - Se frotó la nariz y continuó -: Sabía que contaba con dieciséis horas de luz en esta estación, por lo que, a las ocho horas de haber salido decidí regresar, Estaba todavía volando sobre Thyle, no estoy seguro de si sobre Uno o Dos, cuando, de pronto, el motor preferido de Putz falló.

- ¿Falló? ¿Cómo? - preguntó Putz solícito.

- El dispositivo atómico se debilitó. Empecé a perder altura y me di un trazo en el centro mismo de Thyle. Además di con la nariz contra la ventanilla.

Se frotó compungidamente el apéndice dañado.

- ¿No trataste de lavar la cámara de combustible con ácido sulfúrico? - preguntó Putz -. Algunas veces, el plomo suministra una radiación secundaria.

- Lo intenté nada menos que diez veces - dijo Jarvis malhumorado -. Además, el trazo aplastó el tren de aterrizaje y desbarató los propulsores. Suponiendo que hubiera podido poner el cacharro en funcionamiento, ¿qué habría conseguido? Quince kilómetros así y el suelo se habría ido fundiendo a mi paso. - Se frotó de nuevo la nariz -. Suerte que aquí un kilo pesa menos de medio. De lo contrario, me habría hecho añicos.

- ¡Yo podría haberlo arreglado! - exclamó el ingeniero -. Apuesto a que no era nada serio.

- Probablemente no - convino Jarvis en tono sarcástico -. Simplemente se negaba a volar. Nada grave, pero no me quedaba más elección que esperar a ser recogido o tratar de volver a pie: mil trescientos kilómetros cuando quizá quedaban veinte días para salir del planeta. ¡Sesenta y cinco kilómetros por día! Bueno - concluyó -, preferí andar. Tenía las mismas posibilidades de ser recogido y eso me mantenía ocupado.

- Te habríamos encontrado - dijo Harrison.

- No lo dudo. Pero el caso es que me preparé un arnés con algunas correas del asiento, me eché el tanque de agua a la espalda, me equipé con un cinto de municiones, una pistola y algunas raciones de hierro, y me puse en marcha.

- ¡El tanque de agua! - exclamó el bajito biólogo Leroy -. ¡Pero si pesa un cuarto de tonelada!

- No estaba lleno. Pesaba unos ciento diez kilos según el peso de la Tierra, lo que aquí representa unos cuarenta kilos. Además, mi propio peso personal de ochenta kilos es aquí en Marte de sólo treinta y dos kilos, por lo que, con tanque y todo, yo venía a pesar lo que en la Tierra. Pensé en todo eso cuando emprendí la marcha. ¡Ah, desde luego me equipé con saco de dormir para poder aguantar las ventosas noches de Marte!

»Y me puse en marcha, avanzando con bastante rapidez. Ocho horas de luz significan treinta kilómetros o más. Resultaba aburrido, desde luego, eso de ir pataleando sobre la blanda arena del desierto sin nada que ver, ni siquiera los biópodos reptantes de Leroy. Al cabo de una hora llegué a un canal: una enorme zanja tan recta como la vía de un ferrocarril. Estaba seco pero allí había habido agua alguna vez. La zanja estaba cubierta con lo que parecía ser un bonito césped verde. Con la diferencia de que cuando me acerqué, el césped se apartó para dejarme paso.

- ¿Cómo dices? - exclamó Leroy.

- Sí, era un pariente de tus biópodos, Atrapé uno, una hojita que parecía de hierba, casi tan larga como uno de mis dedos, con dos delgadas patitas.

- ¿La has traído? - preguntó Leroy ávidamente.

- La solté. Tenía que avanzar y seguí caminando entre aquella hierba que se abría ante mí y se cerraba detrás. Finalmente desemboqué de nuevo en el desierto anaranjado de Thyle.

»Avanzaba echando pestes de la arena que me hacía caminar con tanto cansancio y, de vez en cuando, maldiciendo el caprichoso motor tuyo, Karl. Exactamente antes del crepúsculo llegué al borde de Thyle y lancé una mirada sobre el gris Mare Chronium. Y comprendí que tendría que caminar por allí cientos de kilómetros, más luego el largo camino de aquel desierto de Xanthus y del Mate Cimmerium. ¿Os creéis que aquello me hacía gracia? Empecé a maldeciros por no venir a recogerme.

- ¡Lo estábamos intentando, idiota! - dijo Harrison.

- Pues no servía de nada. Bueno, me imaginé que podría aprovechar lo que quedaba de luz diurna para bajar por el acantilado que marca el límite de Thyle. Encontré un sitio fácil para el descenso y me dejé ir. El Mare Chronium era el mismo tipo de lugar que éste: unas absurdas plantas sin hojas y un montón de reptantes. Les eché un vistazo y saqué mi saco de dormir. Hasta entonces no había tropezado con nada digno de mención en este mundo semimuerto, nada peligroso quiero decir.

- Pero, ¿lo encontraste? - inquirió Harrison.

- ¡Qué si lo encontré...! Ya te enterarás cuando lo cuente. Bueno, estaba a punto de dormirme cuando de pronto oí la más espantosa algarabía.

- ¿Qué es algarabía? - inquirió Putz.

- Quiere decir griterío confuso - explicó Leroy -. O sea, algo que no se entiende.

- Eso es - aprobó Jarvis -. No entendía qué estaba ocurriendo y me asomé para averiguarlo. Había allí un jaleo como el de una bandada de cuervos que quisiera devorar a un montón de canarios: silbidos, graznidos, trinos, gritos y no sé cuántas cosas más. Rodeé un grupo de troncos, y allí estaba Tweel.

- ¿Tweel? - preguntó Harrison.

- ¿Tuil? - dijeron Leroy y Putz.

- Aquel avestruz estrambótico - explicó el narrador -. Por lo menos Tweel es lo más parecido que puedo pronunciar sin farfullar. Algunas veces él decía algo que sonaba como «Trriweerrlll».

- ¿Qué estaba haciendo? - preguntó el capitán.

- Se lo estaban comiendo, Y por supuesto chillaba como cualquiera habría hecho en su caso.

- ¿Comiendo? ¿Quién?

- Lo averigüé más tarde, todo lo que pude ver entonces fue un lío de negros brazos como cuerdas enrolladas en torno de lo que parecía ser, como Putz os lo ha descrito, un avestruz. Naturalmente yo no iba a intervenir; si ambas criaturas eran peligrosas, habría una menos de la que preocuparme.

»Pero aquella cosa parecida a un ave estaba librando una buena batalla. Sin dejar de gritar, asestaba certeros golpes con un pico de unos treinta centímetros. Vislumbré un par de veces qué había al final de aquellos brazos - dijo Jarvis, estremeciéndose -. Pero lo que me decidió a intervenir fue el observar una bolsita o caja negra que pendía del cuello de aquel ser semejante a un pájaro. ¡Era inteligente!, supuse, o estaba domesticado. En cualquier caso, la decisión estaba tomada, saqué mi automática y disparé contra lo que podía distinguir de su antagonista.

»Los tentáculos se aflojaron, una fétida oleada de negra corrupción chorreó, y aquella cosa, con un repugnante ruido de succión, se contrajo y desapareció por un agujero que había en el suelo. La otra criatura lanzó una serie de graznidos, se tambaleó sobre unas patas tan gruesas como palos de golf y se volvió de pronto para hacerme frente. Mantuve mi arma lista y los dos nos observamos.

»El marciano no era un ave, realmente. No era ni siquiera parecido a un ave, excepto a primera vista. Ciertamente tenía un pico y unos cuantos apéndices con plumas, pero el pico no era realmente un pico. Era algo flexible; pude ver cómo la punta se doblaba lentamente de un lado a otro; era casi como un cruce entre pico y trompa. Tenía pies de cuatro dedos y cosas -manos, podría decirse- de cuatro dedos. Su cuerpecillo redondeado se prolongaba en un largo cuello que terminaba en una diminuta cabeza, culminada por aquel pico. Era un par de centímetros más alto que yo y..., bueno, Putz lo vio.

El ingeniero asintió.

- Sí, lo vi.

Jarvis continuó:

- Así pues, nos quedamos mirándonos. Finalmente la criatura prorrumpió en una serie de tableteos y gorjeos y alargó sus manos vacías hacia mí. Supuse que aquello era un gesto de amistad.

- Quizás estaba mirando la nariz tan hermosa que tienes y pensó que eras hermano suyo - sugirió Harrison.

- No hace falta que te muestres tan chistoso. El caso es que me guardé la pistola y dije: «No se preocupe», o algo por el estilo. Aquella cosa se acercó y nos convertimos en camaradas.

»Por aquel entonces, el sol estaba ya bastante bajo y comprendí que lo mejor sería encender un fuego o meterme en mi saco. Me decidí por el fuego. Elegí un lugar al pie del acantilado de Thyle, donde la roca podría reflejar un poco de calor sobre mi espalda, y empecé a romper ramitas de la desecada vegetación de Marte. Mi compañero captó la idea y trajo un brazado. Fui a sacar una cerilla, pero el marciano rebuscó en su bolsa y extrajo algo que tenía el aspecto de un carbón al rojo; lo acercó al montón de leña y el fuego prendió, al instante. Ya sabéis el trabajo que nos cuesta a nosotros encender fuego en esta atmósfera.

»Pero lo principal es esa bolsa suya - continuó el narrador -. Era un artículo manufacturado, amigos míos; se presionaba en un extremo y se abría de par en par; se apretaba por el centro y se cerraba tan perfectamente que no podía verse la línea de unión. Mucho mejor que las cremalleras.

»Bueno, permanecimos un rato mirando el fuego hasta que decidí intentar alguna especie de comunicación con el marciano. Me señalé a mí mismo y dije «Dick»; él captó la alusión inmediatamente, extendió hacia mí una huesuda garra y repitió «Dick». Luego lo apunté a él, y la criatura exhaló ese silbido que he llamado Tweel; no puedo imitar su acento. Las cosas se sucedían bien; para remachar los nombres, repetí «Dick» y luego, apuntando a él, «Tweel».

»Ya habíamos establecido el contacto. Él produjo algunos castañeteos que sonaban a negación y dijo algo así como «P-p-p-prot», y otras, diez o doce sonidos distintos.

»Pero no podíamos conectar. Ensayé con «roca» y con «estrella», con «árbol» y con «fuego», y no sé con cuántas cosas más; por más que probé, no pude conseguir una sola palabra. Pasados un par de minutos todos los nombres cambiaban y si eso es un lenguaje, yo soy el Preste Juan. Finalmente renuncié y lo llamé Tweel. Aquello pareció bastar.

»Pero Tweel había captado algunas de mis palabras. Recordaba dos o tres, lo que supongo es una gran proeza si uno está acostumbrado a un lenguaje que hay que ir haciendo a medida que se aprende. Pero yo no podía comprender el objetivo de su charla; o me fallaba algún punto sutil o simplemente, y más bien me inclino por esto último, no pensábamos del mismo modo.

»Tengo otras razones para creerlo. Al cabo de un rato renuncié a la cuestión del lenguaje y probé con las matemáticas. Arañé en el suelo dos más dos igual a cuatro y lo demostré con guijarros. De nuevo Tweel captó la idea y me informó de que tres más tres sumaban seis. Una vez más parecíamos ir yendo a alguna parte.

»Así pues, sabiendo que Tweel tenía por lo menos una educación de escuela primaria, dibujé un círculo para el Sol, señalándolo previamente. Después bosquejé Mercurio, Venus, la Tierra y Marte. Hecho esto, señalando a Marte, extendí mis manos en una especie de abrazo para indicar que Marte era lo que nos rodeaba. Me esforcé en poner en claro la idea de que mi hogar estaba en la Tierra.

»Tweel comprendió mi diagrama perfectamente. Acercó el pico a mi dibujo y, con gran profusión de trinos y chillidos, añadió Deimos y Fobos a Marte y luego incluyó la Luna

en la órbita de la Tierra. ¿Os dais cuenta lo que significa esto? ¡Significa que la raza de Tweel utiliza el telescopio, que son seres civilizados!

- ¡No prueba nada de eso! - atajó Harrison -. La Luna es visible desde aquí como una estrella de quinta magnitud. Pueden percibir sus fases a simple vista.

- Por lo que se refiere a la Luna, sí - dijo Jarvis -. Pero no has captado del todo mi argumento. ¡Mercurio no es visible! Y Tweel estaba enterado de la existencia de Mercurio, puesto que colocó la Luna en el tercer planeta, no en el segundo. Si no supiese nada de Mercurio, habría puesto la Tierra como segundo y Marte como tercero, en lugar de cuarto. ¿Comprendéis?

- ¡Hum! - dijo Harrison.

- El caso es que proseguí con mi lección - continuó Jarvis -. Las cosas iban bastante bien y parecía como si pudiera meterle la idea en la cabeza. Señalé el círculo que en mi diagrama representaba la Tierra, luego me señalé a mí mismo y por último me señalé a mí mismo y luego a la Tierra, que resplandecía con un vende brillante casi en el cenit.

»Tweel soltó un tableteo tan excitado que estuve seguro de que había comprendido, se puso a dar saltos y de pronto se señaló a sí mismo y luego al cielo, y después a sí mismo y al cielo de nuevo. Apuntó al centro de su cuerpo y luego a Arcturus, apuntó a su cabeza y luego a Spica, apuntó a sus pies y luego a media docena de estrellas, mientras yo me limitaba a mirarlo boquiabierto. Luego, repentinamente, dio un salto tremendo. ¡Muchachos, qué brinco! Salió disparado lo menos a treinta metros. Vi como daba la vuelta y bajaba directamente hacia mi cabeza hasta clavarse en el suelo sobre el pico igual que una jabalina, Y allí estaba él, clavado en el centro de mi círculo que representaba al Sol.

- Cosa de locos - comentó el capitán -. Simplemente cosa de locos.

- Eso es lo que pensé yo también. Me quedé mirándolo boquiabierto mientras él sacaba la cabeza de la arena y se ponía en pie. Imaginando que no había comprendido mi explicación se la repetí. Terminó de la misma manera, con la nariz de Tweel metida en el centro de mi croquis.

- Quizá se trate de un rito religioso - sugirió Harrison.

- Puede ser - dijo Jarvis dubitativamente -. Bueno, así estábamos. Podíamos cambiar ideas hasta cierto punto y para de contar. Entre nosotros había algo diferente, inconexo; no dudo de que Tweel me juzgaba tan chiflado como yo a él. Lo que ocurría es que nuestras mentes consideraban el mundo desde distintos puntos de vista y quizás el punto de vista de él era tan justo como el nuestro. Pero no podíamos ir de acuerdo, eso es todo. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, Tweel me era simpático y tengo una extraña seguridad de que yo le era simpático a él.

- ¡Locuras! - repitió el capitán -. No son más que fantasías.

- ¿Sí? Pues espera a que te cuente, Algunas veces he pensado que quizá nosotros... - Hizo una pausa y luego continuó su narración -: Lo cierto es que por fin me di por

vencido y me metí en mi saco para dormir. El fuego no me había dado mucho calor, pero en aquel maldito saco me asfixiaba. Al cabo de cinco minutos no podía resistir. Lo abrí un poco y me fastidié. Los cuarenta grados bajo cero me golpearon uno tras otro en la nariz para completar el porrazo que había sufrido en la caída del cohete.

»Volví a cubrirme y seguí durmiendo. Cuando desperté por la mañana y salí del saco comprobé que Tweel había desaparecido. Sin embargo, casi inmediatamente, oí una especie de gorjeo y le vi llegar lanzado, deslizándose por aquel acantilado de tres pisos de Thyle hasta clavarse con el pico junto a mí. Me señalé a mí mismo y luego hacia el norte y él se señaló a sí mismo y hacia el sur, pero cuando recogí mi impedimenta y me puse en marcha, se vino conmigo.

»¡Muchachos, qué manera de viajar la de aquella criatura! Cada treinta metros, un salto; surcaba el aire como una lanza y se quedaba clavado en el suelo con el pico. Parecía sorprenderse de mi pesada andadura, pero al cabo de algunos momentos se adaptó lo mejor que pudo, salvo que cada pocos minutos daba uno de sus saltos y clavaba su nariz en la arena a pocos metros de mí y se reunía de nuevo conmigo. Al principio me sentía nervioso al ver aquel pico apuntándome como una lanza, pero lo cierto es que siempre terminaba clavándose a mi lado en la arena.

»De este modo recorrimos el Mare Chronium. Es un sitio muy parecido a éste: las mismas plantas estrambóticas y los mismos pequeños biópodos verdes creciendo en la arena o apartándose para dejarle paso a uno. Charlábamos; no porque nos comprendiéramos, pero ya sabéis lo que quiero decir, sólo por lograr la sensación de tener compañía. Canté canciones y sospecho que Tweel las cantó también; por lo menos, algunos de sus trinos y gorjeos sugerían algún ritmo.

»De vez en cuando, para variar, Tweel desplegaba su muestrario de palabras inglesas. Apuntaba a cualquier protuberancia y decía «roca», y apuntaba luego a un guijarro y decía lo mismo; o bien me tocaba un brazo y decía «Dick» y luego lo repetía. Parecía divertirse enormemente con el hecho de que la misma palabra significase la misma cosa aunque se dijera dos veces seguidas, o que la misma palabra pudiera aplicarse a dos objetos diferentes. Me pregunté si su lenguaje no sería como el idioma primitivo de algunos pueblos de la Tierra, como el de los negritos, ya sabéis, que no tienen palabras genéricas: ninguna palabra para comida o agua u hombre; sólo palabras para comida buena y comida mala, o agua de lluvia y agua de mar, u hombre fuerte y hombre débil. Son demasiado primitivos para comprender que el agua de lluvia y el agua de mar son simplemente aspectos distintos de la misma cosa. Pero no era ése el caso con Tweel. Más bien era como si fuésemos misteriosamente distintos de un modo u otro: nuestras mentes eran extrañas entre sí. Y sin embargo nos teníamos simpatía.

- Eso es por la soledad - comentó Harrison -. Por eso os teníais tanta simpatía.

- Bueno, yo te tengo simpatía - replicó Jarvis malignamente -. El caso es - continuó - que no quiero que os forméis la idea de que Tweel era algún chiflado. En realidad, no estoy tan seguro de que no pudiera enseñar uno o dos trucos a nuestra tan alabada inteligencia humana. ¡Oh, sé muy bien que no era un superhombre intelectual, pero no olvidéis que consiguió entender algo de mi funcionamiento mental y en cambio yo no tuve el menor vislumbre del suyo.

- Porque él no tenía tal funcionamiento - sugirió el capitán - mientras Putz y Leroy parpadeaban atentamente.

- Podréis juzgarlo cuando termine mi relato - dijo Jarvis -. Bueno, seguimos andando todo el día por el Mare Chronium y también el día siguiente. ¡Mare Chronium, Mar del Tiempo! Al acabar aquella marcha, estaba a punto de darle la razón a Schiaparelli cuando lo bautizó con este nombre, era tan monótono, sólo aquella llanura gris e interminable de plantas extravagantes y sin otro signo de una vida distinta, que casi me alegré al ver el desierto de Xanthus hacia el anochecer del segundo día.

»Estaba bastante agotado, pero Tweel, al que, por cierto, jamás vi comer ni beber, parecía estar tan campante como siempre. Creo que él podría haber cruzado el Mare Chronium en un par de horas con aquellos terribles saltos suyos, pero permanecía pegado a mí. Una o dos veces le ofrecí agua; aceptó mi taza y sorbió el líquido con su pico para luego, cuidadosamente, volver a lanzarlo a la taza y devolvérmela con toda gravedad.

»Juntamente cuando avistamos Xanthus empezó a soplar una de esas desagradables tormentas de arena. No era quizá tan fuerte como la que tuvimos aquí, pero ahora debía caminar contra ella. Me protegí la cara con la visera transparente de mi saco y me defendí bastante bien. Tweel utilizaba algunos apéndices plumosos que le crecen como un bigote en la base del pico para taparse los orificios nasales, y otro escudo similar para protegerse los ojos.

- ¡Es una criatura del desierto! - exclamó el biólogo Leroy.

- ¿Eh? ¿Cómo?

- No bebe agua, se adapta a las tormentas de arena...

- Eso no prueba nada. No se puede desperdiciar ni una sola gota de agua en esta píldora desecada llamada Marte, en la Tierra lo habríamos calificado todo de desierto. - Hizo una pausa -. Cuando cesó la tormenta de arena, un viento suave nos dio en la cara. De improviso, como llevadas por esa tenue brisa, unas pequeñas esferas, transparentes y muy livianas, empezaron a deslizarse desde los acantilados de Xanthus. Intrigado, partí unas cuantas y comprobé que estaban vacías, sólo que al romperlas desprendían un olor nauseabundo. Pregunté a Tweel y por su respuesta, un «no, no, no» rotundo, supuse que compartía mi misma ignorancia sobre las esferas. Siguieron flotando como vilanos o como pompas de jabón, y nosotros proseguimos nuestro camino hacia Xanthus. En una ocasión Tweel apuntó a una de las bolas de cristal y dijo «roca», pero yo estaba demasiado cansado para discutir con él. Posteriormente descubrí lo que había querido decir.

»Al anochecer llegamos al pie de los acantilados de Xanthus. Decidí dormir en la meseta pues pensé que tan peligrosa podría ser la arena de Xanthus como la vegetación del Mare Chronium. De hecho no había descubierto una sola señal de amenaza, excepto aquella cosa negra y tentacular que atrapara a Tweel y que por lo visto no se movía en absoluto, sino que atraía a las víctimas que estaban a su alcance. No podía atraerme a mí mientras estuviera durmiendo, más teniendo en cuenta que Tweel permanecía en vela, limitándose a estar sentado pacientemente toda la noche. Me hubiera gustado saber

cómo aquella extraña criatura de brazos negros pudo atrapar a Tweel, pero no había modo de preguntárselo a este último. Lo averigüé más tardé; es algo diabólico.

»Recorrimos el acantilado buscando un sitio fácil por donde trepar. Por lo menos lo buscaba yo. Tweel podría haber saltado el obstáculo fácilmente, porque los acantilados eran más bajos que los de Thyle, quizás unos veinte metros. Al fin dimos con un lugar adecuado y empecé a trepar, maldiciendo el voluminoso tanque de agua amarrado a mi espalda y lo mucho que dificultaba mi escalada. De pronto oí un sonido que creí reconocer.

»Ya sabéis cuán engañosos resultan los sonidos en este aire tan tenue. Un disparo suena como el descorche de una botella. Pero esta vez no había dudas: era el zumbido de un cohete. En efecto, a unos quince kilómetros hacia el oeste, entre yo y la puerta de sol, estaba nuestra segunda nave auxiliar.

- Era yo - dijo Putz -. Te estaba buscando.

- Sí, lo comprendí. Pero, ¿de qué me servía? Me aferré al acantilado y grité mientras hacía señas con una mano. Tweel vio también la navecilla y se puso a trinar y a graznar saltando hasta lo alto de la barrera y elevándose luego en el aire. Y mientras yo miraba, el aparato desapareció zumbando entre las sombras del sur.

»Trepé hasta lo alto del acantilado. Tweel aún seguía apuntando y graznando excitadamente, elevándose hasta el cielo y cayendo luego en barrena para hundir su pico en el suelo. Apunté hacia el sur y hacia mí mismo y dije «sí, sí, sí», pero en cierto modo conjeturé que él pensaba que aquella cosa volante era un allegado mío, probablemente un pariente. Quizá cometí una injusticia contra su intelecto; ahora sé que fue así.

»Me sentía amargamente decepcionado por mi fracaso en llamar la atención. Dispuse mi saco de dormir y me metí dentro, porque arreciaba el frío de la noche. Tweel hundió el pico en la arena, alzó las patas y los brazos y se quedó como uno de los arbustos sin hojas que hay por aquí. Creo que permaneció de este modo toda la noche.

- ¡Mimetismo protector! - exclamó Leroy -. ¿Lo ves? ¡Es una criatura del desierto!

- Por la mañana - continuó Jarvis -, nos pusimos de nuevo en marcha. No habíamos avanzado más de cien metros por Xanthus cuando vi una cosa rara, una cosa que estoy seguro de que Putz no ha fotografiado.

»Una línea de diminutas pirámides de no más de quince centímetros de altura se extendía por toda la superficie de Xanthus que yo podía abarcar con la vista. Pequeños edificios hechos de pequeñísimos ladrillos, edificios huecos y truncados, o por lo menos rotos en la cúspide y vacíos. Se los señalé a Tweel y pregunté «¿Qué?», pero él lanzó algunos graznidos negativos para indicar, supongo, que no lo sabía. Así pues, continuamos, siguiendo la fila de pirámides.

»¡Muchachos, seguimos aquella línea durante horas! Al cabo de un rato, noté una cosa rara: las pirámides se iban haciendo mayores.

El mismo número de ladrillos en cada una, pero los ladrillos eran mayores.

»Al mediodía me llegaban ya al hombro. Miré algunas: todas iguales, rotas en la cúspide y vacías. Examiné también un ladrillo o dos; eran sílice, y tan viejos como la creación misma.

- ¿Cómo lo sabes? - preguntó Leroy.

- Estaban gastados, con las aristas redondeadas. La sílice no se estropea fácilmente ni siquiera en la Tierra, y con este clima...

- ¿Qué edad les calculas?

- Cincuenta mil... cien mil años. ¿Cómo podría decirlo? Las pirámides pequeñas que vimos por la mañana eran más antiguas, quizá diez veces más. Se desmoronaban, ¿Qué edad podrían tener? ¿Medio millón de años? ¿Quién sabe? - Jarvis hizo una pausa -. Bueno - continuó -, seguimos la línea. Tweel apuntaba a las pirámides y dijo «roca» una o dos veces, pero esa era una palabra que había repetido con mucha frecuencia. Además, en cierto modo, tenía más o menos razón.

»Traté de sonsacarlo. Señalé a una pirámide y le pregunté «¿Gente?» indicándonos a nosotros dos, repuso con una especie de cloqueo negativo y dijo: «No, no, no. No uno uno dos. No dos dos cuatro», mientras se frotaba el estómago. Lo miré fijamente y él continuó con la musiquilla: «No uno uno dos. No dos dos cuatro».

- ¡Esa es la prueba irrefutable! - exclamó Harrison -. ¡Locuras!

- Eso crees, ¿eh? - inquirió Jarvis sarcásticamente -. Pues bien, yo me figuré algo muy distinto. «No uno uno dos». Por supuesto no lo captas todavía, ¿verdad?

- En absoluto. Ni creo que lo captes tú.

- Yo creo que sí. Tweel estaba utilizando las pocas palabras inglesas que conocía para enunciar una idea muy compleja. Permíteme que te pregunte, ¿en qué te hacen pensar las matemáticas?

- Pues... en astronomía. O... en lógica.

- Eso es «No uno uno dos». Tweel estaba diciéndome que los constructores de las pirámides no eran gente, o que no eran inteligentes, que no eran criaturas dotadas de razón. ¿Me comprendes?

- ¡Uf, que me aspen!

- Probablemente te asparán.

- ¿Por qué - intervino Leroy - se frotaba el estómago?

- Está claro, mi querido biólogo. Porque allí es donde tiene el cerebro. No en su diminuta cabeza, sino en el centro de su cuerpo.

- ¡Es imposible!

- No, en Marte no lo es. Esta flora y esta fauna no son terráneas tus biópodos lo demuestran. - Jarvis sonrió burlonamente y prosiguió su narración -: Como quiera que sea, seguimos caminando por Xanthus y ya mediada la tarde sucedió otra cosa rara. Las pirámides se acabaron.

- ¿Se acabaron?

- Sí, y el misterio radicaba en la última, ya casi de tres metros. ¿No comprendéis? Quienquiera que fuese, el que la construyó estaba todavía dentro. Lo habíamos seguido desde sus orígenes de medio millón de años antes hasta la actualidad.

»Tweel y yo nos dimos cuenta casi al mismo tiempo. Monté mi pistola, en la que tenía un cargador de balas explosivas y Tweel, rápido como un prestidigitador, sacó de su bolsa un curioso y pequeño revólver de cristal. Se parecía mucho a nuestras armas, con la diferencia de que la culata era mayor para acomodarse a su mano. Empuñamos nuestras armas mientras nos acercábamos a la última pirámide.

»Tweel fue el primero en ver el movimiento. Las hileras superiores de ladrillos estaban siendo desplazadas y, de pronto, se deslizaron a un lado con un ligero crujido. Y entonces... algo... algo empezó a salir.

»Apareció un largo brazo de un gris plateado y detrás un cuerpo blindado. Blindado, quiero decir, recubierto de escamas de un gris plateado y mate. El brazo sacó al cuerpo de aquel hueco; la criatura quedó tendida en la arena.

»Era una criatura indescriptible: cuerpo como con un solo orificio que recordaba vagamente a una boca y dotado en ambos extremos de dos brazos: flexible uno, rígido y aguzado el otro. Nada de más miembros, nada de ojos, oídos, nariz, en fin, lo que se dice nada. Aquella cosa se arrastró unos cuantos metros, metió su puntiaguda cola en la arena, se enderezó y se quedó sentada.

»Tweel y yo permanecemos a la expectativa. Al cabo de unos diez minutos, nos llegó un leve crujido, un crepitar como el de un papel que se arruga, y su brazo se movió hasta el agujero de la boca de donde extrajo... ¡un ladrillo! El brazo colocó cuidadosamente el ladrillo en el suelo y la cosa quedó de nuevo inmóvil.

»Otros diez minutos... otro ladrillo. Se trataba simplemente de uno de los ladrillos de la naturaleza, Yo estaba a punto de apartarme y seguir caminando cuando Tweel apuntó a la cosa y dijo: «Roca». Contesté con un «hum» y él lo repitió de nuevo. Luego, con acompañamiento de algunos de sus trinos, dijo «No... no», y lanzó dos o tres aspiraciones sibilantes.

»Lo curioso es que comprendí lo que quería decir. Pregunté: «¿No respira?», y expliqué con gestos la palabra. Tweel quedó entusiasmado; dijo: «¡Sí, sí, sí! ¡No, no, no respira!» Luego dio un salto y terminó clavando la nariz a un paso del monstruo.

»Ya podéis imaginaros lo turbado que me quedé. El brazo se alzaba en busca de un ladrillo y temí ver a Tweel atrapado y prensado, pero no ocurrió nada de eso, Tweel se

colocó junto a la criatura y el brazo agarró el ladrillo y lo colocó pulcramente junto al primero. Tweel le rozó el cuerpo y dijo: «Roca» y yo tuve bastantes agallas para acercarme y mirar.

»De nuevo Tweel tenía razón. La criatura era roca y no respiraba.

- ¿Cómo lo sabes? - inquirió Leroy, encendidos de interés sus negros ojos.

- Porque soy químico. ¡La bestia estaba hecha de sílice! Debía de haber silicio puro en la arena y ella vivía a sus expensas. ¿Lo comprendéis? Nosotros, Tweel y esas plantas de ahí fuera, incluso los biópodos, son vida de carbono; en cambio, aquella cosa vivía por un conjunto diferente de reacciones químicas. ¡Era vida de silicio!

- ¡Vida silícea! - gritó Leroy -. Lo había sospechado y ahora tenemos la prueba. Tengo que ir a verlo. Tengo que...

- ¡Está bien, está bien! - dijo Jarvis -. Puedes ir a verlo. El caso es que la cosa estaba allí, viva y sin embargo no viviente, moviéndose cada diez minutos sólo para sacar un ladrillo. Esos ladrillos eran sólo su material de desecho. ¿Comprendes, franchute? Nosotros somos carbono y nuestro material de desecho es dióxido de carbono; esta cosa es silicio y su desecho es dióxido de silicio, es decir, sílice. Pero la sílice es un sólido, de aquí los ladrillos. La bestia los construye y cuando los ha colocado, se traslada a un nuevo emplazamiento para comenzar otra vez. No es de extrañar que produjese aquellos crujidos. ¡Una criatura viva de medio millón de años!

- ¿Cómo sabes la edad? - preguntó Leroy frenéticamente.

- Seguimos el rastro de las pirámides desde el principio, ¿no es así? Si no fuese éste el constructor original de las pirámides, la serie habría terminado en algún sitio antes de que lo encontrásemos a él, ¿no os parece? Habría terminado y empezado de nuevo con las pirámides pequeñas. Me parece que es bastante simple.

»Pero él se reproduce, o trata de hacerlo, Antes de extraer el tercer ladrillo proyectó con un nuevo crujido un enjambre de aquellas bolitas de cristal. Son sus esporas, o huevos, o semillas, o como queramos llamarlas. Fueron flotando sobre Xarithus como habían flotado sobre nosotros en el Mare Chronium. También tengo el presentimiento de cómo funcionan; esto lo digo para que tomes nota, Leroy. Creo que la cáscara de cristal de sílice no es más que una cubierta protectora, como la cáscara de un huevo, y que el principio activo es el olor que hay dentro. Es una especie de gas que ataca al silicio y, si la cáscara se rompe cerca de un depósito de este elemento, se inicia una reacción que desemboca en una bestia como la que os he descrito.

- ¡Habrá que probarlo! - exclamó el bajito francés -. Debemos romper una para ver.

- ¿Sí? Bueno, pues yo lo hice. Rompí unas cuantas contra la arena. ¿Queréis volver dentro de unos diez mil años para ver si planté algunos monstruos constructores de pirámides? Será muy probable que para esa fecha podáis ya comprobarlo. - Jarvis se detuvo e hizo una inspiración profunda -. ¡Cielos! ¡Qué criatura tan absurda! ¿Os la imagináis? Ciega, sorda, sin nervios, sin cerebro; simplemente un mecanismo y, sin embargo... inmortal. Limitada a hacer ladrillos, a construir pirámides mientras existan el

silicio y el oxígeno. E incluso después se limitará a pararse, no morirá. Y a los accidentes que se produzcan dentro de un millón de años le aportan de nuevo su comida, allí estará dispuesta a caminar de nuevo, en tanto que los cerebros y civilizaciones formarán parte del pasado. Una extraña bestia, pero encontré otra más rara aún.

- Si la encontraste, debió de ser en sueños - gruñó Harrison.

- Tienes razón - dijo Jarvis lacónicamente -. En cierto modo tienes razón. ¡La bestia de los sueños! Es el mejor nombre para ella, y es la más hostil, y terrorífica creación que uno pueda imaginar. Más peligrosa que un león, más insidiosa que una serpiente.

- ¡Cuéntame! - rogó Leroy -. ¡Tengo que ir a verla!

- No, a ese diablo no. - Hizo de nuevo una pausa -. Bien - continuó -, Tweel y yo abandonamos a la criatura de las pirámides y seguimos caminando por Xanthus. Yo estaba cansado y bastante triste por el hecho de que Putz no me hubiese recogido y los cloqueos de Tweel me atacaban los nervios, así como sus picados en barrena. Así pues, me limitaba a caminar sin decir palabra, hora tras hora, por aquel monótono desierto.

»Hacia media tarde avistamos una línea oscura en el horizonte. Yo sabía lo que era. Era un canal; lo había sobrevolado en el cohete y eso significaba que sólo habíamos recorrido un tercio de la extensión de Xanthus. Bonita idea, ¿no? Y sin embargo, aún disponía de tiempo para llegar en la fecha marcada.

»Nos acercamos al canal lentamente; yo recordaba que este canal estaba bordeado por una amplia franja de vegetación y que la Ciudad de Cieno estaba en la orilla.

»Ya he dicho que estaba cansado. No hacía más que pensar en una buena comida caliente, y de allí mis reflexiones se fueron encadenando: pensé en lo bonito y hogareño que me parecería incluso Borneo después de este loco planeta, en el pequeño y viejo Nueva York y, finalmente, en una muchacha a la que conozco allí: Fancy Long. ¿La conocéis?

- Una animadora - dijo Harrison -. He cantado el estribillo de muchas de sus canciones. Bonita rubia; baila y canta en la hora de la Hierba Mate.

- Esa es - aprobó Jarvis -. La conozco bastante bien, sólo como amigos, entendéis, ¿eh?, aunque acudió a vernos despegar en el Ares. Iba pensando en ella mientras nos acercábamos a aquella línea de plantas elásticas.

»Y entonces exclamé: «¡Qué diablos...!», y me quedé mirando fijamente. Allí estaba Fancy Long, de pie bajo uno de aquellos árboles retorcidos, tan clara como el día, sonriendo y saludándome con el brazo tal como yo recordaba que había hecho cuando despegamos.

- Definitivamente se ve que estás loco - comentó el capitán.

- Muchacho, en aquellos momentos casi te habría dado la razón. Parpadeé, me pellizqué, cerré los ojos, luego volví a mirar, y allí seguía estando Fancy Long sonriendo y saludando con el brazo. Tweel también veía algo; graznaba y cloqueaba,

pero yo apenas lo oía. Permanecía inmóvil mirando a la muchacha, demasiado estupefacto para hacerme preguntas.

»No estaba a seis metros de ella cuando Tweel me alcanzó con uno de sus saltos. Me agarró por un brazo, gritando: «¡No, no, no!», con su voz más aguda. Traté de sacudírmelo, era tan liviano como si estuviese hecho de bambú, pero él clavó sus garras y chilló. Finalmente recobré algo de cordura y me detuve a menos de tres metros de la muchacha. Allí estaba ella, con un aspecto tan sólido como la cabeza de Putz.

- ¿Cómo dices? - preguntó el ingeniero.

- Sonreía y movía el brazo, movía el brazo y sonreía, y yo estaba allí tan callado como Leroy, mientras Tweel cloqueaba y parloteaba.

Comprendía que aquello no podía ser real, y sin embargo allí estaba ella.

»Finalmente dije: «¡Fancy! ¡Fancy Long!» Ella seguía sonriendo y ondeando el brazo, pero con un aspecto tan real como si yo no la hubiese dejado a una distancia de ochenta millones de kilómetros.» Tweel había sacado su pistola de cristal y estaba apuntando contra la muchacha. Lo agarré por el brazo, pero intentó apartarme. La señaló y dijo: «¡No respira! ¡No respira!» y comprendí que quería decir que aquella Fancy Long no estaba viva. ¡Muchachos, la cabeza me daba vueltas!

»Sin embargo, se me ponía la carne de gallina al ver cómo Tweel apuntaba su arma contra la muchacha. No sé cómo permanecí allí quieto viéndolo afinar la puntería, pero lo hice. Apretó el gatillo, se produjo un pequeño escape de vapor y Fancy Long desapareció. En su lugar pude ver uno de esos retorcidos horrores negros en forma de brazos. Era la misma bestia que antes había atrapado a Tweel.

»¡La bestia de los sueños! Permanecí allí mareado, viéndola morir mientras Tweel trinaba y silbaba. Por fin, él me tocó el brazo, señaló a aquella cosa que se retorcía y dijo: «Tú uno uno dos, él uno uno dos». Después que lo hubo repetido ocho o diez veces, capté el significado. ¿Lo captó alguno de vosotros?

- ¡Sí! - chilló Leroy -. ¡Yo lo entiendo! Quiere decir que tú piensas en algo, la bestia lo adivina y tú ves aquello en que estás pensando. Un perro hambriento vería un gran hueso con carne. O lo olería, ¿no es así?

- Exactamente - dijo Jarvis -. La bestia de los sueños utiliza los anhelos y deseos de su víctima para atrapar a la presa. El pájaro, en la estación de celo, querría ver a su pareja; el zorro, que busca su presa, querría ver un indefenso conejo.

- ¿Cómo consigue eso la bestia? - inquirió Leroy.

- ¿Y cómo voy a saberlo? ¿Cómo se las arregla en la Tierra una serpiente para hipnotizar a un pájaro y atraerlo hasta sus mandíbulas? ¿Y no son capaces los peces de las profundidades de atraer a sus víctimas hasta la propia boca? ¡Cielos! - exclamó Jarvis con un estremecimiento -. ¿No veis lo insidioso que es el monstruo? Ahora estamos advertidos, pero en adelante no podemos confiar ni siquiera en nuestros propios

ojos. Podríais estar viéndome, o yo podría ver a uno de vosotros, y otra vez pudiera darse el caso de que aquello no fuese sino otro de esos negros horrores.

- ¿Cómo se dio cuenta tu amigo? - preguntó el capitán bruscamente.

- ¿Tweel? Es lo que me pregunto yo también. Quizás él estaba pensando en algo que no era posible que me interesara y cuando empecé a acercarme comprendió que yo veía algo distinto y cayó en la cuenta. O tal vez la bestia de los sueños sólo puede proyectar una visión única, y Tweel vio lo que yo vi... o nada. No pude preguntárselo. Pero eso es otra prueba de que la inteligencia de Tweel es igual que la nuestra, si no superior.

- ¡Te digo que estás chiflado! - exclamó Harrison -. ¿Qué te hace pensar que su intelecto pueda compararse con el humano?

- Muchas cosas. Primero la cuestión de la bestia de las pirámides. Él nunca había visto ninguna; por lo menos eso es lo que dijo sin embargo, la reconoció como un autómeta de silicio.

- Puede haber oído hablar de él - objetó Harrison -. Ya sabes que él vive por aquí cerca.

- ¿Y qué me dices respecto al lenguaje? Yo no pude formarme ni la menor idea del suyo y él, en cambio, aprendió seis o siete palabras del mío. ¿Y os dais cuenta de las ideas tan complejas que supo enunciar sirviéndose simplemente de seis o siete de esas palabras? El monstruo de las pirámides, la bestia de los sueños... En una sola frase me dijo que uno era un autómeta inofensivo y el otro un poderosísimo hipnotizador. ¿Qué opináis de eso?

- ¡Hum! - dijo el capitán.

- Todo lo «hum» que quieras, pero, ¿podrías haber hecho eso sabiendo sólo seis palabras de inglés? ¿Podrías haber conseguido incluso más, como lo consiguió Tweel, y decirme que otra criatura era de una especie de inteligencia tan diferente de la nuestra, que la comprensión resultaba imposible, mucho más imposible que entre Tweel y yo?

- ¿A qué clase de criaturas te refieres?

- Eso vendrá más tarde. Lo que quiero recalcar es que Tweel y su raza son merecedores de nuestra amistad. En algún sitio de Marte, ya veréis como tengo razón, hay una civilización y una cultura semejantes a la nuestra, y la comunicación es posible entre ellos y nosotros; Tweel lo demuestra. Puede que eso exija años de pacientes ensayos, porque sus mentes nos resultan extrañas, pero menos extrañas que las mentes con que topé más tarde... si son mentes.

- ¿A qué te refieres?

- A la gente que hay en las ciudades de barro a lo largo de los canales. - Jarvis frunció el ceño y continuó luego su narración -: Yo creía que la bestia de los sueños y el monstruo de silicio eran los seres más extraordinarios concebibles, pero estaba equivocado. Las criaturas a las que voy a referirme son todavía menos comprensibles que cualquiera de las otras dos, y desde luego mucho menos comprensibles que Tweel, con quien cabe la

posibilidad de trabar amistad e incluso, a fuerza de paciencia y concentración, llegar a un intercambio de ideas.

»El caso es - prosiguió - que abandonamos a la moribunda bestia de los sueños, dejándola retirarse a su cubil, y avanzamos hacia el canal. El suelo estaba recubierto por una alfombra de aquellas raras hierbas andadoras que se apartaban a nuestro paso. Cuando llegamos a la orilla, vimos que por el canal fluía un débil hilo de agua amarilla. La ciudad de barro que había divisado desde el cohete estaba aproximadamente a unos dos kilómetros a la derecha y sentía curiosidad por echarle un vistazo.

»Ofrecía el aspecto de estar deshabitado, pero, por si había criaturas emboscadas con propósitos hostiles, Tweel y yo empuñábamos nuestras armas. Dicho sea de paso, la de Tweel era un artilugio interesante. La examiné después del episodio de la bestia de los sueños: disparaba una pequeña esquirra de cristal, envenenada supongo, y calculo que en un cargador había por lo menos cien proyectiles. La propulsión era a vapor, vapor puro y simple.

- ¿Vapor? - exclamó Putz -. ¿Qué clase de vapor?

- De agua, por supuesto. El cristal de la empuñadura transparentaba dos cámaras, una llena de agua y la otra de un líquido espeso y amarillento. Cuando Tweel apretaba la empuñadura, porque en realidad no había ningún gatillo o disparador, una gota de agua y una gota de aquella materia amarillenta penetraban en la cámara de combustión, y el agua se convertía en vapor. No es tan difícil; creo que podríamos utilizar el mismo principio. El ácido sulfúrico concentrado calentaría el agua casi hasta el punto de ebullición, y lo mismo lo harían la cal viva, el potasio o el sodio...

»Naturalmente, su arma no tenía el alcance de la mía, pero no resultaba tan mala en este aire enrarecido. Además, contenía tantos proyectiles como una pistola de vaquero en una película del oeste y era eficaz, por lo menos contra la vida marciana. Yo la probé, disparando contra una de aquellas plantas extravagantes, y que me aspen si la planta no se marchitó y se desplomó. Por eso creo que las esquirras de cristal estaban envenenadas.

»El caso es que seguimos andando hacia la ciudad de barro. Empezaba a preguntarme si los constructores de la ciudad serían los que habían excavado los canales. Señalé a la ciudad y luego al canal, pero Tweel dijo «No, no, no» y con un ademán señaló hacia el sur. Interpreté que con aquel gesto quería decir que era otra raza la que había creado el sistema de canales, quizá la gente de Tweel. No lo sé; tal vez haya otra raza inteligente en el planeta, o una docena. Marte es un raro pequeño mundo.

»A unos cien metros de la ciudad cruzamos una especie de carretera, una simple senda de barro apisonado y, sorpresa, vimos avanzar por ella a uno de los constructores de montecillos.

»¡Muchachos, cuesta trabajo hablar de seres tan fantásticos, parecía un barril trotando sobre cuatro patas. No tenía cabeza: el extremo superior del cuerpo era un diafragma tan tenso como la piel de un tambor. Amén de las patas el cuerpo, rodeado por completo de una hilera de ojos, proyectaba otros cuatro tentáculos.

»Y eso era todo. El extraño ser pasó como un rayo junto a nosotros empujando una carretilla. Ni siquiera advirtió nuestra presencia, aunque me pareció observar que sus ojos se modificaban un poco al pasar a nuestra altura.

»Un momento más tarde se acercó otro, empujando una carretilla vacía. Y luego un tercero, que también nos ignoró. Bueno, yo no iba a consentir que un montón de barriles jugando al tren me tratase con tal menosprecio, así que, cuando se acercó el cuarto, me planté en medio del camino, dispuesto a apartarme de un salto si aquella cosa no se paraba.

»Pero se detuvo y lanzó una especie de redoble. Yo extendí las manos y dije: «Somos amigos». ¿Y qué suponéis que hizo la cosa aquella?

- Imagino que responder: «Encantado de conocerlo» - sugirió Harrison.

- No me habría sorprendido más de haber hecho esto. Redobló sobre su diafragma y atronó de pronto: «Somos amigos». Y, sin más, empujó malignamente su carretilla contra mí. Me aparté de un salto y me quedé mirando como un estúpido a aquella cosa que se alejaba. Un minuto más tarde otro de aquellos barriles pasó a la carrera. No se detuvo, sino que simplemente redobló: «Somos amigos» y siguió corriendo. ¿Cómo había aprendido la frase? ¿Estaban todas aquellas criaturas comunicadas entre sí? ¿Eran todas ellas partes de algún organismo central? Lo ignoro, aunque creo que Tweel sí lo sabe.

»Como quiera que sea, las criaturas continuaban pasando junto a nosotros, cada una de ellas saludándonos con la misma frase. Llegó a ser cómico; nunca pensé encontrar tantísimos amigos en esta bola dejada de la mano de Dios. Finalmente miré a Tweel con un gesto de perplejidad; imagino que me comprendió, porque dijo: «Uno uno dos sí, dos dos cuatro, no». ¿Lo entendéis?

- Claro - dijo Harrison -. Debe tratarse de una rima infantil marciana.

- Nada de eso. Estaba ya acostumbrándome al simbolismo de Tweel e interpreté su declaración de esta manera: «Uno uno dos, sí»: las criaturas eran inteligentes; «Dos dos cuatro, no»: su inteligencia no era de nuestro tipo, sino algo distinto, más allá de la lógica del dos y dos son cuatro. Tal vez me equivoqué, tal vez había querido dar a entender que sus mentes eran de grado inferior, capaces de concebir las cosas simples, «uno uno dos, sí», pero no cosas más difíciles, «dos dos cuatro, no». Pero creo, por lo que vimos más tarde, que mi interpretación había sido correcta.

»Al cabo de pocos momentos, las criaturas volvieron corriendo. Traían ahora las carretillas llenas de piedras, arena, trozos de plantas gelatinosas y desperdicios por el estilo. Zumbaban sus amistosos saludos, que realmente no lo parecían tanto y seguían corriendo. Supuse que el cuarto era mi primer conocido y decidí tener otra charla con él, Me planté en su camino y aguardé.

»Se acercó lanzando su «somos amigos» y se detuvo. Me quedé mirándolo; cuatro o cinco de sus ojos se fijaron en mí. Probó otra vez su contraseña y dio un empujón a su carretilla, pero permanecí firme. Y entonces la repugnante criatura alargó uno de sus brazos y dos dedos que parecían pinzas me apretaron la nariz.

Harrison estalló en una salvaje risotada.

- Quizás esas cosas poseen un afinado sentido de la belleza - proclamó entusiasmado.

- Ríe todo cuanto quieras - gruñó Jarvis -. Yo había recibido ya un golpe en la nariz y la tenía escocida por la escarcha. No pude por menos que gritar un «¡ay!» de dolor y hacerme a un lado. La criatura siguió su camino, pero a partir de entonces el saludo de todas ellas fue «Somos amigos. Ay». ¡Extravagantes bestias!

»Tweel y yo seguimos la carretera. Esta se hundía simplemente en una abertura y bajaba como una vieja contramina. De un lado a otro pasaba a toda prisa la gente-barril, saludándonos con su eterna frase.

»Miré hacia el interior. En algún sitio, allá abajo, se divisaba un poco de luz y sentí curiosidad por verla. No parecía una antorcha, ya me comprendéis, sino que tenía el aspecto de una luz más civilizada y pensé que aquello podría proporcionarme una pista en cuanto al índice de desarrollo de aquellos seres. Así pues, entré y Tweel me siguió pisándome los talones, no sin antes proferir unos cuantos cloques y graznidos.

»La luz era curiosa. Chisporroteaba y resplandecía como un viejo arco voltaico, pero procedía de una sola varilla negra empotrada en la pared del corredor. Era eléctrica, sin duda alguna. Por lo visto, las criaturas estaban bastante civilizadas.

»Luego vi otra luz que lucía sobre algo resplandeciente y me acerqué a mirar, pero se trataba sólo de un montón de arena brillante. Me volví hacia la entrada para marcharme y creí que me la había tapado el diablo.

»Supuse que el corredor era curvo o que me había metido por un pasillo lateral, Desandé el camino en la dirección que intuí correcta y todo lo que encontré fueron más corredores sumidos en la penumbra. ¡Aquello era un laberinto! No había más que retorcidos pasillos que corrían en todas direcciones, alumbrados por alguna que otra luz. De vez en cuando pasaba una criatura corriendo, a veces con una carretilla, a veces sin ella.

»Al principio no me preocupé mucho, Tweel y yo sólo habíamos avanzado unos cuantos metros desde la entrada. Pero cada paso que dábamos parecía internarnos más y más en las profundidades. Finalmente decidí seguir a una de las criaturas que llevaba una carretilla vacía, pensando que ella tendría que salir en busca de sus materiales, pero la verdad era que corría sin rumbo de un pasillo a otro. Cuando empezó a dar vueltas alrededor de una de las pilastras como un danzarín japonés, me di por vencido, deposité mi tanque de agua en el suelo y me senté.

»Tweel estaba tan desconcertado como yo. Apunté hacia arriba y él dijo «No, no, no» en una especie de desvalido trino. Y no podíamos conseguir ninguna ayuda de los nativos; no nos prestaban atención en absoluto, excepto para asegurarnos que éramos amigos, ay.

»¡Cielos! No sé cuántas horas o cuántos días vagamos por allí. Me quedé dormido dos veces de puro agotamiento. En cuanto a Tweel, nunca parecía sentir esta necesidad.

Tratamos de avanzar únicamente por los corredores que ascendían, pero la verdad es que tan pronto subían como se hundían en las profundidades. La temperatura en aquel maldito hormiguero era constante; no se podía distinguir el día de la noche y después de mi primer sueño no supe si había dormido una hora o trece, por lo cual no podía decir por mi reloj si era medianoche o mediodía.

»Vimos muchísimas cosas extrañas. Había máquinas que funcionaban en algunos de los corredores, pero no parecía que estuviesen haciendo nada, simplemente ruedas que giraban. Y en varias ocasiones vi a dos bestias-barriles con un pequeño creciendo entre ambas.

- ¡Partenogénesis! - se entusiasmó Leroy -. Partenogénesis por injertos como los tulipanes.

- Así será, si tú lo dices, franchute - convino Jarvis -. Aquellas cosas no nos prestaban la más mínima atención, excepto, como ya he dicho, para saludarnos. Parecían no tener ninguna clase de vida hogareña, sino que se limitaban a correr con sus carretillas y a traer desechos. Por fin descubrí lo que hacían con éstos.

»Acertamos a dar con un corredor que avanzaba hacia arriba largo trecho. Tenía el presentimiento de que debíamos de estar cerca de la superficie cuando, de pronto, el pasillo desemboca en una cámara abovedada, la única que habíamos visto. La verdad es que tuve ganas de ponerme a bailar cuando vi algo que se asemejaba a la luz del día a través de una rendija del techo.

»En aquella habitación había una especie de máquina, simplemente una enorme rueda que giraba con lentitud. Una de las criaturas estaba en aquel momento arrojando sus desechos bajo la rueda. Ésta los aplastó con un crujido -arena, piedras, plantas- convirtiéndolo todo en un polvo que voló hacia alguna parte. Mientras mirábamos, otros descargaban sus carretillas, repitiendo el proceso. Eso parecía ser todo. Aparentemente no había razón alguna para todo aquello, pero eso es característico de este chiflado planeta. Y aún presenciábamos otro hecho si cabe más increíble.

»Una de las criaturas, después de haber arrojado su carga, apartó su carretilla a un lado y tranquilamente se arrojó ella misma bajo la rueda. Vi cómo era aplastada y me quedé tan estupefacto, que no pude exhalar el menor sonido. Pero un momento después otra la seguía. Hacían aquello de un modo perfectamente metódico; una de las criaturas sin carretilla se hizo cargo de la carretilla abandonada.

»Tweel no parecía sentirse sorprendido; le señalé al suicida siguiente, y se limitó a hacer el encogimiento de hombros más humano que pueda imaginarse, como si estuviera diciendo: «¿Qué puedo hacer respecto a eso?»

»Luego vi otra cosa más. En algún sitio más allá de la rueda había algo brillante sobre una especie de pedestal bajo. Me acerqué; era un cristal del tamaño aproximado de un huevo que resplandecía como el más fabuloso brillante. La luz que irradiaba me dio en las manos y en la cara casi como una descarga estática y entonces noté algo curiosísimo. ¿Recordáis aquella verruga que tenía en el pulgar izquierdo? ¡Mirad! - Jarvis extendió la mano -. Se secó y se desprendió, así, con esa sencillez. Y en cuanto a mi zarandeada nariz, el dolor desapareció como por ensalmo. Aquella cosa tenía la propiedad de

fuertes rayos X o radiaciones gamma, sólo que en mayor proporción; destruía los tejidos enfermos y dejaba indemnes los sanos.

»Estaba pensando el regalo que sería llevar aquello a la madre Tierra cuando me interrumpió un gran alboroto. Retrocedimos al otro lado de la rueda con tiempo para ver cómo volcaba una de las carretillas. Por lo visto, algún suicida se había descuidado.

»De pronto las criaturas empezaron a zumbar y a redoblar alrededor de nosotros y su ruido era claramente amenazador. Un grupo avanzó hacia donde estábamos; retrocedimos por lo que creí que era el pasillo por donde habíamos entrado, y entonces se lanzaron detrás de nosotros, unos con sus carretillas, otros sin ellas. ¡Extravagantes brutos! Había todo un coro de «somos amigos, ay». No me gustaba el «ay»; era demasiado sugestivo.

»Tweel había sacado su pistola de cristal; yo me desprendí de mi tanque de agua para tener más libertad de movimientos Y saqué la mía. Retrocedimos corredor arriba con unas veinte bestias-barriles persiguiéndonos. Cosa rara: las que entraban con carretillas cargadas se movían a pocos centímetros de nosotros sin concedernos una mirada.

»Tweel debió de haberse fijado en eso. De pronto sacó aquel encendedor suyo de carbón al rojo y tocó una carretilla cargada de pedazos de plantas. ¡Bum! Toda la carga empezó a arder y la estúpida bestia siguió empujándola sin aflojar el paso. Pero de cualquier modo causó alguna perturbación entre nuestros «somos amigos», y luego noté que el humo subía y bajaba en remolinos junto a nosotros. Así descubrimos la entrada.

»Agarré a Tweel y nos precipitamos afuera, perseguidos por unas veinte bestias. La luz del día me pareció el paraíso, aunque noté en seguida que el Sol estaba a punto de ponerse. Mal síntoma, por que no podría sobrevivir sin mi saco térmico en una noche marciana. Las cosas iban empeorando rápidamente. Nos acorralaron en un ángulo entre dos montículos, y allí nos detuvimos. Ni yo ni Tweel habíamos disparado; no tenía objeto irritar a los brutos. Se detuvieron a corta distancia y empezaron sus zumbidos acerca de la amistad y de los ayes.

»Luego las cosas empeoraron aún más. Un barril acudió con una carretilla y todos la rodearon y se fueron apartando con puñados de dardos de cobre de unos tres centímetros de longitud y de aspecto bastante aguzado. Y de pronto uno de los dardos me pasó rozando la oreja. Había que disparar o morir.

»Durante algún tiempo lo hicimos bastante bien. Liquidamos a los que estaban más cerca de la carretilla y conseguimos reducir los dardos a un mínimo, pero de pronto hubo un tormentoso estruendo de «amigos» y «ayes» y todo un ejército salió de su cueva.

»Muchachos, estábamos atrapados y yo lo sabía. Luego caí en la cuenta de que Tweel no lo estaba. Podría haber dado un salto sobre el montículo que teníamos detrás como quien no quiere la cosa. ¡Se quedaba por mí!

»Me habría echado a llorar si hubiese tenido tiempo. Tweel me había sido simpático desde el principio, pero aún suponiendo que tuviese que estarme agradecido por haberlo salvado de la bestia de los sueños, ya había hecho bastante por mí, ¿no? Lo agarré por el

brazo y dije «Tweel» y señalé arriba, y él comprendió. Dijo «No, no, Dick» y avanzó con su pistola de cristal.

»¿Qué podía hacer yo? De cualquier modo me quedaría convertido en un témpano cuando se pusiera el sol, pero aquello no podría explicárselo. Dije: «Gracias, Tweel. Eres todo un hombre». Y sentí que no le estaba haciendo ninguna clase de cumplido. ¡Un hombre!

»Hay pocos hombres con suficientes agallas para hacer lo que él estaba haciendo.

»Así pues, empezamos a disparar con nuestras respectivas pistolas y los barriles no dejaban de lanzar dardos y acercarse a nosotros proclamando que éramos amigos. Yo había renunciado a toda esperanza. Pero de pronto un ángel descendió del cielo en forma de Putz y con sus cohetes inferiores hizo añicos a los barriles.

»Lancé un grito y me precipité hacia el cohete; Putz abrió la puerta y entré, riendo, llorando y gritando. Sólo al cabo de un momento me acordé de Tweel; miré en torno con el tiempo suficiente para verlo alzarse en uno de sus vuelos en picado por encima del montículo y alejarse.

»Tuve una larga discusión con Putz para que lo siguiera. Pero cuando el cohete se elevó, la oscuridad ya había descendido; ya sabéis como llega aquí: como cuando se apaga una luz. Volamos sobre el desierto y descendimos a ras de suelo un par de veces. No logramos encontrarlo; él podía viajar como el viento y todo lo que conseguí o que me imaginé conseguir a las llamadas que lancé fue un débil trino, un gorjeo que llegaba del sur. Tweel se había ido y ¡que me aspen, me gustaría que no lo hubiese hecho!

Los cuatro hombres del Ares se quedaron silenciosos, incluso el sarcástico Harrison. Por último, el bajito Leroy rompió el silencio:

- Me gustaría ver todo eso - murmuró.

- Sí - dijo Harrison -. Y el curaverrugas. Una lástima que lo perdieras; podría tratarse de la cura del cáncer que la humanidad lleva esperando desde hace siglo y medio.

- ¡Oh, en cuanto a eso...! - Masculló Jarvis sombríamente -. Fue por lo que empezó la pelea. - Se sacó de un bolsillo un objeto resplandeciente -: Aquí está.

EL «SHERIFF» DE CANYON GULCH

Poul Anderson & Gordon R. Dickson

Se había salvado por poco. Alexander Jones pasó varios minutos disfrutando del placer de estar todavía vivo. Luego miró alrededor.

El lugar parecía la Tierra. En rigor de la verdad, casi parecía su propia Norteamérica. Se hallaba en una enorme pradera cuyo césped se extendía bajo un cielo despejado por un fuerte viento. Bandadas de pájaros, alarmados por su descenso, hacían ruidos airados sobre su cabeza. No eran demasiado diferentes de los pájaros que conocía. Una hilera de árboles bordeaba un río, y vio el humo que indicaba el lugar donde había caído su vehículo. A lo lejos vio unas colinas, vagamente veladas por la neblina, y unos grandes bosques oscuros, más allá de los cuales estaba el mar, cerca de donde estaba el Draco. Demasiado lejos como para viajar.

Sin embargo, estaba sano y salvo, y en un planeta sumamente similar al propio. El aire, la gravedad, la bioquímica, el aspecto del Sol cercano al crepúsculo, podrían diferenciarse de los de la Tierra sólo gracias al uso de sensibles instrumentos de medición. El periodo de rotación era de aproximadamente veinticuatro horas; el año sideral, de casi doce meses; la inclinación axial, unos 11,5 grados. El hecho de que hubiera dos lunas en el cielo y de que una tercera estuviera dando vueltas por alguna parte, de que la forma de los continentes fuera completamente extraña, de que una serpiente que se enrollaba en una roca cercana tuviera alas, y de que esto quedara a quinientos años-luz del sistema solar, parecía carecer de importancia. Verdaderas bagatelas. Alex se rió buenamente.

El ruido hubiera sonado tan extraño en este panorama, que decidió que un decoroso silencio era más apropiado para su rango, ya que era un oficial y, debido a una Decisión Parlamentaria ratificada localmente por el Senado de Estados Unidos, un caballero. Por tanto, se arregló su chaqueta de cuello alto y enderezó con mano nerviosa las arrugas de sus pantalones blancos, se limpió las botas con el paracaídas y echó mano a su equipo de emergencia.

Olvidó peinarse sus cabellos en desorden, y su paso no era lo que se dice marcial, pero no hay que desdeñar el hecho de que se sabía solo.

Por supuesto que no iba a dejar de tratar de modificarlo. Se quitó la mochila que llevaba a los hombros. Fue lo único que cuidó de salvar, junto con su paracaídas, cuando decidió abandonar la nave. La abrió y extrajo la radio, pequeña pero de gran alcance, que lograría atraer ayuda.

Extrajo también un libro.

Sin embargo, su aspecto le resultó poco familiar...

¿Habrían impreso unas nuevas instrucciones mientras se hallaba en el campamento?

Lo abrió, buscó la sección de Radios, uso de emergencia. Leyó la primera página y vio:

«...el desarrollo histórico aparentemente increíble fue, por supuesto, completamente lógico. La declinación relativa de la influencia político-económica del hemisferio norte durante el final del Siglo XX, y el desplazamiento de la preponderancia hacia la región correspondiente al sudeste de Asia y del océano Indico, con mayores recursos, no significó, tal como lo predecían los alarmistas, el fin de la civilización occidental. Más bien determinó la aparición de la influencia libertadora y democrática anglosajona, puesto que esta zona, que ahora llevaba la voz cantante en la Tierra, fue primitivamente guiada por Australia y Nueva Zelanda, naciones que mantuvieron su primitiva lealtad a la Corona Británica. El consiguiente renacimiento y el mayor crecimiento de la Comunidad Británica de Naciones, la integración de sus consejos dentro del marco de un gobierno verdaderamente mundial, e incluso interplanetario, que llegó a su cúspide con el acceso de los norteamericanos, ha hecho que las tendencias sean, aun en los pequeños detalles de la vida cotidiana, incluidas en el molde de ese momento en particular. Esta tendencia, acentuada por el descubrimiento de los viajes a velocidades mayores que la de la luz, y el consiguiente contacto con mentalidades completamente diferentes, ha producido, dentro del sistema solar, condiciones de estabilidad que nuestros antepasados podrían calificar de utópicas. El Servicio, trabajando a través de la Liga de Unión Interplanetaria, posee la meta de hacer que todas las razas, aunque provenientes de distintos mundos...»

- ¡Glup! - fue la exclamación de Alex. Cerró el libro. En la tapa pudo leer:

MANUAL DE ORIENTACION PARA EMPLEADOS

por Adalbert Parr, Comisionado de Control General

Servicio de Desarrollo Cultural

Ministerio de Relaciones Exteriores de las Naciones Unidas

Ciudad de League, N. Z., Sol III

- ¡Oh, no! - fue la siguiente exclamación de Alex.

Frenéticamente, siguió pasando revista al contenido de la mochila. Debía haber una radio... una pistola de rayos... una brújula... ¿una lata de judías, aunque sólo fuera eso?

Extrajo unas cinco mil copias, apretadamente envueltas, del Formulario CDS J-16-LKR, que debía llenarse por cuadruplicado, y entregarse con los formularios G-776802 y W-2-ZGU.

La cara de Alex, que habitualmente ostentaba una expresión ligeramente despectiva, denotó su asombro y sorpresa. Sus ojos giraron, incrédulamente, en sus órbitas. Luego, durante un largo rato, sólo pudo considerar la poca adecuación del idioma inglés para definir su idea de lo que era un burócrata.

- ¡Oh, al diablo! - dijo Alexander Jones. Se puso de pie y comenzó a andar.

Se despertó lentamente con el amanecer, y se quedó un rato tumbado en el suelo. Largas horas con el estómago vacío, seguidas de un intento, poco fructífero, de dormir en el suelo, más la perspectiva de varios miles de kilómetros de lo mismo, no lo hacían sentirse alegre. Y los animales, cualesquiera que fuesen, que había oído gruñir y aullar toda la noche de forma espantosa, parecían hallarse muy hambrientos.

- Parece humano.

- Sí, pero no va vestido como humano.

Alex abrió los ojos sin poder creer a sus oídos. Las voces hablaban... ¡inglés!

Cerró los ojos inmediatamente.

- ¡Oh, no! - fue el lamento que brotó de sus labios.

- Está despierto, Tex - Las voces eran agudas, y sonaban bastante irreales. Alex se enroscó hasta adoptar una posición fetal, reflejando el horror que en ese momento sentía.

- Vamos, arriba, forastero. Este no es un lugar saludable para estar.

- ¡No! - balbuceó Alex -. Dígame que no es verdad. Dígame que me he vuelto loco, pero no traten de convencerme de que es real.

- No sé - la voz reflejaba incertidumbre -. No habla como si fuera humano.

Alex se dio cuenta de que era inútil tratar de pensar que estos seres no eran reales. Indudablemente, parecían ser inofensivos. Para todo excepto para su salud mental, claro está. Se puso de pie sintiendo que sus huesos entrechocaban lastimosamente, y se enfrentó a los nativos.

La primera expedición había informado de la existencia de dos razas inteligentes en este planeta: los hokas y los slissii. Y éstos debían ser hokas. ¡Alabado sea el Señor! Eran dos que, al ojo del ser humano, parecían exactamente iguales. De alrededor de un metro de altura, regordetes y cubiertos de una pelambre dorada, con cabezas redondas y de hocicos chatos, y ojos negros. Excepto por el hecho de que poseían dedos gorduzuelos, se asemejaban extraordinariamente a los ositos de felpa.

Sin embargo, la primera expedición nada dijo acerca del hecho de que hablaran inglés con ese acento tan característico, ni de que usaran trajes adecuados para el Oeste norteamericano en el Siglo XIX.

Todos los estereofilmes históricos que viera se agolparon en los recuerdos de Alex, mientras observaba sus ropas. Veamos:

Usaban sombreros de ala ancha, más ancha que sus hombros; grandes pañuelos rojos anudados al cuello, camisas deslucidas y descoloridas, pantalones vaqueros, zajones enormes y botas de tacón alto con espuelas. Cada una de las cartucheras, que colgaban de un cinturón, rodeando sus rollizas cinturas, estaban ocupadas por un Colt de seis tiros. Estas armas llegaban casi hasta el suelo.

Uno de los nativos estaba parado frente al terráqueo, y el otro permanecía cerca, montado y sujetando las riendas del..., digamos, del animal del primero. Las bestias que servían de montura tenían aproximadamente el tamaño de un pony, cuatro patas con pezuñas..., colas delgadas como látigos, cuellos largos y cabezas provistas de pico. Su cuerpo estaba cubierto de escamas. Pero, por supuesto, pensó Alex salvajemente, usaban sillas de montar típicamente aderezadas, con sus lazos preparados. Por supuesto, ¿quién había oído hablar alguna vez de un cowboy sin su lazo?

- Bueno, bueno, veo que está despierto - dijo el hoka que estaba parado cerca -. ¿Qué tal, forastero? - extendió la mano -. Soy Tex, y mi compañero se llama Monty.

- Encantado de conocerles - dijo Alexander, mientras les estrechaba las manos con la sensación de quien sueña -. Me llamo Alexander Jones.

- No sé - dijo Monty, dubitativamente -. No tiene nombre de humano.

- ¿Eres humano, Alexanderjones? - dijo Tex.

El hombre del espacio trató de controlarse, y espaciando cuidadosamente las palabras, dijo:

- Soy el Insignia Alexander Jones, del Servicio Terrestre de Reconocimientos Interestelares, miembro de la tripulación del Draco - Ahora eran los hokas los que parecían confundidos -. En otras palabras, soy de la Tierra, soy un ser humano. ¿Satisfechos?

- Así creo - dijo Monty, todavía dubitativo -, pero va a ser mejor que venga con nosotros y que Slick le interroge. No se pueden correr riesgos tal como están las cosas.

- ¿Y por qué no? - dijo Tex, sorprendentemente con una extraña amargura en la voz -. Total, ¿qué podemos perder? Pero vamos, Alexanderjones, porque no queremos darnos de narices con una partida de guerreros indios.

- ¿Indios? - preguntó Alex.

- Claro, indios. Me parece que vienen hacia aquí. Así que es mejor que nos vayamos. Mi caballo nos llevará a los dos.

Alexander no se hallaba especialmente contento con la idea de tener que montar un reptil en una silla diseñada para un hoka. Afortunadamente, las asentaderas de estos habitantes eran lo suficientemente amplias como para que hubiera sitio para un terrestre delgado. El caballo trotó en seguida, con un paso regular y sorprendentemente rápido. Los reptiles de hoka, que recibieran este nombre de la primera expedición, derivado de la palabra tierra en el idioma de la más avanzada sociedad, la hoka, aquí parecían estar más evolucionados que en el sistema solar.

Un corazón de cuatro cavidades, y un más perfecto sistema nervioso los hacía casi equivalentes a mamíferos.

De todas formas, la criatura olía muy mal.

Alex miró a su alrededor. La pradera era grande y desnuda, y su nave se hallaba muy, muy lejos.

- Ya sé que hablo de cosas que no me importan - dijo Tex -, pero ¿cómo llegó aquí?

- Es una historia larga de contar - dijo Alex, distraídamente. En estos momentos sus pensamientos se concentraban en la comida -. El Draco se hallaba en una tarea de expedición, trazando los mapas de los nuevos sistemas planetarios, y nos trajo cerca de esta estrella, vuestro sol, que sabíamos que había sido visitado previamente. Pensamos que sería conveniente venir a dar un vistazo, a la par que descansaríamos en un planeta de condiciones similares a las de la Tierra. Fui uno de los que salimos en las naves exploradoras, a dar un vistazo a este continente. Algo pasó, mis motores fallaron, y puedo considerarme afortunado por haber escapado con vida. Caí en paracaídas, y para mi mala suerte, la nave se estrelló en un río. Así que debido a esta serie de circunstancias, tuve que decidirme a tratar de llegar a la nave madre.

- ¿Y sus compañeros no van a venir a buscarlo?

- Por supuesto que van a tratar de hallarme, pero no veo cómo van a encontrar los rastros de la nave exploradora, que ahora está en el fondo de un río, y para empeorar la cosa, con medio continente para rastrear. Tal vez podría haber trazado un gran letrero de SOS en el suelo, pensando que se llegaría a ver desde el aire, pero..., bueno, pensé que mi mejor oportunidad era la de mantenerse en movimiento. Ahora estoy tan hambriento que podría comerme un... un búfalo.

- No creo que encontremos carne de búfalo en el pueblo, pero tenemos buena carne de costeletas.

- ¡Oh! exclamó Alex.

- No hubiera durado mucho a pie - dijo Monty -. Y sin un rifle.

- No porque... bueno, no importa - dijo Alex -. Pensé que podría hacerme un arco y unas flechas.

- ¡Arco y flechas! ¡Vamos! - dijo Monty, mirando con sospecha hacia Alex - ¡Así que ha estado con los indios!

- No, nunca... ¡Caramba!, nunca he estado cerca de un indio.

- Los arcos y las flechas son armas de indios, forastero.

- Ojalá - dijo Tex melancólicamente -. No teníamos problemas cuando solamente los hokas teníamos pistolas de seis tiros. Pero ahora los indios también las tienen - una lágrima resbaló por el botón negro que era su nariz -. Si los vaqueros parecen oseznos de juguete - pensó Alex -, ¿qué aspecto tendrán los indios?

- Ha tenido suerte de que Tex y yo pasáramos por aquí - dijo Monty -. Estábamos tratando de ver si podíamos reunir unas cabezas más de ganado antes de que los indios llegaran. No tuvimos suerte, sin embargo. Los pieles verdes se las llevaron a todas.

¡Piel verde! Alex se acordó de un detalle en el informe de la primera expedición: dos razas inteligentes: los hokas, mamíferos, y los slissii, reptiles. Y los slissii, más fuertes y dispuestos a la guerra, acosaban a los hokas.

- ¿Son slissii, los indios?

- ¿Slissii? No sé, tienen cuernos... - dijo Monty.

- Quiero decir si... si son altos, más que yo, si andan a saltos, si tienen colmillos y piel verde, y si cuando hablan hacen unos raros sonidos silbantes.

- Pero ¡claro!, ¿qué otra cosa? - Monty movió la cabeza extrañado -. Si es humano, ¿cómo es que no conoce ningún indio?

Se habían ido acercando hacia una nube de polvo grande y ruidosa. Cuando estuvieron bien cerca, Alex se dio cuenta de la causa.

- Reses longhorns - explico Monty.

Bien... sí... Un cuerno largo cada uno. Sobre el hocico. Pero, por lo menos, las reses, de pelo colorado, patas cortas y cuerpo con forma de barril, eran mamíferos. Alex vio que algunos animales tenían marcas en los flancos. Todo el rebaño era urgido por vaqueros hoka, que montaban bien y rápido.

- Es la hacienda X Barra X - dijo Tex -. El Llanero Solitario decidió tratar de sacarlos de aquí antes de que lleguen los indios. Pero me parece que los pieles verdes van a alcanzarlos.

- No puede hacer otra cosa - replicó Monty -. Los rancheros están sacando su ganado. No hay lugar en que se esté a salvo, de este lado de la Nariz del Diablo. No pienso quedarme en el pueblo para tratar de mantener a raya a los indios, y creo que todos piensan como yo, a pesar de lo que Slick y el Llanero quieren que hagamos.

- ¡Pero cómo! - objetó Alex -. Pensé que acababa de decir que el Llanero también huía. Ahora dice que quiere pelear. ¿Qué es lo que pasa?

- Es que el Llanero Solitario que es dueño del X Barra X quiere huir, pero el Llanero Solitario del Lazy T quiere pelear. Igual que el Llanero Solitario de Buffalo Stomp, que el Verdadero Llanero Solitario y que el Llanero Más Solitario. Pero apuesto a que cambian de opinión cuando vean a los indios cerca.

Alex se tomó la cabeza con ambas manos, para impedir que saliera volando.

- ¿Cuántos Llaneros Solitarios existen? - gritó.

- ¿Y qué sé yo? - dijo Monty, encogiéndose de hombros. Por mi parte, conozco por lo menos a diez. La verdad es - agregó, exasperado - que el inglés no tiene tantos nombres como tenía el idioma Hoka. Resulta cansado tener un centenar de Montys alrededor, o gritar para que conteste Tex y resulta que le preguntan: ¿Cuál de ellos?

Pasaron la tropa de ganado con un trotecito rápido y llegaron a la parte superior de un montículo. De allí se divisaba un pueblo, compuesto por una docena de casas, formadas simplemente por los esqueletos, y una única calle, bordeada de estructuras falsas, de aspecto aparentemente macizo. El lugar estaba lleno de hokas: a pie, montados, en carretas cubiertas y en coches, refugiados de los indios que se acercaban. Mientras descendían la colina vio un letrero torpemente escrito que decía:

BIENVENIDOS A CANYON GULCH

Población:

Días entre semana 212

Sábados 1.000

- Lo vamos a llevar a ver a Slick - dijo Monty, dominando el alboroto -. El sabrá qué hacer.

Hicieron que los ponies pasaran a través de la multitud abigarrada. Los hokas parecían ser una raza sumamente excitable, prestos a la gesticulación exagerada y a hablar con toda la fuerza de sus pulmones. La huida se realizaba sin ningún tipo de organización, produciéndose múltiples enredos, discusiones, chismorreos y exuberantes disparos al aire. Una buena cantidad de ponies y carros estaban aparentemente abandonados frente a los saloons, que formaban una doble fila a lo largo de la calle.

Alex trató de recordar qué figuraba en el informe que había realizado la primera expedición. Este había sido necesariamente breve, puesto que la expedición permaneció en Toka durante dos meses tan sólo. Pero... sí, sí... Los hokas habían sido descritos como muy amistosos, rápidos para aprender, alegres y completamente ineficaces. Sólo

las ciudades de la costa, con una tecnología correspondiente a la edad del bronce, habían podido resistir los avances de los slissii. Pero en los restantes lugares, los reptiles iban, lentamente pero en forma inexorable, conquistando a las dispersas tribus ursinoides.

Los hoka peleaban valientemente cuando se les atacaba, pero trataban de no pensar en el enemigo cuando no estaba inmediatamente visible, de acuerdo a su naturaleza bonachona. Nunca se les hubiera ocurrido formar un grupo para defenderse de los slissii. Una raza de individualistas como la suya no hubiera logrado formar un ejército que saliera a la ofensiva.

En suma, gente simpática, pero poco eficaz. Alex se sintió orgulloso de su altura, su uniforme brillante de hombre del espacio, y de su espíritu humano de perseverancia y lucha que había llevado al ser humano a las estrellas. Se consideraba a sí mismo un hermano mayor.

Tendría que hacer algo, darles a estos seres de opereta una ayuda. Tal cosa también podría significar un ascenso para Alexander Braithwaite Jones, puesto que la Tierra necesitaba una gran cantidad de planetas habitados por especies amistosas, y el informe existente sobre los indios... o mejor dicho, sobre los slissii, hacía improbable que pudieran llevarse bien con los seres humanos.

A. Jones, héroe. Tal vez entonces, Tanni y yo...

Se dio cuenta de que un hoka grueso y aparentemente mayor le estaba mirando atentamente, junto con el resto de Canyon Gulch. Este representante, en particular, usaba una gran estrella de metal prendida en su chaleco.

- ¿Qué tal, sheriff? - dijo Tex.

- Hola, Tex, amigo - dijo el sheriff obsequiosamente -. Y también Monty, ¡hola muchachos! ¿Quién es este forastero? ¡No me digan que es un ser humano!

- Si... así dice él. ¿Dónde está Slick?

- ¿Qué Slick?

- El Slick, sherriff.

El grueso hoka guiñó los ojos.

- Creo que está en el salón de atrás del Paradise Saloon - dijo. Y humildemente agregó - : Este... Tex, Monty..., se acordarán del amigo cuando sea la reelección, ¿no es verdad?

- Tal vez así sea - dijo Tex, genialmente -. Ha sido sheriff desde hace mucho.

- ¡Oh! ¡Gracias, muchachos! Ojalá los demás tuvieran vuestro mismo buen corazón.

La muchedumbre los separó del sheriff.

- ¿Qué pasa? - dijo Alex -. ¿Qué era lo que quería que hicieran?

- Que votemos en contra de él en las próximas elecciones, por supuesto - dijo Monty.
- ¿En contra de él...? Pero... el sheriff es el que manda. ¿O no?

Tex y Monty parecían apesadumbrados.

- Me pregunto si realmente es humano - dijo Tex -. Los humanos nos enseñaron que el sheriff es el más tonto de la ciudad. Pero no nos parece justo que a una persona se la cargue demasiado con ese problema, así es que lo elegimos una vez al año.
- Buck fue elegido sheriff tres años seguidos. Es realmente tonto.
- Pero ¿quién es ese Slick? - preguntó algo desesperado Alex.
- El jugador profesional del pueblo, por supuesto.
- ¿Y qué tengo que ver con un jugador profesional?

Tex y Monty intercambiaron miradas.

- Vamos, vamos - dijo Monty, que parecía estar al final de su paciencia -, hemos tratado de tolerar bastante, pero si insiste en decir que no sabe quién es el que verdaderamente manda en el pueblo, vamos a pensar que nos está tomando por bobos.
- ¿Se refieren a una especie de administrador que tienen en la zona?
- ¡Está chiflado! Todo el mundo sabe - dijo Monty - que un pueblo hace siempre lo que quiere el jugador profesional.

Slick usaba el uniforme correspondiente: pantalones ajustados, chaleco, una camisa blanca, un arma en una mano y una baraja en la otra. Parecía cansado: seguramente había pasado por muchas angustias estos últimos días, pero dio la bienvenida a Alex con extraña volubilidad, y lo hizo pasar a una oficina amueblada en un estilo vagamente correspondiente al Siglo XIX. Tex y Monty también entraron, asegurándose de que la puerta estuviera bien cerrada a la muchedumbre alborotadora.

- Le prepararemos algún emparedado - dijo Slick, muy amable. Le ofreció a Alex un cigarro púrpura, hecho seguramente de alguna horrible yerba local, y se sentó detrás de su escritorio. - Bien - dijo -, ¿cuándo podremos tener ayuda de los seres humanos nuestros amigos?
- Me temo que no pueden esperarla para dentro de poco - le respondió Alex -. La tripulación del Draco no sabe nada de lo que está pasando. Deben de estar dando vueltas tratando de encontrarme. A menos que me hallen aquí, lo cual es bastante improbable, no hay demasiadas posibilidades de que se enteren de la lucha contra los indios.
- ¿Cuánto tiempo estarán por aquí?

- Oh, seguramente esperarán como un mes antes de darme por muerto y abandonar el planeta.

- Podemos llevarlo hacia la costa del mar en ese tiempo, pero eso significaría un largo viaje, además de que cruzaríamos territorio infestado de indios - Slick esperó parsimoniosamente antes de continuar -. Es difícil que pueda pasar. Así que me parece que la única forma en que va a poder llegar hasta donde están los suyos va a ser venciendo a los indios. Pero no podemos vencer a los indios si no recibimos ayuda de sus amigos.

Melancólico silencio.

Para cambiar de tema, Alex trató de aprender algo de historia hoka. En realidad, logró más de lo que pensaba, puesto que Slick demostró ser sorprendentemente inteligente y estar bien informado.

La expedición originaria había llegado al planeta hace algo así como treinta años. En ese momento el informe había concitado poco interés, dada la gran cantidad de nuevos planetas que se iban descubriendo en la galaxia. Era ahora, con el Draco como pionero, que la Liga trataba de organizar esta sección fronteriza del espacio.

Los primeros terrestres habían sido recibidos con gran admiración por parte de la tribu hoka cercana a su lugar de contacto. Los habitantes eran seres con gran facilidad de expresión, que, gracias a la ayuda de la moderna psicografía utilizada, aprendieron inglés en unos pocos días. Para ellos, los seres humanos eran dioses, si bien, como buenos seres primitivos que eran, se permitían ciertas libertades con sus deidades.

Y así llegó la noche decisiva. La expedición había montado un equipo de proyección de películas. Hasta ese momento los hokas habían sido espectadores interesados, pero desconcertados por la complejidad de lo que veían. Esa noche, a insistencia de Wesley, se proyectó una antigua película. Era de vaqueros.

La mayoría de los viajeros espaciales tienen su hobby, adquirido durante los largos viajes. El de Wesley era el oeste norteamericano. Pero lo veía a través de su romántica interpretación, basándose en una gran cantidad de novelas, pero en un muy pobre material verdaderamente histórico.

Los hokas vieron la película y perdieron la cabeza.

El capitán llegó a la conclusión de que esa reacción, delirante y rayana en el éxtasis, se debía a que era algo que realmente podían comprender. Las comedias sofisticadas o las películas de aventuras espaciales les afectaban poco, puesto que no tenían ninguna experiencia de eso, pero aquí había algo que parecía pertenecerles. Un gran país, como el suyo, héroes que peleaban contra salvajes enemigos, grandes rebaños de animales, costumbres festivas...

Y tanto al capitán como a Wesley se les ocurrió que tal vez esta raza pudiera utilizar ciertos elementos de la cultura del Oeste primitivo. Los hokas habían sido, hasta ese momento, simples granjeros, y hallaban malamente su sustento en las praderas, que

nunca habían sido debidamente trabajadas. Se trasladaban a pie, sus herramientas estaban hechas con piedra y bronce, y realmente había mucho que podían aprovechar con beneficio.

Los encargados de la parte metalúrgica de la expedición no tuvieron grandes dificultades para fabricarles armas como el Colt, el Derringer y la carabina. Se les enseñó a trabajar el hierro, a hacer acero y a fabricar pólvora. A manejar el torno y algunas máquinas. En este caso la aptitud de los habitantes y las técnicas de enseñanza permitieron que aprendieran rápidamente. También captaron la necesidad de domesticar los animales salvajes que hasta el momento habían simplemente atrapado.

Antes de la partida de la nave, los hokas montaban ponyes con silla y criaban longhorns. También realizaron tratados con las ciudades marítimas de la costa, intercambiando maderas, granos y herramientas manufacturadas. Y además acababan con toda tranquilidad con las bandas de slissii que los atacaban.

Como paso final, Wesley antes de marcharse les dejó a los hoka su colección de libros y de revistas sobre el tema.

Nada de esto figuraba en el sesudo informe que leyó Alex. Simplemente se acotaba que se les había enseñado a los ursinoides la forma de trabajar el metal, el uso de las armas químicas y los beneficios de determinadas formas económicas. Se había pensado que así lograrían vencer a los peligrosos slissii, de forma tal que finalmente los seres humanos pudieran venir regularmente, si así lo deseaban, sin encontrarse con una guerra.

Alex pudo imaginar el resto. El entusiasmo de los hokas era enorme. Esta nueva forma de vida era, indudablemente, muy práctica y adaptada a las praderas. Así que ¿por qué no seguir adelante y parecerse a los seres que eran como dioses en todos los aspectos? Hablar inglés con el acento peculiar de las películas, adoptar nombres y vestimentas humanas, costumbres correspondientes, disolver la antigua organización tribal y reemplazarla por ranchos y pueblos. Todo fue fácil. Y divertido.

Los libros y revistas no circularon demasiado. Gran parte de las cosas se fueron transmitiendo oralmente. De allí que se produjeran ciertas lógicas transformaciones.

Pasaron tres décadas. Los hokas maduraron rápidamente; ya existía una generación que había crecido dentro de un marco de cowboys. El pasado había quedado atrás. Los hokas se extendieron hacia el Oeste, a través de las praderas, empujando en su avance a los slissii.

Hasta que los slissii aprendieron, a su vez, a fabricar armas. Entonces, gracias a su mayor talento para lo militar, formaron un ejército de tribus confederadas y comenzaron a hacer retroceder a los hokas. Esta vez probablemente continuarían hasta arrasar las ciudades de la costa. La propensión a la lucha de algunos hokas individualmente considerados no era freno para un gran número de seres mejor organizados.

Y ahora, uno de los ejércitos de indios se acercaba a Canyon Gulch. No debía de estar a muchos kilómetros de distancia, y ciertamente no se veía la forma de detenerlo. Los hokas reunieron a sus familiares y sus pertenencias, abandonando los ranchos para huir. Pero con su habitual ineficacia, la mayoría de los refugiados no iba más allá de este

pueblo. Aquí se detenían a comentar lo sucedido, a discutir sobre la necesidad de pelear o de huir, y mientras tanto, a echarse un trago más.

- ¿Quieren decir que ni siquiera han tratado de resistir? - preguntó Alex.

- ¿Qué otra cosa podíamos hacer? - contestó Slick -. Una mitad no quería saber nada de pelear. La otra mitad tenía, cada uno de ellos, distintas formas de considerar la cosa, y cuando no le hicimos caso a todo esto se enfadaron y se fueron. No nos quedaron muchos.

- ¿Y usted, como líder, no pudo pensar en algo para mantenerlos juntos, algún tipo de compromiso o algo, para satisfacer a la mayor parte?

- Por supuesto que no - dijo Slick -. Mi plan es el único acertado.

- ¡Oh, Dios mío! - exclamó Alex, dándole un salvaje mordiscón al emparedado que tenía en la mano. La comida le había restaurado las fuerzas, y el brebaje que los hokas llamaban whisky le había dado un ímpetu valeroso.

- El problema básico es que no saben cómo organizar una batalla. Nosotros los humanos sí lo sabemos.

- ¡Es un poderoso luchador! - dijo Slick.

Sus ojos brillaban con admiración, según pudo notar Alex con evidente complacencia, al igual que la mayoría de los hokas que había encontrado. Decidió que era realmente halagador, si bien un semidiós tiene sus duros deberes.

- Lo que necesitan es un jefe a quien sigan sin chistar - continuó -. O sea, yo.

- Usted, quiere decir - y aquí Slick inspiró profundamente -. ¿Usted?

Alex asintió impetuosamente.

- Los indios van a pie, ¿verdad? Muy bien. Entonces sé, de acuerdo a la historia de lo sucedido en la Tierra, qué es lo que hay que hacer. Debe haber varios miles de hokas en los alrededores, y todos van armados. Los indios no han de estar preparados para una buena carga de caballería. Pienso dividir en dos sus fuerzas.

- Bueno, bueno, eso sí que no se nos había ocurrido - murmuró Slick. Hasta Monty y Tex parecían adecuadamente sorprendidos.

Súbitamente, Slick comenzó a dar vueltas por la oficina, en plena excitación.

- ¡Ijuuuuuuu! - gritó -. Me siento como si hubiera nacido con una pistola en cada mano, y mis compañeros de juego hubieran sido víboras de cascabel. ¡Soy capaz de darle la vuelta a la luna de un salto, de cabalgar más rápido que nadie y de sacar mi revólver preparado para disparar antes de que otros siquiera tengan tiempo de pensarlo!

- Bueno, ¿no es el grito de guerra habitual en los seres humanos? - respondió Tex, que ya se estaba comenzando a acostumbrar a la ignorancia del humano.

- ¡Vamos, vamos! - dijo Slick, abriendo de un golpe la puerta. Fuera estaba la tumultuosa multitud. El jugador llenó sus pulmones de aire y gritó -: ¡Ensillen los caballos y preparen sus armas! ¡Aquí tenemos un ser humano que nos va a ayudar a vencer a los indios!

Los hokas dieron vivas hasta que los falsos frentes de las casas temblaron.

Danzaron, saltaron y dispararon sus armas al aire en plena excitación. Alex sacudió a Slick y gimió:

- No, no, tonto. ¡Ahora no! ¡Tenemos que estudiar la situación, mandar exploradores y trazarnos un plan!

Demasiado tarde. Sus impetuosos admiradores lo levantaron en andas y lo llevaron hasta la calle. No pudo ser oído por encima del ruido que hacían, vanamente trató de mantenerse de pie, y finalmente terminó por no darse bien cuenta de lo que pasaba. Alguien le dio una pistola, que sujetó a su cinturón, sintiéndose como en un sueño. Otro le pasó un lazo, y le dijo:

- ¡Ármelo, forastero, y vamos por ellos!

- ¡Un lazo! - Alex se dio cuenta, si bien no muy claramente, de que detrás del saloon había un corral. Los reptiles, semisalvajes aún, iban excitados de un lado a otro, ansiosos por los ruidos. Algunos hokas maniobraban diestramente enlazando cada uno su montura.

- Vamos, vamos - rugió una voz - ¡no tenemos tiempo que perder!

Alex estudió al vaquero que tenía más cerca. No parecía que enlazar un animal fuera tan difícil. Si sostenía la soga de aquí y de allá, se la hacía girar sobre la cabeza más o menos así...

Tiró, y terminó dando con su cuerpo en tierra. A través de la nube de polvo que se levantó se dio cuenta de que se había enlazado a si mismo.

Tex le ayudó a levantarse y también le ayudó a quitarse el polvo de las ropas.

- La verdad es que... es que no monto... habitualmente... murmuro.

Tex no dijo nada.

- Tengo un buen caballo para usted - gritó otro hoka, inclinándose en su silla.

- ¡Un animal de nervio!

Alex lo miró. El caballo le observó con un brillo malvado en sus ojos. A riesgo de llegar a un juicio apresurado, decidió que no le gustaba demasiado. Pensaba que definitivamente iban a presentarse problemas de interrelación entre él y su cabalgadura.

- Vamos, vamos, ¡a ver si vamos de una vez! - gritaba Slick impacientemente. Montaba una bestia que pateaba y coceaba, pero no parecía importarle en absoluto.

Alex tembló, cerró sus ojos, se preguntó cuál sería el pecado que había cometido para que le tocara este castigo, y se dirigió tambaleante hacia su caballo. Varios hokas se habían unido para ensillárselo. Montó. Los hokas soltaron al animal. Existía verdaderamente un conflicto de personalidades.

Súbitamente, el terrestre sintió como si un meteoro, retorciéndose y girando, le hubiera alcanzado. Trató de sujetarse aferrándose a la silla. Las patas delanteras del animal cayeron con un sordo ruido, mientras casi perdía el equilibrio. Le pareció que una granada nuclear había explotado cerca de él.

Si bien el suelo subió para golpearlo con una dureza innecesaria, nunca había imaginado que el sólido suelo podía ser tan bien venido en ese momento.

- ¡Uuf! - exclamó Alex, y se quedó inmóvil.

Un silencio de asombro y de incredulidad cayó sobre la asamblea de hokas. Este ser humano no había sabido usar un lazo, y ahora había batido el récord de menor permanencia sobre una silla. ¿Qué clase de terrestre era éste?

Alex se sentó, y se encontró con las miradas de un corrillo de caras peludas y escandalizadas. Débilmente, sonrió y dijo:

- Tampoco soy buen jinete.

- ¿Podría decirnos qué diablos sabe hacer? - rugió Monty -. No sabe usar un lazo, no sabe montar, no sabe hablar correctamente, no sabe disparar...

- ¡Un momento! - Alex se puso de pie, en forma bastante vacilante -. Admito que no sé usar una serie de cosas que les son habituales porque en la Tierra lo hacemos en forma muy diferente. Pero puedo disparar mejor que cualquier hombre... quiero decir, cualquier hoka. ¡Y a eso apuesto cualquier cosa!

Algunos de los vaqueros parecieron recuperar su perdida esperanza, pero Monty se burló:

- Eso dice.

- Eso digo y pienso probarlo - Alex miró alrededor, buscando un blanco adecuado. Por primera vez no se sentía preocupado. Era uno de los mejores tiradores con pistolas de rayos de la Flota -. Tiren una moneda. La voy a agujerear por el centro.

Los hokas comenzaron a mostrar signos de inquietud. Alex pensó que tal vez no fueran buenos tiradores, sin poder medir realmente su capacidad con otros. Slick, con aspecto

de gran contento, extrajo un dólar de plata del bolsillo y lo lanzó al aire. Alex sacó su revólver y disparó.

Lamentablemente, las pistolas de rayos no tienen retroceso, pero los revólveres sí.

Alex casi se cae de espaldas. La bala rompió un cristal del bar La Última Oportunidad.

Los hokas comenzaron a reírse. Era una amarga forma de divertirse.

- Buck - llamó Slick -. Buck, ¡oye, sheriff, ven aquí!

- Si, Slick, para lo que mande.

- No te necesitamos más como sheriff, Buck. Creo que hemos encontrado otro mejor. ¡Dame tu placa!

Cuando Alex se logró poner nuevamente de pie, la estrella brillaba en su uniforme. Y, por supuesto, su propósito de contraatacar había quedado completamente sumido en el olvido.

Se dirigió tristemente hacia el saloon de Pitzen. Durante las últimas horas el pueblo había ido quedando desierto de refugiados, a medida que los indios se acercaban más y más. Pero todavía quedaban algunos que querían tomar un último trago. Esa era la compañía que buscaba Alex.

Ser el bufón oficial no era, eso sí, un problema grave. Los hokas no eran crueles con aquellos a quienes los dioses no habían prodigado sus favores. Pero había destruido lamentablemente el prestigio de los seres humanos en este planeta. El Servicio no apreciaría demasiado este comportamiento suyo.

Había que pensar, por otra parte, que las posibilidades de que se pudiera llegar a conectar con los suyos eran bastante remotas. No podría llegar al Draco antes de que partiera, sin pasar por territorio controlado por los mismos indios que avanzaban sobre Canyon Gulch. Tal vez pasaran años antes de que llegara otra expedición. O tal vez pudiera quedarse allí durante el resto de su vida. Si bien, pensándolo cuidadosamente, tal vez eso no fuera peor que enfrentar la vergüenza que se asociaría con su regreso.

Tristes pensamientos.

- ¡Venga, sheriff!, déjeme que le invite a un trago - le dijo una voz cercana.

- Gracias - respondió Alex. Los hokas tenían la agradable costumbre de agasajar al sheriff cuando entraba en un saloon. Se había aprovechado bastante de los parroquianos, si bien no parecía mejorar demasiado su estado de ánimo, muy deprimido.

El hoka situado a su lado era un espécimen bastante mayor, sin dientes y arrugado.

- Soy del camino de las Niñerías - dijo, presentándose -. Llámeme Niñerías Kid. ¿Qué tal, sheriff?

Alex le estrechó la mano, lúgubrementemente.

Se abrieron camino hasta la barra. Alex tenía que inclinarse debido a la poca altura de los techos de los hokas, pero no cabía duda que los adornos rococó se ajustaban perfectamente al estilo deseado, incluyendo un pequeño escenario donde tres mujeres hoka, escasamente vestidas, se dedicaban a realizar un número de canto y baile, mientras un hombre con gafas aporreaba un maltrecho piano.

Niñerías Kid le comentó, con tono íntimo:

- Conozco a esas chicas. Bonitas, ¿verdad? ¡De rechupete!

- Uh... sí, claro - contestó Alex, considerando que las hokas tenían cuatro glándulas mamarias cada una -. Muy... bien dotadas.

- Se llaman Zunami, Goda y Torigi. ¡Si no fuera tan viejo!

- ¿Cómo es que no tienen nombres ingleses? - preguntó Alex.

- Tuvimos que mantener los nombres hokas para las mujeres - le dijo Niñerías Kid. Se rascó su cabeza calva -. Ya es bastante complicado con los hombres, contando con más de cien Hopalongs en un mismo pueblo..., pero ¿cómo se pueden diferenciar las mujeres si todas se llaman Jane?

- Bueno, tenemos algunas que se llaman ¡Eh, tú! - dijo tristemente Alex -, y otras que se llaman «Sí, querido».

Le comenzaba a dar vueltas la cabeza. El licor de los hokas era muy poderoso.

Cerca se hallaban dos vaqueros, que discutían con alcohólica vehemencia. Eran dos típicos hokas, lo que para Alex quería decir que sus formas regordetas no se diferenciaban demasiado una de otra.

- Conozco a esos dos. Son de rancho - le dijo Niñerías Kid -. Ese es Slim, y el otro es Shorty.

- ¡Oh! - dijo Alex.

Mirando melancólicamente su vaso, escuchó la discusión, que había llegado a la etapa en que se llamaban cosas no muy agradables uno a otro.

- ¡Ten cuidado con lo que dices, Slim! - dijo Shorty, tratando de entrecerrar amenazadoramente sus ojillos -. ¡Soy un hombre muy peligroso!

- Qué vas a ser un hombre peligroso - se burló Slim.

- ¡Te digo que soy un hombre demasiado peligroso! - chilló Shorty.

- Eres un cabeza loca que debería recibir una buena patada de una mula - dijo Slim -. Y creo que voy a ser yo quien termine por dártela.

- ¡Cuando me digas esas cosas - dijo Shorty -, por favor, sonríe!

- Te digo que eres un cabeza loca que debería recibir una patada de una mula - le volvió a decir Slim, y sonrió.

Súbitamente el saloon se llenó del estruendo de los revólveres en acción. Un reflejo muy adecuado hizo que Alex se tirara al suelo. Una bala silbó ominosamente cerca de su oreja. El tronar de las armas continuaba. Se acurrucó en el suelo y comenzó a rezar.

Volvió a reinar el silencio. Una nube de humo de pólvora se elevó en el aire. Unos cuantos hokas salieron de detrás de las mesas y comenzaron nuevamente a beber. Alex buscó los irremediables cadáveres, que supuso debía de haber. Sólo vio a Slim y a Shorty que guardaban los revólveres.

- Bueno - dijo Shorty -, yo pago esta ronda.

- Gracias, amigo - le dijo Slim -, yo pagaré la próxima.

Alex volvió sus ojos desorbitados a Niñerías Kid.

- Nadie resultó herido - gritó al borde de la histeria.

- Por supuesto que no - dijo el viejo hoka -. Slim y Shorty son muy buenos amigos. Rara costumbre esa de los humanos, que un hombre deba intercambiar disparos con sus amigos por lo menos una vez al mes. Pero pienso que tal vez eso los haga más valientes, ¿verdad?

- Ummm... - dijo Alex.

Se acercaron otros a hablar con ellos. Las opiniones parecían estar igualmente divididas entre la idea de que no era un ser humano de verdad, y que realmente lo que sucedía era que los terrestres no resultaban ser lo que decían las leyendas. Pero a pesar de su decepción, no tenían mala voluntad, y le ofrecieron unos tragos. Alex aceptó sediento. No podía pensar en hacer otra cosa.

Habrían pasado una o dos horas, o tal vez diez, cuando Slick entró en el saloon. Su voz se alzó sobre el tumulto:

- Un explorador me trajo las últimas noticias, muchachos. Los indios están a no más de seis o siete kilómetros de aquí, y se acercan rápidamente. Vamos a tener que irnos.

Los vaqueros terminaron sus tragos, rompieron sus vasos y salieron del edificio en una ola de excitación y ansiedad.

- Hay que calmar a la gente - murmuró Niñerías Kid - o vamos a terminar en un tumulto
- Con gran presencia de ánimo apagó las luces.

- ¡Estúpido! - rugió Slick -. Fuera ya es de día.

Alex dio vueltas sin rumbo por el saloon, hasta que el jugador le cogió de la manga.

- Estamos faltos de gente, y tenemos que movilizar mucho ganado - ordenó Slick -. Consiga un caballo manso y vea si puede ayudar.

- Muy bien - dijo Alex, entre hipos. Estaría bien saber que estaba haciendo algo útil, por poco que fuera. Tal vez lograra ser derrotado en las próximas elecciones.

Siguió un rumbo poco estable hasta el corral. Alguien le dio un pobre caballo, demasiado viejo para no ser dócil. Alex trató de ensillarlo. El animal se escapó.

- Ven para aquí, ¡diablos! ¡Maldito animal!

- Aquí, aquí - dijo un hoka, que se acercó... ¿un fantasma hoka? ¿un hoka Superior? ¿Un hoka y otro hoka?... fue ayudado a montar.

- ¡Por Pecos Bill! ¡Está borracho como un cerdo!

- ¡No, no! - dijo Alex, con voz estropajosa -. Eshtoy muy shobrio. Son los hoka los que eshtán borrachos. ¿Entiende? Eso es. Sólo los hombres sobrios de hoka son los... borrachos.

Su caballo parecía flotar en una niebla rosa en todas direcciones.

- Soy un cowboy solitario... - cantó Alex -. El cowboy más solitario de por aquí.

Se dio cuenta, más o menos vagamente, de la situación del ganado. Los animales estaban nerviosos, miraban para uno y otro lado y rascaban la tierra con las pezuñas. Una pequeña cantidad de hokas galopaba alrededor de ellos, agitando sus sombreros y tratando de hacer que los animales se dirigieran hacia los senderos adecuados.

- ¡Soy un cowboy del Río Grande! - gritó Alex.

- ¡No tan fuerte! - protestó un Tex - hoka - ¡Estos animales ya están bastante nerviosos!

- ¿Quiere que vayan marchando, no es así? - contestó Alex -. ¡Más vale que vayamos saliendo de aquí! Los pieles verdes se acercan. Va a ser fácil hacerlos andar. ¡Miren esto!

Extrajo su pistola, y disparándola al aire dejó escapar un salvaje:

- ¡Iujuuu!

- ¡Pedazo de imbécil!

- ¡Iuuuuuuu! - Alex se lanzó hacia el ganado, disparando y gritando a la vez -. A hacerlos andar, cowboy. Vamos, vamos. ¡Yipiiii!

El ganado, por supuesto, se espantó.

Como una marea roja, rompió la débil barrera que formaban los hokas. Los vaqueros se dispersaron; la muerte acechaba en los miles de pezuñas. El universo parecía resonar con los ruidos las carreras y el alboroto infernal. ¡La tierra temblaba!

- ¡Iuuuuuu! - seguía gritando alborozado Alexander Jones. Seguía cabalgando detrás de los longhorns, siempre disparando su arma -. ¡Adelante, adelante! ¡Vamos, Silver!

- ¡Oh, Dios mío! - se lamentó Slick -. ¡Oh, Dios, Dios mío! ¡El muy estúpido los ha espantado exactamente en la dirección donde se hallan los indios!

- Vamos, vamos, a perseguirlos - gritó un Hopalong hoka - ¡Tal vez podamos lograr que el ganado dé la vuelta! ¡No podemos dejar que los indios se queden con esas reses!

- Y también vamos a ver si linchamos a alguien - dijo un Llanero Solitario hoka -. Apuesto que ese Alexander Jones es un espía de los indios, que mandaron para que hiciera este trabajo para ellos.

Los vaqueros espolearon sus cabalgaduras. El cerebro de un hoka no pensaba en dos cosas a la vez. Si estaban tratando de detener una espantada, el hecho de que fueran a darse de narices con los indios quedaba fuera de toda consideración.

- ¡Iupiii... iujujuuuuy! - seguía gritando Alex, en algún lado de aquella enorme nube de polvo.

Envuelto en la rara conciencia del tiempo que da la borrachera, parecía dispuesto a lanzarse cuesta abajo de una colina. Y más allá estaban los slissii.

Los guerreros-reptiles se trasladaban a pie, no siendo anatómicamente capaces de montar. Pero podían correr más rápido que un caballo de los hokas. Sus cuerpos, similares a los de los tiranosaurios, estaban desnudos, salvo por algunas pinturas y adornos de plumas, tal como los primitivos de la galaxia, pero venían armados con rifles, lanzas, arcos y hachas. Formaban una gran masa compacta, disciplinada gracias al ritmo de los tambores. Había miles de ellos... y solamente unos cientos de vaqueros, como mucho, galopando ciegamente hacia sus filas. Alex no vio nada de esto. Situado detrás del ganado espantado, no vio la formación de los indios.

Nadie la vio, para ser exactos. La catástrofe era demasiado grande.

Cuando los hokas llegaron al lugar, los indios, los que no habían sido aplastados por el ganado, se hallaban diseminados por la pradera. Slick llegó a pensar que no iban a parar de correr, huyeron desolados.

- ¡A ellos, muchachos! ¡A acorralarlos!

Los hokas se lanzaron al ataque. Unos pocos indios trataron de preparar sus armas, procurando agruparse para presentar cierta resistencia, pero era demasiado tarde. Estaban demasiado desmoralizados, y fue fácil para los hokas vencerlos. Otros fueron

alcanzados en la huida, enlazados y atados por los ululantes oseznos metidos a vaqueros.

Tex cabalgó hasta donde estaba Slick. Detrás de su caballo, al final de un lazo, había un indio corpulento, todavía retorciéndose y protestando.

- Creo que atrapé a su jefe - dijo.

- ¡Así es! Usa la pintura de guerra de los jefes. ¡Magnífico! Con este rehén podremos hacer que los indios acepten nuestras condiciones. Estoy seguro de que no van a molestarnos durante mucho tiempo.

En realidad, Canyon Gulch había entrado a los textos militares, con Cannae, Waterloo y Xfisthung, como ejemplo de una victoria total y aplastante.

Lentamente, los hokas comenzaron a reunirse alrededor de Alex. El perdido resplandor de admiración brillaba una vez más en sus ojos.

- Él lo logró - susurró Monty -. Todo el tiempo que se hizo el tonto, sabía cómo detener a los indios.

- Quieres decir, hacerles morder el polvo - corrigió Slick, solemnemente.

- Morder el polvo - asintió Monty -. Lo hizo solo, sin ninguna ayuda. ¡Muchachos, creo que deberíamos pensarlo dos veces antes de volver a desconfiar de un... humano!

Alex se meció en la silla. Se sentía muy mal. Pensaba que había provocado una espantada, que había perdido todo un rebaño de ganado, que había sacrificado la fe que los hokas podían tener en los seres humanos para el porvenir.

Si los nativos lo colgaban, pensó con seriedad, no era más que lo que se merecía.

Abrió los ojos y se encontró con la expresión de adoración que le estaba dedicando Slick.

- Nos salvó - le dijo el pequeño hoka. Se estiró para coger la chapa de sheriff del chaleco de Alex. Luego, gravemente, le entregó su Derringer y su baraja -. Nos salvó a todos, terráqueo. Así que, durante el tiempo que se quede con nosotros, será el jugador de Canyon Gulch.

Alex parpadeó. Miró alrededor. Vio la asamblea de hokas reunida, los slissii cautivos, y el campo de batalla... pero... ¡Habían ganado!

Ahora sí que podría llegar al Draco. Con la ayuda de los seres humanos, los hokas podrían lograr un lugar de paz en sus antiguos dominios.

Y el insigne Alexander Braithwaite Jones era un héroe.

- ¿Los salvé? - preguntó. Todavía no podía controlar bien la lengua -. ¡Oh! ¡Los salvé! Sí, claro, ¿no es verdad? Los salvé. Estuvo muy bien por mi parte - movió negligentemente una mano -. No, no me lo agradezcan. Noblesse oblige, y todo eso.

Un dolor agudo en sus poco acostumbrados glúteos estropeó el efecto heroico. Se quejó.

- ¡Me parece que voy a volver andando al pueblo! ¡No voy a poder sentarme en una semana!

Y el salvador de Canyon Gulch trató de desmontar, erró al estribo y cayó de bruces.

- ¿Saben? - murmuró alguien, muy pensativo -, tal vez sea esa la forma en que los humanos se bajan del caballo. Creo que deberíamos ensayarla...

LOS CÁIGANSE MUERTOS

Clifford D. Simak

Las criaturas eran increíbles. Parecían salidas de la pluma temblorosa de un dibujante de historietas muy alcoholizado.

Un rebaño se apretaba en un semicírculo frente a la nave, ni asustadizas ni beligerantes, simplemente curiosas.

Habitualmente, cuando una espacionave se asienta en un planeta desconocido, lleva una semana, por lo menos, que los seres vivos se animen a dejar sus escondrijos y a acercarse a echar un vistazo.

Las criaturas eran del tamaño aproximado de una vaca, pero en ningún modo compartían la gracia de ese animal.

Sus cuerpos estaban apelotonados, como si cada uno se hubiera encontrado en plena carrera con una pared.

Y estaban tan llenos de protuberancias como cabía esperar después de tal colisión. Sus flancos estaban salpicados con largas manchas de colores pastel, el tipo de color que nunca se encuentra en ningún animal que se respete: violeta, rosa, naranja, chartreuse; nombrando sólo unos pocos.

El efecto total era el de una labor de punto realizada por una anciana acostumbrada a tejer alocadas colchas.

Y eso no era lo peor.

De sus cabezas, o de otras partes de su anatomía, brotaba un extraño tipo de vegetación, así que parecía que cada animal se ocultaba, en forma no muy efectiva, detrás de una maleza realizada desmañadamente.

Para completar la situación, y tornarla completamente loca, de tal vegetación crecían frutas y vegetales, o lo que parecían ser frutas y vegetales.

Así que allí nos quedamos. Las criaturas nos miraban y nosotros las mirábamos, y finalmente una se acercó hasta que no estuvo a más de dos metros.

Se paró allí, mirándonos intensamente. Y luego cayó muerta a nuestros pies.

El resto del rebaño tomó grupas y trotó en forma desmañada como si hubieran hecho lo que vinieron a hacer, y ahora pudieran volver a sus naturales ocupaciones.

Julián Oliver, nuestro botánico, se rascó la cabeza, que encanecía rápidamente, con un ademán distraído.

- Otro «queseyó» - se quejó -. ¿Por qué no nos puede tocar algo simple, para variar?

- Nunca son simples - le contesté -. ¿Recuerdas ese matorral de Hamal V que pasaba la mitad de su vida como una especie de glorioso tomate, y la otra mitad como una ortiga venenosa en grado A?

- Lo recuerdo - dijo Oliver tristemente.

Max Weber, nuestro biólogo, se dirigió hacia la criatura y la tocó, extendiendo la mano cuidadosamente.

- Lo malo es - dijo - que el tomate de Hamal era un asunto de Julián, y éste lo tengo que estudiar yo.

- No diría que solamente te toca a ti - replicó Oliver -. ¿Cómo definirías a la vegetación que crece en ellas?

Llegué lo suficientemente rápido como para ver el comienzo de otra discusión.

Había escuchado tales divergencias durante los últimos doce años, a través de varios cientos de años luz, y en unas dos docenas de planetas. No podía detenerme aquí, pero iba a tratar de posponer el asunto hasta que tuvieran algo más importante que discutir.

- ¡Basta! - les dije -. Nos quedan solamente dos horas antes de que llegue la noche, y tenemos que tratar de levantar el campamento.

- Pero esta criatura - dijo Weber -. No podemos dejarla aquí.

- ¿Por qué no? Hay millones más. Esta se quedará aquí, y si no...

- ¡Pero se cayó muerta!

- ¿Y qué? Era vieja y débil.

- No, no lo era. Estaba en su época más lozana.

- Hablaremos de esto más tarde - dijo Alfred Kemper, nuestro bacteriólogo -. Estoy tan interesado como vosotros, pero lo que acaba de decir Bob es cierto. Tenemos que armar el campamento.

- Y además - agregué, mirándolos severamente -. Observaremos las reglas, no importa lo inocente que nos parezca este planeta. No comeremos nada, no cogeremos nada. No saldremos a vagar solos. No nos descuidaremos en ningún momento.

- No hay nada aquí - dijo Weber -. Sólo estos rebaños de animales. Nada más en las praderas interminables. No hay árboles, no hay colinas. Nada.

No quería decir que había que olvidarse de las reglas. Sabía tan bien como yo la necesidad de cumplirlas. Simplemente, quería discutir.

- Muy bien - le contesté -, ¿qué vamos a hacer? ¿Armamos el campamento o pasamos la noche en la nave?

Eso decidió la cosa. Tuvimos el campamento listo antes de que el sol se pusiera, y cuando llegó la oscuridad nos encontró dentro. Carl Parsons, nuestro ecólogo, tenía listo el fuego y la comida preparada, antes de que se hubiera terminado de preparar la última de las tiendas.

Saqué mi maletín y mezclé los alimentos que constituían mi rigurosa dieta, mientras me gastaban bromas. Ya no me molestaba. Sus chanzas eran automáticas, y yo también daba respuestas automáticas. Era algo que venía sucediendo desde hacía mucho tiempo. Tal vez era mejor que fuera así. Tal vez mejor que si no les hubiera importado nada la pobreza de mi variedad de alimentos.

Carl estaba haciendo carne a la parrilla, y traté de ponerme donde la pudiera oler. Nunca sucede que no pueda llegar a sacrificar mi brazo derecho con tal de poder comer un buen trozo de carne, o cualquier otra comida normal. Este régimen dietético que debo seguir mantiene viva a una persona, pero es lo máximo que puede decirse a su favor.

Bien sé que las úlceras deben curarse como una enfermedad tonta y arcaica. Pregunten a cualquier médico, y les contestará que ya no se sufren. Pero el estado de mi estómago y mi caja para transportar las fórmulas dietéticas prueban que todavía existen algunos casos. Creo que es lo que pudiera llamarse un trastorno ocupacional. Los equipos de investigación planetaria se enfrentan a problemas muy difíciles.

Después de la cena salimos y trajimos más cerca al extraño ser para poder observarlo mejor. Era más raro viéndolo de cerca que teniéndolo a una cierta distancia.

No había nada de broma acerca de la vegetación. Era verdadera, y formaba parte de la criatura. Pero parecía crecer solamente en determinadas zonas, de determinado color.

Hallamos otra cosa, que prácticamente dejó a Weber boqueando de asombro. Una de las manchas de colores tenía unos agujeros, como si fueran para poner clavijas.

Cuando Weber extrajo su cortaplumas y se puso a hurgar en uno, encontró un animalito que se parecía a una abeja. Hurgó en otro, puesto que casi no podía dar crédito a sus ojos, y sacó otra abeja. Ambas muertas.

Tanto él como Oliver querían comenzar la disección allí mismo, pero pudimos disuadirlos.

Echamos a suertes a quién le tocaba la primera guardia, y con mi tradicional fortuna, me tocó a mí. En realidad, no había muchas razones para mantener a uno de nosotros despierto, puesto que se hallaba conectado el sistema de alarma, pero esas eran las reglas y había que cumplirlas.

Tomé una pistola y los otros dijeron buenas noches, y se metieron en sus tiendas. No importa lo endurecido que se esté, es difícil dormir muchas horas la primera noche que se llega a un nuevo planeta, así que los sentí charlar durante largo rato.

Me senté en una silla al otro lado de la mesa del campamento, donde había una linterna, en vez de la habitual fogata. No habiendo árboles ni leña, mal podíamos encender fuego.

Me senté, como digo, al otro lado de la mesa, con la criatura muerta al lado opuesto, y comencé a preocuparme, si bien no parecía que hubiera la necesidad en ese momento.

Pero sentado a la mesa no podía por menos de pensar y repensar sobre lo extraño de ese ser mixto. Lo único que hice fue preocuparme en vano, así que me alegré cuando Talbott Fullerton, el de la Doble Visión, vino y se sentó a mi lado.

Si bien mi alegría no fue mucha. Ninguno de nosotros tenía una especial devoción por Fullerton. Ninguno de nosotros la sentía, para ser exacto.

- ¿Está demasiado nervioso para dormir? - le pregunté.

Asintió con la cabeza, mirando las sombras que se extendían más allá de la luz de la linterna.

- Me pregunto - dijo - si éste podría ser el planeta.

- No sigas persiguiendo una fábula, un mítico El Dorado.

- Lo encontraron una vez - dijo testarudamente -. Está bien documentado.

- Y también al Grial, o a la Atlántida, o a las Siete Ciudades. Pero nadie los encontró porque nunca existieron.

Se sentó donde le daba la luz de la linterna y pude ver su expresión salvaje, mientras sus manos se cerraban y abrían espasmódicamente.

- Sutter - me dijo tristemente -, no sé por qué continúas burlándote. En alguna parte de este universo debe de estar la inmortalidad. En algún lugar se ha logrado encontrarla. Y la raza humana debe alcanzarla. Ahora tenemos todo el espacio para buscar. Millones de planetas, y eventualmente otras galaxias. No tenemos que hacer sitio para los que vienen detrás, como si tuviéramos que arreglarnos en un solo planeta, o en un único sistema solar. ¡Te digo que la inmortalidad es el próximo paso que debe dar la humanidad!

- Olvídate - le dije, suavemente. Pero una vez que Doble Visión comenzaba a hablar de eso no se le podía parar.

- Mira este planeta - dijo -. Muy similar a la Tierra. Un sol adecuado. Buen terreno, buen clima, agua en abundancia. Un lugar ideal para establecer una colonia. ¿Cuánto tiempo calculas que pasará antes de que el hombre se establezca aquí?

- Mil años. Cinco mil. Tal vez más.

- Así es. Y hay incontables planetas como éste, esperando que los colonicen. Pero no podremos. Porque no hacemos más que morirnos. Y eso no es todo...

Escuché pacientemente el resto. Lo terriblemente perjudicial que era que los seres humanos murieran. Me sabía la historia de memoria. Antes de Fullerton, ya habíamos tenido otro fanático de la Doble Visión. Y antes de ése, otro. Cada uno de estos equipos, no importa cuál fuera su destino o sus propósitos, debía llevar a un agente del Instituto de la Inmortalidad.

Pero este chico era un poco peor que los otros. Era su primer viaje y estaba lleno de ideales. En cada uno bullía la intensa dedicación a un mismo propósito: que el ser humano debía vivir siempre y que la inmortalidad podía y debía lograrse. Puesto que la había hallado una espacionave sin nombre, proveniente de un planeta desconocido, hacía indeterminada cantidad de años atrás.

Era un mito, por supuesto. Tenía las características de los mitos, y despertaba la fiera lealtad que sólo ellos inspiran. Se mantenía vivo gracias al Instituto de la Inmortalidad, que funcionaba con fondos del gobierno, y con billones de regalos y dádivas provenientes de los esperanzados ricos y pobres. Todos, por supuesto, habían muerto, o lo iban a hacer, a pesar de su magnífica generosidad.

- ¿Qué es lo que buscas? - le pregunté a Fullerton, algo aburrido -. ¿Una planta? ¿Un animal? ¿Una persona?

Y replicó, solemne como un juez.

- Eso no lo sé, o más bien, no debo decirte lo poco que sé.

- Como si me importara.

Pero seguí pinchándolo. Tal vez sólo fuera para pasar el rato. O porque me desagradaba el tipo. Los fanáticos me molestan. No dejan en paz.

- ¿Sabrás cuando lo encuentres?

No me contestó, sino que simplemente me miró con esos ojos extraviados que tenía.

Era mejor que dejara de molestarlo. Lo haría gritar. Nos sentamos en silencio un rato más. Sacó un mondadientes del bolsillo y se lo puso en la boca, mascándolo distraídamente. Hubiera querido abofetearlo, puesto que mascaba mondadientes permanentemente, y había llegado a constituirse en un hábito verdaderamente irritante. Me parece que yo también tenía los nervios de punta.

Finalmente terminó de escupir los maltrechos pedazos del mondadientes y se fue a la cama. Me quedé solo, mirando hacia la nave, y la luz de la linterna iluminó la leyenda inscrita en ella: Caph VII - Ag Survey 286, que nos identificaría en cualquier lugar de la galaxia.

Porque todos conocían a Caph VII, el planeta de experimentaciones en agricultura, de la misma forma en que conocerían a Aldebarán XII, el planeta de las investigaciones médicas, o a Capella IX, el planeta de las universidades, o a cualquiera de los otros, sede de departamentos espaciales.

Caph VII es una operación masiva, y los cientos de equipos de investigación similares al nuestro eran solamente una parte de ella. Pero éramos las vanguardias que iban a los nuevos mundos, algunos de ellos no registrados en los mapas, otros con meras indicaciones superficiales, buscando plantas y animales que pudieran ser de utilidad experimental.

Sin embargo, no podíamos decir que nuestro equipo hubiera encontrado cosas muy importantes. Habíamos hallado un césped que andaba más o menos bien en unos mundos de Witania, pero no habíamos logrado ningún éxito que pudiera ser distinguido. La suerte no nos acompañaba, tal como en el asunto de la hierba venenosa de Hamal. No importaba el hecho de que nos esforzáramos tanto como el resto de los equipos.

A veces era una píldora difícil de tragar, cuando otros traían cosas que les valían felicitaciones y premios especiales, mientras que nosotros nos presentábamos tímidamente con un césped melancólico, o tal vez con nada. Esta es una vida difícil, y no dejen que nadie les diga lo contrario. Algunos de los planetas son asuntos verdaderamente peliagudos, y a veces los muchachos vuelven en malas condiciones, o no vuelven.

Pero esta vez parecía que habíamos tenido suerte. Un planeta pacífico, con buen clima, terreno nada escabroso, sin habitantes hostiles y con una fauna no peligrosa.

Weber tardó un poco en presentarse para su turno de guardia, pero finalmente me relevó.

Era indudable que todavía estaba con los ojos fuera de las órbitas por el asombro que le había causado la criatura. Le dio varias vueltas, mirándola y remirándola.

- Es el más fantástico caso de simbiosis que jamás haya visto - me dijo -. Si no la tuviera delante de mis ojos diría que es imposible que exista. Habitualmente la simbiosis se asocia a seres poco desarrollados, a formas muy primitivas de vida.

- ¿Te refieres al arbusto que crece en los flancos?

Asintió.

- ¿Y las abejas?

Hizo una serie de ruidos guturales.

- ¿Cómo puedes afirmar sin lugar a dudas que es simbiosis?

Casi se retuerce las manos de desesperación.

- No lo sé - admitió.

Le pasé mi rifle y me dirigí a la tienda que compartía con Kemper. El bacteriólogo estaba despierto cuando entré.

- ¿Eres tú, Bob?

- Soy yo. Todo está en orden.

- He estado pensando - me dijo -. Este es un lugar loco.

- ¿Te refieres a las criaturas?

- No, no te lo digo por eso. El planeta en si. Nunca vi nada igual. Completamente desnudo. Sin árboles, sin flores. Nada. Sólo un mar de hierba.

- ¿Por qué no? - le pregunté -. ¿Dónde está escrito que no se pueda encontrar un planeta con hierbas y nada más?

- Es demasiado simple - protestó -. Demasiado limpio y amplio. Como si alguien hubiera dicho: Hagamos un planeta simple. Eliminemos los experimentos biológicos y vamos a lo esencial. Solamente una forma de vida, y hierbas para alimentarla.

- Te estás perdiendo en tus propias conjeturas - proteste -. ¿De dónde sacas que esto es así? Puede haber otras formas de vida. Otros tipos de complicaciones que no soñamos. Sólo hemos visto estas criaturas, pero tal vez haya otras cosas.

- ¡Oh! ¡Al diablo! - y se volvió para el otro lado.

Era un tipo que me gustaba. Habíamos compartido la misma tienda desde hacía más de diez años, y siempre nos habíamos llevado bien.

Muy a menudo había deseado que sucediera lo mismo con todos. Pero eso era demasiado pedir.

La discusión comenzó después del desayuno, cuando Oliver y Weber insistieron en usar la mesa del campamento como mesa de disección. Parsons, que a veces hacía de cocinero, se puso furioso. No sé por qué lo hacía, puesto que estaba vencido antes de comenzar. Lo mismo había pasado muchas veces, y antes de ponerse a discutir debería haber adivinado que iban a usar la mesa.

Pero peleó bien.

- ¡Iros a otro lado con vuestras carnicerías! ¡Quiero ver quién va a comer sobre una mesa llena de sangre!

- Pero Carl, ¿dónde lo hacemos? Usaremos un extremo de la mesa únicamente.

Lo que casi fue una broma, porque en poco rato se habían adueñado de toda la mesa.

- ¡Poned por lo menos una lona! - rugió Parsons.

- No se puede hacer la disección sobre una lona. Hay que tener...

- Y otra cosa. ¿Cuánto tiempo os va a llevar? ¡No quiero pensar cómo va a oler eso dentro de uno o dos días!

Y así siguió durante un buen rato, pero para cuando comencé a subir la escalera para traer los animales, Oliver y Weber ya estaban trabajando.

El descargar los animales es algo que no se ajusta a mis tareas oficiales, pero me había acostumbrado a hacerlo para que cuando Weber o alguno de los otros se dispusieran a comenzar las pruebas, se encontraran listos.

Fui hacia el compartimiento en que guardábamos las jaulas.

Las ratas comenzaron a chillar y los zartyls de Centauro me dirigieron sus gruñidos, mientras que los punkis de Polaris armaban un alboroto, porque siempre tienen hambre. Nunca tienen suficiente. Si se les da todo lo que quieren se matan a fuerza de comer.

Era todo un trabajo llevarlos hasta la compuerta y de allí bajarlos a tierra, pero finalmente lo logré sin que se me rompiera una sola jaula. Habitualmente se me destrozaban una o dos de las jaulas, los animales se escapaban y luego Weber se pasaba varios días haciendo comentarios acerca de mi torpeza.

Puse las jaulas en filas, y ordenadamente estaba cubriéndolas con unas lonas para proteger a los animales de los cambios climáticos cuando Kemper vino a ver lo que estaba haciendo.

- He estado mirando un poco.

Por la forma en que lo dijo me pareció que estaba muy dispuesto a hablar.

Pero no le pregunté nada, porque entonces no me hubiera dicho una sola palabra. Había que esperar que estuviera listo.

- Qué sitio más tranquilo, ¿verdad? - y eso fue todo lo que dije. Era un día claro y sin nubes, y el sol no estaba demasiado caluroso. Había una brisa, y se podía ver a lo lejos. Todo estaba en calma. No se oía ruido alguno.

- Es un lugar solitario - dijo Kemper.

- No te comprendo - le contesté pacientemente.

- ¿Recuerdas lo que te dije anoche, acerca de que este planeta me parecía demasiado simple?

Se quedó mirándome mientras colocaba las lonas, como si pensara lo que iba a decirme. Esperé pacientemente. Finalmente explotó.

- ¡Bob! ¡No hay insectos!

- ¿Y qué tienen que ver los insectos...?

- Tú sabes a qué me refiero - me dijo -. Mira lo que pasa en la Tierra, o en cualquier planeta similar. Te echas en la hierba y comienzas a ver insectos. Algunos en el suelo y otros sobre las hojas. De todo tipo.

- ¿Y aquí no los hay?

Negó con la cabeza.

- No que yo haya visto. Di vueltas, me eché en el suelo una docena de veces, y ¡nada! Lo lógico es que si se busca toda una mañana, se hallen algunos insectos. ¡Esto no es natural, Bob!

Seguí con mi tarea, pero me corrió un escalofrío por lo que me había dicho Kemper. No es que me importaran un rábano los insectos, pero, tal como decía Kemper, era algo no natural, si bien en este trabajo uno tenía que acostumbrarse a las cosas no naturales.

- Están las abejas - le dije.

- ¿Qué abejas?

- Las de las criaturas. ¿No las viste?

- No. No me acerqué a ninguna de las criaturas. Tal vez las abejas no viajen demasiado lejos.

- ¿Hay pájaros?

- No los vi. Pero me equivoqué acerca de las flores. El césped tiene unas florecillas muy pequeñas.

- Es donde van las abejas.

La expresión de Kemper se hizo de una fijeza de piedra.

- Así es - dijo -. ¿No ves que hay un esquema, un plan...?

- Ya veo - le dije.

Me ayudó con la lona, y no hablamos más. Una vez que terminamos, nos dirigimos al campamento.

Parsons estaba cocinando el almuerzo y gruñéndole a Oliver y Weber, pero no le prestaban mucha atención. La mesa estaba llena de trozos de la criatura que habían disecado, y parecían asombrados.

- ¡No tiene cerebro! - nos dijo Weber, con aire acusador, como si lo hubiéramos escondido cuando no miraba -. No podemos encontrar el cerebro, y no hay tampoco un sistema nervioso central.

- ¡Es imposible! - declaró Oliver -. ¿Cómo puede existir un animal altamente organizado, y bastante complejo, si no tiene un sistema nervioso?

- Mirad lo que han hecho. ¡Vais a tener que comer de pie! - dijo Parsons.

- Realmente, esto es una carnicería - asintió Weber -. Para resumir lo que hemos encontrado hasta ahora, os diré que hay doce tipos diferentes de carne; algunos son de ave, algunos de pescados, algunos de carnes rojas. Tal vez haya algo de lagarto.

- Un animal que sirve para todo - dijo Kemper -. Tal vez hayamos encontrado algo, al fin.

- Si es comestible - dijo Oliver -. Si no te envenena, o si no hace que crezca pelo en el cuerpo.

- Eso es cosa de vosotros - le dije -. Ya descargué las jaulas y las alineé convenientemente. Pueden ir matando a los pobrecitos, si les parece.

Weber miró el desbarajuste que había sobre la mesa.

- Hemos hecho solamente un trabajo exploratorio - explicó -. Deberíamos poder empezar de nuevo. Habrá que buscar otro, Kemper.

Este asintió con cierta resistencia.

Weber se quedó mirándome.

- ¿Crees que podrás conseguir otro?

- Por supuesto - le dije -. No hay problema.

Y no lo hubo.

Después del almuerzo, una criatura vino hacia nosotros, como si quisiera hacernos una visita. Se paró a corta distancia de donde estábamos y luego, tranquilamente, cayó muerta.

Durante los días siguientes, Oliver y Weber casi no tuvieron tiempo para dormir y comer. Hicieron disecciones y estudiaron.

No podían dar crédito a sus ojos. Discutieron. Hicieron ademanes con los bisturíes en la mano, para enfatizar su angustia.

Casi se echan a llorar. Kemper llenó caja tras caja de preparados, y se mantuvo encorvado y semipetrificado sobre su microscopio.

Parsons y yo dábamos vueltas mientras los otros trabajaban.

Mi compañero extrajo varias muestras de césped, trató de clasificarlo y falló, porque no había múltiples clases. Solamente una.

Tomó notas sobre el tiempo, analizó muestras del aire y trató de compilar un informe ecológico, sin tener demasiados datos.

Yo traté de encontrar insectos, cosa que nunca sucedía, salvo que estuviera cerca de un rebaño de esas criaturas. Busqué pájaros sin encontrarlos. Pasé dos días investigando un arroyuelo, echado sobre mi vientre y mirando el agua, sin encontrar signos de vida. Busqué una bolsa de azúcar, puse un lazo alrededor de la boca y pasó dos días más tratando de pescar algo. Nada. Ni un pez, ni un cangrejo. Nada.

Para entonces estaba dispuesto a admitir que Kemper tenía razón.

Fullerton caminaba a nuestro alrededor, pero no prestamos ninguna atención a lo que hacía. Los de la Doble Visión siempre estaban buscando algo raro. Después de un tiempo uno se cansaba. Yo hacía ya veinte años que estaba cansado.

El último día que había ido a pescar, Fullerton se me acercó cuando caía la noche. Se quedó mirándome trabajar. Cuando alcé la vista me di cuenta que hacía largo rato que observaba lo que hacía.

- No hay nada ahí - me dijo.

Por la forma en que lo dijo parecía que lo sabía desde hacía mucho, y que yo era un tonto por estar buscando lo que no existía.

Pero esa no fue la única razón por la cual me enfadé.

Tenía en la boca un trozo del césped, y lo estaba masticando como hacía con los mondadientes.

- ¡Escupe eso! - le grité -. ¡Estúpido!

Me miró asombrado y escupió el césped.

- Me resulta difícil acordarme - me explicó -. Fíjate, es mi primer viaje y...

- Ten cuidado de que esas cosas no logren que sea el último - le dije brutalmente -. Pregúntale a Weber, cuando tengas tiempo, lo que le pasó a uno que arrancó una hoja y se puso a masticarla. Distráido. Claro. Por hábito, pero fue igual que si se suicidara.

Fullerton se enderezó, rígido.

- No lo olvidaré - me dijo.

Me quedé mirándole y sintiéndome un poco mal por haber sido duro con él.

Pero había que hacerlo. Las formas inocentes en que un hombre podía morir se eran demasiadas.

- ¿Encontraste algo? - le pregunté.

- He estado estudiando a las criaturas. Había en ellas algo raro que no podía determinar bien.

- Creo que puedo detallarte una centena de cosas raras.

- No es eso lo que quiero decir, Sutter. No te hablo de los parches de colores ni de los arbustos que crecen en ellos. Hay algo más. Finalmente lo capté. No hay ninguna que sea joven.

Fullerton tenía razón, por supuesto. Me di cuenta después que lo mencionó. No había terneros, o como quieran llamarlos.

Todos eran adultos. Y, sin embargo, eso no quería necesariamente decir que no existieran terneros. Tal vez simplemente era que no los habíamos visto aún. Y lo mismo podía aplicarse a los insectos, pájaros y peces. Tal vez existían en este planeta, pero todavía no los habíamos encontrado.

Y luego, algo tardíamente, me di cuenta de la inferencia, de la esperanza, de la loca fantasía que se escondía detrás de lo que Fullerton había descubierto, o pensaba que había descubierto.

- ¡Estás chiflado! - le dije.

Me miró, y sus ojos relucían como los de un niño en Navidad. Finalmente me dijo:

- Teníamos que encontrarlo, Sutter. En alguna parte.

Me puse de pie y me quedé mirándole. Luego miré la red que tenía en las manos, y la tiré al agua, viendo cómo se hundía.

- Seamos sensatos - le dije -. No tenemos pruebas de esto. La inmortalidad no sería nada así. De esta forma sólo se llega a algo sin salida. No se lo menciones a nadie, pues te mandarán a casa sin el menor asomo de piedad.

No sé por qué perdí el tiempo en hablarle. Se quedó mirándome tozudamente, con esa rara luz de esperanza y triunfo en los ojos.

- Mantendré la boca cerrada - le dije cortésmente -. No mencionaré nada de esto a nadie.

- Gracias, Sutter - me dijo -. Verdaderamente te lo agradeceré.

Por la forma en que lo dijo me di cuenta de que, en ese momento, me asesinaría con todo placer. Nos volvimos al campamento.

Mientras tanto, lo habían dejado como nuevo. Habían limpiado la mesa tan bien que parecía que brillaba.

Parsons estaba cocinando la comida de la noche, mientras cantaba una de sus cancioncillas obscenas. Los otros tres estaban sentados en las sillas de campamento, habían sacado una botella de aguardiente, y una vez más parecían seres humanos.

- ¿Todo bien? - pregunté.

Pero Oliver movió la cabeza negativamente. Le sirvieron un vaso a Fullerton y éste lo aceptó, algo involuntariamente, pero lo aceptó. Bueno, Doble Visión estaba comportándose mejor. A mí no me ofrecieron nada. Sabían que no podía beberlo.

- ¿Y qué tenemos? - pregunté.

- Tal vez sea algo bueno - dijo Oliver -. Indudablemente que es un animal que sirve para todo. Pone huevos, da leche, hace miel. Tiene seis diferentes tipos de carnes rojas, dos de aves, una de pescados y un par de otras que no podemos identificar.

- Pone huevos - dije -. Da leche. Entonces se reproduce.

- Por supuesto - dijo Weber -. ¿Tú qué pensabas?

- No he visto animales jóvenes.

Weber gruñó.

- Tal vez tengan zonas destinadas a lugares de crianza. Algunos sitios a los que instintivamente llevan a los cachorros.

- O tal vez ejerzan un control de la natalidad - sugirió Oliver -. Eso encajaría con la ecología perfectamente determinada de la cual habla Kemper.

Weber gruñó.

- ¡Ridículo!.

- No tan ridículo - dijo Kemper -. Ni siquiera la mitad de ridículo de otras cosas que hemos encontrado. Ni la décima parte de ridículo que la falta de cerebro o de sistema nervioso. ¡No más ridículo que mis bacterias!

- ¡Tus bacterias! - dijo Weber. Se bebió medio vaso de aguardiente de un solo sorbo para hacer bien patente su desdén hacia el planteamiento.

- Las criaturas están plagadas de ellas - siguió Kemper -. Se encuentran en todas partes. No solamente en la circulación sanguínea y en zonas restringidas, sino en el organismo entero. Y todas son iguales. Normalmente se necesitan cientos de distintos tipos de bacterias para hacer que un organismo trabaje adecuadamente, pero en este caso sólo existe un tipo. Y ese, por definición general, debe de ser de propósitos múltiples. Debe de cumplir las tareas que las otras cientos de especies realizan.

Le sonrió a Weber.

- Ahí tienes tus cerebros y tu sistema nervioso. Las bacterias se duplican para llenar el vacío de ambos sistemas.

Parsons se acercó, dejando la cocina, y se plantó con sus puños en las caderas. asiendo un tenedor en una mano.

- Si queréis saber lo que pienso - dijo -. Las criaturas son una equivocación. No pueden ser así.

- Pero lo son - dijo Kemper.

- ¡No tiene sentido! Un césped para comer. Un tipo de vida. Apuesto a que si pudiéramos hacer un censo hallaríamos que la población de las criaturas es de capacidad exacta. Tantas por acre, pensadas exactamente hasta el último bocado de vegetación. Justo lo suficiente para que coman, y nada más. Las suficientes criaturas para que no haya demasiado verde. O demasiado poco.

- ¿Y qué hay de malo en eso? - pregunté, para molestarle.

Durante un minuto pensé que me iba a clavar el tenedor.

- ¿Y qué hay de malo? - tronó -. La naturaleza nunca es estática, pero aquí, sí. ¿Dónde está la competencia? ¿Dónde está la evolución?

- Ese no es el hecho - dijo Kemper tranquilamente -. Lo que importa no es que las cosas sean como son, sino por qué. ¿Cómo pasó? ¿Cómo fue planeado? ¿Por qué fue planeado?

- No se ha planeado nada - le dijo Weber con resentimiento -. Fíjate en lo que dices.

Parsons volvió a su cocina. Fullerton se había ido a dar una vuelta. Tal vez se descorazonó cuando se enteró de lo de los huevos y la leche.

Durante un rato no hicimos otra cosa que permanecer en silencio.

Finalmente Weber dijo:

- La primera noche de guardia vine a relevar a Bob y le dije...

Me miró.

- ¿Recuerdas, Bob?

- Si. Hablaste de simbiosis.

- ¿Y ahora? - dijo Kemper.

- No sé. Me parece imposible. Pero si así fuera, esta criatura sería el más fabuloso ejemplo de simbiosis existente. La simbiosis llevada a su última conclusión. Como si, hace mucho tiempo, las formas de vida hubieran dicho: dejemos de molestar, unámonos, cooperemos. Y las plantas, y animales, y peces y bacterias se unieron y...

- Es una idea loca, por supuesto - dijo Kemper -. Pero tampoco es tan imposible. Simplemente una extralimitación, nada más. La simbiosis es una forma reconocida de vida y...

Parsons anunció a gritos que la comida estaba lista. y yo me fui a mi tienda, saqué mi caja de alimentos y me preparé mi dieta. Era un alivio el poder comer en privado, sin oír las bromas de los otros frente a lo que tenía que embuchar.

Hallé una serie de notas en la mesita que usaba como escritorio. Las miré mientras comía. Eran simples anotaciones bastante difíciles de descifrar a veces, con manchas de sangre y de las cosas que había sobre la mesa de disección. Pero estaba acostumbrado, pues así eran todas las que tenía a mano por entonces. Pude descifrarlas.

No hablaban de todo, por supuesto, pero sí había suficientes datos como para darme cuenta de lo que me habían dicho, y de otras cosas que no se mencionaron.

Por ejemplo, los parches de colores que les daban a las criaturas ese raro aspecto de tejido escocés, correspondían a los tipos distintos de carne de ave, de peces o de carnes rojas, o de otras clases distintas, fueran lo que fuesen. Parecía que cada uno de estos cuadrados fuera la persistencia de cada uno de los animales que entraron en aparente simbiosis. Si realmente se podía hablar de simbiosis.

El aparato de reproducción por huevos estaba descrito en detalle, pero no aparecían signos de reciente producción de los mismos. Lo mismo sucedía con el aparato para la lactancia.

Se habían hallado, según constaba en las notas tomadas con la escritura apretada de Oliver, cinco tipos distintos de frutas y tres de vegetales, que derivaban de las plantas que crecían en las criaturas.

Dejé a un lado las notas, y me eché hacia atrás en la silla, regodeándome un poco.

¡He aquí el cultivo diversificado y su venganza! Se podía tener carne y productos lácteos, peces, aves, huerta y jardín, todo en uno, ¡todo en el cuerpo de un único animal!

Volví a examinar las notas y hallé lo que buscaba. Los productos alimenticios parecían ser muy abundantes en relación al peso del animal. Muy poco se perdería en el aprovechamiento.

Eso sería algo muy importante para un economista. Pero no todo, por supuesto. ¿Y si las criaturas no eran comestibles?

Supongamos que no se las pudiera mover del planeta, porque al hacerlo murieran.

También recordaba cómo habían venido hacia nosotros y habían caído muertas. Eso en sí era otro verdadero dolor de cabeza.

¿Y si sólo podían comer la vegetación de este planeta?

¿Podría hacérselos crecer en otra parte? ¿Y qué tolerancia tendrían a los distintos tipos de clima? ¿Cuál era su cifra de reproducción? Si era lenta, tal como se había indicado, ¿se podría acelerar? ¿Cuál era la velocidad de crecimiento?

Me levanté, salí de la tienda y estuve parado un rato fuera.

La brisa que había estado soplando se detuvo al caer el Sol, y el lugar estaba muy silencioso. Silencioso porque las únicas que podían hacer ruido eran las criaturas, y todavía no habíamos visto que emitieran un solo sonido. Las estrellas brillaban, y había tantas que iluminaban el paisaje como si hubiera luna.

Fui hasta donde el resto de los hombres estaban sentados.

- Parece ser que estaremos aquí algún tiempo - dije -. Mañana deberíamos sacar las cosas de la nave espacial.

Nadie me contestó, pero en el silencio podía sentir la satisfacción, oculta a medias, y el triunfo. ¡Por fin habíamos sacado el premio grande! Volveríamos con algo que haría que los otros equipos palidecieran. Por esta vez nos tocarían las felicitaciones y las recompensas.

Oliver rompió el silencio.

- Algunos de nuestros animales no están bien. Fui esta tarde a verlos. Un par de cobayos y varias ratas.

Me miró acusadoramente.

Me enfadé.

- No me mires. ¡Yo no estoy a cargo de ellos! Me limito a cuidarlos hasta que tú estés listo para usarlos.

Kemper entró en la conversación para buscar una discusión.

- Antes de que los alimentemos deberemos hallar otra criatura.

- Te apuesto cualquier cosa - dijo Weber.

Kemper no aceptó la apuesta.

Y hubiera sido mejor que lo hubiera hecho, porque la criatura apareció después del desayuno, y murió con un savoir faire maravilloso.

Se pusieron a trabajar en ella inmediatamente.

Parsons y yo comenzamos a descargar las vituallas. Nos afanamos mucho ese día. Desembalamos la unidad frigorífica, por la que Weber había estado protestando, para mantener fresca la carne de las criaturas. Bajamos una serie de equipos y una cantidad de cosas que no creo que nos sirvieran para nada, pero que algunos querían tener a mano. Armamos tiendas, trabajamos y cargamos todo el día.

Hacia la tarde teníamos todo acomodado bajo lonas, y estábamos completamente agotados. Kemper siguió estudiando sus bacterias, Weber pasó horas con los animales. Oliver cavó para sacar una buena cantidad de hierba y la estuvo examinando todo el día. Parsons salió a hacer sus habituales paseos, murmurando y protestando. De todos nosotros, Parsons tenía el trabajo más irritante.

Habitualmente, la ecología de hasta el más simple de los planetas es un problema complicado, y hay que hacer una serie de trabajos. Pero aquí no pasaba nada. No había competencia para la supervivencia. Ningún perro se comía al otro. Simplemente había criaturas que comían hierbas. Comencé a esbozar mi informe, sabiendo que iba a tener que ser revisado y reescrito una y otra vez.

Pero estaba ansioso por comenzar. Me sentía impaciente por ver cómo las cosas iban a concatenarme, si bien sabía desde el comienzo que algunas no concordarían. Casi nunca lo hacen. Las cosas fueron bien. Demasiado bien, tal vez. Por supuesto hubo incidentes, como cuando algunos de los animales mordieron las jaulas y desaparecieron. Weber estaba casi a su lado.

- Volverán - dijo Kemper -. Con un apetito como el que tienen, no van a aguantar mucho.

Y tenía razón. Esos animalitos eran las criaturas más hambrientas de la galaxia. Nunca tenían bastante. Y podían comer de todo. No les importaba qué cosas, sino que hubiera en suficiente cantidad.

Ese factor de su metabolismo los tornaba valiosísimos como animales de estudio.

Los otros animales andaban muy bien con los productos de las criaturas. Los carnívoros comían los trozos de carne; los vegetarianos, las frutas y los vegetales. Se mantenían perfectamente bien.

Parecían estar mucho mejor que los animales de control, que prosiguieron su dieta habitual. Incluso las ratas y los cobayos que estaban enfermos, se curaron y se pusieron tan gordos como los otros.

Kemper nos dijo:

- La carne de las criaturas es mas que un alimento. Es una medicina. Ya puedo ver los anuncios: Coman [Criatura] para mantenerse bien.

Weber respondió con un gruñido. Nunca había tenido mucho espíritu para las bromas, y ahora las cosas le preocupaban.

Siendo un hombre metódico, había hallado demasiadas situaciones que violaban sus criterios aceptables de la verdad.

Sin cerebro o sistema nervioso. Con posibilidad de morir a voluntad. Indicios de una simbiosis absoluta. Y las bacterias. Creo que lo que le debe de haber parecido peor de todo deben de haber sido las bacterias.

Parecía tratarse de un solo tipo. Kemper había buscado frenéticamente, sin encontrar otros. Oliver las halló en el suelo, Parsons en el agua y en la hierba. El aire, extrañamente, parecía libre de ellas.

Pero Weber no era el único preocupado. Kemper también lo estaba. Esa noche se quedó sentado en la cama, tratando de descargarse de su angustia, contándome sus cuitas.

Y realmente, había elegido el tema más loco del mundo para preocuparse.

- Puede explicarse todo - me dijo - si uno se halla dispuesto a admitir ciertas bases. Es posible explicar la existencia de las criaturas si se está dispuesto a admitir una disposición simbiótica efectuada en escala primaria. Se puede explicar la completa simplicidad de la ecología si se considera que, dado determinado espacio y tiempo, puede pasar cualquier cosa dentro de los límites de la lógica. Es posible imaginar la forma en que las bacterias pueden tomar a su cargo las funciones del cerebro y del sistema nervioso si se llega a la conclusión de que éste es un mundo poseído por las bacterias, y no por las criaturas. Y también es factible considerar que las bacterias, todas y cada una de ellas, forman una inteligencia gigante. Si se acepta tal teoría, las muertes voluntarias se tornan comprensibles, porque realmente no hay tal cosa como la muerte, simplemente es como si alguien se cortara una uña. Y si esto es así, entonces Fullerton ha hallado la inmortalidad, si bien no es del tipo que imaginaba, y a nosotros no nos va a servir de nada. Pero lo que más me intriga - continuó, con una intensa preocupación reflejada en su cara - es la falta de todo tipo de mecanismo tendiente a la defensa. Aun presumiendo que las criaturas no son más que la fachada de un mundo de bacterias, los mecanismos de defensa deberían existir como una forma de protección. Todas las cosas vivas deberían tener una forma de defenderse o de escapar de sus enemigos. Luchan, o pelean, o se ocultan para tratar de preservar sus vidas.

Por supuesto que tenía razón. No solamente las criaturas no se defendían, sino que hasta le ahorran a uno el trabajo de ir y matarlas.

- Tal vez estemos equivocados - dijo finalmente Kemper -. Tal vez la vida no sea tan valiosa. Tal vez no sea algo a lo que hay que aferrarse, ni por lo que hay que luchar. Tal vez las criaturas, en su forma de morir, están más cerca de la verdad que nosotros.

Y así siguió los siguientes días; dando vueltas y vueltas sobre el mismo tema y sin llegar a ninguna conclusión. Creo que la mayor parte del tiempo no me hablaba a mí, sino que decía las cosas a sí mismo, para tratar de llegar a alguna respuesta.

Y largo rato después de que habíamos apagado la luz, yo también, en mi pensamiento, seguía dando vueltas alrededor de los razonamientos de Kemper, pensando por qué las criaturas venían a morir así, estando en el momento de apogeo de sus vidas. ¿Era el

morir un privilegio de los mejor dotados? ¿Habría realmente alguna razón para creer que eran inmortales?

Se me plantearon una serie de interrogantes, pero no hallé las respuestas.

Continuamos con nuestro trabajo. Weber sacrificó algunos de sus animales y los revisé, pero no hallé efectos indeseables a raíz de la alimentación con carne de las criaturas. Se hallaron trazas de las bacterias en su sangre, pero no había rastros de enfermedad, reacciones o formación de anticuerpos. Kemper siguió hacia adelante con sus trabajos sobre las bacterias. Oliver realizó una serie de experiencias con la hierba. Parsons se dio por vencido.

Los animalitos escapados no volvieron, y Parsons y Fullerton salieron para tratar de hallarlos, sin éxito.

Seguí trabajando en mi informe, y los datos comenzaron a coincidir, mucho mejor de lo que jamás hubiera esperado.

Las cosas parecían empezar a integrarse. Nos sentimos muy bien. Nos parecía tener la recompensa en nuestras manos.

Pero creo que a pesar de todo nos quedaban dudas acerca de si las cosas serían tan buenas como aparentaban. ¿Podría ser que realmente no pasara nada malo?

Por supuesto, paso. Estábamos sentados alrededor de la mesa, después de la comida de la noche, iluminándonos con la luz de la linterna cuando oímos el ruido. Luego me di cuenta de que lo habíamos venido oyendo un rato antes de que tomáramos conciencia de él.

Comenzó en una forma tan progresiva y tan lejana que se nos impuso sin alarmarnos. Primero parecía como un suspirar anhelante, como si un viento suave soplara a través de las hojas de un árbol pequeño, y luego fue aumentando hasta un rumor lejano que no daba idea de amenaza alguna. Casi iba a decir algo acerca de que podrían ser truenos y comencé a pensar si no íbamos a ser testigos de un cambio de clima, cuando Kemper se puso de pie y gritó.

No sé qué fue lo que gritó. Tal vez no fuera una palabra definida, pero la forma en que lo hizo nos impulsó a correr con todas nuestras fuerzas a refugiarnos en la nave. Antes de llegar allí, en los pocos segundos que tardamos en alcanzar la escalerilla, ya se podía distinguir, sin lugar a dudas, el origen del sonido, que había cambiado y que ahora era el de cientos de pezuñas que tronaban directamente hacia el campamento.

Estaban casi sobre nosotros cuando llegamos, y no hubo tiempo ni espacio para que trepáramos. Fui el último en alcanzar la nave, y cuando vi que no había tiempo para subir, una docena de posibles planes de escape cruzaron por mi mente. Pero sabía demasiado bien que ninguno de ellos serviría. Entonces vi la cuerda que había quedado colgando en el lugar en que la dejara cuando realicé el trabajo de descargar las cosas, y salté para atraparla. No soy ningún experto en eso, pero les aseguro que trepé con rapidez. Y detrás de mí vino Weber, que tampoco era ningún experto, pero también se estaba arreglando muy bien.

Pensé en la suerte que había tenido cuando no tuve tiempo de descolgar todo el aparejo, y cómo Weber había protestado por no haberlo podido hacer. Casi me di la vuelta para gritarle, pero no tuve fuerzas.

Alcanzamos la portezuela y subimos a la nave. Detrás de nosotros vinieron una seria de animales, en plena espantada, y pasaron por encima del campamento. Parecía que hubiera millones de ellos. Una de las cosas que más miedo me daba era lo silenciosamente que corrían. No había mugidos ni otros ruidos similares; todo lo que podía oírse era el ruido de las patas al trotar. Parecía como si escaparan a raíz de una ciega furia que era demasiado intensa como para que hicieran ruido.

Se desparramaron por miles, tan lejos como la vista podía alcanzar, en las praderas iluminadas por las estrellas, pero la nave espacial, interpuesta en su camino, las dividió. Pasaron una vez, y luego volvieron a pasar, y más allá de la nave dejaron un pequeño sector sin tocar. Pensé que hubiéramos podido quedar a salvo si nos hubiéramos acurrucado en ese sector, pero esa es una de tantas cosas que no se pueden prever.

Esto duró por lo menos una hora. Cuando las criaturas se fueron, bajamos a ver los daños que había sufrido el campamento. Los animales, en sus jaulas, alineadas entre el campamento y la nave, estaban a salvo. Las tiendas estaban en pie, salvo una. La linterna seguía dando luz. Pero todo lo demás estaba destrozado. Nuestras provisiones, pisoteadas. La mayor parte del equipo se había perdido o estaba deshecho. A cada lado del campamento el suelo estaba pisoteado, y parecía un campo recién arado. Todo era un verdadero desastre. Había que pensar que estábamos vencidos.

La tienda que usábamos Kemper y yo como dormitorio estaba de pie, así que las notas que habíamos tomado estaban a salvo. Los animales también estaban bien. Pero eso era todo lo que teníamos: las notas y los animales;

- Necesito tres semanas más - pidió Weber -. Denme tres semanas para completar las pruebas.

- No tenemos tres semanas - le contesté -. Hemos perdido las provisiones.

- ¿Y las raciones de emergencia de la nave?

- Eso es para el viaje de vuelta.

- Bien, podemos pasar un poco de hambre.

Nos miró a todos y a cada uno, lanzándonos el reto de hacernos pasar un poco de hambre.

- Yo mismo - dijo - puedo pasarme tres semanas sin comer nada.

- Podríamos comer carne de las criaturas - sugirió Parsons -. Podemos correr un riesgo.

Weber movió negativamente la cabeza.

- Todavía no - dijo -. Dentro de tres semanas, cuando las pruebas se hayan terminado, entonces puede ser que sepamos.

- Tal vez no necesitemos esas raciones para volver a casa. Tal vez podamos almacenar varios de estos animales y comer tranquilamente en nuestro viaje de vuelta.

Miré alrededor, pero sabía, antes de hacerlo, cuál sería la respuesta.

- Bueno - dije -, probaremos.

- Claro, a ti te parece bien - respondió Fullerton rápidamente -. Tú tienes tu maletín de raciones.

Pero Parsons lo cogió de los brazos y le sacudió tan violentamente que sus ojos bizquearon.

- ¡No hablamos así de la dieta de Sutter!

Y luego le soltó.

Nos dispusimos a hacer guardias de dos en dos, puesto que la espantada había estropeado nuestro sistema de alarma, pero ninguno durmió mucho. Estábamos demasiado preocupados.

Personalmente, me preocupaba el porqué de la espantada de los animales. No había nada en el planeta que pudiera asustarlos.

No había otros seres vivos de tamaño grande. No se producían truenos ni relámpagos. En realidad, parecía que no podía existir violencia alguna en el planeta. Y, de acuerdo a lo observado, nada en las criaturas en sí podía predisponerlas a tales estallidos emocionales.

Pero, evidentemente, tenía que existir una razón y un propósito, me dije. Al igual que en el hecho de que se caían muertas delante de nosotros. Pero su propósito, ¿era inteligente o simplemente instintivo?

Eso era lo que más me preocupaba. Me tuvo despierto la noche entera.

Cuando amaneció, una de las criaturas vino hacia donde estábamos y se cayó muerta con toda alegría.

No desayunamos, y cuando llegó el mediodía nadie habló del almuerzo, así que seguimos hacia adelante.

Cuando se hizo casi de noche, subí la escalerilla para buscar algo para comer. No quedaba nada. En vez de las raciones hallé cinco de los punkins más gorditos que puedan imaginarse.

Habían agujereado las cajas de raciones, y se las habían comido.

Los envases no tenían nada dentro. Hasta se habían ingeniado para levantar la tapa de la caja de café, y se habían comido los granos.

Encontré a los cinco sentados en un rincón, pestañeando muy pagados de si mismos. No alborotaron como era su costumbre. Tal vez se daban cuenta de que habían hecho algo malo, o tal vez estaban simplemente ahítos. Por primera vez habían encontrado toda la comida que se les antojara.

Me quedé mirándolos y me di cuenta cómo habían subido a la nave. Me eché la culpa por esto. Si hubiera tomado la precaución de cerrar adecuadamente la compuerta, esto no hubiera sucedido. Pero luego recordé que la sogá, colgando por la compuerta abierta, había salvado mi vida y la de Weber, así que no pude decidir si había hecho bien o mal.

Fui hacia donde estaban los punkins, y los levanté. Me puse tres en los bolsillos, y llevé los otros dos en la mano. Bajando de la nave, me dirigí al campamento. Puse los punkins sobre la mesa.

- Aquí están - dije -. Estaban en la nave. Por eso no pudimos encontrarlos. Subieron por la sogá.

Weber los observó detenidamente.

- Parecen bien alimentados. ¿Nos dejaron algo?

- Ni una migaja. Se lo comieron todo.

Los punkins estaban muy contentos. Evidentemente se alegraban de volver a vernos. Después de todo, ya se habían comido las raciones, así que no parecía haber razón para que continuaran a bordo.

Parsons tomó un cuchillo y se dirigió hacia la criatura que había muerto esa mañana.

- Muchachos - dijo -, ahora veremos.

Cortó grandes trozos de carne y los puso sobre la mesa. Luego encendió el fuego. Me tuve que ir a mi tienda tan pronto como comenzó a cocinar, pues nunca había olido algo tan exquisito como esos trozos de carne.

Saqué mi maletín, me preparé una mezcla gelatinosa y comencé a comerla, sintiendo mucha pena por mí mismo. Kemper vino, después de un rato, y se sentó en su jergón.

- ¿Quieres que te cuente algo? - me preguntó.

- Hazlo - le dije, resignadamente.

- Es riquísima. Tiene de todo lo que has comido en tu vida. Tres distintos tipos de carne, un trozo de pescado y algo que se parecía a la langosta, sólo que más rica. Y en ese arbusto que les crece en la mitad de la espalda hay una fruta...

- Y mañana te caerás muerto.

- No lo creo - contestó Kemper -. Los animales han vivido muy bien con esta comida. No es en absoluto dañina.

Todo continué indicando que Kemper tenía razón. Entre los animales y los hombres se comían una criatura por día. A ellas no parecía importarles. Eran de lo más complacientes. Todas las mañanas se acercaba una, que caía muerta para nosotros.

La forma en que comenzaron a comer los animales y los hombres fue positivamente indecente. Parsons cocinaba distintas formas de carnes, de aves, de peces, de vacuno y de todo lo que se les ocurra. Preparaba enormes fuentes de vegetales.

Llenaba otra con frutas. Preparaba comidas con panales de miel, y todos lamían el plato. Se sentaban alrededor de la mesa, desabrochaban sus cinturones para dejar lugar a los abultados estómagos, que palmeaban con una fruición que me desesperaba.

Pensaba que de un momento a otro iban a presentar desagradables erupciones, que se iban a poner verdes con manchas azules o algo por el estilo. Pero no pasó nada. Engordaban, tal como lo hacían los animales. Se sentían mejor que nunca.

Pero una mañana Fullerton amaneció enfermo. No podía levantarse de la cama y ardía de fiebre. Parecía que hubiera sido atacado por el virus de Centauro, pero habíamos sido vacunados contra él. De hecho, habíamos sido vacunados e inmunizados contra casi todo. Cada vez que íbamos a partir para una expedición nos llenaban de inyecciones.

Al principio no me preocupé demasiado, pues me pareció que lo más lógico era que estuviera sufriendo las consecuencias de la sobrealimentación.

Oliver, que sabía algo de medicina, pero no demasiado, sacó el botiquín de la nave a relucir, y le dio a Fullerton una buena dosis de antibiótico que se aseguraba obraba maravillas prácticamente siempre.

Seguimos haciendo nuestro trabajo, pensando que se pondría bien en uno o dos días, pero no fue así.

En realidad, más bien se puso peor.

Oliver revisó los medicamentos existentes, leyendo cuidadosamente los prospectos, pero no pudo hallar nada que sirviera para el caso. Luego leyó de cabo a rabo el manual de primeros auxilios. Solamente traía indicaciones para curar piernas rotas o hacer la respiración artificial, y otras cosas simples por el estilo.

Kemper había estado ocupado con mucho trabajo, así que le pidió a Oliver que tomara una muestra de sangre del enfermo.

Cuando la observó por el microscopio, hallé que hervía de bacterias, tales como las que habían hallado en las criaturas. Oliver tomó unas muestras más de sangre, y Kemper hizo varias preparaciones con ellas, y no había dudas sobre el caso.

Para ese momento, nos hallábamos reunidos alrededor de la mesa, observando a Kemper y esperando el veredicto. Creo que todos pensábamos lo mismo.

Fue Oliver el primero que se decidió a decirlo en voz alta:

- ¿Quién quiere ser el próximo? - preguntó.

Parsons se adelantó, y Oliver le tomó la muestra. Esperamos ansiosamente.

- También están en tu sangre - le dijo Kemper a Parsons -. No en tan gran cantidad como en la de Fullerton.

Uno tras otro se fueron adelantando. Todos teníamos bacterias en la sangre, pero en mi caso la cantidad era mucho menor.

- Son las criaturas - dijo Parsons -. Bob no ha comido su carne.

- Pero si las altas temperaturas de la cocción matan... - comenzó a decir Oliver.

- Eso no se puede asegurar. Estas bacterias pueden ser muy adaptables. Tal vez hagan el trabajo de miles de otros microorganismos. Son una especie de comodín, de sirve-para-todo. Pueden adaptarse, enfrentarse a situaciones completamente nuevas. No han debilitado sus defensas debido a la especialización.

- Además - dijo Parsons -, no cocinamos todo. No cocemos las frutas, por ejemplo. Y la mayoría de vosotros arma una batahola si la carne no está medio cruda.

- Lo que no puedo comprender es por qué atacó a Fullerton - dijo Weber -. ¿Por qué tiene mayor producción que cualquiera de nosotros? Comenzó a comer los animales al mismo tiempo que todos.

Recordé aquella ocasión, cerca del arroyo.

- Comenzó antes - les expliqué -. No tenía más mondadientes, así que comenzó a masticar los tallos de hierba. Lo vi hacerlo.

Sé que la cosa no era nada agradable. De todas formas, debían de pensar que en una o dos semanas tendrían un grado de infección similar al de Fullerton. Pero no veía cómo podía no decírselo. Hubiera sido criminal no haberlo hecho. No había forma de reflexionar demasiado en un momento así.

- No podemos dejar de comer criaturas - contestó Kemper -. Es toda la comida que tenemos. No hay nada que podamos hacer.

- Si volviéramos a casa ahora mismo - dije -. Tenemos mi maletín de raciones especiales.

No me dejaron terminar de ofrecerles lo mío. Me golpearon en la espalda, luego se golpearon entre ellos y se rieron como locos.

No es que fuera gracioso. Simplemente necesitaban reírse de algo.

- No nos serviría de nada - dijo Kemper -. Algo te robamos ya. Además, tu maletín no alcanzará hasta que lleguemos a casa.

- Podríamos probar - dije.

- Tal vez sea un trastorno transitorio - comentó Parsons -. Un poco de fiebre y nada más. Tal vez esté alterado por el cambio de dieta.

Esperamos que así fuera.

Pero Fullerton no mejoró.

Weber tomó muestras de sangre de los animales, y tenían una cantidad de bacterias tan alta como Fullerton. Mucho más alta que en el recuento anterior.

Weber se echó la culpa a sí mismo.

- Debería haber tomado muestras más a menudo. Tal vez día por medio.

- ¿Y de qué hubiera servido? - preguntó Parsons -. Aunque así lo hubieras hecho, igual habiéramos comido carne de las criaturas. No teníamos otra posibilidad.

- Tal vez no sean las bacterias - dijo Oliver -. Podría ser que nos estuviéramos apresurando a sacar conclusiones. Tal vez Fullerton tenga otra enfermedad.

Weber se animó un poco.

- ¡Exacto! Los animales están muy bien de salud.

Realmente, estaban contentos y animados, en el mejor de los mundos.

Esperamos. Fullerton no empeoró ni mejoró. Y luego, una noche, desapareció.

Oliver, que lo estaba cuidando, se adormeció durante un rato. Parsons, que estaba de guardia, no oyó nada.

Lo buscamos durante tres días. No podía haber ido demasiado lejos, pensamos. Seguramente había ido de un lado a otro, debido al delirio, y era muy posible que sus fuerzas no le hubieran permitido cubrir una distancia grande. Pero no lo encontramos.

Sin embargo, encontramos una cosa muy rara. Era una especie de esfera, de una rara sustancia, de color blanco y apariencia fresca. Su diámetro era de un metro y cuarto, aproximadamente. La hallamos en el fondo de una hendidura, fuera de la vista, como si alguien la hubiera puesto allí para esconderla.

La observamos cuidadosamente, tocándola y desplazándola de aquí para allá, mientras nos preguntábamos qué sería, pero la verdad es que estábamos buscando a Fullerton, y

no nos preocupamos demasiado de investigar. Luego, pensamos todos, tendríamos tiempo para tratar de determinar su naturaleza.

Entonces los animales comenzaron a tener fiebre, uno tras otro, salvo los controles, que habían comido alimentos habituales hasta la noche de la espantada, que destruyó nuestras raciones.

Después de eso, por supuesto, todos comieron las criaturas. Pasados dos días, la mayoría de los animales había enfermado. Weber se puso a examinarlos, casi sin tomarse tiempo para descansar. De más está decir que ayudamos en todo lo que pudimos.

Las preparaciones hechas con la sangre revelaron la presencia de una gran cantidad de bacterias. Weber comenzó una disección, pero no la terminó.

Una vez que hubo abierto al animal, dio una mirada rápida y lo tiró a la lata de desperdicios. Lo vi, pero no creo que los otros también lo hubieran visto. ¡Estábamos tan ocupados!

Le pregunté por eso más tarde, cuando nos encontramos solos durante un momento. Bruscamente, cortó la conversación.

Esa noche me acosté temprano porque tenía el segundo turno de guardia. Me pareció que sólo había cerrado los ojos cuando escuché un alboroto que me puso la carne de gallina.

Salté de la cama y tanteé buscando los zapatos. Para entonces, Kemper había salido fuera de la tienda.

Los animales estaban en medio de un loco frenesí, tratando de liberarse, mordiendo las barras de las jaulas y lanzándose unos contra otros en una especie de ciego furor. Todo esto en medio de chillidos y gruñidos. El escucharlos daba miedo. Weber se lanzó entre ellos, con una jeringa en la mano.

Después de un rato que nos pareció larguísimo, quedaron muy tranquilos. Algunos se escaparon, pero el resto dormía pacíficamente.

Tomé una de las armas y me mantuve vigilando mientras el resto de los hombres volvió a la cama.

Me quedé cerca de las jaulas, paseándome de un lado a otro porque estaba demasiado tenso como para poder estar sentado.

Me parecía que entre la fuga de Fullerton y el frenesí de los animales para escapar había mucho en común.

Traté de pasar revista mentalmente a lo que había visto en ese planeta, y me di cuenta que me empantanaba en cuanto quería que las cosas tuvieran una hilación lógica. La línea de pensamiento siempre me llevaba a lo que había dicho Kemper acerca de la falta de mecanismos de defensa en las criaturas.

Tal vez, me dije, realmente tenían un mecanismo de defensa, después de todo. El más sutil, impalpable, extraño de aquellos que el hombre pudiera haber hallado jamás.

Tan pronto como el campamento se puso en actividad, me dirigí hacia mi tienda para echarme un rato, tal vez, para echar un sueñecito.

Agotado, dormí varias horas. Kemper me despertó. Era por la tarde, y los últimos rayos del Sol se veían a través de la abertura de la tienda. La cara de Kemper estaba contraída.

Parecía que hubiera envejecido desde la última vez que lo vi, hacia menos de doce horas.

- Se están enquistando - dijo, desesperado -. Se están convirtiendo en larvas, en crisálidas, en...

Me senté, rápidamente.

- ¡Lo que encontramos ayer!

Asintió.

- ¿Fullerton?

- Iremos allí. Los cinco. Dejaremos el campamento y los animales solos.

Tuvimos dificultades para encontrarlo, puesto que el terreno era tan plano y monótono que no se encontraban marcas.

Pero finalmente lo localizamos, mientras el crepúsculo comenzaba a acentuarse.

La esfera se había dividido en dos, no en forma regular, sino siguiendo una línea dentada. Parecía un huevo incubado, del que fuera a salir un pollito.

Las mitades estaban allí, en la oscuridad creciente, en el silencio que reinaba bajo las relucientes estrellas. Un último adiós y un nuevo comienzo, un terrible hecho extraño.

Traté de decir algo, pero me hallaba tan atontado que no estaba completamente seguro de lo que debía de decir. De todas formas, las palabras murieron en mi boca y en la torpeza de mi lengua, antes de que pudiera pronunciarlas.

Porque no eran solamente las dos mitades del extraño huevo, sino las marcas de la depresión, la impresión de lo que había estado allí, borradas y distorsionadas por lo que luego le había pasado. Volvimos al campamento.

Alguien, creo que fue Oliver, encendió la linterna. Estábamos anonadados, no nos sentíamos capaces de mirarnos. Sabíamos que no era momento de discusiones, que no había forma de especular o negar lo que habíamos visto a la luz mortecina del crepúsculo.

- Bob es el único que tiene alguna oportunidad de salvarse - dijo Kemper, en la forma más concisa que le fue posible -. Creo que debe de irse ya. Alguien debe de volver a Caph. Alguien debe de poder contarles lo que pasó.

- Tenías razón - le dije con una voz que era poco más que un susurró. ¿Recuerdas cómo te preocupaba el hecho de que no tuvieran mecanismos de defensa?

- Por supuesto que los tienen - acordó Weber -. El mejor de todos. No hay forma de vencerlos. No te combaten. Te absorben. Te convierten en uno de ellos. No me extraña que en este planeta sólo existan estas criaturas. No me extraña que la ecología sea tan simple. Son capaces de determinar exactamente cómo es uno desde el instante en que pone el pie en este planeta. Si se toma un sorbo de agua, si se masca un trozo de hierba, si se come un trozo de carne, uno queda en su poder.

Oliver salió de la oscuridad y caminó cruzando el círculo de luz de la linterna. Se paró frente a mí.

- Aquí tienes tu maletín y las notas - me dijo.

- ¡Pero no puedo abandonaros!

- ¡Olvídate de nosotros! - protestó Parsons -. No somos seres humanos... En unos pocos días...

Cogió la linterna y fue hacia las jaulas, manteniendo la luz alta para que pudiéramos ver.

- Miren - dijo.

No había animales. Solamente vi las larvas, las pequeñas criaturas y las larvas que se partían por la mitad.

Vi que Kemper me miraba, y, por encima de todas las cosas, vi la compasión reflejada en su rostro.

- No quieras quedarte - me dijo -. Si lo haces, dentro de uno o dos días va a venir una de las criaturas, va a caer muerta frente a ti, y te vas a volver loco en el viaje de vuelta, tratando de saber si era uno de nosotros.

Se fue. Todos se fueron, y súbitamente me di cuenta de que estaba solo.

Weber había encontrado un hacha en alguna parte, y ahora estaba recorriendo la hilera de jaulas, rompiéndolas para dejar salir a las pequeñas criaturas.

Fui lentamente hasta la nave y me detuve al pie de la escalerilla, manteniendo el maletín y las notas fuertemente apretados contra mi pecho.

Me di la vuelta, los miré uno a uno y entonces me pareció que no iba a ser capaz de dejarlos.

Pensé en lo que habíamos vivido juntos, y cuando traté de recordar algo específico, en lo único que pude pensar fue en las veces y veces que me gastaban bromas por mi maletín de la dieta.

Y recordé las ocasiones en que tenía que irme y comer solo, para no sentir el olor de lo que estaban comiendo. No olvidé ninguno de los diez años en que había estado comiendo esa porquería de papilla, y que nunca podría comer como un ser humano, porque tenía el estómago ulcerado.

Tal vez ellos fueran los afortunados, me dije. Si un ser humano se transformaba en una criatura, probablemente tendría un estómago sano, y jamás deberían preocuparse por cuánto o qué comía. Las criaturas nunca comían otra cosa que hierba, pero tal vez esa hierba les sabía tan magníficamente como a nosotros un trozo de carne o un pastel de calabaza.

Me quedé un rato inmóvil, pensando. Luego tomé el maletín de mi dieta y lo tiré tan lejos como pude. Arrojé las notas al suelo.

Volví al campamento y al primero que vi fue a Parsons.

- ¿Qué has hecho para cenar? - le pregunté.

LOS GNURRS SALIERON DEL INSTRUMENTO

Reginald Bretnor

Cuando Papá Schimmelhorn se enteró de la guerra con Bobovia preparó la cesta con el almuerzo, envolvió su arma secreta en papel de embalaje y tomó el primer autobús que lo llevara a Washington. Se presentó en la puerta principal del Servicio de Armas Secretas, con cesta de almuerzo, barba y fagot.

Sí, sí, han entendido bien: ¡Fagot! Había desenvuelto su arma secreta: parecía un fagot. La diferencia no era muy notable.

El cabo Jerry Colliver, que estaba de guardia en la entrada, no se dio cuenta de que hubiera algo distinto. Lo que sabía era que el Servicio de Armas Secretas era una farsa ideada para quitarse de encima a los locos. El asunto era de lo más engorroso y todavía tenía que quedarse varias horas antes de poder ver a Kate.

- ¡Buenos días, querido soldadito! - tronó Papá Schimmelhorn, agitando su fagot.

El cabo Colliver les guiñó un ojo a dos miembros de la guardia que tomaban el sol con él en los escalones.

- Vuelva para Navidad, Papá Noel - le dijo -, hemos cerrado por balance.

- ¡No! - Papá Schimmelhorn estaba muy enfadado -. No puedo faltag a mi tgabajo. Tengo un agma secgueta. Mejog me dejas pasag.

El cabo se encogió de hombros. Las órdenes había que cumplirlas, locos o no, había que dejarlos entrar.

Se echó ligeramente hacia atrás y apretó el botón que indicaba la presencia de un chiflado, para que los loqueros de dentro estuvieran al tanto.

Luego, haciendo sonar las llaves, fue hacia la puerta.

- ¿Un arma secreta, eh? - dijo mientras la abría - ¿Piensa que ganaremos la guerra en una semana con ella?

- ¡Una semana! - Papá Schimmelhorn se rió ruidosamente - ¡Soldadito!, espega y vegás. Se tegmina en dos días. - ¡Soy un genio!

Mientras entraba, el cabo Colliver, recordando los reglamentos, le preguntó con familiaridad si tenía explosivos en sus paquetes, o en su persona.

- ¡Jo, jo, jo! No es necesaguio explosivos. Gano igual la guesa. Bien, bien, guevísame.

El cabo lo revisó. Revisó la cesta del almuerzo, que contenía un huevo pasado por agua, dos emparedados de jamón y una manzana. Examinó también el fagot, sacudiéndolo y mirando en su interior para asegurarse de que estaba vacío.

- Bueno, abuelo - le dijo cuando terminó - Adelante. Pero es mejor que deje su flauta aquí.

- No es una flauta - lo corrigió Papá Schimmelhorn -, es un instrumento-gnurr. Lo tengo que llevar porque es mi agma secgueta.

El cabo, que había estado esperanzado pensando qué novelita ilustrada podría leer durante la próxima hora, se encogió de hombros, filosóficamente.

- Barnett - le pidió a uno de los miembros de la guardia -, lleva a este tipo a la Sección Ocho.

Cuando el soldado se fue con Papá Schimmelhorn, apretó dos veces más el botón de alerta de chiflados, por cábala.

- No comprendo, - le dijo al otro compañero - tenemos que tratar a estos chiflados como si fueran importantes.

Por supuesto, el cabo Colliver no tenía la más remota idea de que Papá Schimmelhorn había dicho la más estricta de las verdades.

No podía imaginarse que Papá Schimmelhorn realmente era un genio, ni que los gnurrs iban a terminar la guerra en dos días, ni que el anciano era capaz de ganarla.

No, aún no.

A la una y diez de la tarde, el coronel Powhattan Fairfax Pollard se hallaba beatíficamente ignorante de la existencia de Papá Schimmelhorn.

El coronel Pollard era alto, flaco y correoso. Usaba botas, espuelas y una de esas camisas que habían estado de moda en Fuerte Huachuca en la década de los veinte. No creía en las armas secretas. No creía ni siquiera en la bomba atómica, los rifles sin retroceso ni la aviación. Creía en la caballería. El Pentágono le había llamado a servicio activo, a pesar de que estaba retirado, para encargarlo del Servicio de Armas Secretas, con la seguridad de que era el hombre ideal para el cargo. Durante los cuatro meses de su labor, solamente un inventor, un hombre con las ideas más sensatas acerca de las cosas más inútiles, había llegado a las esferas superiores.

El coronel Pollard estaba sentado en su escritorio, dictando a su rubia secretaria ciertos datos que extraía de un libro del teniente general Wardrop, denominado «Moderna Forja del Metal». Estaba acumulando material para una obra propia, que se titularía «Espadas y lanzas en la guerra del mañana». Ahora bien, a mitad de una cita que hablaba de las virtudes de las lanzas bengalíes, interrumpió bruscamente su dictado para decir:

- ¡Miss Hooper: se me ha ocurrido una idea!

Miss Hooper resopló. Siendo miembro de la rama femenina del ejército, ¿por qué el coronel, si deseaba ser formal, no se dirigía a ella llamándola sargento? Otros altos oficiales habitualmente solían llamarle querida, o amor mío, por lo menos cuando estaban a solas. ¡Miss Hooper! Volvió a resoplar y preguntó:

- ¿Sí, señor?

El coronel carraspeó, aparentemente para aclararse las ideas, dijo:

- Considero que, por principio, la manía de dedicarse a las llamadas armas científicas es una grave amenaza para la seguridad de Estados Unidos. Sin reparar en el rostro de la ciencia inmutable de la guerra, nos pasamos fabricando un arma no probada, y otra, y otra; luego, otras armas para contrarrestar las primeras; después, otra serie para vencer a las segundas, y así siempre. Armados hasta los dientes con teorías y desilusiones, podremos llegar a estar indefensos e impotentes. ¿Me ha escuchado, miss Hooper?, impotentes...

Miss Hooper emitió un ruido algo despreciativo y luego contestó:

- Siiiseññ...

-...contra los ataques de un nuevo Atila - tronó el capitán -, de un nuevo Gengis Khan todavía no nacido, que desperará a nuestros tintineantes técnicos como si fueran tristes desperdicios, y cimentará su imperio sobre la caballería. Así, como lo oye: caballería. ¡Con caballos y espadas!

- Siiiseññ... - dijo la secretaria.

- Hoy no tenemos caballería - rugió el coronel -. Un millón de mujiks montados podrían...

Pero el mundo debería quedar en la ignorancia sobre lo que un millón de mujiks, montados, podrían o no podrían llegar a hacer. La puerta se abrió de par en par, gracias a un fuerte empujón. Desde la oficina situada fuera se oyó un grito agudo y rápido. Un oficial joven y regordete, que había recibido un poderoso impulso que lo catapultó a través de todo el cuartel, fue a frenar bruscamente, en una parada rápida, delante del escritorio del coronel, y saludó con salvaje precipitación.

- ¡Oooh! - exclamó ahogadamente Katie Hooper, abriendo desmesurados ojos.

La expresión del coronel cambió a una impasibilidad pétrea, y el joven oficial pudo llegar a respirar antes, para exclamar después:

- ¡Dios mío! ¡Ha sucedido, señor!

El teniente Hanson no era un combatiente; era un científico. No había pedido una cita previamente, había entrado sin llamar a la puerta, en la forma menos marcial que imaginarse pueda.

- ¡Y... Y...!

- ¿QUIERE DECIRME DONDE ESTAN SUS PANTALONES? - retumbó la voz del coronel Pollard.

Porque, obviamente, el teniente Hanson no los llevaba puestos. Tampoco llevaba zapatos, ni calcetines. Y los zarandeados faldones de su camisa ocultaban malamente sus desgarradas ropas interiores.

- ¡HABLE USTED, MALDICIÓN!

Como enajenado, el teniente miró sus piernas, y luego otra vez al coronel. Se echó a temblar.

- Se... ¡se los comieron! - espetó -. ¡Esto es lo que estoy tratando de decirle! ¡Sólo Dios sabe cómo lo logra! Tiene unos ochenta años y parece el capataz de una fábrica de relojes de cuco. ¡Pero es el arma perfecta! ¡Le aseguro que funciona! Funciona, funciona, ¡funciona! - comenzó a reír histéricamente -. Los gnurrs salieron del instrumento - cantó, batiendo palmas -, los gnurrs, los...

Entonces el coronel Pollard se levantó de la silla y trató de calmar al teniente Hanson sacudiéndolo vigorosamente.

- ¡Vergonzoso! - gritaba en su oído -. Miss, dese la vuelta - le ordenó a la ruborizada Katie Hooper -. TONTERÍAS vió a tronar cuando el teniente trató de volver a balbucear algo sobre los gnurrs.

- Y entonces, ¿qué es este lío, soldadito? - preguntó Papá Schimmelhorn desde el vano de la puerta.

El coronel Pollard soltó al teniente. Comenzó a adquirir un tono rojo intenso que fue rápidamente tomándose violáceo. Por primera vez en su carrera militar le faltaron las palabras.

El teniente señaló, temblequeante, al coronel Pollard:

- ¡Ja! Los gnurrs una tontería - dijo entre risas histéricas - ¡El lo dice!

- ¡Ja! - Papá Schimmelhorn irradiaba satisfacción - Te voy a mostgag, soldadito.

El coronel logró barbotar:

- ¿Soldadito? ¿SOLDADITO? Se pondrá en posición de firmes cuando le hable. ATENCIÓN.

Por supuesto, Papá Schimmelhorn no prestó la más remota de las atenciones a lo que estaba diciendo el coronel. Llevó a sus labios el arma secreta, y los primeros compases de un coral religioso comenzaron a flotar en el aire.

- Mister Hanson - rugió el coronel - ¡Arreste a ese hombre! Quítele eso que tiene en la mano. Levantaré los cargos correspondientes. Les aseguro...

En ese momento, los gnurrs salieron del instrumento.

No es fácil describir a un gnurr. ¿Pueden imaginarse un animal del tamaño y color de un ratón, pero del aspecto de un cochinito que brilla? Con dedos gordos delante y detrás de cada pata, y una cola desnuda y rosa, añadiendo ojos amarillos varias veces más grandes de lo que debieran ser. Agregad ahora tres hileras de afiladísimos dientes. ¿Pueden? ¡Muy bien! Claro que nadie ha visto jamás un gnurr. No vienen de uno en uno. Cuando los gnurrs salen del instrumento, salen por todas partes. Como los lemmings, excepto que en cantidades mucho mayores. Millones y millones y millones de ellos. Y vienen comiendo.

Los gnurrs salieron del instrumento en el momento en que Papá Schimmelhorn había llegado a una parte que habla de la iglesia en la cañada... Antes de que finalizara la estrofa «Ninguna otra escena me es tan querida en los recuerdos de mi infancia», ya habían cubierto la mitad de la habitación. Entonces se abalanzaron sobre el coronel Pollard.

Subido sobre su escritorio, comenzó a tratar de alejarlos, azotándolos con su látigo de montar. Katie Hoper trepó a un fichero, y comenzó a gritar mientras se ajustaba la falda alrededor del cuerpo. El teniente Hanson, seguro en su casi desnudez, se mantuvo firme y emitía sonidos altamente insubordinados.

Papá Schimmelhorn interrumpió su melodía para decir:

- ¡No te preocupes, soldadito! - comenzó otra vez, tocando algo que no tenía pies ni cabeza, y que nadie podía identificar como formando parte de una melodía.

Instantáneamente los gnurrs se detuvieron. Miraron por encima de sus hombros aprensivamente. Deglutieron los restos del almohadón de la silla del coronel. Emitieron un intenso brillo, comenzaron a lanzar gritos roncOS y, volviendo la cola, se desvanecieron desapareciendo por los zócalos de madera.

Papá Schimmelhorn se quedó mirando las botas del coronel, que habían quedado sorprendentemente intactas, y murmuró:

- ¡Mmmm, zooo! - Dirigió una admirativa mirada a Katie Hooper, que se apresuró a bajarse la falda. Se palmeó sonoramente el pecho y anunció al mundo entero -: ¡Son magaviliosos, mis gnugs!

- ¿Dddd... - El coronel presentaba los síntomas propios de un profundo trauma psíquico
-. ¿DDoondde fueron?

- Volvieron donde vinieron - contestó Papá Schimmelhorn.

- ¿Y de dónde vinieron?

- Desde ayer.

- Eso es absurdo - el coronel se tambaleó y cayó sobre una silla - ¡No estaban aquí ayer!

Papá Schimmelhorn le miró con un dejo de piedad.

- ¡Pog supuesto no! No estaban aquí ayeg porque ayeg ega hoy. Están aquí ayeg cuando ayeg es ya ayeg. Es difegiente.

El coronel Pollard se secó un sudor viscoso de la frente, echando una mirada interrogativa al teniente Ranson.

- Tal vez pueda explicar algo, señor - dijo el teniente, cuyo sistema nervioso parecía haberse beneficiado por la segunda visita de los gnurrs - ¿Puedo darle mi informe?

- Sí, si, por supuesto - el coronel Pollard pareció aliviado por la posibilidad de una pausa -. Siéntese.

El teniente Ranson acercó una silla, y mientras Papá Schimmelhorn se acercaba a hablar con Katie, comenzó a exponerle al capitán, en voz muy baja.

- Es absolutamente increíble, los tests que se hacen de rutina indican que es un débil mental leve. Dejó la escuela cuando tenía once años; hizo su aprendizaje y luego trabajó como relojero hasta los cincuenta años. Luego fue conserje del Instituto de Física Superior de Ginebra hasta hace unos pocos años. De allí vino a Norteamérica y comenzó a trabajar donde lo hace actualmente. Pero es el asunto de Ginebra lo que es importante. Deben de estar trabajando sobre los estudios de Einstein y de Mikovski. Este hombre debe de haber oído mucho de lo que se decía.

- Pero si es un débil mental - el coronel había oído hablar de Einstein, y sabía que era muy profundo -. ¿De qué podía servirle?

- ¡Ese es el caso, señor! Es un débil mental a nivel consciente, pero subconscientemente es un genio. De alguna forma, parte de su mente absorbió esa información, la integró y dio como resultado el instrumento. Dentro hay un extraño cristal en forma de L. Cuando se toca, el cristal vibra. No sabemos cómo funciona, pero funciona.

- Se refiere a... ¿la cuarta dimensión?

- Precisamente. Creemos que hemos dejado atrás el día de ayer. Los gnurrs, no. Está allí ahora. Cuando un día se torna para nosotros en ayer, es el hoy para ellos.

- Pero... pero ¿cómo se libra de ellos?

- Dice que toca la misma melodía al revés, y que invierte el efecto. ¡Cuestión de suerte, diría yo!

Papá Schimmelhorn, que estaba haciendo que Katie le tocara los bíceps, se dio la vuelta.

- ¡Espегuen y vegán! - le dijo -. Con mi gnurr-pfeife voy a tгansmitig paga el enemigo. ¡Ganamos la gueva!

El coronel se asustó.

- La cosa no está probada todavía. Se requieren mayores estudios: investigaciones de campo, pruebas de ácido...

- No tenemos tiempo, señor. Perderemos el factor sorpresa.

- Haremos un informe adecuado, respetando las jerarquías - declaró el coronel -. Después de todo es una máquina, ¿no es así? No se puede confiar en ellas. Y sería contrario a los principios de la guerra.

Y finalmente el teniente Hanson tuvo la inspiración genial.

- ¡Pero señor - replicó, no estaríamos luchando con la gnurr-pfeife! Nuestra verdadera arma serán los gnurrs. Y éstos no son máquinas. Son animales. Los más grandes generales utilizaron animales para la guerra. No están interesados en los seres vivos, sino que devorarán lo demás: algodón, lana, cuero, hasta plásticos. Si yo fuera usted, iría a la Secretaría a exponerles esto cuanto antes.

Durante un instante, el coronel vaciló. Pero solamente durante un instante. Finalmente dijo:

- Hanson, tiene un buen argumento, un muy buen argumento.

Se dirigió hacia el teléfono.

Llevó menos de veinticuatro horas organizar la «Operación gnurr».

La Secretaría de Defensa, después de conferenciar con el Presidente y los Directores de Equipos, se apresuró a realizar personalmente las pruebas preliminares del arma secreta de Papá Schimmelhorn. Por la tarde se sabía que los gnurrs podían:

a. Devorar completamente todo lo situado a unos doscientos metros de la gnurr-pfeife en menos de veinte segundos.

b. Dejar completamente desnudos a una compañía de infantería, apoyada por armas químicas, hasta que estuvieran en cueros, en un minuto y dieciocho segundos.

c. Ingerir los contenidos de cinco depósitos militares en poco más de dos minutos.

d. Salir del instrumento cuando se hacía sonar la gnurr-pfeife, en un sistema de onda corta minuciosamente protegido.

También se vio que había solamente tres formas efectivas de matar a un gnurr: disparándole varios tiros, rociándolos con fuego líquido o dejando caer una bomba atómica. Y había demasiados gnurrs para que ninguno de esos métodos valiera un comino.

Hacia la mañana siguiente, el coronel Powhattan Fairfax Pollard había sido ascendido a teniente general, a cargo de la operación, puesto que era el oficial de mayor graduación que hubiera visto a un gnurr, y porque se sabía que los animales constituían su debilidad. El teniente Hanson, su ayudante, se vio rápidamente convertido en mayor. El cabo Colliver se transformó en sargento mayor, probablemente por haber estado allí cuando el maná cayó del cielo. Y Katie Hooper tuvo una breve pero extenuadora cita con Papá Schimmelhorn.

Nadie estaba satisfecho. Katie se quejaba de que Papá Schimmelhorn y los gnurrs tenían la misma idea in mente, sólo que la técnica era diferente. Jerry Colliver, que había estado viéndose regularmente con Katie, protestaba diciendo que los músculos del vejete habían hecho descender sus probabilidades hasta nivel cero. El mayor Hanson había torturado sus horas con la posibilidad de que alguien, aparte del enemigo, sintonizara la Hora de Papá Schimmelhorn.

Hasta el general Pollard estaba preocupadísimo...

- Pasaría cualquier cosa por alto, Hanson, excepto que me llame soldadito. ¡No lo puedo aguantar! Le hablé al respecto y me contestó: «Está bien, soldadito, puedes llamarme Papá».

El mayor Hanson trató de que su expresión se mantuviera dentro de los límites de la disciplina y le dijo:

- Y bien, señor, ¿por qué no llamarlo Papá? Después de todo, son los toques humanos como éste los que hacen la historia.

- ¡Ah, sí! ¡La historia! - El general se detuvo a reflexionar - hmmm..., tal vez sea así, tal vez sea así. Después de todo, a Napoleón siempre se le llamó el pequeño cabo.

- Lo que realmente me preocupa, general, es qué vamos a hacer para que nuestra gente no escuche la transmisión. Pienso que tal vez se haya tenido eso en cuenta, o no se hubiera apresurado tanto la hora del ataque. Está programado para las cinco, y faltan solamente cuatro horas.

- Ahora que lo dice - le contestó el general Pollard, saliendo de su sueño - se me entregó un memorándum... Miss Hooper, ¿quiere hacerme el favor de entregarme el memo del G.I.? Gracias. Aquí está. Parece que han decidido interceptar la transmisión.

- Si, sí. Ya hice que dieran las órdenes pertinentes. Verá usted, los servicios de inteligencia nos advirtieron que el enemigo tiene medios de levantar la interceptación de cualquier cosa que transmitamos en tales circunstancias. Cuando mister Schimmelhorn salga al aire, interceptaremos la transmisión, pero nos cuidaremos bien de pasarles el código a cualquiera de los nuestros. Se piensa que escucharán de cinco a quince estaciones enemigas. La Fase Uno la constituirá la transmisión de la melodía. Cuando haya finalizado, los micrófonos se desconectarán y transmitirán nuevamente la melodía

al revés, para eliminar del lugar a los gnurrs que hayan aparecido localmente. Esa será la Fase Dos.

- Parece un plan sólido - Aquí el mayor Ranson frunció el ceño. - Y bueno si todo marcha como es debido. Pero ¿y si no? ¿No sería mejor que tuviéramos un as en la manga, por si acaso?

Volvió a fruncir el ceño. Luego, visto que el general no parecía tener idea alguna al respecto, se dedicó a sus tareas habituales. Realizó una inspección especial del cuarto a prueba de ruidos desde el cual Papá Schimmelhorn haría la transmisión.

También revisó las ventanas de observación, en las cuales se situarían el Presidente, el secretario y el general Pollard, así como los jefes de reparto, los miembros del servicio de inteligencia y los que formaban parte del equipo de la Operación gnurr. A las cinco menos diez, cuando todo estaba concluido, todavía se preocupaba.

- Venga aquí - le dijo susurrando a Papá Schimmelhorn, mientras le acompañaba a la puerta -. ¿Qué haremos si sus gnurrs realmente se salen de control? No podría volver a llevarlos al instrumento en los días que restan hasta el Juicio Final.

- ¡No te pagueocupes, soldadito! - Papá Schimmelhorn le dio una fuerte palmada en la espalda, que tenía la intención de tranquilizarlo - ¡Todavía tengo un tguco que no enseñé!

Y con esta vaga promesa cerró la puerta.

- ¿Listos? - preguntó el general Pollard, con la tensión reflejada en su voz, a las cinco menos un minuto.

- ¡Listos! - le hizo eco la voz del sargento Colliver.

Frente a Papá Schimmelhorn se encendió una luz roja. La tensión fue en aumento. Los segundos fueron pasando. La mano del general se dirigió hacia una inexistente espada en su vaina.

A las cinco exactamente...

- ¡A LA CARGA! - gritó el general.

Y Papá Schimmelhorn comenzó a tocar su melodía.

Los gnurrs, por supuesto, salieron del instrumento.

Los gnurrs salieron del instrumento, con una mirada hambrienta en sus ojos amarillos. Se extendieron como una alfombra sobre el suelo. Comenzaron a apilarse unos sobre otros. Chocaron contra las macizas piernas de Papá Schimmelhorn, con sus hileras incontables de dienteillos aguzados al descubierto. Sus pantalones desaparecieron entre la marea de animalitos. igual que su sobretodo, su corbata, los bordes de su barba. Y Papá Schimmelhorn, sin inmutarse, levantó su fagot más allá del alcance de los gnurrs, mientras seguía con la parte que dice: «Vengan, vengan a la iglesia del bosque...»

Por supuesto, el mayor Hanson no podía escuchar la gnurr-pfeife, pero había cantado la canción en la escuela dominical, y las palabras parecían resonar en su cerebro. Verso tras verso y coro tras coro. Parecía que Papá Schimmelhorn iba a quedar envuelto y tragado por la marea de gnurrs...

Y luego oyó la voz del general Pollard, que decía. en tono inquieto:

- ¿L... listos para Fase Dos?

- ¡Listos! - fue la respuesta del sargento Colliver.

Una luz verde centelleó frente a Papá Schimmelhorn.

Por un momento, nada pareció cambiar. Luego se vio que los gnurrs meditaban. Aprensivamente, miraban por encima de sus hombros peludos. Temblaron. Comenzaron a retroceder.

Lenta, lentamente volvieron donde habían partido, dejando a Papá Schimmelhorn solo y triunfante, desnudo como un recién nacido.

Se abrió la puerta y salió del cuarto. Se le felicitó, vistió y (para gran enojo del sargento Colliver) rechazó una invitación a cenar en la Casa Blanca, porque tenía una cita previa con Katie. La fase activa de la operación gnurr había concluido.

Sin embargo, en la distante Bobovia reinaba el caos. Después se supo que once emisoras enemigas habían podido levantar la interceptación de la emisión, y que por tanto las mareas de gnurrs habían inundado las once mayores ciudades del enemigo. A las siete y quince Bobovia había desaparecido de las emisiones, excepto por unas pocas estaciones, que a esa altura de los acontecimientos transmitían mensajes gravemente teñidos por la histeria. A las ocho habían cesado las actividades militares de Bobovia en todos los frentes. A las diez y veinte, la prensa, asombrada, se informó de que la rendición de Bobovia era cosa de minutos...

El Presidente había recibido un mensaje del general en jefe de Bobovia, pidiéndole permiso para volar a Washington con su jefe de Estado, los miembros del gabinete y varios parientes.

«Y, por favor, si Su Excelencia tuviera la bondad de esperarlos en el aeropuerto con diecinueve pares de pantalones, nuevos o usados...»

No era cuestión de festejos parciales. Tan pronto como los periódicos salieron a la calle - ¡BOBOVIA SE RINDE! ¡LOS RATONES ATOMICOS DEVORAN AL ENEMIGO!
¡LA ESTRATEGIA DEL GENIO SUIZO GANA LA GUERRA!

La gente se volvió loca. Desde Maine hasta Florida, desde California hasta el Cabo Cod se encendieron las luces, sonaron las bocinas y las sirenas y millones de gargantas enronquecieron entonando una y otra vez la tonada salvadora.

Al día siguiente, después que las cámaras de televisión transmitieran la firma del tratado de rendición, el general Pollard y Papá Schimmelhorn fueron honrados en una impresionante ceremonia pública.

Papá Schimmelhorn recibió un voto de agradecimiento de ambas cámaras del Congreso. También se le concedieron títulos académicos por parte de las universidades de Harvard, Princeton, y de un buen número de colegios de Texas. Habló brevemente refiriéndose a los relojes de cuco, a los gnurrs y a Katie Hooper, y sus declaraciones fueron recibidas por una salva de aplausos.

El general Pollard, después de ser condecorado por varios países extranjeros y de haber recibido los honores de su propio ejército, se refirió al uso de los animales en las guerras del futuro. Señaló que el caballo, entre todos ellos, era el mejor capacitado para los propósitos habituales de la defensa y ataque y recordó las campañas en las cuales había sido probado y utilizado. Se hallaba listo para comenzar a dar explicaciones sobre los sables y las lanzas cuando la abrupta llegada del mayor Hanson le interrumpió.

Hanson llegó con las sirenas anunciando su paso. Dejó la escolta de policías militares para correr por la plataforma, acercarse al Presidente y decirle, pálido y jadeante:

- Los gnurrs - aquí se atragantó - están en Los Angeles - si bien trató de que su voz no fuera más que un susurro, fue lo suficientemente audible como para llegar a oídos del general.

Instantáneamente, el general se apresuró a aprovechar la ocasión.

- ¡Su atención, por favor! - gritó en el micrófono -. ¡Esta ceremonia ha concluido! Pueden considerar que se les ha dado... ¡PERMISO PARA RETIRARSE!

Antes de que el auditorio hubiera tenido tiempo de reaccionar, el general se había unido al grupo de hombres que rodeaba al Presidente, y al cual Hanson estaba informando de la situación.

- ¡Fue por una unidad de investigación! Estaban estudiando un mecanismo para contrarrestar interferencias, que pensaban que era mejor que el del enemigo. ¡Grabaron la audición de Papá Schimmelhorn, y la pasaron! ¡Los Angeles está siendo invadida!

Hubo varios segundos de desesperado silencio. Luego se oyó la voz del Presidente:

- Señores - dijo -, estamos en la misma situación que Bobovia.

Pero Papá Schimmelhorn, para sorpresa de todos, se rió atronadoramente:

- ¡Jo, jo, jo, jo! ¡No se preocupen soldaditos! Tengan confianza en Papá Schimmelhorn. Por todas partes, en Bobovia, hay gnugs. Nosotros los tenemos solamente en Los Angeles, donde no importa. ¡Además, tengo un guco que no conocen! - guiñó alegremente un ojo - Hay una cosa a la que gnugs tienen miedo...

- En nombre de Dios, ¿cuál es esa cosa? - exclamó el secretario.

- Capallos - dijo Papá Schimmelhorn -, es pogo.

- ¿Caballos? ¿Dijo caballos? - El general no cabía en sí de alegría. Sus ojos echaban llamas.

- ¡CABALLERÍA! - tronó -. ¡Hay que preparar la CABALLERÍA!

No se perdió tiempo. A la misma hora, el teniente general Powhattan Fairfax Pollard, el único oficial de rango superior que sabía algo sobre los gnurrs, fue ascendido al rango de comandante en jefe del Ejército, y se le confirieron atribuciones especialísimas.

El mayor Hanson ascendió a brigadier, un cambio de situación que le dejó ligeramente asombrado. Y el sargento Colliver (reflexionando tristemente que ahora ganaba más de lo suficiente como para casarse) recibió sus adecuadas menciones.

El general Pollard comenzó a actuar en forma inmediata y decisiva. Se interceptó la totalidad del presupuesto previamente destinado a la Fuerza Aérea. Todo lo que tuviera, aunque fuera una remota semejanza con un caballo, una silla de montar, unas riendas o un montón de heno, fue enviado inmediatamente hacia el oeste, después de ser requisado, juntamente con los camiones o vagones ferroviarios que fueron necesarios para el transporte.

Los oficiales de caballería retirados, así como los civiles que supieran algo del asunto, recibieron órdenes perentorias de presentarse en determinados puntos de Oregón, Nevada y Arizona, hacia donde fueron transportados por alicaídos pilotos. Todo aquel que hubiera visto, aunque fuera superficialmente, lo que era un caballo, fue reclutado. México mandó varios regimientos como colaboración.

La prensa tuvo un día de verdadero ajeteo. ¡ESTRELLAS DE HOLLYWOOD DESNUDAS SE ENFRENTAN CON LOS GNURRS! Tales eran los titulares que ilustraban numerosas fotografías. Life dedicó un número especial a hablar del general en jefe Pollard, Jeb Stuart Marshal Ney, Belisarius, la carga de la Brigada Ligera en Balaklava, Escuela del Soldado Montado sin Armas. El Journal-American publicó una noticia según la cual, basándose en fuentes fidedignas, el fantasma del general Custer había sido visto entrando al Club de Oficiales en Fort Riley, Kansas.

Al sexto día, el general Pollard había alistado, en el campo a defender, la fuerza de caballería más poderosa de toda la historia. Hay que decir, es cierto, que su disciplina y aspecto dejaban bastante que desear. No había, para decirlo con palabras suaves, paridad en su presencia de caballeros. A pesar de todo, su moral estaba por los cielos y...

- Nunca más - declaró el general a los corresponsales que lo entrevistaron en sus cuarteles generales en Phoenix - deberemos permitir que los políticos y los teóricos de largos cabellos persuadan a la opinión pública para abandonar los principios de la guerra que durante largo tiempo mantuvieron su sin igual vigencia. Jamás deberá volver a confiar el destino de nuestro país a los... cachivaches.

Sacando su sable de la vaina, el general indicó sus movimientos en el mapa.

- Nuestra estrategia es simple - anunció -. Las fuerzas de los gnurrs han pasado ya el desierto Mohave hacia el sur y actualmente invaden Arizona. En Nevada se han concentrado contra Reno y Virginia. Su ofensiva principal, sin embargo, parece estar dirigida hacia la frontera con Oregón. Tal como saben, tengo a mi mando más de dos millones de hombres a caballo.

Algo así como trescientas divisiones, que harán que los gnurrs tengan que retirarse en tres grupos principales: en el sur, en el centro y en el norte. Luego, una vez que el terreno amenazado se haya estrechado, Papá... digo, mister Schimmelhorn tocará su instrumento sobre sistemas de comunicación móviles.

Con estas palabras el general indicó que la entrevista había llegado a su final, y montando un maravilloso caballo que le había sido regalado por la población civil de Louisville, se dirigió al terreno de las operaciones.

No hay que enfatizar que su conducción de las acciones contra los gnurrs fueron índice del más alto grado de iniciativa y energía, así como de los inmutables principios de la estrategia y la táctica militar. Si bien a posteriori ciertos envidiosos elementos del Pentágono se refirieron a la operación llamándola el rodeo de Polly, el hecho fue que pudo lograr una victoria total en cinco semanas, meses antes de que Bobovia pudiera esbozar su plan quinquenal para la provisión de pantalones a la población. Inexorablemente, los gnurrs, atemorizados, fueron forzados a retroceder. Sus chillidos inquietos pudieron oírse a varias millas de distancia. De noche, su brillo iluminaba el cielo. Hacia el sur, donde habían sido limitados por los desiertos, sólo tres conciertos del fagot fueron más que suficientes para arrastrarlos a su lugar de origen.

En el centro, donde la acción se tomó más compleja, fueron necesarios diecisiete. En el norte, doce lograron el propósito. En cada caso el sonido fue adecuadamente extendido gracias a grandes unidades de altavoces montadas en vagones o en camiones. Se registraron innumerables casos de acciones heroicas, y Jerry Colliver, después de haber dejado en el campo de batalla cuatro pantalones de montar, fue personalmente felicitado en el lugar de la heroica acción por el general Pollard.

Naturalmente, unos pocos gnurrs lograron escapar, pero los felinos del Estado, que habían estado maullando de impaciencia y frustración, pronto dieron cuenta de ellos. En lo que respecta a los numerosísimos casos de alegre indisciplina que se sucedieron al paso de las tropas por las literalmente desnudas poblaciones, pronto fueron perdonadas y olvidadas por la alegría que embargaba a la totalidad de la población.

Secretamente, a fin de evitar el entusiasmo excesivamente caldeado de las masas de admiradores, el general Pollard y Papá Schimmelhorn volaron a Washington, y fueron necesarios tres regimientos completos, con sus sables desenvainados, para abrirles paso. Finalmente, sin embargo, llegaron al Pentágono. Se dirigieron a la oficina principal cogidos del brazo, e hicieron una pausa delante de la puerta.

- Papá - dijo el general Pollard, señalando la gnurr - pfeife con admiración - ¡Hemos escrito una gloriosa página en la historia, y si Dios quiere, escribiremos aún más!

- ¡Ja! - dijo Papá Schimmelhorn, con una enorme sonrisa y un guiño. ¡Pero esta noche vamos a hacer locugas! ¡Tengo una cita con Katie y tgae una compañega paga ti!

El general Pollard vaciló.

- ¿No piensa que puede ser... perjudicial para la disciplina?

- ¡No te pgeocupes, soldadito! ¡No lo vamos a contag a nadie! - dijo sonriendo Papá Schimmelhorn. Y abrió la puerta de golpe.

Allí estaba el despacho del general. A su lado estaba el brigadier general Hanson, con una expresión preocupada. Apoyado en una pared se veía al teniente Jerry Colliver, que, luciendo una execrable expresión de triunfo, pasaba posesivamente un brazo por la cintura de Katie Hooper. Y en la silla del general estaba sentada una anciana, muy tiesa, vestida con un vestido negro muy serio, y que golpeaba inquieta una sombrilla oscura sobre el suelo.

- ¡So! - dijo en un tono que revelaba su furia -. ¿Pensabas que te ibas a escapag? ¿Paga estgopeag el lindo fagot del pgimo Anton, paga jugag con gatones y decig pigopos a muchachas soldados?

Se volvió hacia Katie Hooper e intercambió con ella una mirada, típicamente femenina, de esposa experimentada, que revelaba la sensación de triunfo y comprensión.

- ¡Mucha suegte que llama a mi pog telefono, así entega yo!. Tú buena chica. Puedes veg debajo del disfgaz del cogdego.

Se puso de pie. Antes de que nadie pudiera decir nada, cruzó el cuarto, y tomó la gnurrpfeife de manos de Papá Schimmelhorn.

Sin que nadie llegara a hacer un movimiento, metió la mano y cogió el cristal en forma de L, estrellándolo contra el suelo.

- ¡Ahoga! - dijo triunfante - No más gnugs, ni gente sin pantalones, ni monerías.

Mientras el general Pollard observaba sin poderse mover, debido a la gran impresión, y Jery Colliver sonreía encantado, tomó al pobre Papá Schimmelhorn por el brazo, haciéndole girar para poder asirlo de una oreja.

- ¡Ahoga vamos a casa! - ordenó, guiándolo hacia la puerta -. ¡Donde no hay chicas soldado, y donde falta una mano de pintuga!

Con aspecto sumamente resignado, Papá Schimmelhorn se dejó llevar sin oponer la más mínima resistencia.

- ¡Adiós! - dijo a todos, en tono melancólico - ¡Tengo que ig a casa con Mama!

Pero al pasar delante del general Pollard guiñó, como le era habitual, un ojo, mientras le susurraba:

- ¡No te pgeocupes, soldadito! Yo me escapo otga vez. ¡Soy un genio!

EQUIPO DE RECOLECCIÓN

Robert Silverberg

Vista desde setenta y cinco kilómetros de altura, la cosa parecía prometedora.

Era un planeta de tamaño mediano, de color marrón y verde, de aspecto acogedor, sin signos de ciudades ni de otro tipo de complicaciones.

Un lugar agradable, tal como se necesitaba para curar la depresión causada por una expedición sin resultados positivos.

Me volví hacia Clyde Holdreth, que se hallaba contemplando pensativo la termocupla.

- ¿Y bien? ¿Qué te parece?

- Me parece muy adecuado. La temperatura es agradable, el tiempo es bueno, hay mucho aire. Creo que vale la pena probar.

Lee Davison salió del compartimiento de los animales, oliendo a ellos, tal como era habitual.

Tenía a uno de los monitos azules que habíamos encontrado en Alferaz. La bestezuela se subía por su brazo.

- ¿Creéis que hemos encontrado algo?

- Un planeta - le dije -. ¿Todavía tenemos sitio en los depósitos?

- Por eso ni os preocupéis. En realidad tenemos sitio para un zoológico más, antes de que se llenen las jaulas. No ha rendido mucho este viaje.

- Realmente no - asentí -. Bien, ¿bajamos a ver qué es lo que encontramos?

- Más vale - replicó Holdreth -. No podemos volver a la Tierra con un par de monitos azules y unos comedores de hormigas.

- Voto por un aterrizaje de exploración - dijo Davison -. ¿Y tú?

Asentí con la cabeza.

- Prepararé todo. Asegúrate de que tus animales estén cómodos cuando desaceleremos.

Davison desapareció dentro del compartimiento, mientras Holdreth escribía furiosamente en el cuaderno de bitácora, asentando las coordenadas del planeta, su descripción general, y los otros detalles necesarios.

Aparte de ser un equipo de recolección que trabajaba para el Departamento de Zoología del Instituto de Estudios Interestelares, también éramos un grupo de exploración, y el planeta que estaba cerca figuraba como inexplorado en las cartas de navegación espacial.

Eché un vistazo a la enorme bola verde y marrón, que giraba debajo de nosotros, y sentí el aguijonazo de melancolía que siempre acompañaba el descenso en un mundo nuevo y extraño. Reprimiéndolo, comencé a trazar una órbita para el descenso.

Sentí, detrás de mí, la algarabía furibunda de los monitos azules, mientras Davison los acomodaba en las camitas de desaceleración, y haciéndole un ronco acompañamiento, los gruñidos graves y poco musicales, de los devoradores de hormigas rogelianos, que nos hacían saber sus molestias.

Indudablemente, el planeta estaba deshabitado, pues en cuanto la nave se asentó, no transcurrió más de un minuto antes de que la fauna local comenzara a reunirse. Nos quedamos parados frente a las ventanillas, mirando asombrados.

- Esto es algo con lo que no creo que nos hayamos atrevido ni siquiera a soñar. ¡Mirad!
- dijo, acariciándose nerviosamente la barba -. ¡Debe de haber mil especies diferentes!

- Nunca vi nada igual - dijo Holdreth.

Me apresuré a determinar cuánto espacio teníamos en la nave, y cuántas de las criaturas que se hallaban curiosas fuera, íbamos a ser capaces de llevarnos con nosotros.

- ¿Cómo vamos a decidir cuáles vamos a llevarnos, y cuáles deberemos dejar atrás?

- ¿Qué importa? - dijo Holdreth, alegremente -. Esto es lo que podríamos denominar una superabundancia de bienes. Creo que debemos de tratar de atrapar una docena de los especímenes más raros y salir corriendo, dejando el resto para otro viaje. ¡Qué pena que perdimos aquel precioso tiempo dando vueltas por Rigel!

- Bueno, después de todo, nos llevamos los devoradores de hormigas - señaló Davison. El los había encontrado, y estaba orgulloso. - Sonreí con cierta amargura.

- Sí, atrapamos los devoradores de hormigas - En ese momento, estos animales comenzaron a gruñir con claros ronquidos -. Pero creo que estaríamos mejor sin esas bestias.

- ¡Qué mala actitud! - dijo Holdreth - ¡Muy poco profesional!

- Después de todo, no soy un zoólogo. Simplemente soy un piloto de nave espacial, recordad. Y si no me gusta la forma en que esos bichos huelen y gruñen, pues...

- ¡Mirad! ¡Mirad eso! - dijo súbitamente Davison.

Miré por las ventanillas y vi una nueva bestia que emergía de la espesa vegetación. Creo haber visto criaturas extrañas desde que estoy en el Departamento de Zoología, pero nunca nada como esa.

Era del tamaño de una jirafa, y se movía sobre unas patas largas y temblequeantes. En el extremo de un inimaginable cuello tenía una pequeña cabeza. También tenía seis patas, y una serie de apéndices en forma de serpientes, que se enroscaban y desenroscaban. Sus ojos eran dos grandes globos violetas, situados en el extremo de dos gruesas antenas. Debería medir unos seis metros y medio de altura.

Se movió con extremada gracia entre las otras bestias que rodeaban nuestra nave, abriéndose suavemente camino hasta llegar a ella. Al ver las ventanillas, se asomó para espiar. Uno de sus ojos me miró directamente, el otro a Davison. Era extraño, pero me parecía que estaba queriendo decirnos algo.

- Es grande, ¿verdad? - dijo, finalmente, Davison.

- Apuesto a que te quieres llevar una.

- Tal vez sea posible hacer sitio para un ejemplar joven - dijo Davison -. Siempre que podamos hallarlo, por supuesto.

- ¿Cómo va el análisis del aire? Reviento de ganas de salir de aquí y ponerme a capturar estos bichos. ¡Dios mío! ¡Esto es realmente extraño!

El animal aparentemente había concluido su examen, puesto que dio la vuelta a la cabeza, y con un trotcito corto, se desplazó alrededor de la nave. Una criatura pequeña, de aspecto similar al de un perro, con espinas a lo largo del dorso, comenzó a ladrarle al raro animal, pero no se dio por aludido. Los otros animales, de todas formas y tamaños, continuaron reunidos alrededor de la nave, aparentemente muy curiosos acerca de los recién llegados.

Podía ver los ojos de Davison sedientos de deseo de atrapar ese gran montón y llevárselo a la Tierra. Sabía lo que pasaba por su mente: soñaba con la gran cantidad de especies extraterrestres que por aquí rondaban, viéndolas a cada una de ellas con un cartelito que decía: Tal y tal Davison.

- El aire puede respirarse - anunció Holdreth abruptamente -. Buscad vuestras redes de cazar mariposas y preparaos para la captura.

Había algo que no me gustaba de ese lugar. Era todo demasiado perfecto, y sabía que en realidad nada sucedía así. Siempre, en alguna parte, hay una trampa.

Pero el lugar parecía ser verdad. El planeta era el sueño de un zoólogo convertido en realidad, y Davison y Holdreth estaban entusiasmadísimos estudiando las distintas especies.

- Nunca vi nada como esto - dijo Davison por quincuagésima vez, por lo menos, mientras examinaba un animalito pequeño, parecido a una ardilla, de color púrpura. La ardilla se quedó mirándole, como si también examinara a Davison.

- Llévemonos algunas de éstas - dijo Davison -. Son muy bonitas.

- Bueno, hazlo - le dije, encogiéndome de hombros. No me importaba qué animales transportaba, sino que llenaran de una vez las bodegas y me permitieran partir de acuerdo a los planes.

Vi cómo Davison levantaba a dos de las ardillas, llevándolas hacia la nave.

Holdreth se acercó hacia donde yo estaba. Sujetaba una especie de perro con ojos a facetas como los de un insecto, que brillaban, y una piel pelada y brillante.

- ¿Qué te parece, Gus?

- Magnífico - le contesté -. Verdaderamente asombroso.

Puso al animal en el suelo, pero no trató de escaparse, sino que se quedó tranquilo, mirándonos. Holdreth, pasándose una mano por la cabeza, que comenzaba a quedarse calva, me dijo:

- Gus, has estado triste todo el día. ¿Qué te pasa?

- Estoy preocupado.

- ¿Por qué? ¿Prejuicios?

- Es demasiado fácil, Clyde. Demasiado fácil. Estos animales se acercan como si esperaran ser capturados.

Holdreth apenas reprimió una risa.

- Y tú estás acostumbrado a la lucha, ¿verdad? Te molesta que lo estemos pasando tan bien aquí.

- Cuando pienso en el lío que hicimos para conseguir un par de misérrimos y malolientes devoradores de hormigas.

- No te preocupes, Gus. Trataremos de llevarnos algunos ejemplares, y luego saldremos corriendo. ¡Pero este lugar es una mina de oro zoológica!

Sacudí la cabeza negativamente.

- No me gusta, Clyde. No me gusta.

Holdreth rió y levantó del suelo su perro con ojos a facetas.

- Dime, ¿sabes dónde puedo encontrar otro?

- Aquí - le dije, señalando - Está bien cerca, con la lengua fuera, esperando que lo cojas y te lo lleses.

Holdreth miró, sonriendo.

- ¿Y tú que sabes de eso?

Cogió su espécimen y lo llevó dentro.

Me alejé un poco para inspeccionar el lugar. Aquel planeta me parecía demasiado increíble para aceptarlo sin un examen minucioso, a pesar de la forma desaprensiva con que mis dos compañeros recogían sus especímenes.

Punto número uno: los animales no andan por ahí como lo hacían aquí, en grandes cantidades y contentos de estar unos junto a otros. Noté que no había más de unos pocos de cada especie, y por lo menos debía haber quinientas diferentes unas de otras. Y cada una compitiendo en rareza. La naturaleza no obra así.

Punto número dos: parecían ser amigos entre sí, si bien aceptaban el liderazgo de la criatura parecida a una jirafa. La naturaleza tampoco obra de esa forma. No había visto que surgiera una pelea entre ellos. Eso hacía pensar que tal vez eran herbívoros, cosa que ecológicamente era un despropósito.

Me encogí de hombros y seguí hacia delante.

Media hora más tarde sabía algo más acerca de la geografía de nuestra tierra de promisión. Nos hallábamos en una inmensa isla o en una península, puesto que podía ver una gran extensión de agua que bañaba las tierras, a unos quince kilómetros más o menos.

No muy lejos de la nave había una extensa franja de vegetación selvática, que llegaba hasta el agua hacia un lado y terminaba abruptamente hacia el otro.

Nuestra nave había descendido en el borde del claro. Aparentemente, la mayoría de los animales que veíamos vivían en la selva.

Al otro lado había una pradera baja y también extensa que a lo lejos parecía perderse poco a poco en un desierto.

A lo lejos podía distinguir algo así como una gran franja de arena que contrastaba vivamente con la fértil jungla de la izquierda.

Hacia uno de los lados había un pequeño lago. Era un lugar realmente muy adecuado para que se juntara tal rara cantidad de animales, puesto que parecía haber un hábitat indicado para cada especie, más o menos.

¡Y la fauna! Si bien soy un zoólogo de segunda mano, que pesca aquí y allá sus conocimientos por ósmosis, de Davison y Holdreth, no podía dejar de maravillarme frente a la extraordinaria riqueza de animales extraños.

Los había de distintas formas y tamaños, colores y olores, y su única característica similar era su extraordinaria mansedumbre. Durante el curso de mi caminata, unos cien animales debían de haberse acercado a mí, apartándose después de haberme examinado cuidadosamente. Esto incluyó a una media docena que no había visto antes, más una de las jirafas de aspecto inteligente y uno de los perros sin pelo.

Una vez más tuve la impresión de que la jirafa podía estar tratando de comunicarse conmigo.

La cosa me gustaba cada vez menos. En realidad, no me gustaba nada.

Volví al campamento y vi a Holdreth y a Davison frenéticamente ocupados en tratar de acomodar dentro de la nave los animales que podían.

- ¿Cómo va la cosa? - les pregunté.

- Las bodegas están llenas. Estamos ocupados tratando de elegir un poco.

Vi cómo cogía los dos perros sin pelo de Holdreth y llevaba dentro un par de animalitos de ocho patas, con cierto remoto parecido con los pingüinos, que no protestaban al ser llevados al interior de la nave. Holdreth fruncía el ceño.

- ¿Para qué quieres éstos, Lee? Los que parecen perros tienen el aspecto de ser más interesantes, ¿no lo crees?

- No - dijo Davison -, prefiero llevar esos otros dos. Son muy curiosos. ¿Te has fijado la forma en que la red muscular conecta...?

- Un momento, muchachos - les dije. Me quedé mirando al animal que estaba en brazos de Davison -. Este es realmente curioso, ¿verdad? Tiene ocho patas.

- ¿Te estás transformando en un zoólogo? - preguntó Holdreth muy divertido.

- No, pero... cada vez estoy más intrigado: ¿por qué éste tiene ocho patas, otros seis y otros sólo cuatro?

Me miraron interrogativamente, con cierto desprecio profesional pintado en el rostro.

- Quiero decir que debería de haber cierto esquema habitual, ¿no es así? En la Tierra, nuestra vida animal tiene cuatro patas; en Venus, seis. Pero ¿alguna vez visteis una mezcla tan extraña como la de aquí?

- Hay cosas todavía más raras - dijo Holdreth -. Los de vida simbiótica de Sirio Tres, los constructores de madrigueras de Mizar... Pero tienes razón, Gus. Esto es realmente una extraña dispersión evolutiva. Creo que debemos de quedarnos e inspeccionar las cosas a fondo.

Inmediatamente me di cuenta, por la expresión alegre de la cara de Davison, que había estropeado las cosas, y que estábamos peor que antes. Traté de buscar una nueva táctica.

- No estoy de acuerdo - dije -. Creo que debemos partir inmediatamente y regresar más tarde, con una expedición mayor.

Davison rió entre dientes.

- ¡Vamos, Gus! No seas tonto. Esta es la oportunidad de nuestras vidas. ¿Por qué vamos a compartirla con el Departamento de Zoología?

No le quise decir que tenía miedo de quedarme más tiempo.

Me crucé de brazos.

- Lee, soy el piloto de esta nave, y ahora me vas a tener que escuchar. Los planes son de parar aquí brevemente, para después seguir hacia adelante. ¡No me digas que me estoy comportando como un tonto!

- ¡Pero sí que lo estás! Interfieres en nuestras investigaciones científicas...

- Escúchame, Lee. Nuestras raciones están calculadas con márgenes muy estrechos, para permitirnos un mayor espacio para los especímenes. Estrictamente éste es un equipo para recolección. No se han arbitrado medios para una estancia prolongada. A menos que queráis terminar el viaje comiéndoos vuestros animalitos, os sugiero que vayamos partiendo.

Se mantuvieron en silencio durante un rato. Finalmente Holdreth dijo.

- No podemos discutir esas razones, Lee. Hagamos lo que dice Gus, y regresemos inmediatamente. Habrá tiempo de investigar este planeta en detalle, cuando podamos hacerlo.

- Pero... ¡Oh, está bien! - dijo Davison, con pocas ganas. Volvió a coger uno de los pingüinos de ocho patas -. Dejarme acomodar estos animales y nos iremos - Me miró con una extraña expresión, como si hubiera hecho algo criminal.

Cuando comenzó a acercarse a la nave, lo llamé.

- ¿Qué pasa, Gus?

- Mira, no es que quiera arrancarte de aquí - le dije, tratando de ocultar mis sospechas - Es simplemente un problema de aprovisionamiento.

- Ya veo, Gus - se dio la vuelta y entró en la nave.

Me quedé un rato inmóvil, sin poder pensar en nada especial, y luego entré y comencé a calcular la órbita de despegue.

Había llegado al cálculo de los gastos de combustible, cuando observé que del tablero de control colgaban, en forma desordenada, una gran cantidad de cables sueltos. Alguien había estropeado nuestro mecanismo de conducción. Estropeado completamente.

Durante un largo rato no pude hacer otra cosa que observar el desastre. Luego me di la vuelta y me dirigí hacia el compartimiento de los animales.

- ¡Davison!

- ¿Qué pasa, Gus?

- Ven un momento, ¿quieres?

Esperé durante unos minutos, y apareció, con aspecto impaciente.

- ¿Qué te pasa, Gus? Estoy muy ocupado y... - Abrió la boca con asombro. - ¡Mira eso!

- Mejor que lo mires tú - le grité -. Me siento enfermo. Vé a buscar a Holdreth, corriendo.

Mientras Davison hacía el encargo, me puse a tratar de estimar los daños. Una vez que hube retirado el panel de control para mirar al interior, me sentí un poco mejor.

Las cosas no habían sido dañadas más allá de toda posibilidad de reparación, si bien era indudable que los daños eran grandes.

Tres o cuatro días de trabajo intenso con un destornillador y un soldador podían hacer que la nave estuviera en condiciones de volar otra vez.

Pero eso no hacía que me sintiera menos enfadado. Oí entrar a Davison con Holdreth, y giré para enfrentarme a ellos.

- Muy bien, idiotas. ¿Quién hizo eso?

Abrieron la boca y dejaron escapar una serie de alaridos de protesta, los dos al unísono. Les dejé hablar un rato, y luego les grité:

- ¡Uno por uno!

- Si estás tratando de decir que uno de nosotros sabotó la nave para que no pudiéramos irnos, quiero decirte... - comenzó Holdreth.

- No estoy tratando de decir nada, pero lo que me parece es que durante mucho tiempo estuvisteis procurando convencerme de que me quedara unos días más. Tal vez hayáis decidido que la mejor forma de lograrlo era hacer esto - les miré, con una mirada ardiente de rabia -. Pues bien, tengo malas noticias. Puedo arreglar esto, y lo puedo hacer en un par de días. Así que seguid con vuestros asuntos. Seguid zoologizando, mientras tengáis tiempo...

Suavemente, Davison puso una mano sobre mi brazo.

- Gus, nosotros no lo hicimos. Te lo aseguramos.

Súbitamente se me pasó la rabia, y sólo pude sentir la aguda mordedura del miedo. Pude darme cuenta de que Davison decía la verdad.

- Si tú no lo hiciste, si Holdreth no lo hizo, y yo no lo hice, entonces ¿quién lo hizo?

Davison hizo un gesto de ignorancia.

- Tal vez es uno de nosotros, pero no se da cuenta de lo que está haciendo - sugerí -. Tal vez... - me interrumpí -. ¡Oh!, mejor dejo de pensar tonterías. Por favor, alcanzarme el cajón de las herramientas.

Fueron a atender a los animales, y comencé el trabajo de reparación, sin pensar en otra cosa, tratando de que la mente no rondara alrededor de las sospechas, concentrándome solamente en unir el cable A con el que le correspondía, y el transistor F con el potenciómetro K, tal como estaba indicado.

Era un trabajo lento, enervante, y para la hora de la comida sólo había llegado a cumplir con los preliminares. Mis dedos temblaban por el esfuerzo de trabajar con cosas tan pequeñas, y finalmente decidí abandonarlo hasta el día siguiente.

Dormí mal, acosado por pesadillas acentuadas por los quejidos de los devoradores de hormigas, y por los ocasionales grititos, ronquidos, silbidos y gruñidos de los otros animales de la bodega. Sólo a eso de las cuatro de la madrugada pude verdaderamente conciliar el sueño, y entonces lo restante de la noche pasó rápidamente.

Me desperté por las sacudidas de un par de manos, para encontrarme con las caras pálidas y tensas de Holdreth y Davison.

Traté de despabilarme mientras preguntaba.

- ¿Qué pasa?

Holdreth se inclinó y me sacudió con fuerza.

- ¡Despierta, Gus! - Me puse trabajosamente de pie.

- ¡Caramba! Qué idea más malvada. Despertarlo a uno en mitad de la noche.

Me hallé empujado inmisericordemente por el corredor hacia el cuarto de control. Me fijé en el sitio donde Holdreth señalaba, y allí fue cuando me desperté de repente.

Los cables habían sido arrancados nuevamente. Alguien o algo había deshecho completamente el trabajo de reparación de la noche anterior.

Todos los reproches insustanciales que solíamos dirigirnos se interrumpieron. La cosa no era una broma; no nos podíamos reír más. Comenzamos a trabajar duro, todos juntos, como un verdadero equipo muy de acuerdo. Tratábamos desesperadamente de hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

- Pasemos revista a la situación - dijo Holdreth, recorriendo nerviosamente la cabina de control de arriba a abajo. La nave ha sido sabotada dos veces. No sabemos quién lo ha hecho, y, a nivel consciente, estamos convencidos de que no fuimos nosotros.

Hizo una pausa.

- Esto abre dos posibilidades. O bien, como dijo Gus, uno de nosotros lo hace sin darse cuenta, o hay alguien que lo hace cuando no estamos mirando. Ninguna de las dos posibilidades es demasiado alegre.

- Podemos montar guardia - dije -. Propongo que uno de nosotros esté permanentemente despierto, que durmamos por turnos vigilando estrechamente hasta que pueda arreglar la nave. Además deberemos dejar escapar los animales que hemos traído a bordo.

- ¿Qué?

- Tiene razón - dijo Davison -. No sabemos cómo actúan. No parecen ser inteligentes, pero no podemos asegurarlo. Esa jirafa de ojos púrpura, por ejemplo. Supongamos que nos hipnotiza y hace que nosotros mismos estropeemos la nave. ¿Cómo podemos decir que no?

- Pero... - Holdreth quiso comenzar a protestar, pero se interrumpió.

- Creo que deberemos de considerar la posibilidad - admitió, obviamente molesto por tener que soltar a sus cautivos -. Vaciamos las bodegas y tú tratarás de arreglar la nave. Luego, si todo marcha bien, tal vez podamos pensar en recuperarlos.

Estuvimos de acuerdo, y Holdreth y Davison soltaron los animales, mientras me ponía a arreglar el mecanismo. Hacia la caída del Sol había podido lograr un estado similar al de la noche anterior.

Me senté para montar la primera guardia. La nave se hallaba sumida en una extraña calma. Comencé a andar por la cabina, tratando de vencer la tentación de adormilarme. Pude mantenerme despierto hasta que Holdreth me vino a reemplazar.

Pero cuando llegó, boqueó con desesperación mientras me señalaba el panel. Una vez más había sido arrancado.

Ahora no teníamos excusas ni explicación. La expedición se había convertido en una verdadera pesadilla.

Solamente pude asegurar que en ningún momento me había dormido, y que nada ni nadie se había acercado al panel. Pero, claro, aquello no explicaba nada. O bien entonces era yo el saboteador, o algún poder externo era el que sabotaba la nave.

Ninguna de las dos hipótesis parecía tener sentido, por lo menos para mi.

Llevábamos cuatro días en el planeta, y la provisión de alimentos comenzó a convertirse en un problema. Mis órdenes, cuidadosamente preparadas, consideraban que ya debería de hacer dos días que estábamos en el viaje de vuelta a la Tierra.

Pero no estábamos más cerca de la partida que cuatro días atrás.

Los animales continuaron vagando por los alrededores de la nave, tocándola inquisitivamente con sus hocicos, examinándola, mientras las jirafas nos miraban con sus grandes y expresivos ojos. Los pobres eran tan mansos como siempre, y nada sabían de las tensiones que se acumulaban dentro del casco de la nave.

Los tres andábamos como zombies, con los ojos brillantes y los labios cerrados. Estábamos muy asustados.

Algo nos impedía arreglar la nave. Algo no quería que abandonáramos este planeta.

Miré la cara dulce de la jirafa de ojos púrpura, que espiaba por las ventanillas, y me devolvió la mirada. A su alrededor se agrupaba la mezcla increíble de géneros y especies.

Aquella noche los tres hicimos guardia en la cabina de control. A pesar de todo, el panel fue destrozado nuevamente. Los alambres estaban tan soldados, y vueltos a soldar, que comencé a pensar que unas pocas maniobras más y todo estaría en un estado completamente imposible de reparar. Si no lo estaba ya.

Por la noche no dejé el trabajo. Continué soldando después de la cena; por más que ésta fue una comida insuficiente, debido a la escasez de raciones. Seguí trabajando hasta altas horas de la noche.

A la mañana siguiente, estaba otra vez estropeado.

- Me doy por vencido - dije, revisando los daños -. No veo ninguna razón para seguir tratando de arreglar algo que no va a mantenerse soldado.

Holdreth asintió. Estaba terriblemente pálido.

- Tendremos que pensar en alguna otra cosa.

Abrí el armario de las raciones y examiné nuestras reservas.

Aun contando la comida sintética que le hubiéramos dado a los animales en el viaje de vuelta, estábamos muy escasos de víveres. Habíamos pasado el límite de seguridad. El viaje de vuelta estaría amenazado por el hambre. Si lográbamos volver, claro está.

Salí de la nave y me senté en una gran roca, situada cerca.

Uno de los perros sin pelo se acercó y me rozó la camisa con su hocico. Davison se asomó a la portezuela y me llamó:

- ¿Qué estás haciendo, Gus?

- Tomando un poco de aire fresco. Estoy cansado de estar ahí dentro - Acaricié el perro detrás de las orejas, y eché una mirada alrededor.

Los animales ya no sentían tanta curiosidad por nosotros, y por tanto no se congregaban como antes. Se hallaban desparramados en la pradera, comiendo unos depósitos formados por una sustancia blanca y pastosa. Se precipitaba todas las noches. Lo llamábamos maná. Todos los animales parecían alimentarse con ella.

Me recosté hacia atrás.

Al octavo día comenzamos a estar muy delgados. Ya no trataba de reparar la nave; el hambre comenzaba a torturarme.

Vi a Davison con el soldador en la mano.

- ¿Qué estás haciendo?

- Voy a reparar la nave - me contestó. Tú no quieres hacerlo, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados - Tenía la nariz hundida en el manual de reparaciones, y estaba manipulando el disparador del soldador.

Me encogí de hombros.

- Haz lo que quieras - No me importaba. Lo que sabía era que mi estómago estaba dolorosamente vacío, y que tal vez tendría que enfrentarme al hecho de que estábamos atrapados para siempre.

- ¿Gus?

- ¿Sí?

- Creo que es hora de que te lo diga. Hace cuatro días que como maná. Es bueno, y nutritivo.

- ¿Has estado comiendo maná? ¿Una cosa que encuentras en un mundo extraño? ¿Te has vuelto loco?

- ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Morir de hambre?

Sonreí débilmente, admitiendo que tenía razón. De la nave llegaban los ruidos que hacía Holdreth al moverse de un lado para otro.

Era el que peor estaba de los tres. Tenía una familia en la Tierra, y comenzaba a darse cuenta de que tal vez nunca la volvería a ver.

- ¿Por qué no vas a buscar a Holdreth? - sugirió Davison -. Id y llenaos de maná. Tenéis que comer algo.

- Sí. ¿Qué podemos perder? - Moviéndome como un robot me dirigí hacia la cabina de Holdreth. Saldríamos juntos, comeríamos maná y dejaríamos de sentir hambre. De una u otra forma.

- ¡Clyde! - llamé - ¡Clyde!

Entré en la cabina. Estaba sentado al escritorio, temblando convulsivamente y observando los dos chorros de sangre que brotaban de sus recién seccionadas venas de la muñeca.

- ¡Clyde!

No protestó cuando lo llevé a la enfermería; le hice dos torniquetes para parar la hemorragia y lo curé. Se estaba quieto, sollozando.

Le abofeteé, y volvió en sí. Miró a su alrededor, como si no supiera dónde estaba.

- Yo... yo...

- Tranquilízate, Clyde. Todo va a ir bien.

- No está bien - dijo, con voz hueca -. Todavía estoy vivo. ¿Por qué no me dejaste morir? ¿Por qué...?

Davison entró en la cabina.

- ¿Qué pasa, Gus?

- Es Clyde. La tensión le está afectando. Trató de matarse, pero pienso que ahora estará mejor. Tráele algo para comer, ¿quieres?

Logramos que Holdreth se sintiera mejor cuando llegó la noche. Davison juntó todo el maná que pudo, y nos dimos un festín.

- Ojalá tuviera el coraje de matar algún animal de la fauna local - dijo Davison -. Entonces sí que tendríamos un banquete. ¡Carne asada!

- Las bacterias - dijo Holdreth suavemente -. No debemos hacerlo.

- Ya lo sé. Simplemente soñaba en voz alta.

- ¡Nada de soñar! - dije, bruscamente -. Mañana temprano otra vez comenzamos a trabajar en el panel. Tal vez, con algo de comida en el estómago, podamos mantenernos despiertos para saber qué es lo que pasa aquí.

Holdreth sonrió.

- ¡Buena idea! No puedo más. ¡Quisiera salir de esta nave y comenzar a vivir una existencia normal! ¡Dios mío! No puedo más.

- Tratemos de dormir - le dije -. Mañana volveremos a probar. Veréis cómo podremos volver a casa - traté de transmitirles una confianza que no sentía.

A la mañana siguiente me levanté temprano, tomé mi caja de herramientas, y contento de sentirme capaz de pensar con claridad, me dirigí hacia la cabina de control.

Y me detuve súbitamente. Y miré por la cabina de observación.

Volví sobre mis pasos y desperté a Holdreth y a Davison.

- Mirad por las ventanillas - les dije con voz ronca.

Miraron. Sus ojos se desorbitaron por el asombro.

- Parece mi casa - dijo Holdreth -. Mi casa en la Tierra.

- Con todas las comodidades de un hogar - me adelanté con inquietud y bajé de la nave -
. Vamos a verla.

Nos aproximamos, mientras los animales retozaban alrededor nuestro. La jirafa más grande se acercó y movió la cabeza con aire solemne. La casa se hallaba en medio del claro, pequeña pero pesada, oliendo a pintura fresca.

Comprendí lo que había pasado. Durante la noche, manos invisibles la habían puesto allí. Habían copiado una casa igual a las de la Tierra, colocándola cerca de nuestra nave, para que la habitáramos.

- Igual que mi casa - repitió Holdreth, asombrado.

- No me extraña - le dije -. Extrajeron la idea de tu mente tan pronto como se dieron cuenta de que no podríamos vivir en la nave indefinidamente.

Inmediatamente, Holdreth y Davison me preguntaron:

- ¿Qué quieres decir?

- Pero ¿cómo? ¿Aún no os habéis dado cuenta de dónde estamos? - Me pasé la lengua por los labios resecos, tratando de acostumbrarme al hecho de que íbamos a pasar el resto de nuestra vida aquí -. ¿No entendéis para qué fue construida esta casa?

Movieron la cabeza negativamente, dando muestras de completa incertidumbre. Miré alrededor, desde la casa hasta la inútil nave, desde la selva hasta la pradera y el lago. Ahora comprendía.

- Quieren mantenernos felices - les dije -. Saben que no marchábamos bien a bordo de la nave, así que... nos construyeron algo un poco más parecido a lo que teníamos en casa.

- Quiénes? ¿Las jirafas?

- Olvidaos de las jirafas. Trataron de avisarnos, pero es demasiado tarde. Son seres inteligentes, pero están prisioneros como nosotros. No, me refiero a los que rigen sobre este lugar. Los super-extraterrestres que nos hicieron sabotear nuestra nave sin que nos diéramos cuenta de lo que estábamos haciendo, que se hallan en alguna parte y nos

observan. Los que juntaron esta enorme cantidad de animales, provenientes de todas las partes de la galaxia. Ahora nosotros también hemos corrido la misma suerte. Este sitio no es más que un zoológico. Un zoológico para los distintos seres vivos, que tal vez cumple el propósito de educar a criaturas tan extrañas a nosotros que ni siquiera podríamos soñar conocerlas.

Miré hacia arriba, hacia el brillante cielo azul, en donde invisibles barrotes nos mantenían presos. No tenía sentido tratar de luchar contra ellos.

Me parecía poder ver la placa explicatoria:

TERRESTRES. Hábitat Sol III.

FIN